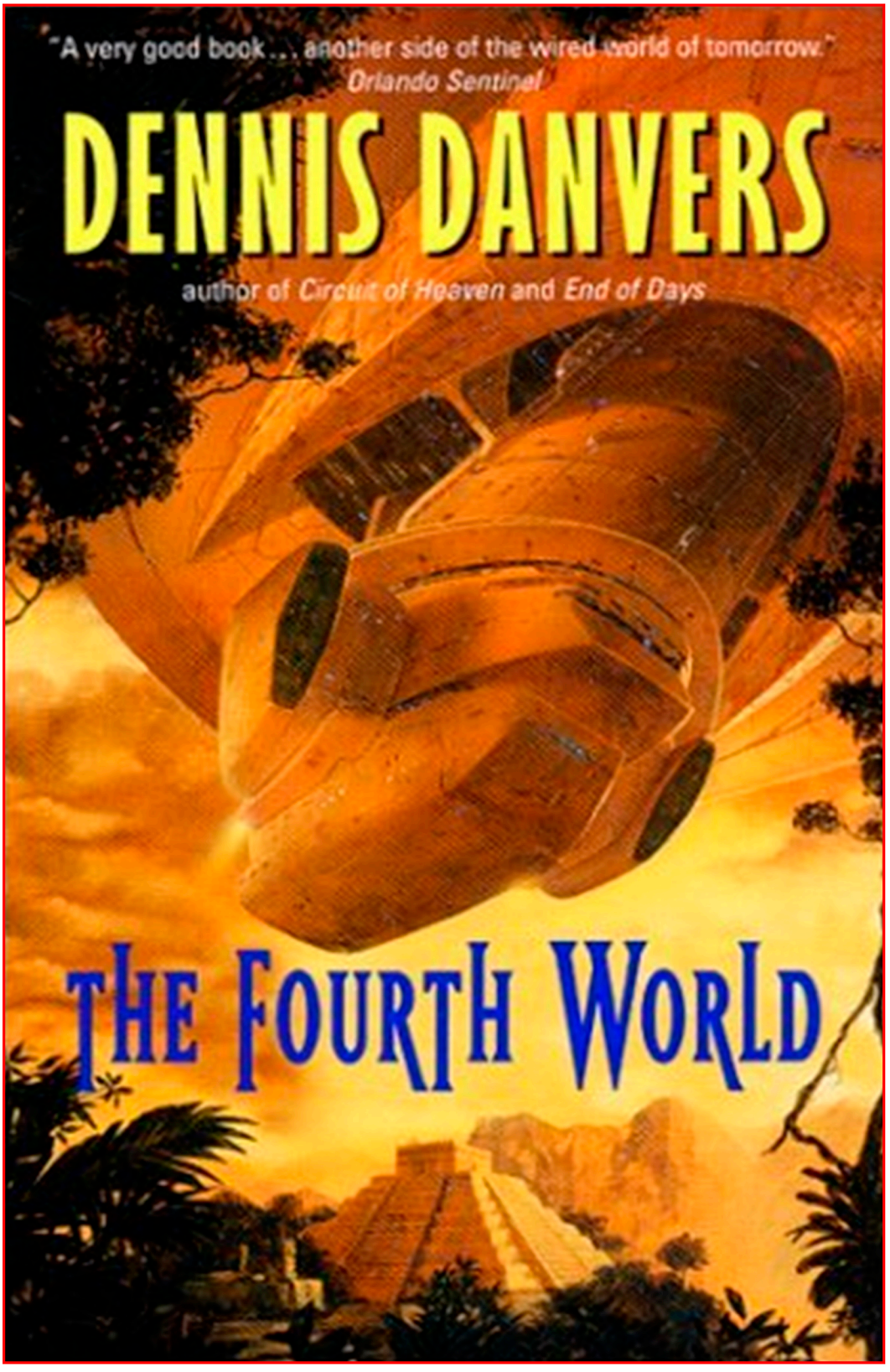

EZLN
LA DIGNIDAD REBELDE
Dennis Danvers
EL CUARTO MUNDO

“Un libro muy bueno…
otra cara del mundo conectado del mañana.”

—Orlando
Sentinel

Gran parte del mundo ha abrazado con entusiasmo la “vida virtual”, rechazando las crueles realidades que se esconden tras las grandes mentiras y las fantasías compartidas en la red a las que se conectan las veinticuatro horas del día. Sin embargo, el estadounidense Santee St. John ha experimentado horrores reales impuestos por el gobierno en el conflictivo estado mexicano de Chiapas. Junto con Margaret Mayfield —su amante y alma gemela— ha dedicado su vida a la causa rebelde. Entonces Santee desaparece en las exuberantes y peligrosas tierras salvajes de Centroamérica.

Una novela impactante que combina tecnología de vanguardia con una aguda perspicacia sobre la naturaleza humana, impulsándonos a través de los páramos digitales del siglo XXI.


"A very good book . . . another side of the wired world of tomorrow."
Orlando Sentinel
DENNIS DANVERS
author of Circuit of Heaven and End of Days
THE FOURTH WORLD

Dennis Danvers

EL CUARTO MUNDO

Título original: *The Fourth World*

© Dennis Danvers, 2000

Traducción y edición digital: C. Carretero



Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

Elogios para *El cuarto mundo*

PRIMERA PARTE: Bienvenidos a Ladronville

Capítulo uno

Capítulo dos

Capítulo tres

Capítulo cuatro

SEGUNDA PARTE: Tierra y libertad

Capítulo cinco

Capítulo seis

Capítulo siete

Capítulo ocho

TERCERA PARTE: Veintidós de diciembre

Capítulo Nueve

Capítulo diez

Capítulo once

Capítulo doce

PARTE CUATRO: El nuevo mundo

Capítulo trece

Capítulo catorce

Capítulo quince

Capítulo dieciséis

PARTE CINCO: Taza Azul Muy Grande

Capítulo diecisiete

Capítulo dieciocho

Capítulo diecinueve

Acerca del autor



Para Sarah

El amor de mi vida

El barrio y el lugar han sido denigrados en el mundo moderno. Vivimos, en cambio, en el espacio, en el espacio global, el espacio mediático, el espacio publicitario. Pero nuestro lugar —la manzana donde vivimos, el suelo, las aves, la historia— a menudo es totalmente desconocido porque la gente simplemente se queda encerrada allí durante la noche. A la mañana siguiente, regresan a la gran maquinaria del capitalismo tardío, que continúa impulsando el deseo y el consumo.

—JERRY BROWN, alcalde de Oakland

Chiapas no es un artículo de periódico, ni la porción diaria del horror. Chiapas es un lugar de dignidad, una fuente de rebelión en un mundo patéticamente dormido. Deberíamos seguir viajando a Chiapas y hablando de Chiapas. Nos lo piden. Al salir del campamento de refugiados en Polho hay un cartel que dice: "Cuando se vaya el último de ustedes, ¿qué será de nosotros?". No saben que cuando uno ha estado en Chiapas, nunca se va. Por eso todos estamos en Chiapas hoy.

—JOSÉ SARAMAGO,
Frente Zapatista de Liberación Nacional

ELOGIOS PARA DENNIS DANVERS Y EL CUARTO MUNDO

"Danvers continúa sobresaliendo".

Denver Post

"Refrescante… [un] emocionante ciberthriller… [para] los fanáticos de las novelas de Kim Stanley Robinson y Bruce Sterling".

Editores semanales

"Bien elaborado… escrito con gracia… evoca un futuro cercano donde la brecha entre los que tienen y los que no tienen es más ancha que el Río Grande".

El Plain Dealer de Cleveland

“El traslado de Dennis Danvers a la SF es bienvenido”.

Washington Post

“Una historia que nace del corazón: personajes maravillosos, desarrollos espléndidos y una agenda política que, sin acaloramiento ni ira, deja al descubierto las raíces de la opresión”.

Reseñas de Kirkus

PRIMERA PARTE

Bienvenidos a Ladronville

Pobre México, tan lejos de Dios y
tan cerca de Estados Unidos.

—PORFIRIO DÍAZ

CAPÍTULO UNO

Esta era la primera vez que Santee visitaba México, a pesar de haber estado trabajando en los estados fronterizos, principalmente Texas, de forma intermitente durante los últimos seis meses. Era reportero, o al menos así se consideraba. Durante aproximadamente un año, trabajó para NewsReal, un sitio web de noticias virtual especializado en noticias emocionantes. Su trabajo consistía en estar presente, registrando historias de todo el mundo para que personas de todas partes pudieran vivir las noticias virtualmente por sí mismas. Al menos eso fue lo que le dijeron cuando lo contrataron.

NewsReal recibió un aviso sobre el resurgimiento de las hostilidades en Chiapas, y Santee era el hombre más cercano a México. NewsReal lo sacó de la pista de patinaje de Houston, donde entrevistaba a sobrevivientes de asesinatos en masa (una historia que sin duda provocaría el fin de todas

las pistas de patinaje, salvo las virtuales) y lo puso en el primer vuelo a Ciudad de México. Desde allí, viajó casi toda la noche en autobús para llegar a Chiapas, caminando al amanecer desde Ocosingo hasta este valle salpicado de pirámides y una enorme base militar. Salvo por la cantidad de soldados y retenes, nadie pensaría que se estuviera gestando una revolución; había estado ocurriendo intermitentemente desde el 1 de enero de 1994, veinte años antes. Los zapatistas y algunos otros grupos de la miseria (en su mayoría agricultores indígenas, pero también algunos trabajadores *mestizos*) se enfrentaban al gobierno mexicano, controlado por el mismo partido corrupto desde 1929 y respaldado por un ejército impresionante, varios grupos paramilitares y el apoyo incondicional de Estados Unidos. Todo ese desequilibrado asunto supuestamente finalmente estaba llegando a su fin.

Se agazapó en un bosque de macadamias que le ofrecía una buena vista del pueblo donde se suponía que algo iba a suceder. Más allá, en el horizonte, una de las torres de vigilancia de la base se asomaba por encima de los árboles. Como de costumbre, la media de cuerpo entero, repleta de sensores del tamaño de gominolas (para una experiencia visceral completa), se le subía constantemente por la entrepierna. Se podían eliminar esas distracciones, pero era mejor que no estuvieran ahí desde el principio. NewsReal estaba pasando a las pequeñas —un pequeño chichón en la nuca, una cicatriz diminuta—, pero él aún no había tenido la

suya. Cambió de posición y esperó. Era la primera vez que hacía algo que él llamaría una historia real.

Cuando se entrevistó con NewsReal, pensó que les gustaría que tuviera experiencia como actor, pero eso no les impresionó. Dijeron que lo contrataron por su agudeza y sus fuertes sentimientos.

“Siempre estamos buscando a un hombre que pueda llorar”, le dijo uno de sus cuatro entrevistadores.

“Yo también lo creo”, dijo y todos rieron.

"Y", dijo uno de ellos, "¡tienes sentido del humor!". Quedaron encantados; lo contrataron en el acto; el lugar era (según la perspectiva) la sede corporativa de NewsReal, Sala de Conferencias C; o la oficina de su madre, donde había pasado las noches entre trabajos, de nuevo a los treinta y dos años. Como diría la madre de Santee, le había costado encontrar su nicho.

NewsReal pensó que sería bueno con las víctimas, así que fue de tragedia en tragedia, hablando con los sobrevivientes, caminando entre los muertos. Su jefa, Inez, explicó su trabajo así: «La gente quiere sentirse mejor. Puedes darles buenas noticias, pero eso solo los empeora. Piensan: 'Está bien para ellos, pero ¿y yo?'. Es mejor mostrarles lo horrible que puede ser la situación, para que sus vidas mejoren y se *sientan* mejor. ¿Entendido?».

Lo consiguió. A él y a los de su calaña se les conocía popularmente como *buitres.* NewsReal tenía lo mejor, todos coincidían, y él era una estrella en ascenso. *¿Por qué,* se preguntó, *siempre tengo éxito en lo que detesto?*

Ahora, miraba hacia abajo, hacia este valle de pequeñas parcelas de cultivo y casas con techo de hojalata, y esperaba la tragedia. El humo de las fogatas se elevaba perezosamente hacia el cielo matutino, aún con vetas rojas. Los gallos llevaban un rato cantando. En los campos, en los pequeños patios junto a las casas, decenas de personas ya estaban ocupadas en sus quehaceres.

Eran invasores de tierras zapatistas: habían recuperado estas tierras de los *hacendados* que se las habían arrebatado a sus padres, abuelos y bisabuelos. No hace mucho, donde ahora se cultivaba maíz y frijol, pastaba ganado. Los *hacendados* dueños del ganado —hombres que vivían en la Ciudad de México, Cuernavaca, Los Ángeles, hombres que tenían contratos con McDonald's, Burger King o Taco Bell— querían recuperar las tierras y tenían la intención de recuperarlas esta mañana. Todo esto figuraba en la información a la que Santee había accedido de camino hacia aquí. Pero no lo había preparado del todo para la realidad.

Se había cruzado con varios indígenas, los invasores, que iban y venían por el sendero. Le sonreían con su timidez. Eran pequeños y delgados, pero no frágiles. Trabajaban demasiado para eso. Todos, incluso los niños, parecían llevar

algo —normalmente leña o sacos de maíz— que pesaba tanto como ellos. Llevaba un traductor de español, pero la mitad del tiempo no parecía funcionar. Entonces recordó, por la información recibida, que muchos de los indígenas mayores no hablaban español, solo su lengua materna.

No eran lo que esperaba. Cultivaban maíz y frijoles en plena zona de guerra, pero no había cartucheras ni armas, solo azadas y machetes. Inez le había dicho, cuando le encargó la tarea, que estuviera atento a «una de esas chicas revolucionarias —grandes tetas y un M16—; a los jóvenes les encantan. Recuerda que los hombres jóvenes, de catorce a veinticuatro años, son un componente clave de nuestro público objetivo para la cobertura de zonas de guerra». Pero estas jóvenes, aunque hermosas, era más probable que llevaran niños o cubos de maíz camino al almacén. Santee esperaba que el público objetivo no se decepcionara demasiado.

Inez tenía fe en él: «Sé que esto es muy diferente a las tonterías que has estado haciendo, pero les dije arriba que podías con ello. Así que, hagas lo que hagas, no te inmutes». Le dio un puñetazo en el brazo con buen humor, como si fuera parte del público objetivo. «No querrás hacerme quedar mal».

Había encontrado el bosque de macadamia mientras intentaba eludir a un par de jóvenes, Nico y Francisco, que se habían interesado amistosamente en él. Se habían

ofrecido a mostrarle el *ganado:* media docena de cabezas de ganado medio muertas de hambre en un corral de piedra que aparentemente eran el orgullo del *ejido.* Dijo que no, pero lo siguieron de todos modos. Pero cuando tomó el sendero hacia el bosque, se detuvieron y le preguntaron si se hospedaba en *el rancho,* señalando la ladera hacia una serie de pequeñas cabañas, aparentemente situadas para disfrutar de la vista. Mintió y dijo que sí, y eso pareció tranquilizarlos. Se despidieron con la mano, gritando *vaya bien* y lo dejaron en paz. No había estado mucho tiempo en México, pero no pudo evitar notar que en la ciudad le habrían pedido dinero, pero aquí el tema nunca surgió. Se preguntó si debía decirles, mientras los observaba sacar el ganado del corral lanzándoles piedras a sus huesudas patas traseras, que según un informante de NewsReal, estaban a punto de ser atacados.

Pero eso alteraría el equilibrio, arruinaría la historia. No se suponía que debiera involucrarse.

De todos modos, empezaba a pensar que la pista de NewsReal era falsa. A través de sus binoculares, pudo ver que no parecía haber nada en la base militar, salvo un par de tipos holgazaneando en la torre de vigilancia. Si el *ejido* esperaba un ataque, ciertamente no había señales de ello. Los gallos no dejaban de cantar, los perros ladraban y en una radio antigua sonaba a todo volumen música americana. Un solo cable conectaba al pueblo con un empalme de aspecto no oficial que subía la colina a través del bosque de

macadamia. Los niños jugaban a la mancha bajo una bandera zapatista. Nada iba a pasar.

Y entonces empezaron a llegar: dos caravanas de relucientes camionetas estadounidenses provenientes de extremos opuestos del valle, cargadas de jóvenes musculosos y armados, que se bajaron de la parte trasera de las lentas camionetas mientras rodeaban a su objetivo. Vestían camisetas, vaqueros y botas vaqueras. Quienquiera que los dirigiese no les proporcionaba uniformes, solo armamento de primera calidad.

Los camiones se detuvieron, la luz del sol brillaba en sus carrocerías lujosamente cromadas y el único sonido en el valle era el de sus motores funcionando al mismo tiempo que giraban suavemente.

Una de las bocinas del camión dio tres pitidos entrecortados y los hombres empezaron a disparar. Santee hundió las manos en la tierra, agarrándose como si fuera a volar del planeta, y observó. Ese era su trabajo. Los vio asesinar a mujeres con niños en brazos, a ancianos de rodillas. Los vio dispararle a Nico por la espalda, a Francisco en la cabeza. Los vio disparar a todos menos a un puñado que logró escapar a las colinas. Y cuando todos murieron o se fueron, los vio quemar cada casa, cada campo. Observó más de lo que podía comprender, más de lo que podía soportar.

Pero, se repetía a sí mismo, no podía dar la espalda. La gente tenía que saber lo que estaba pasando allí. Él era los ojos y los oídos del mundo, su conciencia. Mientras los asesinos los acorralaban y convertían los cuerpos en una pira, miró con los ojos llorosos a través de sus binoculares hacia la torre de vigilancia militar, y un soldado parecía estar mirándolo a través de los suyos. Pero no miraba a Santee. Estaba observando la carnicería. Al igual que Santee, no intervendría. Para llegar allí, estos camiones habrían pasado justo por delante de la base militar en caravana. Santee se preguntó si alguien en la base los habría saludado.

Santee observó las llamas hasta que oyó un crepitar en lo alto. Levantó la vista y vio que el árbol bajo el que se había agazapado estaba consumido por las llamas. El fuego en los maizales se había extendido y toda la arboleda estaba en llamas. No tuvo más remedio que retirarse colina arriba.

Al salir de la arboleda, había un gringo alto, de cabello canoso recogido en una coleta, recostado contra un poste de la cerca como si estuviera en un cóctel. Tenía una mirada aturdida mientras sus ojos iban del pueblo en llamas al bosque en llamas. *"Buenos días",* "buenos días o como sea", dijo con una sonrisa cansada, brindando por Santee con una copa vacía. Santee se preguntó si el hombre estaría borracho, pero no esperó a averiguarlo. En cambio, echó a correr a toda velocidad.

Santee no recordaba haber vuelto a la ciudad y a su hotel. Una vez tras las puertas cerradas, hizo una copia de seguridad de todo lo que había grabado y lo transmitió a NewsReal para su edición, esperando que el mundo presenciara estos horrores en cuestión de horas y los denunciara. Se duchó, se acostó, durmió un par de horas y se despertó gritando, no por los sueños, sino por los recuerdos de la masacre.

Incluso mataron al ganado.

Se conectó a internet y entró en NewsReal, pero no había nada. Lo revisó una hora después. Nada seguía. Tras darle vueltas, finalmente contactó con Inez y entraron en su oficina virtual. Tenía vistas a un horizonte idealizado de Atlanta. No se mostró muy alentadora: «Lo único que sabemos es que se trata de una disputa local —clanes indígenas en disputa—, no hay ninguna noticia».

Santee no podía creerlo. "¿Clanes indios? ¿De qué demonios estás hablando? ¿Del clan de los granjeros y del clan de los culturistas? ¿Del clan de las azadas y del clan M16? ¿Viste lo que te envié?"

Le puso una mano en el hombro, una mano amable, comprensiva y protectora. «Déjalo ir, Santee. Nadie quiere esto».

¿Cómo que "nadie"? ¡Lo quiero yo, carajo! La gente necesita saber qué está pasando aquí.

Su mano le apretó el hombro, un poco demasiado fuerte. "No, no lo sabrán. Nadie *tiene* por qué saber nada. Nadie quiere saberlo todo, y no es nuestro trabajo decírselo. No te pongas mesiánico, Santee. Tienes buen instinto. Sientes profundamente. Encajará muy bien con la historia adecuada. Pero, créeme, esta no es la historia adecuada". Sonrió. "Sé que esto debe haber sido terriblemente estresante para ti. ¿Por qué no te tomas un descanso? Conéctate. Pásalo en grande; es gasto de la empresa".

“La maldita web es el último lugar en el que quiero estar”.

—Es la mano que alimenta, Santee. La mano que alimenta. Bueno, pues: Emborráchate. Busca una *señorita amiga.* No debería ser muy difícil por ahí, ¿eh? —Le dio una pequeña sacudida en el hombro—. Déjalo pasar.

"¿Qué pasa si puedo demostrar que no se trataba de clanes en disputa?"

Ella lo observó un momento. *Prometías mucho…,* parecía decir con la mirada. Le dio una palmadita maternal en el hombro. "Ya veremos."

Tras su conversación con Inez, Santee se sentó en su habitación de hotel en Ocosingo, analizando lo sucedido, esperando a que se calmara la situación, sabiendo ya lo que

tenía que hacer, simplemente esperando el silencio necesario. Eran las dos de la mañana. Incluso el sistema de sonido del vestíbulo —subido al máximo por Félix, el recepcionista, como cortesía a todos los que quisieran escuchar rock estadounidense de mediados del siglo XX— finalmente se apagó. El único sonido era el borboteo ocasional de la botella de agua que resonaba en las baldosas del patio.

Santee había copiado las grabaciones de la masacre antes de enviarlas a NewsReal. No debía hacerlo. En el documento de veinte páginas que firmó al aceptar el trabajo, prometió, entre otras cosas, no copiar jamás las grabaciones de NewsReal. Era fácil. El técnico que lo entrenó en la interfaz le explicó cómo, aunque le dijo que nunca lo hiciera. Cuando Santee le preguntó por qué, le sugirió que lo averiguara por sí mismo.

Había varias buenas razones para hacer copias de seguridad de las grabaciones, y la mayoría de los reporteros lo hacían de vez en cuando, al menos a corto plazo, sobre todo con mal tiempo. Los datos podían distorsionarse durante la transmisión y desviarse. Una vez perdió una tarde entera de entrevistas con víctimas de un aluvión de lodo cuando el sistema se bloqueó en plena transmisión. Entonces, ¿por qué *estaba* configurado el sistema para purgar un archivo una vez enviado? ¿Y por qué NewsReal revisaba periódicamente los discos duros de todos para ver si alguien conservaba su trabajo?

No se trataba de protección de derechos de autor, como afirmaba NewsReal. ¿A quién vender grabaciones y a cambio de qué? Una grabación no se vendería a menos que pasara por la red satelital WebNet, donde se identificaría como grabada por el equipo de NewsReal, se cobrarían las tarifas y se depositarían automáticamente en las cuentas de NewsReal o, si no había una cuenta para pagar la publicación, el sitio sería cerrado y procesado. No se podía robar una grabación de NewsReal; solo se podían crear nuevas oportunidades para que NewsReal ganara más dinero con ella.

No era la teoría cínica, popular entre los reporteros, de que NewsReal temía lo que la gente pudiera hacer si descubría la enorme diferencia entre las grabaciones sin editar y el producto final. De hecho, cualquier idiota podía ver que las noticias estaban repletas de publicidad engañosa y se ajustaban a diferentes mercados, pero a nadie parecía importarle. ¿Por qué deberían importarles? Ya nadie se tomaba las noticias en serio.

Santee pensó que las razones de la prohibición de NewsReal de copiar grabaciones podrían ser más sutiles. NewsReal dependía de personas como él para recopilar experiencias para otros y compartirlas. Pero ¿qué pasaría si los reporteros comenzaran a aferrarse a su trabajo? Podrían reproducir sus grabaciones, reflexionar sobre ellas, dejar de pensar en ellas como un simple "producto en bruto" (como las llamaba Inez) y comenzar a pensar en ellas como

experiencias, sus propias experiencias. Entonces podrían pensar en reflexionar sobre ellas, intentar comprenderlas, tal vez incluso hacer algo al respecto. Podrían dejar de pensar en sí mismos como simples cámaras. Podrían comenzar a creer que eran testigos. Podrían comenzar a pensar que la verdad importaba de alguna manera, que incluso existía tal cosa. Tales nociones —como NewsReal tenía motivos para temer— podrían ser muy, muy malas para el negocio.

Santee esperaba que así fuera.

Su interfaz de grabación podía usarse para la reproducción, aunque era mucho más intensa que la virtual habitual. Peligrosamente intensa, según algunos, y todos los periodistas conocían a alguien que conocía a alguien que había muerto de un infarto o se había vuelto loco reproduciendo algún espectáculo de terror que él había grabado.

Había salido antes y comprado un paquete de cigarrillos, sacando uno y dándole el resto a Félix. Lo encendió, el primero en cinco años. Mientras fumaba, bebió un whisky con agua sin hielo. El ordenador estaba sobre la mesa, frente a él, listo para reproducir.

Se sentó junto a la ventana abierta. Desde allí podía ver el valle hacia las ruinas, enmarcado por el patio abierto. El humo que se elevaba hacia el cielo durante la mayor parte

del día se había disipado al atardecer. Ahora el cielo estaba estrellado.

Cuando salió antes, intentó que alguien, quien fuera, le contara lo sucedido a las afueras del pueblo. Incluso el sociable Félix, apoyado en la pared junto a la entrada, respondió a la pregunta de Santee sobre la columna de humo con una suya. "¿Te gusta Sheryl Crow?"

“Everyday Is a Winding Road”[1] sonaba a todo volumen en el vestíbulo.

—Sí —dijo Santee—. Muchísimo.

—Buena canción, ¿no? —Félix miró hacia el camino en dirección opuesta a la columna de humo.

Santee entendió el punto.

Dejó su cigarrillo en el cenicero y el whisky escocés que estaba junto a él en el alféizar. Con mano temblorosa, pulsó una tecla para reproducir la masacre. La reprodujo sin filtros ni atenuación. Estaba programada para sonar sin parar hasta que él le ordenara que parara. Sabía que todo aquello olía a penitencia.

Las dos primeras veces, no pudo hacer nada. Paralizado por el pánico y el terror, solo podía respirar, como si

1 «Everyday Is a Winding Road» es el segundo sencillo del álbum homónimo de 1996 de la cantante y compositora estadounidense Sheryl Crow. [N. T.]

estuviera en la aldea siendo asesinado, viendo morir a todos sus conocidos ante sus ojos. Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero su visión en la grabación era firme, implacablemente enfocada. Su entrenamiento había resistido, así que sus ojos recorrían la escena periódicamente para captarlo todo. Pero no podía captar nada. Quería excavar bajo tierra y esconderse.

No fue hasta la tercera vez que empezó a notar a los que escapaban. Un hombre con la mirada perdida, sin camisa y medio muerto de hambre, se subió a una bicicleta y la embistió contra el pistolero más cercano, saltó de la bicicleta y se metió a gatas en el bosque. Una mujer con una herida de bala en el hombro se arrastró unos metros a la vez cuando pensó que los pistoleros no la veían. Cuando llegó al maíz, se puso de pie y corrió con todas sus fuerzas. Los niños que jugaban a la mancha, siete de ellos, corrieron hacia las ruinas cuando comenzó el tiroteo. Uno de ellos lo logró. El más bajo, una niña de no más de cuatro o cinco años. El pistolero que los dispersó a balazos apuntó demasiado alto. Cuando llegó el momento de matar a la niña solitaria, el pistolero, para su pequeño mérito, se dio la vuelta con una mirada torturada en su rostro.

Santee abrió el teclado virtual, tomó notas e hizo un recuento. Once personas habían escapado. Cinco de ellas estaban heridas o con algún tipo de lesión, dos probablemente de muerte. Hubo nueve, quizá diez

sobrevivientes. Además de los asesinos, los soldados de la atalaya y el gringo en la ladera, Santee fue el único testigo.

Y entonces empezó a contar los muertos. No pudo estar seguro de los que se quedaron dentro hasta que los sacaron a rastras de sus casas acribilladas para quemarlas. Uno de los pistoleros parecía estar contando los cadáveres él mismo. Santee se preguntó si así les pagaban. Desde luego, no por hora. Desde que los camiones rodearon el pueblo hasta que se marcharon dejándolo en llamas, pasaron veintisiete minutos. Tuvo que repetirlo cinco veces para conseguir a todos los muertos, para ver cada rostro (si podía) e identificarlos, anotando la causa de la muerte y el presunto autor de los 176 asesinatos.

Tuvo sumo cuidado con los asesinos, bloqueando el rostro de cada uno, almacenándolo, realzándolo, marcándolo para su reconocimiento. Le facilitaron la tarea formando brevemente junto a los cuerpos en llamas, aparentemente para comprobar si todos estaban contados. Aparte del que le habían dado un golpe con una bicicleta, no hubo bajas. Había tres pistoleros cuyos rostros no pudo ver con claridad, y otros ocho que no estaba seguro de haber visto con la suficiente claridad como para identificarlos. Había veinticuatro que estaba seguro de reconocer si los volvía a ver. Con un toque de humor siniestro, Santee configuró el software de reconocimiento para que envolviera sus rostros en llamas si se los encontraba al grabar.

Cuando santee terminó, John Mellencamp cantaba para el hotel, y Felix cantaba con él. Los gallos cantaban. La brisa que entraba por la ventana olía a plantas y desinfectante. Santee había dejado quemar tres cuartas partes de su cigarrillo en el cenicero. Menos mal. Se llevó el whisky con agua al baño y lo vertió por el desagüe. Enjuagó el vaso y bebió un poco de agua antes de preguntarse si el agua sería potable.

Seguro.

Vaya bien, le habían gritado Nico y Francisco, agitando los brazos en amplios movimientos. Literalmente, «que te vaya bien». Ambos estaban muertos. Se habían ido. Él seguía vivo. A salvo.

Se echó a llorar, sollozando, "¡Dios mío!", aunque nunca había sido religioso. Apoyó la espalda contra la pared y se deslizó hasta el suelo, apoyando la frente en las rodillas. No podía parar de llorar. Las duras paredes de baldosas le devolvían el eco de sus sollozos. Casi sonaban a risa. Era patético. Por un segundo pensó en conectarse a internet, ir a un centro de intervención en crisis, pero la idea le repugnaba: como si su dolor fuera la crisis, cuando había supervivientes allá afuera en las montañas. La enormidad de su duelo lo llenó de vergüenza.

La mano que alimenta, Santee. La mano que alimenta.

Después de un rato, se acurrucó en el suelo de baldosas y durmió, como si se desmayara tras una noche de copas. Al despertar, sintió una extraña paz. Sabía exactamente lo que debía hacer.

* * *

Cuando le preguntó a Inez qué haría si pudiera desacreditar la teoría del clan, no tenía ni idea de cómo lo haría. No era un periodista de investigación. Era un quisquilloso, un observador con ojo agudo y un nudo en la garganta. Inútil para todos esos muertos, aún más inútil para los vivos. Pero ahora conocía dos docenas de rostros, dos docenas de hombres que probablemente vivían por aquí.

Se duchó y se vistió con pantalones cortos, camiseta y mochila como cualquier turista. Salió por la tarde a caminar, observando cada rostro. No tenía que quedarse mirando. La computadora en su mochila lo hacía por él, procesando la información cien veces más rápido que él. Se dirigió al sur, al mercado, pero era media tarde y no había mucho que hacer. Regresó al centro del pueblo y cruzó el *zócalo* en diagonal, de suroeste a noreste. Miró a un hombre sentado en una banca del parque en medio del *zócalo,* lustrando sus zapatos, leyendo un periódico. Levantó la vista del periódico al pasar Santee, y su rostro se encendió.

Santee siguió a trompicones, girando a la derecha en la esquina, en dirección sur para que el hombre, que miraba al

noroeste, no lo viera merodeando a la sombra de un árbol detrás de él. El limpiabotas estaba terminando, puliendo vigorosamente, chasqueando el trapo. El hombre se levantó, le lanzó una moneda al chico y se dirigió al noroeste. Santee lo seguía a media cuadra. Vestía una camisa blanca impecable y pantalones negros. Sus zapatos recién lustrados contrastaban bastante con las botas que había llevado la mañana anterior, botas que debían de estar empapadas de sangre, barro y ceniza.

No habían ido muy lejos cuando el hombre abrió una verja de hierro y entró en un patio privado, cerrándola tras él. Santee oía los apagados saludos del interior, y risas. Parecía haber una fiesta. Miró a través de la reja de la verja y vio un patio lleno de gente: hombres, mujeres y niños. Una fiesta de cumpleaños, supuso.

El hombre al que seguía estaba haciendo un alboroto por un niño de seis o siete años, llamándolo hombrecito, y sintiendo su fuerza. Alguien vio a Santee en la puerta, y fue como si el ruido de la fiesta se hubiera silenciado con un interruptor. El hombre se giró para mirar a Santee. "¿Puedo ayudarle?", preguntó en español. Santee oyó la traducción como una voz suave en su oído. No usó el traductor para responder, sino su propio español universitario, con un acento que incluso su paciente profesor habría encontrado insoportable.

Me llamo Santee St. John. ¿Cómo se llama usted? Pasó la mano torpemente por la puerta, sonriendo como un idiota, como un refugiado de una simple clase de español, y como por arte de magia, el hombre le estrechó la mano, le dijo a Santee su nombre, abrió la puerta de par en par, lo presentó a todos y lo invitó a la fiesta de cumpleaños de su sobrino.

A medida que avanzaba la noche, Santee le preguntó dónde vivía, para quién trabajaba, con quién trabajaba. Todos disfrutaban riéndose del gringo tonto con el español terrible. Les gustaba Estados Unidos; les gustaban los estadounidenses. Él respondió a sus preguntas con los estereotipos que todos querían oír: era rico. Tenía un coche nuevo y grande. Tenía muchas mujeres, reales y virtuales. Su computadora era lo mejor que se podía comprar y capaz de operaciones casi mágicas. Era un bufón ingenuo que entendía la política mexicana tan bien como un perro entiende a los vegetarianos y le importaba aún menos. Él era su futuro, un hombre global.

En una impresionante muestra de generosidad, *el tío* Roberto les regaló a su sobrino y a todos sus amigos un viaje en un barco pirata virtual. Mientras los niños estaban conectados, dormitando en una hilera de pequeños sillones reclinables con interfaz Weisiger, Roberto invitó a los hombres, Santee incluido, a un lugar llamado Planet Whore, un "sitio de placer para caballeros" dirigido por el mismo grupo que creó NewsReal.

Temprano a la mañana siguiente, Santee regresó a toda prisa a su hotel. Se quedó en la ducha con la ropa a los pies, mientras el agua le caía a chorros. Había conocido a cuatro de los asesinos cómplices de Roberto durante su visita a Planet Whore. Gracias a ellos tenía pistas sobre una docena más. La verdad, al parecer, sería relativamente fácil de descubrir. Lo difícil sería vivir con ella.

Durante las siguientes semanas, encontró a once más de los veinticuatro en Ocosingo y sus alrededores, además de los nombres de una docena con quienes y para quienes trabajaban. Nunca mencionó la matanza de indígenas a nadie. No tenía por qué hacerlo. Intentaban impresionarlo con historias sobre lo altos que eran sus contactos y lo poderoso que era su control sobre el país. Pero también le confesaban lo difícil que era llegar hasta aquí, que realmente no tenían más opción que trabajar para el partido gobernante. Los zapatistas estaban arruinando la vida de todos. Debería decirles a sus compatriotas que las mentiras zapatistas no eran ciertas. Santee quería decirles que la mayoría de la gente en su país gastaba su tiempo, dinero y energía en mentiras más fundamentales que las que los zapatistas pudieran contar. Pero no lo hizo.

Se conectó a internet e investigó él mismo, aunque NewsReal, por derecho propio, contrató a otras personas para que lo hicieran. Santee no quería correr ningún riesgo. Al terminar, tenía una lista de veintisiete nombres, todos ellos trabajadores de una asociación de terratenientes cuyos

vínculos con el partido gobernante y el presidente eran tan evidentes que no parecían creer tener nada que ocultar. La mayoría de los hombres habían sido arrestados por delitos graves, como asesinato, violación e incendio provocado. Ninguno había sido juzgado jamás por ninguno de ellos.

Ella lo entretuvo, pero Santee finalmente consiguió una cita con Inez para mostrarle lo que tenía. Lo resumió en una experiencia de quince minutos. Ella se fue después de cinco. "Es demasiado complicado", le dijo. "Requiere mucha reflexión, y no hay emociones viscerales que valgan".

«Ya tienes las emociones fuertes en lo que no quisiste publicar… Los ricos roban tierras a los agricultores pobres para pastorear ganado para hamburguesas americanas. Cuando los agricultores se defienden, los ricos los asesinan con matones a sueldo. ¿Qué tiene eso de complicado?

Bla, bla, bla, bla. Palabras, Santee. A nadie le importan las palabras. Puedo darte dos minutos, tres máximo. ¿Qué me muestras? Un desastre sin respuestas...

¿Qué quieres decir con sin respuestas? ¿Es ese nuestro trabajo?

«¿Me dejas terminar? No hay respuestas. Nadie quiere sentirse estúpido e impotente. Eso ya se lo dan su mujer y sus hijos. Vienen a nosotros para tener todo bajo control, para entender el mundo en quince minutos. Quizá no

entiendan una mierda. No me corresponde a mí decirlo. Lo que vendemos es que crean que sí lo entienden».

«¿Por qué no puedes darme más tiempo?»

¿No has oído lo que está pasando?

“Aquí la gente no vive conectada, Inez”.

Esto es más grande que eso. ¡Un chico de veintidós años en Vermont tiene grabaciones del presidente cogiendo con él cuando tenía *diecisiete!* ¿Qué crees que le importa más al mundo? ¿Que fusilen a unos indígenas hambrientos en México o que el presidente sea homosexual y enfrente cargos criminales?

—¿Qué cosa te importa más, Inez?

Conseguí cinco minutos de las grabaciones reales: el clímax, el clímax simultáneo, debo añadir. Exclusiva. Rompimos el récord de visitas totales en la primera hora de emisión. Las suscripciones a NewsReal han subido un mil por ciento. Mi bonificación por sí sola me daría un mes de felicidad. Lo siento, Santee. Seguro que tus indios son muy amables, pero no podrían hacer eso por mí, ni por ti tampoco. Quizás si fuera lento, podrían tener su turno para ser la orca perdida de la semana, pero no lo es, y tengo trabajo que hacer.

¿Cómo sabes que la grabación se hizo cuando el chico tenía diecisiete años?

¡Santee, madura! No importa. Siempre intentas complicar las cosas. ¿No aprendiste nada en la escuela? Concéntrate, Santee.

—Truco, querrás decir. Gancho. Manipulación.

Había ido demasiado lejos. Ella se cruzó de brazos, con una mirada altiva y moralista. «La próxima vez que te vea, espero una actitud diferente hacia tu trabajo. Empiezas a parecer que perteneces a otro sitio». Lo interrumpió para dejarlo colgado, para asustarlo. Pero no tenía miedo. La idea de perder su trabajo en NewsReal parecía tan amenazante como recuperarse de una disentería.

Santee había hecho su trabajo. había hecho todo lo que se suponía que debía hacer y más, pero no había servido de nada. Era hora de volver a casa, con el rabo entre las piernas. Pero no se animaba a hacerlo. Había pasado una semana desde que Inez rechazó su historia a favor de la del presidente supuestamente gay, y Santee seguía en Ocosingo, editando, buscando nuevas líneas de investigación, sin querer admitir que había llegado a un callejón sin salida. Al menos en el camino que había estado recorriendo.

Había hecho de esta historia una causa, una prueba de fuego de dónde se encontraba su vida. Chico inteligente, chico sensible, había recibido una buena educación, una dosis de idealismo junto con ella, que estaba demostrando ser más fuerte de lo que había pensado. Había pensado que no se hacía ilusiones sobre las noticias, claro, eran principalmente solo para aparentar, solo para ganar dinero, pero cuando realmente importaba, en medio de todo el bombo, sacaba la verdad a la luz. Ahora veía que era precisamente cuando había más en juego que *no* decía la verdad, que ignoraba o mentía sobre cualquier cosa que pudiera alterar los negocios como siempre. Esta no era una idea nueva para Santee. La había escuchado un millón de veces, pero no la había creído. *Lo descubrirás,* le habían dicho, junto con las predicciones habituales: se volvería cínico, aunque él lo llamaría "realista", seguiría haciendo el trabajo, ascendiendo, siguiendo adelante, superándolo, enfrentando los hechos. Madurando.

Sus padres estaban orgullosos de su hijo de mediana edad, un incordio hipersensible durante la mayor parte de su vida, que *finalmente había* encontrado, en el léxico de su madre, "su vocación". Como si fuera un misionero. Lo cual, en cierto modo, era: difundir el evangelio de NewsReal a lo largo y ancho, pero sin llegar a lo profundo: el mundo era como uno quería que fuera en la privacidad de su hogar, totalmente personalizable para adaptarse a su perfil y estilo de vida. Había desgracias, calamidades, disturbios, sin duda, pero

uno estaba sano y salvo y bien informado aquí en la red, donde las viejas virtudes se añadían a casi todas las historias. Para las víctimas, excepto para quienes se lo habían buscado, había esperanza. La fe estaba disponible en multitud de sitios. La caridad buscaba voluntarios.

Debería renunciar, se repetía una y otra vez. ¿Y qué? ¿Sentirse mal? Eso les haría mucho bien a todos. No podía irse así como así, pero la idea de seguir en NewsReal le daba asco.

Abrió las cortinas y la ventana de par en par. El aire era fresco y seco. Estaba anocheciendo. No había salido de su habitación en todo el día. Bajó al vestíbulo, que, al igual que todo el hotel, por lo que pudo ver, estaba vacío. La película de agua sobre el suelo de baldosas recién fregado se evaporaba ante sus ojos. Félix estaba sentado en la puerta, fumando un cigarrillo y mirando la calle. Por una vez, la música estaba apagada.

Santee se enteró de que Félix no solo trabajaba allí, sino que era el dueño del lugar. La "sirvienta" que Santee había visto algunas veces era la hermana de Félix. Normalmente, Félix limpiaba el lugar él mismo. Habían heredado el hotel de su padre y sus tíos, quienes en su día habían depositado grandes esperanzas en él, vendiendo sus partes de tierras *ejidales* a principios de siglo para comprarlo. Los primos de Félix se habían ido al norte en busca de trabajo. Su hermana quería vender. Pero ¿cómo vender, quería saber Félix, si no

había compradores? Santee dudaba que el lugar alcanzara el punto de equilibrio.

De niño, dijo Félix, el hotel solía estar lleno de estadounidenses, europeos y canadienses; muchos venían a ver *la guerra,* quizá a ver a los zapatistas o incluso al mismísimo Subcomandante Marcos. Pero *El Sub* había desaparecido, y a nadie le importaba. Los únicos huéspedes ahora eran vendedores o agricultores que llegaban al pueblo para los mercados o festivales. Pero con poco que vender y menos que celebrar, no había muchos de ellos.

Santee se sentó junto a Félix, esperando que éste le preguntara, como hacía todas las noches, si Santee tenía la intención de quedarse otra noche, pero Félix lo sorprendió.

“Una mujer vino a buscarte esta tarde”, dijo Félix.

“¿Una mujer?”

La aparente sorpresa de Santee hizo sonreír a Félix. «Sí, una mujer. Dice ser amiga tuya. Se llama Margaret».

Amiga. *Amiga,* dijo. Pero eso podía significar cualquier cosa, desde conocida hasta amante. Daba igual. «No conozco a ninguna Margaret», dijo. «¿Le dijiste que estaba aquí?»

Félix negó con la cabeza. «Que una mujer venga a buscar a un hombre no siempre es bueno. A veces el hombre no

quiere que lo encuentren. No creí que fuera tu amiga: me ofreció doscientos pesos para que le dijera dónde estabas. Pero ¿quién paga por ver a un amigo?»

“Deberías haber cogido el dinero y haberle dicho que estaba aquí”.

Félix sonrió. «No. Yo lo cuido, señor. Es mi invitado». Se encogió de hombros. «Es una mujer muy tonta. Si quiere encontrarla, no es tan difícil. Además, doscientos pesos ya no son nada».

La estancia de un mes de Santee aquí probablemente fue un récord para este hotel crónicamente vacío. Félix no querría poner en peligro su relación. Pero Santee no creía que Félix solo lo viera como el gringo que había apostado la tarjeta de crédito dorada. Se gustaban. En la medida en que su masculinidad, el idioma y las barreras culturales lo permitieron, se hicieron amigos.

"¿Qué quería ella?"

"Amor, negocios. *¿Quién sabe?*"

“¿Dijo algo?”

Ella dijo: «Dile que nos encontremos esta noche en el Hotel Colonial para cenar».

“Pero le dijiste que no estaba aquí”.

Se rió. «Es una mujer inteligente», dijo con admiración. «No me creyó».

Santee captó la carga sexual en el tono de Félix. "¿Qué aspecto tenía?"

Félix sonrió ante la pregunta y onduló los hombros como si la música hubiera empezado. «Es una mujer muy guapa. Pero fuerte, ¿sabes? Ya no es una niña pequeña. Sabe lo que quiere. Con una mujer así, hay que ser serio. Con una mujer así, hay que estar dispuesto a entregarle el corazón, nada menos».

“¿Puedes deducir todo eso con una conversación de cinco minutos?”

¿No puedes? Los estadounidenses piensan demasiado. No confían en sus sentimientos hasta que alguien más los tiene en internet. ¿Quieres tu habitación otra noche?

—Quizás debería mudarme al Colonial. —Santee intentó una mirada lasciva, pero no le entusiasmaba. Lo más probable es que Margaret fuera una solucionadora de problemas de NewsReal que venía a revisar su inversión. Iba en serio, sí. Problemas serios.

CAPÍTULO DOS

El Colonial era el hotel más bonito de la ciudad, el lugar donde se alojaban los funcionarios del gobierno de visita y la mayoría de los periodistas, cuando se molestaban en venir aquí, o a cualquier otro lugar. El restaurante del hotel, aunque no era el mejor de la ciudad, era sin duda el más caro. Había algunas mesas afuera, en un porche con barandilla que daba al *zócalo.* Había nueve o diez personas allí. Era difícil pasarla por alto. La única mujer y la única estadounidense, estaba sentada sola en un extremo del porche, con un círculo de mesas vacías a su alrededor. Era bonita, como dijo Felix, con cabello castaño y rizado y ojos grandes. A Santee le recordó a una actriz de una película que había visto en la universidad, pero no podía recordar el nombre. Una comedia, pensó. Muda.

Pero esta mujer, cuyo nombre podría ser Margaret o no, parecía ir en serio. Vestía un traje gris severo y una expresión

decidida. Un maletín reposaba sobre su silla como un perro fiel. Por lo que fuera que quisiera ver a Santee probablemente estuviera dentro de ese maletín. Un abogado de NewsReal, supuso.

Llevaba unos pantalones caqui desgastados y una camisa blanca sin cuello, ambos manchados con las manchas que el lavado del lavabo no quitaba. Había viajado ligero a México: tres camisas y dos pantalones. No había comprado provisiones, salvo comida, y cada día actuaba como si quisiera irse *pasado mañana.* Pero nunca podía irse del todo, nunca podía quitarse de encima la sensación de que tenía asuntos pendientes. Quizás esta desconocida, que decía ser su *amiga,* lo motivara a terminarlo o a dejarlo pasar.

Ella no lo había visto, ni siquiera parecía estar muy pendiente de él. Se acercó por detrás. Despidiéndose del camarero con la mano, dio la vuelta, apartó la silla frente a ella y se dejó caer, con la esperanza de desconcertarla, de hacerle saber desde el principio que no se dejaría intimidar.

—¡Si es mi vieja amiga Margaret! —dijo.

Ella permaneció imperturbable. Dejó su copa de vino, parpadeando lentamente, con la sonrisa tensa de quien le sigue la corriente a un niño. Miró por encima del hombro de él. Él se dio cuenta de que lo había estado observando acercarse por la ventana.

Extendió la mano. «Eres Santee St. John», dijo. La sonrisa se ensanchó, pero no se profundizó. Se sentía como si estuviera en una obra de teatro, interactuando con un personaje predefinido para el que realmente no existía, para el que no importaba, como si su importancia, fuera la que fuese, no ocurriera aquí y ahora, sino en otro lugar.

Le tomó la mano, la estrechó rápidamente y la soltó. Era atractiva. ¿Y qué? Daba igual. Pero sus ojos lo sobresaltaron: un verde pálido, más amable de lo que habría imaginado, pero cautelosos. "¿Cómo sabes quién soy?"

Soltó una risa nerviosa, envuelta en una oleada de alegría frenética que él supuso no era su forma habitual. «Tu biografía está publicada en la página de NewsReal, junto con una foto y ejemplos de tu trabajo. Te conozco a fondo».

Si se suponía que era una fanática deslumbrada, no estaba convencido. Intentaba cautivarlo, apelar a su vanidad. Por desgracia, la poca vanidad que poseía se había atrofiado desde la masacre. «Entonces me tienes en desventaja».

—Lo siento, Margaret Mayfield.

“¿Y tú eres?”

“Estoy entre trabajos en este momento.”

“¿Y entre qué tipo de trabajos estás?”

Ella se rió. "De todo tipo."

"¿Es aquí donde hago alguna broma lasciva?"

“Espero que no.”

Se preguntó cuánto tiempo seguiría con esa tontería, pero no tuvo paciencia para averiguarlo. Puede que fuera bonita, pero también era el enemigo. Tenía que serlo. Nadie más sabía que estaba en Ocosingo. Ahora era su turno de sonreírle con indulgencia. "¿Por qué no nos detenemos, Margaret Mayfield, y me dices qué te importa conmigo?".

El camarero estaba a un par de metros de distancia, esperando a que lo llamaran. "¿Qué tal si cenamos?", preguntó.

Este lugar es muy caro. Prefiero la *taquería* de la calle abajo.

"Iremos allí entonces."

Hablemos primero, luego ya veremos. Soy muy particular con quién ceno.

Eso le arrugó la sonrisa. Luego la dejó desaparecer por completo. "No es lo que he oído. Últimamente has estado cenando con los de abajo".

“¿Y eso por qué es asunto tuyo?”

Se volvió hacia el camarero y le dijo en un español excelente que volviera más tarde. Esperó a que se fuera antes de hablar.

Bien. Iré directa al grano. Creo que grabaste lo que pasó cerca de las ruinas hace un mes.

¿Esa información también está publicada en la web?

—Si sabes dónde encontrarlo —contó los puntos con sus dedos largos y delgados—. Llegaste aquí el día antes de que ocurriera, justo después de que NewsReal te sacara de Houston en medio de una misión. NewsReal te tiene en la lista como de vacaciones desde hace un mes, pero Ocosingo no es precisamente la idea que la mayoría tiene de un paraíso vacacional, y NewsReal no es tan generoso.

“Ya sabes cómo es con nosotros, los reporteros mundialmente famosos: es difícil escapar”.

“Yo diría que NewsReal fue informado sobre la masacre y te envió a buscar la historia”.

Si eso fuera cierto, ya estaría en la web, ¿no? Ya estaría en casa, ¿no?

“A menos que NewsReal no lo quisiera y tuviera otros planes”.

¿Y qué tiene que ver todo esto contigo? Por alguna razón, me perdí esa parte.

Ella lo observó un momento con los ojos entrecerrados. "¿Cuál es tu precio?"

"¿Precio?"

Para las grabaciones. Hiciste una copia, ¿no? Eso es lo que sigues haciendo aquí. Probablemente estés pensando en extorsionar a algunos de los chicos malos con los que te has estado juntando, pero te lo desaconsejo encarecidamente. Ya están sospechando de ti, y sus jefes ya se te adelantaron.

Había un desprecio en su voz al decir "sus jefes" que era difícil de fingir. Estaba bastante seguro de que no estaba con NewsReal. Entonces, ¿quién era? ¿Qué quería? "¿De qué estás hablando?", preguntó.

¿No has oído las noticias?

Estoy de vacaciones. ¿Recuerdas?

Sacó una computadora portátil de su bolso, que al mirarla más de cerca parecía más bien una mochila de cuero estilizada que no combinaba bien con el traje. Abrió la computadora, encontró lo que buscaba y la puso sobre la mesa frente a él. Mostraba un artículo de NewsReal. Acababan de conseguir un contrato exclusivo para gestionar la presencia web oficial de México, tanto nacional como

internacional, en un acuerdo de varios miles de millones de dólares.

"¿Entonces dices que los han comprado?"

Es una forma halagadora de decirlo. Es una incógnita quién contactó a quién, pero apuesto a que NewsReal fue quien lo solicitó. Tenían algo que vender a un comprador en particular interesado en mantenerlo en secreto, algo en lo que el mercado en general preferiría no pensar, así que el único beneficio real que se podía obtener era *no* publicar la noticia. No me sorprendería que ese no fuera el trato que tenían en mente cuando te enviaron aquí en primer lugar.

“¿Lo ves todo en términos económicos?”

—No, el mundo sí. ¿No te has dado cuenta?

“¿Y cuál sería su interés en estas grabaciones, si existieran?”

"¿Importan?"

Se descontroló. Llevaba semanas conteniendo la rabia. "¿Acaso *importa*? ¿Tienes idea de lo que hay en estas grabaciones?"

Estaba prácticamente gritando. Ella se removió incómoda en la silla. «Una buena idea».

“Una buena idea. Lo que debería hacer es conectarte y dejar que las experimentes por ti misma durante unas horas; darte una idea vívida de lo que se siente al presenciar un asesinato en masa. Luego puedes decirme cuánto crees que valen, si son importantes o no, y ver si te apetece cenar bien y después, hacer algún trato.”

Se levantó y empujó su silla. Su copa de vino se tambaleó, derramando vino tinto sobre el mantel. "Ahora, si me disculpas, estoy de vacaciones". Giró sobre sus talones, saltó la barandilla y cruzó el *zócalo,* sin ningún destino en mente, solo para alejarse de Margaret lo más rápido posible.

¿Cuál es tu precio? Fue todo lo que pudo hacer para no estrangularla.

Cuando se calmó un poco, se dio cuenta de que prácticamente corría y aminoró el paso. Un perro color óxido, despertado por su embestida, lo observó, trazó un círculo con las patas rígidas y se dejó caer de nuevo en el polvo. Al final de la calle, los últimos puestos del mercado cerraban. Los vendedores seguían con sus negocios a cámara lenta. Había sido otro mal día. Siempre era un mal día. Nadie tenía dinero.

Últimamente has estado cenando con los más desfavorecidos.

Casi nadie, se corrigió. Casi nadie. México era uno de los países más ricos del mundo, con docenas de multimillonarios. Pero también tenía a millones en la miseria. La disparidad entre ricos y pobres se había acentuado aquí más que en cualquier otro lugar del mundo. Santee había llegado a comprender lo que debería haber sido obvio: que ambas cosas iban de la mano.

En una de sus tardes de internet con *el tío* Roberto y sus amigos, Santee se encontró tomando una copa con un economista italiano, quien le explicó lo que él llamaba las realidades de la vida mexicana: "A los ojos del mundo, México es mano de obra barata, petróleo barato, bosques baratos para moler y convertir en papel higiénico. El mundo le da a México un montón de dinero para estas cosas a unos pocos hombres cooperativos que no deben compartir la riqueza o se acaba el juego. Es un hecho bien conocido que cuanto más próspero se vuelve un pueblo, más probable es que la democracia se afiance y la gente empiece a tomar decisiones por sí misma. De repente, desaparece la mano de obra barata, la gasolina barata, el papel higiénico barato, y nadie consigue nada. ¿Entiendes?"

Lamentablemente así era: el primer mundo estaba lleno.

Pensó en lo que Margaret había dicho. NewsReal probablemente lo había enviado allí sin intención de publicar la historia, a menos que hubieran perdido el contrato que buscaban. Supuso que debía agradecerle por

haberle quitado la ilusión de que alguna vez había sido algo remotamente parecido a un periodista. Solo era un personaje secundario en un negocio.

Decidió tomar una cerveza y unos tacos en la *taquería* del *zócalo.* Unos cuantos lugareños cenaban en las mesas y sillas de plástico, con los ojos pegados al viejo televisor que colgaba de cadenas del techo. Los *Tiburones de Veracruz* estaban ganando otro partido de fútbol. En la web, podías elegir a un jugador para "ser", cambiar a otro chico a mitad del juego, reproducirlo desde cualquier perspectiva, desde la de un dios hasta las gradas. La cobertura televisiva parecía estar reducida a tres cámaras profesionales. Pero a nadie aquí en la *taquería* parecía importarle lo que se estaban perdiendo. Detrás de los jugadores, según revelaron las cámaras de televisión, solo había unos pocos reporteros deportivos y un puñado de veteranos sentados en las gradas viendo el partido.

Mientras comía, consideró sus opciones y decidió que no tenía ninguna. Se había acabado. Era hora de volver a casa. Buscar otro trabajo. O tal vez no. Había ahorrado bastante el último año, siempre trabajando, ahorrando. Su última vivienda era un alquiler que podía dejar en cualquier momento. Hizo un inventario mental de todo lo que había allí y decidió que no echaría nada de menos si no volvía.

Había terminado de comer y empezaba a interesarse por el partido con una segunda cerveza, cuando apareció

Margaret. Se había puesto unos pantalones naranja descoloridos y una camiseta turquesa. Llevaba el pelo suelto. Antes le había parecido atractiva. Ahora, era hermosa.

Paulette Goddard, recordó, la actriz cuyo nombre no recordaba, en *Tiempos Modernos* con Charlie Chaplin. «No te rindes, ¿verdad?».

“¿Puedo sentarme?”

“No quiero hacer negocios”.

—Yo tampoco. Creo que te juzgué mal. Vine a disculparme.

Se encogió de hombros y señaló la silla Coca–Cola que estaba frente a él.

Ella se sentó. "Fue un error sin mala intención. Te creí el típico tipo de NewsReal. Sin conciencia, sin cerebro, con una dentadura impecable. ¿Conoces a Clint de la Ciudad de México?"

Ella intentaba ser amable y desenfadada. Él permaneció impasible. «Nos conocemos».

Él fue quien me avisó de ti. Había oído que estabas aquí y pensó que tramabas algún timo. Pensé que eras como él, otro capullo de los medios buscando la verdad... No vas a ayudarme, ¿verdad?

Lo que creía haber visto o no en sus ojos antes había cambiado. Si podía confiar en su instinto, ella había estado actuando un papel antes y ahora le estaba siendo sincera. Pero ¿y si su instinto se equivocaba? «Solo estoy esperando a que vayas al grano».

—Vale —dijo con tristeza—. Supongo que no hay ninguno. Solo siento mucho haber sido tan insensible hace un poco. Nunca había conocido a ninguno de ustedes a quien le importara.

Esa es mi especialidad. Lágrimas de verdad. Pero aún no me has dicho quién eres ni por qué querías hablar conmigo.

Tengo una relación informal con algunas organizaciones de derechos humanos. Viajo mucho por México. A veces encuentro información que les puede ser útil.

“Me gustan mis grabaciones”.

“Me gustan tus grabaciones”.

“¿Y quién iba a cumplir mi precio?”

Ella hizo una mueca. "Yo no, desde luego. Era solo un farol. Los buenos no tienen dinero de verdad."

“¿Y ahora qué pasa?”

"Todavía no confías en mí, ¿verdad?"

“Bueno, no.”

—De acuerdo. —Imprimió una tarjeta con su dispositivo portátil y se la dio. Tenía varias direcciones web—. Estos son los sitios a los que habría compartido tus grabaciones si me las hubieras dado. He puesto la persona de contacto de cada uno. Puedes consultarlas y hacer lo que quieras.

Reconoció algunas direcciones: Amnistía Internacional, Human Rights Watch. Negó con la cabeza. «Nadie escucha a esta gente. Sin el bombo publicitario de NewsReal, mejor publico las grabaciones yo mismo. Las publicarán, se detectará la violación de derechos de autor, los abogados de NewsReal los rondarán como tiburones, lo declararán fraude y lo enterrarán. Todo eso tomará unas pocas horas como máximo».

“Unas pocas horas es mejor que nada”.

Unas horas no *son* nada. Se necesitarían años para llamar la atención de alguien.

"Entonces, ¿qué vas a hacer?"

—No lo sé. —Le dio vueltas a la tarjeta y se la guardó en el bolsillo—. Tengo más que solo las cintas —dijo en voz baja. ¿Quieres una cerveza?

Le contó sobre la masacre, lo que había presentado, lo que había hecho al respecto, lo que le había hecho. En algún

momento, mientras lo contaba, ella extendió la mano y la tocó. Todavía estaban allí. «Sé la verdad sobre todos esos asesinatos, pero todo se basa en esa grabación de NewsReal. NewsReal solo tiene que declararme loco y decir que la grabación es falsa, y todo se desmorona». Negó con la cabeza. «Los ojos y oídos del mundo solo ven dinero, escuchan dinero».

“Tal vez no sea tan desesperanzado como piensas”.

Él giró sus manos y tomó las de ella. "¿Y tú, Margaret Mayfield? ¿Qué te trae por México?". Sus brazos desnudos eran largos y delgados. Retiró las manos, se recostó en la silla y le pidió a la camarera otra cerveza.

Vine aquí después de graduarme de la universidad. Estudié Arte. Solo iba a holgazanear un tiempo, una especie de última aventura, pero al final me quedé.

“¿Había un hombre involucrado?”

De vez en cuando. Nada permanente. Me han dicho que soy difícil, testaruda y mandona. ¿Y tú? ¿Tienes alguna esposa o novia en casa preocupada por ti?

—Hace tiempo que no. Me cuido solo. Demasiado, me han dicho. ¿Trabajas aquí?

He enseñado inglés, he sido guía turística e incluso he vendido arte algunas veces. Heredé algunas acciones de mis abuelos.

"No tienes por qué sonar tan culpable por eso."

“Es difícil no sentirse culpable por ser la *gringa rica”.*

¿Por qué sigues aquí? Solo llevo un mes y todo parece tan desesperanzado.

“Me encanta este lugar.”

—Estás bromeando. ¿No has oído que hay una guerra?

Ella se rió. "Lo sé. Es una locura. ¿Viviste alguna vez en California?"

Él negó con la cabeza.

Yo tampoco. Pero creo que es así: vivir en una falla geológica. A veces la guerra estalla. La mayoría de las veces, no.

“Pero siempre sabes que la posibilidad está ahí”.

“Eso es cierto donde quiera que estés”.

No se puede detener un terremoto. No hay duda de si está bien o mal, ni de tomar partido.

“Entonces, ¿qué sentido tiene abandonar el lugar donde podrías marcar la diferencia y quedarte en un lugar donde todo está en manos del destino?”

Él se rió. "Ninguno, supongo."

Estás de vacaciones, ¿verdad? Deberías ver más del campo y de la gente mientras estés aquí. Es un lugar maravilloso, de verdad. Ella se había animado, sentada sobre una pierna, inclinada sobre la mesa hacia él.

—Tendré que creerte. —Recordó lo que Felix le había dicho antes, y se dio cuenta de que sí le creía. Probablemente le creería casi cualquier cosa.

Suspiró frustrada. «Ojalá pudiera enseñártelo», dijo. «Ya lo verías».

"¿Te ofreces a ser mi guía?"

Ella esbozó una sonrisa plena y desenfadada. Era la primera vez que la veía como ella misma. Desarrolló una adicción inmediata. Ella ladeó la cabeza y lo examinó con tal atención teatral que era evidente que había decidido responder con una pregunta que él no estaba seguro de haber formulado en serio. «Claro, ¿por qué no?».

Se incorporó mientras la camarera les traía las cervezas. Tomó un trago, llena de la alegría que Santee descubriría

que marcaba la perspectiva de cualquier viaje. "No es una guerra, por cierto. Es una revolución".

Tras un par de cervezas más, Margaret le contó a Santee cómo se interesó por México. Tenía quince años y su profesora de estudios globales, la Sra. Tompkins, dedicó la primera clase después de las vacaciones de primavera a Jennie Pasquarella, de diecinueve años, quien había pasado sus vacaciones de primavera en Barnard College siendo expulsada de Chiapas por documentar abusos contra los derechos humanos en lugar de ser expulsada de algún bar de playa por vomitar en la mesa. La Sra. Tompkins señaló el mapa del mundo, colgado de modo que el sur quedara arriba. "Dime dónde está Chiapas y te daré una A por hoy". La Sra. Tompkins era ese tipo de profesora. Solo Margaret se tomó la indirecta en serio. Ella era ese tipo de estudiante.

Esa noche, se conectó a la red y descubrió dónde estaba Chiapas, por qué Jennie Pasquarella estaba allí, quiénes eran los zapatistas y por qué luchaban, quién era el subcomandante Marcos. Leyó sus comunicados y pensó que eran los mejores... ensayos, cuentos, fábulas —no sabía cómo llamarlos— que había leído en su vida. Estaba desesperada por comprenderlos mejor, pero no sabía nada de política. Nunca había oído hablar de nada de eso. Tenía diez años en el 94 cuando comenzó el levantamiento. Bajó a la cocina y preparó una cafetera. Cuando fue a la escuela a la mañana siguiente, no había dormido, no podía haber dormido. Su mente zumbaba con el México que había

aprendido de la red, un zumbido que persistió por el resto de su vida.

Descubrió que un partido, el PRI, había gobernado México desde 1929 con corrupción, violencia y codicia, mientras la vida de los campesinos, especialmente la de los indígenas, empeoraba constantemente. Su propio gobierno, su propio presidente, no tenía reparos en llamar a eso una democracia.

Descubrió dónde estaban Morelos, Chihuahua, Veracruz, Guerrero, Oaxaca, Aguascalientes, Torreón, Acteal. Descargó mapas, fotografías, música. Su habitación empezó a parecer una mezcla entre una clase de geografía y un autobús mexicano. Conoció a Magón, Hidalgo, Juárez, Díaz, Madero, Zapata, Villa, Carranza, Obregón, Cárdenas, Salinas, Zedillo. Leyó sobre el TLCAN, el GATT y el FMI, sobre el PRD, el PAN, el EZLN, el CNI, la CIOAC y la UNORCA. Antes, había pasado sin mucho entusiasmo por las clases de español. Ahora, empezó a aprender por su cuenta, con dificultades para acceder a la página web de *La Jornada* todas las mañanas antes de ir a la escuela. En el último año de secundaria, intentó persuadir a la profesora de español para que redirigiera el viaje del Club de Español de Costa Rica a Chiapas, pero le dijeron: «Chiapas no es seguro». Incluso entonces, Margaret sabía que su respuesta, «La ignorancia no es segura», no la llevaría a ninguna parte, pero no pudo evitarlo. Me pareció demasiado bueno decirlo.

A lo largo de los años le preguntarían muchas veces: "¿Por qué México? ¿Cuál es su fascinación?". Como lo expresó un exnovio: "Tienen pobreza, corrupción y enfermedades aquí mismo. ¿Para qué necesitan a México?".

Su consejera —a la que la enviaba su madre— lo llamó su encuentro con el *Otro,* lo cual, según explicó Edith, era en realidad un encuentro con su Ser, lo que implicaba claramente que cualquier Otro podría hacerlo, porque el verdadero propósito de la vida era el autoconocimiento. Margaret no estuvo de acuerdo. Allí estaba, en el campo de al lado, y era tan misterioso y extraño. Le infundió humildad, le dijo a Edith, quien parecía pensar que la humildad era algo malo. «Imagínate poderosa», sugirió Edith.

—Soy poderosa —respondió Margaret—. Soy una estadounidense blanca de clase media. Soy demasiado poderosa.

¿No te ves al margen de esas categorías sociales vacías? ¿Como un simple ser humano?

Soy un ser humano que vive una vida increíblemente consentida sin dar nada a cambio, atiborrándome de hamburguesas hechas con ganado que pasta en tierras robadas a gente que se muere de hambre sin esperanza, derechos ni libertad. ¿Por qué? ¿Acaso sentarnos aquí a hablar una hora les cuesta a mis padres más que a un mexicano que fabrica camionetas deportivas como la que tú

conduces en dos semanas? ¿Cuánto de eso se supone que debo olvidar para poder llamarlo autoconocimiento?

Más adelante, en el ámbito menos combativo de un restaurante o una sala de estar, diría que se propuso comprender el mundo, un país a la vez, pero nunca pudo terminar el primero. Cuando comprendiera México, se mudaría a otro lugar, suponiendo que aún pudiera desplazarse después de unos cientos de años.

La ironía fue que, desde el principio, cuanto más estudiaba México, más claramente veía su propio país, y esto la perturbaba aún más. Al final de su primer año de estudios globales, Margaret se quedó después de clase y le preguntó a la Sra. Tompkins: "¿Qué haces cuando decides que tu propio país está en el lado equivocado?".

La Sra. Tompkins estaba llenando una caja con el contenido de su escritorio. Margaret no se dio cuenta. "Callarte la boca si quieres pagar las cuentas".

—No lo dices en serio. No te quedes callada.

“La gente no quiere escuchar, Margaret, y yo no tengo trabajo”.

El contrato de la Sra. Tompkins no había sido renovado por "conducta poco profesional". El nuevo profesor de estudios globales, el Sr. Branwell, colgó el mapa al derecho y no le agradaron los mordaces comentarios de Margaret sobre la

política exterior estadounidense. Aun así, Margaret no veía la sabiduría en el consejo de la Sra. Tompkins. Se hizo famosa por violar la norma de la escuela que prohibía usar ropa con "contenido político" docenas de veces. Su visita a un consejero había sido parte de un acuerdo que sus padres hicieron con la escuela para evitar que la suspendieran.

Cuando Edith la declaró un caso perdido, Margaret llegó a la escuela a la mañana siguiente con una camiseta con una imagen de la Tierra y la leyenda:

LAS NACIONES INDUSTRIALES,
CON EL 22% DE LA POBLACIÓN,
CONSUMEN
EL 60% DE LOS ALIMENTOS,
EL 70% DE LA ENERGÍA,
Y EL 75% DE LOS MINERALES.

La suspendieron antes de llegar a su primera clase. Apeló la suspensión, argumentando que los hechos por sí solos no eran políticos. Perdió. Llamó a la ACLU, que aceptó su caso con entusiasmo. Llevó su camiseta de la Primera Enmienda al juicio. Perdió. Su apelación fue retirada como parte de un acuerdo para permitirle graduarse con su clase.

Para entonces, sus padres ya habían perdido la paciencia con ella y su padre había enfermado gravemente. Ya había causado suficientes problemas, admitió, solo deseando que su padre se recuperara, aunque en secreto creía que no

había causado suficientes. Fue a la universidad y ayudó a cuidar a su padre. Él falleció la semana antes de que ella se graduara. Ese verano finalmente llegó a México, y ha permanecido allí desde entonces.

Santee escuchó sus historias, contadas como si fueran advertencias para cualquier hombre razonable, con la creciente convicción de que ella era la mujer más fascinante que jamás había conocido.

* * *

Al día después de conocerse, Santee y Margaret comenzaron a viajar juntos por México durante lo que terminaron siendo varios meses. Él dudaba que México fuera lo que necesitaba, pero ella tenía razón. No podía escapar de lo que había presenciado. Seguía despertándose en mitad de la noche, con el corazón acelerado, gritando de horror. Pero empezaba a comprender dónde estaba. No se había visto envuelto en un desastre. O tal vez sí, pero era mejor despertar allí que en una habitación de hotel en Houston, donde los muertos acudían a él preguntándole por qué habían muerto. No tenía respuestas, pero al menos las estaba mirando.

Veía casi todo de otra manera. El tiempo parecía transcurrir de otra forma. Nunca había viajado así, sin ningún plan más allá de ir al siguiente lugar que les llamara la atención. Todo parecía un cuento. De Ocosingo a San

Cristóbal, de Carmen de Arcotete a Comitán, de Tsimol a Tziscao, de Tuxtla Gutiérrez a Teapa, de Huimanguillo a Herradura, de Malpasito a...

Margaret prefería el medio de transporte predominantemente mexicano: el autobús de segunda clase de ciudad en ciudad, *los colectivos* (viejas minivans[2] con bancos de madera) a los pueblos más pequeños, y los senderos hacia el campo. En algunos lugares, el transporte habitual, llamado *camioneta,* era un vehículo con bancos a los lados y una estructura de hierro en la parte superior para que los pasajeros de pie —la gran mayoría— se agarraran. Santee, que nunca había viajado en una Greyhound[3], descubrió que disfrutaba colgando de la parte trasera de una camioneta mientras serpenteaba por un estrecho camino de montaña, especialmente con Margaret a su lado.

Se tomó en serio su papel de guía, sopesando cuidadosamente lo que quería mostrarle a continuación. "Realmente deberías ver esto", decía, y allá iban. A veces, se sentía como alguien que lo llevaban a casa para conocer a la familia. O familias. Estaban dispersos por todo el país, gente

---

2 La voz inglesa minivan designa, a una 'pequeña furgoneta de pasajeros'. Por tanto, tiene un sentido más preciso que furgoneta, que suele aplicarse a vehículos de transporte de mercancías, y que monovolumen, que también designa a turismos de menor capacidad. [N. T.]

3 Greyhound Lines, Inc., (Líneas Greyhound; "Greyhound" es "galgo inglés") con sede en Dallas, Texas, es un operador interestatal de autobuses de pasajeros con más de 3700 destinos en Estados Unidos, Canadá y México. [N. T.]

que la acogía como si fuera su hija. Y aunque ella y Santee dormían en camas separadas, ella soportaba las bromas incesantes sobre tener un *novio.* La traducción variaba de "cariño" a "prometido", pero la idea era clara. Margaret lo negó; Santee se escondió tras la barrera del idioma. Pero cada vez más, él deseaba ser su *novio* en cualquier sentido que a ella le gustara.

Pero era como si hubiera una barrera invisible entre ellos. Incluso cuando iban a un pueblito y compartían una habitación con dos camas para ahorrar dinero, hablando hasta altas horas de la noche, ninguno cruzaba la habitación para estar con el otro. Incluso cuando Santee despertaba de una de sus pesadillas abrazándolo, él no la besaba en los labios como anhelaba.

Santee no estaba seguro de por qué. No dejaba de recordar la observación de Félix: «*A una mujer así, debes estar dispuesto a entregarle tu corazón, nada menos*». Al principio, Santee pensó que podría tener miedo de arriesgarse a semejante compromiso. Pero no era así. Tenía miedo —por mucho que ella lo quisiera, o incluso *porque* lo quería tanto— de que él le ofreciera su corazón y ella lo rechazara. No podía soportarlo.

Ahora, a meses y kilómetros de donde se conocieron, él estaba sentado en el porche abarrotado de una tienda de campo al mediodía, con la espalda contra la pared, observándola hablar con un lugareño. Ella buscó

indicaciones para llegar al cercano pueblo de Candelaria, donde había oído que podría haber cabañas para alquilar. Quería ir allí, hasta donde Santee pudiera determinar, porque nunca había estado. A Santee le parecía bien. Todos los lugares que habían visitado hasta ahora, incluso el pueblo más pequeño, Margaret los había visitado al menos una vez, a veces con algún otro hombre cuyo único papel en la historia era cambiar los pronombres al plural de vez en cuando, al menos en las versiones que Santee recibía. Quería ser él quien la acompañara a algún lugar por primera vez. Intentaba no pensar en quién podría escuchar la historia de Santee dentro de unos años. *Fuimos a Candelaria. Viajamos juntos un tiempo. No sé dónde está ahora...*

Su informante era un hombre corpulento con ropa de trabajo azul descolorida a gris. Su camisa estaba abierta por la falta de botones. Los botones restantes no coincidían. No se había afeitado en varios días y, como todos los demás apiñados a la sombra del porche, estaba empapado en sudor. Señaló la hilera de cuatro *camionetas* estacionadas frente a la tienda, luego la carretera, y más allá, hacia las montañas, moviendo la mano de un lado a otro como un pez. Tenía una sonrisa agradable, adornada con empastes de plata. Santee no podía creer lo amables y serviciales que eran casi todos. Intentó imaginar a ese hombre de aspecto desaliñado caminando por Estados Unidos preguntando direcciones a desconocidos. Estaría en la cárcel en un abrir y cerrar de ojos.

Al observar el rostro radiante de Margaret mientras conversaba con el hombre, Santee creyó que podía cautivar a cualquiera, en cualquier lugar. En ese momento, se encontraban cerca de la intersección de las fronteras de Tabasco, Chiapas y Veracruz, pero no estaba muy seguro de en qué estado se encontraban. Ayer, mientras caminaban por el campo, un anciano con un frágil rebaño de cabras les señaló los tres estados desde una meseta. No parecía muy impresionado con ninguno de ellos.

Era un hombre pequeño, incluso para los estándares mexicanos, con un puñado de piedras que agitaba como dados. De vez en cuando les lanzaba una a las cabras para pastorearlas. Como Nico y Francisco, recordó Santee, y el recuerdo lo estremeció de nuevo. Miró las montañas y los valles. Todo el país parecía no ser más que montañas y valles. Cuando le pidieron a Cortés que describiera México, hizo una bola con un papel y lo extendió sobre una mesa. Los límites importantes en el campo no parecían ser la latitud ni la longitud, sino la altitud: los ricos en los valles fértiles, los pobres aquí arriba.

Mientras el anciano hablaba, el estruendo de los disparos resonaba por los cañones de tal manera que era imposible distinguir de dónde provenía. *«La guerra»,* dijo, meneando la cabeza.

Margaret preguntó si había habido muchos combates en la zona.

“¿'Lucha'? No 'lucha'. Guerra de baja intensidad”, dijo cuidadosamente en inglés, repitiendo el eufemismo mediático. *“En otras palabras*” —sonrió con amargura— *“solo mueren los indígenas”.*

Antes de que Santee llegara a México, había estado vagamente consciente de algunos "conflictos civiles" en el país, casi siempre vinculados con "narcotraficantes", "izquierdistas" o ambos, descartando la historia incluso antes de que se contara.

Lo que encontró fue un gobierno que le declaraba la guerra a su propio pueblo, pero de forma silenciosa y discreta, para no molestar a los posibles inversores. Y Estados Unidos aportaba la potencia de fuego. Aunque las drogas de la red prácticamente habían agotado el mercado estadounidense de drogas, Estados Unidos seguía suministrando material militar al ejército mexicano, supuestamente para la guerra contra las drogas. No faltaban helicópteros, Hummers, bazucas, lanzacohetes y lanzallamas. Camiones llenos de soldados fuertemente armados podían aparecer en cualquier lugar y en cualquier momento. Los satélites de vigilancia estadounidenses rastreaban los movimientos rebeldes para el ejército mexicano, mientras que el gobierno estadounidense deploraba las violaciones de derechos humanos en México para las noticias. Era una rutina trillada, pero a nadie parecía importarle.

Los rebeldes, seriamente superados en armamento, mantenían un perfil bajo. Cualquiera de las personas que llenaban ese porche —hombres, mujeres y niños— podía ser el "enemigo". Pero en su mayoría eran personas que intentaban sobrevivir. Todos parecían trabajar constantemente, incluidos los niños. El sistema educativo que había existido se había derrumbado durante la guerra. Margaret y Santee habían visto más de un antiguo edificio escolar acribillado a balazos o reducido a escombros por un bazuca. Cualquier profesor dispuesto a trabajar allí, razonaba el gobierno, tenía que ser un simpatizante del enemigo que, de todos modos, estaría creando problemas.

Los medios de comunicación conspiraron en este drama al ignorarlo. Las noticias importantes fueron el aumento de los precios del petróleo y la caída del Dow Jones. México, con un número creciente de multimillonarios, era el símbolo de la economía global. Estos *campesinos* no sabían lo bien que estaban.

Margaret regresó al otro lado del porche y se sentó junto a Santee. Él le dio una botella de agua y ella bebió un buen trago. "Ese es Antonio", dijo. "Me dijo que toda esta gente está aquí porque el gobierno debía repartir fertilizantes hoy. Pero los camiones de fertilizantes llevan unas dos horas de retraso, y todas las *camionetas* están esperando para llevar a todos a casa. Dijo que si los camiones no llegan en media hora, las *camionetas* subirán a la montaña. La roja es la que

queremos". Se echó un poco de agua en la cabeza. "De todas formas, hace demasiado calor para salir de este porche".

“¿Le preguntaste por Candelaria?”

Ella se rió. “Dijo que había que evitar el lugar a toda costa, que estaba lleno de *maleantes,* 'criminales', y *ladrones* 'robadores'”.

¿Eso no te molesta?

“Eso se escucha en todo el país”.

"No estoy seguro de lo que he oído", dijo Santee. Había jurado no usar traductor, intentando recuperar su español de la universidad. A veces creía entender, pero justo cuando se sentía más seguro, no entendía nada. Al principio, el acento de por aquí lo desconcertaba. Todos quitaban la "s" al final de las palabras, así que *"buenos días"* se convertía en *"bueno día"* o *"además"* en *"ademá".* En las grabaciones de idiomas, todos hablaban como locutores de noticias de Ciudad de México.

“Te mostraré”, dijo Margaret y se puso de pie. “Disculpe”, le dijo en español a una mujer que estaba junto a ellos. “¿Conoce Malpasito?” Malpasito era el pueblo que acababan de dejar. Se habían alojado en una cabaña junto a un arroyo que el *ejido* alquilaba a algún turista ocasional. Por la noche, los lugareños pasaban de visita, generalmente con varios niños a cuestas para conocer a los estadounidenses.

El favorito de Santee era un niño pequeño que estaba sentado al otro lado del arroyo y se ponía las manos sobre los ojos para simular unos binoculares. Cuando Santee lo miró en la misma pose, el niño estalló en carcajadas. Siguieron así mañana y noche durante los cuatro días que estuvieron allí. La última imagen que Santee vio del lugar mientras salían caminando, con los niños siguiéndolos de cerca, fue la de este niño pequeño llamando y saludando, y luego levantando las manos como si fueran binoculares.

Sin embargo, ante la sola mención de Malpasito, la mujer del porche se llevó la mano al pecho y denunció el lugar sin tapujos. Santee no pudo seguirlo todo, pero captó las palabras *«ladrones, maleantes».* Margaret dejó que la mujer explicara la situación mientras lo miraba fijamente y le guiñaba el ojo.

“La semana pasada, una mujer fue violada y asesinada allá arriba”, dijo la mujer en español, y Santee entendió cada palabra. “Los ladrones le pidieron el reloj y ella se negó a dárselo”. Santee se enorgullecía de haber dominado los pronombres, aunque la historia le daba escalofríos. La mujer hizo un gesto de degollar bajo su garganta que no necesitaba traducción. “¿De dónde eres?”, le preguntó a Margaret.

“Estados Unidos”, respondió Margaret con una leve sonrisa en los labios.

La mujer jadeó. «Ella también era de Estados Unidos». Negó con la cabeza ante la oscura ironía del asunto.

Margaret le dio las gracias a la mujer, asegurándole que habían cambiado de opinión sobre ir a un lugar tan horrible, y luego se sentó junto a Santee y le susurró al oído: "¿Cómo crees que sabía lo del reloj? Debe ser una de las ladronas, ¿no?". Se rieron disimuladamente. Se suponía que este pequeño drama convencería a Santee de la insensatez de su miedo, pero aun así persistió.

Apenas una hora después, llegaron noticias de alguna parte de que el fertilizante no llegaría hoy, tal vez el martes. Los agricultores reunidos lo tomaron mejor que Santee, con solo alguna maldición ocasional y algún que otro movimiento de cabeza. Habían perdido un día entero de trabajo, habían gastado parte de su preciado dinero en el viaje de ida y vuelta. Luego tendrían que hacerlo todo de nuevo el martes. "No se deciden", observó un agricultor, "si lo que quieren dispararnos o ayudarnos, así que hacen ambas cosas, pero ninguna de las dos les va muy bien".

Todos los que estaban en el porche subieron a las cuatro *camionetas.* Cabían fácilmente treinta personas en cada una. Las bancas estaban reservadas para mujeres con niños pequeños y ancianos. Todos los demás se quedaron de pie, excepto unos pocos jóvenes que se asomaban por detrás y a los lados. Las cuatro *camionetas* se pusieron en marcha con una sacudida y comenzaron la larga subida a la montaña.

Santee y Margaret subieron a la última *camioneta,* la roja. Santee tenía una buena vista, ya que era la persona más alta de la caravana. Uno a uno, los demás giraron y se adentraron en un valle mientras los demás tocaban la bocina para despedirse.

Finalmente, el camino a Candelaria era el único que seguía subiendo. Con cada curva, el camino se hacía más empinado y estrecho. En los tramos más empinados, los jóvenes se bajaban y seguían avanzando con dificultad hasta que la *camioneta* aceleraba y el conductor tenía que apretar la segunda marcha. Santee decidió que reparar la transmisión sería una habilidad de supervivencia en México.

Los desprendimientos de rocas estrechaban aún más el camino, y las nubes de tormenta llenaban el cielo y retumbaban por todas partes. Santee habría estado aterrorizado si todo no hubiera sido tan hermoso. Enormes flores brotaban de los acantilados, una cascada le empañó la cara al tomar una curva.

Cuando empezó a llover con fuerza, uno de los hombres bromeó con todos: "¡Nos vamos a bañar gratis! ¿Alguien trajo jabón?"

Todos estaban empapados, riendo. Apretujados entre tanta gente que se mecía como un bosque, Santee se sentía jubiloso y vivo. Margaret estaba justo frente a él. Apoyó la barbilla ligeramente sobre su cabeza. El olor de su cabello

mojado lo llenó de añoranza. Ella le sonrió. "¿No es maravilloso?", dijo, y lo era. Lo era.

La lluvia amainó. Uno a uno, los demás pasajeros desembarcaron, desapareciendo entre los maizales o el bosque, hasta que solo quedaron una mujer y sus dos hijos sentados en un banco, y Margaret y Santee sentados enfrente. Margaret preguntó si eran de Candelaria, y la mujer respondió que sí, pero cuando le preguntaron si había cabañas para alquilar, dijo que no sabía. Los niños, desplomados a ambos lados de su madre, se debatían entre el sueño y la vigilia. Ella meneó las caderas para despertarlos.

Habían llegado a la cima de la montaña. El camino se extendía y la *camioneta* se detuvo bruscamente en medio de un prado rocoso. Un par de burros atados pastaban, anunciando su llegada con un pisotón y un resoplido. La mujer le entregó a sus hijos al conductor y saltó al suelo. Margaret y Santee descendieron a las rocas empapadas por la lluvia. El conductor tomó su dinero y les señaló un sendero. «Candelaria», dijo. La mujer y sus hijos ya se perdían de vista por el sendero. El conductor comenzó a subir de nuevo a la cabina.

"¿Cuándo vuelves, tú?", exclamó Santee. "¿Cuándo regresas?". El pánico en su voz dibujó una sonrisa en el rostro del conductor. Levantó los dedos necesarios al responder, para asegurarse de que Santee lo entendiera:

siete de la mañana, cinco de la tarde. *"¿Hay cabañas allá?",* preguntó Santee.

—*No sé.* —El conductor extendió las manos y miró a su alrededor, indicando que ese era el límite de su conocimiento de Candelaria.

Margaret observó esta transacción con aparente diversión. La *camioneta* dio la vuelta en el prado y se dirigió hacia la carretera, dejando a Margaret y Santee solos. La lluvia había parado por completo y el aire estaba cargado con el aroma a hierba mojada y flores silvestres. Las nubes restantes se enrojecían con el atardecer.

“Hablas bien español cuando es necesario”, dijo con una sonrisa.

“¿No te molesta que la mujer haya dicho que no hay cabañas?”

Dijo que no sabía, lo que significa que no quería decírmelo por alguna razón. Tendría *que* saberlo. Es un lugar pequeño.

"¿Por qué no querría decírtelo?"

No lo sé. Quizás no le gusten quienes los alquilan. Quizás no haya ninguna, y no quería ser ella quien nos decepcionara.

“¿Entonces tal vez no haya ninguna?”

“Pensé que ya lo sabías.”

“Lo hice, pero pensé que…”

"¿Qué?"

Se rió, mareado y nervioso. "No sé. Tienes un instinto increíble. Siempre pareces saber dónde estás y dónde has estado, y luego se te ocurre algo y sales a ver qué hay a la vuelta de la esquina, y siempre parece que sale bien".

“Esto todavía podría funcionar”.

—Lo sé. No quise decir eso. En realidad, no importa. Solo te he estado siguiendo. Ha sido increíble. Y aquí estamos, casi tan cerca del centro de la nada como podríamos estar, y solo quería decirte... —respiró hondo y la miró a los ojos— que te seguiría a cualquier parte.

Parecía aturdida, y por primera vez desde que la conocía, parecía no estar muy segura de dónde estaba. Miró el valle, entrecerrando los ojos como si intentara ver algo muy lejano, luego volvió a mirarlo, le ofreció la mano y señaló el sendero con la cabeza. "¿Vamos a echar un vistazo?"

Cuando él tomó su mano, ella la sujetó fuerte y se atrajo hacia sus brazos, y se besaron por primera vez.

Recorrieron juntos el sendero hacia Candelaria. Subía por una cuesta y descendía hacia una hondonada. El pueblo se

extendía a sus pies, a orillas de un arroyo rocoso. Cabañas bajas de troncos —Santee contó treinta— se extendían por el bosque, con el humo de sus fogatas elevándose hacia el cielo. El sendero se ensanchaba hasta convertirse en un camino estrecho y serpenteaba hasta el arroyo, para luego cruzarlo y subir por la otra orilla. Las mujeres que lavaban ropa río abajo los miraban furtivamente, aunque sus hijos los observaban con atención.

Otros niños los habían visto primero y los siguieron hasta el pueblo, corriendo delante. Santee podía oír sus gritos: " *¡Turistas! ¡Turistas!".* La primera adulta en saludarlos fue una mujer que se asomó por su ventana sin cristales y señaló hacia el camino, respondiendo a la pregunta de Margaret antes de que ella pudiera formularla: *"Allá arriba".* Un perro flacucho con una mueca de encogimiento se escabulló junto a ellos. Su compañero, un animalito inquieto y veloz, los guiaba, dando muestras de su entusiasmo.

Por la calle se acercaba un hombre con media docena de niños de entre ocho y dieciséis años. Sonreía de oreja a oreja.

"*¡Bienvenidos!"* gritó el hombre por encima del sonido de los perros, los niños y el arroyo.

"Buscamos las cabañas", gritó Margaret.

Santee supo que efectivamente habían encontrado un lugar donde pasar la noche cuando el niño más pequeño bailó en círculos, transportado de alegría.

La cabaña parecía más bien un pequeño dormitorio diseñado para grupos escolares, con baños, catres y literas, una estufa de propano y linternas. Los hijos de Diego barrían con furia, metían colchones, limpiaban los lavabos y fregaban el suelo del baño. Diego se sentó a la mesa de tres metros con Margaret y Santee, disculpándose por el desorden. Explicó que se suponía que *el ecoturismo* había revitalizado el pueblo, pero que eran los primeros turistas en dieciocho meses. La carretera prometida nunca se había construido. La electricidad iba y venía. Estaba la guerra, por supuesto. Siempre estaba la guerra. Y ahora estaba la web. Los niños alzaron la cabeza al oír la palabra.

Me dijeron que ya no vendría nadie. ¿Creen que es cierto? ¿Son los únicos?

Santee quiso mentirle, pero no pudo justificarlo. "Sí. Me temo que sí."

—Bueno —dijo Diego—. Seguro que la pasan bien aquí. Su esposa trajo pollo frito, tortillas, frijoles y café. Después de comer, la familia se quedó un rato a charlar.

La niña mayor, Sylvia, puso el traductor de Santee y le preguntó sobre Estados Unidos: "¿Todos tienen

computadora? ¿Cuántos autos tienen? ¿Por qué los perros grandes van a la escuela con los niños negros?". Diego explicó que Sylvia veía la televisión cuando había electricidad. El niño más pequeño se sentó en el regazo de Santee y se tocó la barba con cautela, riendo como si le hiciera cosquillas en los deditos. Mientras tanto, Diego hablaba de política con Margaret a un ritmo que Santee no podía seguir.

Como si fuera una señal, la familia se reunió junto a la puerta y se despidieron. Para la expedición del día siguiente, Diego sugirió una caminata a *Las Cascadas de* los Enamorados, en lo profundo de la *selva virgen,* y Santee y Margaret aceptaron con entusiasmo.

Diego quería dejar a uno de los niños mayores con ellos por seguridad, pero Margaret negoció con Diego en voz baja (Santee no pudo captarlo todo) y toda la familia se fue, sonriéndole a Santee como si supieran algo que él no.

Son unos ladrones bastante majos, ¿no te parece? —dijo Margaret mientras cerraba la puerta tras ellos.

—Deberían llamarlo *Ladronville* —dijo Santee. La siguió al dormitorio mientras ella encendía velas y juntaba dos catres—. ¿De qué hablabas con Diego? ¿*Luna de miel?* ¿Luna de algo? ¿Qué es *miel?*

—Cariño —dijo ella, quitándose la ropa y estirándose en los catres.

"Oh", dijo.

Él se acostó a su lado y la tomó en sus brazos.

“Bienvenido a Ladronville”, susurró. Bienvenido a Robbers ville [la ciudad delos ladrones].

CAPÍTULO TRES

Santee no renunció formalmente a News Real hasta unos meses después de que él y Margaret se fueran de Candelaria. Se alojaban en Campeche. Recostados en la cama después de hacer el amor, con la tormenta de cada tarde rugiendo afuera, los relámpagos brillando en su piel sudorosa, parecía una broma, una aventura, aceptar la invitación para conocer a una *bruja.* Reynaldo, un estudiante de turismo que les había estado mostrando las ruinas locales, los había invitado. La *bruja* era su abuela. Margaret estaba ansiosa. Nunca antes había conocido a una *bruja.* Santee dudaba, incluso desconfiaba. Y aunque no se lo había admitido a Margaret, tenía un poco de miedo.

Pero no importaba. Ella estaría allí con él. Recorrió su espalda con la mirada mientras ella llamaba a Reynaldo y hacía los arreglos para la tarde siguiente.

La *bruja* era una mujer agresiva que parecía ligeramente enfadada, excepto cuando su mirada se posaba en Reynaldo, a quien obviamente adoraba, agarrándole la cabeza y abrazándola como si aún fuera un niño pequeño, aunque le sacaba treinta centímetros. Él se agachó para que ella pudiera alcanzarlo, sonriendo y sonrojándose todo el tiempo.

Desde el principio, les dijo a Santee y Margaret que nunca cobraba por sus servicios, pero que primero tenía que hablar con ellas un rato para ver si eran dignas. Era así, rebosante de presunción. Procedió a contar una serie de historias con el mismo tema: cuán sabia e infalible era, y cuán espantosas eran las desgracias que sufrían quienes ignoraban sus consejos. Desamor, aborto espontáneo, suicidio, enfermedades persistentes, dolorosas y desfigurantes; nada era demasiado horrible para estos necios, que merecían con creces su destino.

No era exactamente la idea de sabiduría de Santee. Prefería que Sócrates se llamara humildemente tonto (aunque, admitía, parecía disfrutar dejando en ridículo a los demás). La *bruja,* al menos, no tenía ningún deseo de *dejarte* en ridículo. Supuso que lo habías logrado antes de aparecer en su puerta.

Estaban sentados en un garaje convertido en sala de estar, recubriendo la puerta con paneles, esparciendo alfombras por el suelo de hormigón y pintando las paredes y el techo de turquesa. Una claraboya de fibra de vidrio verde hacía que todo brillara aún más verde. Margaret y Santee estaban sentados en un sofá mohoso que apestaba a pis de gato. Reynaldo y su abuela los flanqueaban en sillas plegables de aluminio. Los gatos, lustrosos y bien alimentados, acechaban en la periferia, a veces zigzagueando entre las piernas *de la bruja.* En algún lugar del fondo de la casa se oía al abuelo toser con la tos de un moribundo. Ni los gatos ni el marido distraían a la anciana de su interminable y presuntuoso monólogo.

Cuando terminó el preámbulo, centró su atención en Margaret, quien escuchaba pacientemente algo sobre estar "incompleto" o "atrasado" o algo por el estilo. No podía seguirlo ni quería. Margaret era una atea convencida: ¿qué hacía escuchando esas tonterías? ¿Por qué había accedido a ello? Luchó sin éxito por acomodarse en la pila de cojines, desprendiendo una nueva nube de hedor a gato. Se le revolvió el estómago. ¿Sería demasiado grosero levantarse, disculparse y marcharse? No pertenecía a ese lugar; ni a esta casa, ni a este país.

De repente, la bruja le dirigió una mirada mortal. *"Y tú. Esperas, esperas, esperas. ¿Por qué?"*

Y tú. Esperas, esperas, esperas. ¿Por qué?

O podría significar "esperanza". Era el mismo verbo en español. Eso tenía sentido para Santee. Esperar siempre implicaba algún elemento de esperanza o temor, ¿no? O tal vez era su propia neurosis. No tenía que preguntarle de qué hablaba. Tal vez ni siquiera lo supiera. Le bastaba con que él lo supiera.

—*Sin razón —le* dijo. Sin ninguna razón.

Sonrió como si dijera «te lo dije». Reynaldo mantenía la cabeza alta, orgulloso de la actuación de su abuela. Les había dicho que era una «bruja verdadera». Santee estaba convencido. Seguía sin caerle bien, creía que nunca le caería bien. Pero mientras se acomodaba en su crujiente silla de aluminio con esa sonrisa de suficiencia en el rostro, fue Santee quien se sintió humillado.

Justo cuando por fin salían de la casa de la bruja, *Margaret* decidió que necesitaba ir al baño. Reynaldo ya estaba en la parte trasera de la casa. Solo estaban Santee y la *bruja* en la cocina. Lo miró de arriba abajo. "¿Quién mataste? "

No creía haberla escuchado bien. *"¿Cómo?"* ¿Perdón?

“¿Quién mataste?” Enunció cada sílaba con precisión sarcástica.

Esto era demasiado. ¿Quién demonios se creía que era? *"Nadie",* le espetó. Nadie.

Volvió a sonreír con suficiencia. *«No mataste a nadie. Lo digas».* No mataste a nadie. Dilo.

Él la miró fijamente, boquiabierto. «No, no lo entiendes», quiso decir. «No estabas allí, no lo sabes».

“Lo diga”, insistió.

Uno de los gatos había saltado a la encimera de la cocina y estaba bebiendo del grifo que goteaba. Santee observó su lengua ágil. *«Maté a nadie»,* dijo al fin. «No maté a nadie».

Le dio una palmadita en la mejilla como si fuera Reynaldo. *«Escucha a tus fantasmas»,* dijo. *«Te contarán».* Escucha a tus fantasmas. Te lo dirán.

Al oír el regreso de Margaret, se llevó un dedo a los labios. *Nuestro pequeño secreto.*

"¿Qué era eso de que esperaban y esperaban?", preguntó Margaret mientras caminaban a casa. Olían a canela y agua de rosas. La *bruja* les había hecho una *limpia* —la típica jerga de cánticos y baños de hierbas— sin costo alguno, tal como les había prometido. Reynaldo se había quedado para visitar a su abuelo.

“Creo que estaba hablando de NewsReal”.

“Se están convirtiendo en unas vacaciones muy largas”.

—Exactamente. Diría que es hora de seguir adelante, ¿no?

Al regresar al hotel, Margaret se dio una ducha, *limpia* o no, y él se conectó a internet para hablar con Inez. No tardó mucho. Cuando le dijo que renunciaba, ella apenas pudo contener su alegría. NewsReal no lo había despedido por miedo a que causara problemas. Ahora el problema estaba resuelto. Resistió la tentación de soltar un discurso moralista e inútil, y ella le prometió una excelente recomendación. «Las noticias no son para todos», le aseguró, con su mano virtual sobre su hombro virtual por lo que él esperaba que fuera la última vez, y él logró acallar cualquier respuesta sarcástica que se le ocurriera. Pero ¿qué sentido tendría? Inez no era el enemigo.

¿Por qué había esperado tanto para renunciar? Durante un tiempo, había considerado la idea de persuadirlos de alguna manera para que publicaran la historia. Ahora veía que, incluso si lo hubieran hecho, no habrían logrado nada. Le habrían despojado de su esencia, reduciéndola a una desgracia digerible, como una pelea de patio de colegio. Peor aún, su versión se habría convertido en la verdad aceptada, irrefutable ante algo tan insignificante como un testigo presencial. El contador de su sitio web ascendería a miles de millones, ¿y quién era él para discutirlo? Parecía justo: la verdad por la regla de la mayoría.

Pero aún así no se había dado por vencido.

Quería pensar que era por la razón de siempre: que quería posponer la decisión de qué hacer consigo mismo. Las pesadillas habían disminuido. Estaba aceptándolo, ¿verdad? Pero que hubiera dejado de gritar no significaba que entendiera nada, y mucho menos que tuviera ni idea de qué hacer al respecto.

No había matado a nadie.

Lo sabía, pero no lo sabía realmente. Eso era lo que había estado arrastrando: culpa. Cuando la dejó ir, ya no tuvo que esperar más, no tuvo que preguntarse qué esperaba. Ya había empezado a escuchar a sus fantasmas. De vez en cuando trabajaba en un sitio web de ficción virtual al que llamaba Rincón. "Esquina". Como si se hubiera atrincherado. Tenía una idea de cómo podría darle vida a Rincón, pero la había estado posponiendo. La *bruja* le había dado el empujón que necesitaba.

Tras dejar a Inez, comprobó el sonido en la habitación del hotel y oyó que la ducha de Margaret seguía abierta. Mientras aún le quedaba el impulso de dejar el trabajo, visitó a Woody, un viejo amigo de la universidad. Por aquel entonces, nadie soportaba a Woody excepto Santee. Era grosero, arrogante y superficial. No había cambiado mucho, salvo que ahora Woody también era inmensamente rico. Había inventado un ensamblador de simuladores que tenía fama de ser el mejor. Un par de años atrás, Santee se lo encontró en la segunda boda de un conocido en común.

Woody había conseguido fastidiar a casi todos los presentes, pero les había regalado a los novios un safari virtual muy caro, así que los invitados lo aguantaron, haciéndole la pelota a su riqueza. Woody acampó junto a Santee toda la noche y se quejó de su hipocresía, ahuyentando cualquier otro contacto social que Santee pudiera haber tenido. Al despedirse, Woody le dio su dirección privada, dándole mucha importancia. En aquel momento, Santee ni se le ocurrió que la usaría.

El sitio personal de Woody era un lugar estresante, un gran parque urbano rodeado de tráfico de coches, bocinazos, rugidos y contaminación del aire. Helicópteros sobrevolaban los cañones de rascacielos. Las sirenas aullaban y emitían efectos Doppler para insinuar desastres entre bastidores. En el mundo de Woody, aparentemente, no había escasez de petróleo. Los conductores de todos estos vehículos eran imprecisos, como imágenes pintadas en los parabrisas de juguetes. Los principales ocupantes del lugar parecían abandonados, deambulando de arriba abajo, despatarrados en los bancos, encaramados en los árboles. Varios de ellos me resultaban vagamente familiares. Uno, que miraba fijamente sus huellas en el barro junto al estanque de los patos, se parecía exactamente a Einstein.

Woody llamó a su invento FACTS (Simulador Cibernético de Actor Activado por Ficción). Le encantaba explicarlo: «Simplemente le enseñé a leer ficción, o mejor dicho, a leerlo todo *como* ficción. Personaje y trama: un auténtico

aristotélico. No importa lo que sea: la guía telefónica, *David Copperfield,* Einstein. Uno de mis simuladores más solicitados, por cierto. Todo el mundo quiere estar con un genio, siempre que no sea real». Echó la cabeza hacia atrás y olfateó el aire en un gesto que sugería que su propio genio no lo había hecho popular.

“De todos modos, después de leer algo, cualquier cosa (cada palabra e imagen publicada sobre JFK, unas cuantas fábulas de Esopo, una caricatura del Correcaminos o un manual de Chilton, no importa), desarrolla simulaciones exhaustivas de todos los personajes”.

“¿Un Chilton’s?”

Puso los ojos en blanco. «Obviamente, tienes que usar la función de personificación».

"Obviamente."

Pero lo mejor es que el personaje no está ligado a su historia. Así que puedo proporcionar el rol de un personaje en particular en cualquier sitio con licencia, y el juego interpretará cualquier interacción como una nueva trama y responderá de forma plausible, convincente y *acorde con su personaje,* o te devolvemos el dinero. Siempre puedes proporcionarle nuevos textos al personaje, que los incorpora para mayor sutileza y complejidad. O puedes indicarle que se base en unos pocos textos clave y excluya todos los

demás; por ejemplo, un Einstein basado únicamente en su famosa carta a Truman. Después de un tiempo, como era de esperar, un Sim necesita un cierre o se vuelve estancado o disociativo. Así que los reemplazo al cabo de un año, guardando algunos especiales. El cliente puede obtener un Einstein, una Barbie o lo que sea, o contratar un personaje completamente nuevo. También tengo un programa de personaje del día en marcha que es una auténtica ganga, y un negocio de cortesanas realmente grande: ediciones limitadas.

Santee dijo: «No quiero comprar nada, Woody. Quiero escribir algo; supongo que podrías llamarlo una novela». Le explicó su idea a Woody, quien permaneció en un silencio inusual, escuchando. Ni siquiera volvió a poner los ojos en blanco, su gesto característico.

“Quieres subjetivizar deliberadamente a estos sims”.

"Así es."

“¿Y solo quieres usar FACTS *gratis?*” Casi se atragantó con la última palabra.

“Considérelo una donación a las artes”.

"¿Vas a obtener el estatus legal de organización sin fines de lucro?"

"No."

Woody hizo una mueca. «Claro que no». Negó con la cabeza, consternado. «¿También necesitas equipo de grabación?».

Todavía tengo mi equipo NewsReal. Se supone que debo devolverlo, pero está hecho a medida. Solo funcionará conmigo. No se molestarán en venir a buscarme si lo conservo.

Woody asintió con la cabeza, aprobando la propuesta de robo de Santee. Al menos esa parte tenía sentido. Mientras Santee seguía explicando lo que tenía en mente, Woody negó con la cabeza y resopló con incredulidad, su comportamiento habitual en un seminario o una cena. "¿Te das cuenta de que FACTS puede tomar todos estos datos en cualquier formato sin que tú estés involucrado?"

—Lo sé. No es eso lo que quiero.

Woody suspiró profundamente, pensando profundamente. Santee podía adivinar la lucha que se libraba en su cabeza. Por un lado, estaban los dos principios sobre los que había construido su vida: los derechos de propiedad intelectual y la avaricia. Nunca se regalaba nada. Por otro lado, el producto que Santee describía era completamente inútil a sus ojos. No era como si Santee fuera a beneficiarse de ninguna manera perceptible para Woody. En algún lugar de su memoria también debían estar las muchas noches que se había quedado tirado en el sofá

de Santee después de que lo echaran de otro lugar. Una de las casas comunales incluso había conseguido una orden de alejamiento para prohibirle la entrada; decían que para *su* protección, ya que varios pacifistas vegetarianos que residían allí habían jurado asesinarlo con las manos desnudas si volvían a verlo. La única novia que Woody tuvo en la universidad se fue de la ciudad en su último año después de salir con Woody durante seis meses, y se rumoreaba que se había cambiado de nombre y se había mudado a Fiyi. Ahora bien, según la prensa, los únicos acompañantes de Woody eran sus sims. Una fiesta de cumpleaños reciente, a la que solo asistieron sus sims y reporteros, había generado noticias superficiales durante un par de días, con entrevistas a sus invitados más alocados.

Finalmente, decidió: «Mierda. ¿Por qué no? Si quieres perder el tiempo, ¿por qué debería impedírtelo? Puedo descargar el software ahora mismo si quieres».

Gracias. Puedes consultar los resultados en la web.

"Un sitio gratuito, supongo."

"Por supuesto."

“Si quieres escribir, ya sabes, siempre puedo recurrir a escritores”.

El simulador de Einstein se había arremangado sus pantalones blancos y estaba entrando al estanque, luego

saliendo nuevamente, retrocediendo, colocando cuidadosamente sus pies en las mismas huellas, observando los resultados mientras los levantaba en alto con un sonido de succión.

Gracias, pero quiero trabajar en esto. Es un trabajo hecho con cariño.

La frase pareció divertir a Woody, quien se suavizó un momento. "¿Tienes novia últimamente?"

Ahora tengo *novia.*

—Ya lo creo, ¿no? Yo... nunca he trabajado por amor.

* * *

Santee y Margaret siguieron viajando por México con poco dinero, viviendo de los ahorros de Santee y las ganancias de Margaret por las acciones, aceptando ocasionalmente trabajos de traducción o creando una página web para un hotel a cambio de alojamiento y comida. Santee no grabó directamente su viaje. En cambio, por las noches, escribía sobre el día en su diario, grabándose a sí mismo en el proceso. Se grabó leyendo todo lo que pudo sobre México, especialmente relatos de primera mano de gringos como él, fascinados por el lugar: Rosa King, John Reed, DH Lawrence. Todas estas grabaciones se cargaron en FACTS, junto con sus grabaciones de la masacre que había presenciado y las entradas de su diario desde que llegó a México.

No sabía cómo entenderlo todo, pero se dedicó a intentarlo. A diferencia de su experiencia en el México real, Rincón se instaló en un país con un solo pueblo, Ladronville, representado en unas pocas cuadras, con el hotel de Rosa King en el centro: el ahora irónicamente llamado Bella Vista, ya que ofrecía una vista de la nada. Al igual que los intentos de Margaret por comprender el mundo país por país, su imaginación se había fijado en una esquina.

Durante *la siesta,* mientras Margaret solía dormir, él iba a Rincón unas horas y conversaba con los personajes que se le ocurrían por iniciativa propia, y conversaba con ellos, les preguntaba, discutía con ellos o escuchaba sus historias. A este proceso lo llamaba revisión.

Al poco tiempo se dio cuenta de que no entendía a Rincón, pero Rincón sí lo entendía a él y al mundo del que había escapado. No había tenido una Sra. Tompkins como Margaret, o tal vez sí y simplemente no se había dado cuenta. Habría sido demasiado soñador para entender el sentido de los mapas al revés. Sin embargo, a los personajes de su sueño ficticio les encantaba despojarlo de sus ilusiones. Zapata, convertido en estudioso y reflexivo, le contaba historias y fábulas, pero no le interesaba mucho la situación del siglo XXI. John Reed, en cambio, no se cansaba, golpeaba la mesa mientras despotricaba contra los capitalistas. Luego bebían y hablaban de las mujeres que amaban.

Nico y Francisco jugaban en las calles, por los callejones, llamándose, lanzándose piedras contra las paredes acribilladas. Solo lo dejaban acercarse un poco, y nunca le hablaban. Una vez, los persiguió hasta un callejón sin salida, solo para encontrar allí un montón de muebles en llamas.

Poco después de leer el relato de Rosa King sobre la revolución mexicana, Santee tomó el té con ella en Rincón, en la terraza de su hotel, una visión mucho más austera de lo que había imaginado mientras leía, pero ella parecía contenta con ella.

Ya casi no existe, ¿sabes? Lo que era antes. Creo que es mejor así, ¿no? Todo ese dinero y esas galas cuando tantos tenían tan poco. Era una viuda británica que intentaba regentar un hotel en el extranjero cuando se desató el infierno a su alrededor en 1910. Y aunque lo perdió todo y se vio obligada a emprender una aterradora huida por las montañas, huyendo de los rebeldes de Zapata, su compasión estaba con los campesinos oprimidos que habían sufrido una matonería tras otra, desde Cortés. Mientras Santee leía su libro *Tempestad sobre México,* no dejaba de pensar en lo poco que habían cambiado las cosas en más de un siglo. Ella le dijo: «Estamos en el bando equivocado, tú y yo, desde el momento en que ponemos un pie aquí, a pesar de nuestras mejores intenciones. Por lo tanto, debemos ser especialmente cuidadosos con hacer lo correcto. Es una gran tentación simplemente deplorar esto y cuestionar aquello. Pero al final, debemos hacer lo correcto».

Este discurso lo atormentó. La guerra, que antes se extendía por la mayor parte de México, se había contenido en los últimos meses en Oaxaca, Guerrero y Chiapas. Un asalto particularmente sangriento con helicópteros y vehículos blindados contra bastiones rebeldes en Oaxaca y Guerrero había dejado la única resistencia activa donde comenzó: en las montañas de Chiapas.

Un siglo antes, la revolución había llegado a Rosa King. Santee no tenía esa oportunidad ni esa amenaza. Cada vez le parecía más que, si quería hacer lo correcto, tenía que ir a la revolución, regresar a Chiapas, donde hacía poco más de un año había presenciado la masacre de 176 hombres, mujeres y niños, un suceso que aún se consideraba oficialmente como una lucha entre clanes en un mundo que se consideraba arrogantemente una "aldea global".

Así que una noche en Cuetzalán, le contó a Margaret lo que había estado pensando y ella lo abrazó. "Hagámoslo", dijo. "A los veinte años estaba bien vagar con el corazón en la mano, pero he visto demasiado para eso. Encontremos la guerra y alistémonos".

Poco después, solicitaron trabajo en Intrepid Explorers ("¡Dondequiera que quieras ir, nosotros ya llegamos!"). Uno de sus cazatalentos contactó a Margaret y Santee en Tlaxcala para colaborar en la actualización de México. Necesitaban ayuda desesperadamente, especialmente de quienes estuvieran dispuestos a viajar por el sur devastado

por la guerra. El hecho de que hubiera una guerra en curso lo hacía aún más atractivo para Intrepid Explorers: a la gente le gustaba ir a lugares a los que no podían ir en el mundo real; les hacía sentir importantes y aventureros. Al principio dijeron que no, pero cuanto más lo pensaban, más les parecía la tapadera perfecta, permitiéndoles viajar sin preguntas a expensas de la empresa con sofisticados equipos de grabación. Esperaban proporcionar información a las organizaciones de derechos humanos, eventualmente contactar con los rebeldes y ofrecerles sus servicios. Como había sido desde el principio, la guerra en México se libró tanto o más con propaganda que con armas.

Les preocupaba que IE sospechara de las ideas políticas de Margaret y de la salida de Santee de NewsReal, pero esas cosas no parecían importar en sus entrevistas. Ella conocía México y él tenía experiencia en grabación; eso era todo lo que parecía importarle a IE.

Un par de semanas después de sus entrevistas, Santee se desconectó una noche y Margaret le dijo: «Conseguimos el trabajo». Tenía una botella de champán y sus vasos de viaje de hojalata listos para celebrar. «Acaban de llamar por teléfono».

"¿Por teléfono?"

Ella se rió. "Lo sé. Raro, ¿verdad? Josh, nuestro, ¡tachán!, Supervisor *Regional,* dice que el teléfono le parece más personal".

—Sí, ¿verdad, Josh? ¿Tenemos un supervisor regional?

"Sin duda", se jactó. "Apuesto a que incluso hay un Supervisor *Continental ".*

“¿Un supervisor *global?*”

"Absolutamente."

¿Qué tal un Supervisor *Galáctico?*

—Ah, sí. Somos malos: hay un Supervisor *Supremo Universal Intergaláctico.*

—¡Dios mío! ¿Quién lo ha superado?

—Ella. La directora ejecutiva, por supuesto.

Se rieron, descorcharon el champán y brindaron por sus nuevas carreras como corresponsales de viajes. "Tengo que contarles algo", dijo Margaret. "Nuestra primera misión es el viernes. Quieren que vayamos con un grupo de meditación para registrar su experiencia en un 'vórtice de poder' en la cima de unas pirámides".

"Suena como si fuera algo que podría dar risa".

“Las pirámides están fuera de Ocosingo”.

Santee sintió un pánico creciente, pero lo reprimió. "Ahí es justo donde queríamos ir".

Nos tienen alojados en el Rancho Estrellita. Ese es el lugar del que me hablaste, ¿verdad? ¿El hombre del huerto de macadamia? Debe ser Zachary Taylor Hayman. Según Josh, Zack y su esposa, Edie, son los dueños del lugar.

Santee se recostó en la cama. "Dios mío." Estudió su rostro. Esta era la oportunidad que buscaban, una entrada legítima al corazón de la zona de guerra, un foco de conocida actividad rebelde. Era casi demasiado bueno para ser verdad. La siguiente misión podría fácilmente ser el viejo y descuidado Cancún —Gringolandia, como lo llamaba Margaret— peor que ser deportado. Aun así, no lo presionaría para que fuera, pues era cuidadosa y protectora de sus delicados sentimientos.

Se incorporó y se bebió el champán, se sirvió otra copa y completó la de Margaret. "Dile a Josh que nos gustaría ir temprano para explorarlo antes de que lleguen los vórtices. ¿Qué demonios es un vórtice?"

Ella le sonrió con los ojos llenos de amor, levantó su taza y propuso un brindis. *“¡Bienvenidos a Ladronville!”*

Chocaron tazas (“*¡Bienvenidos a Ladronville!*”) y bebieron.

“¿Es usted el supervisor de *Ladronville?*” *preguntó ella en su papel de ingenua seria.*

—Claro que no —respondió bruscamente—. Aquí en Ladronville todos somos anarquistas.

“Excepto aquellos que no lo son.”

"Precisamente."

George, el líder del grupo de meditación, nació en Hong Kong pero creció en Atlanta. Presentó su expedición como una fusión de las tradiciones místicas de Oriente y Occidente: el Misterioso Oriente se encuentra con los antiguos mayas. La mayoría de sus clientes eran estadounidenses blancos de clase media, de unos treinta años, que buscaban enriquecer su acervo de experiencias significativas que algún día, de alguna manera, se fusionarían en una teología o visión personal, o ambas. Santee no tenía ningún problema con eso, pero no era *su* visión, y pronto George perdió la paciencia con él.

Todas las mañanas durante una semana, Santee, con quince de los fieles, subió a la cima de la pirámide más alta en el momento adecuado de la mañana, se alineó con las líneas de flujo de energía que George decía que corrían a través de estas viejas piedras como trenes del metro, hizo la serie de ejercicios de respiración y contorsiones físicas que George les indicó, pero no pasó nada.

Desde lo alto de la pirámide, Santee tenía una vista clara de lo que había sido el asentamiento de los invasores. Había pocas señales de que alguna vez hubiera sido algo más que un pastizal. Las vacas negras mordisqueaban perezosamente la hierba fertilizada con la sangre de los indígenas asesinados, y Santee se sentía todo menos trascendente.

Todos los demás en el grupo estaban con los ojos como platos al terminar, parloteando con entusiasmo mientras se desenredaban de sus cuerpos de pretzel y descendían de la pirámide para disfrutar de una comida abundante y un breve informe en el Estrellita. Santee no sentía nada más que dolor lumbar y un ligero mareo por hiperventilación. Escuchando a los demás hablar con entusiasmo de sus experiencias en el vórtice, Santee quería gritar o dormir. El sueño solía prevalecer. Por desgracia para George, por muy memorable que fuera la experiencia para los demás, Santee era quien grababa. Sin una buena grabación, ni George ni el Rancho Estrellita encontrarían su lugar en el sitio web de IE. Podrían seguir reclutando participantes reales entre la menguante cantidad de viajeros reales, o podrían sumarse al creciente torrente de aventureros virtuales y hacerse ricos. Iluminados o no, querían el dinero.

Zack era un posadero inusual. Por lo que Santee pudo deducir, Zack, oriundo de Idaho, llevaba en México desde antes de que los estadounidenses cambiaran de drogas reales a virtuales. Tenía cierto encanto de drogado, una filosofía de "lo que sea" que trataba la guerra, el hambre y

la peste como agua de mar. Solo Santee sabía lo que Zack había presenciado en su arboleda en llamas. Se le notaba en el rabillo del ojo cuando la conversación giraba en torno a la guerra, y se levantaba, recogía los platos, preparaba bebidas y salía al patio a fumar un porro. Nunca hablaron de su encuentro, y si Zack reconoció a Santee, nunca lo demostró.

Una noche, cuando acorraló a Santee en la cocina, Zack admitió que deseaba que las cosas fueran mejor con George. Sugirió que Santee podría aprovechar mejor las sesiones de George si primero fumaba un poco de marihuana o comía hongos, pero Santee rechazó la oferta. Edie, por su parte, le ofreció a Santee su propia terapia emborrachándose todas las noches y coqueteando con él.

Después de una semana así, Santee y Margaret salieron a caminar por el valle. Ella dijo que tenía algo que decirle. Él se quedó en medio de la pradera verde, usando la torre de vigilancia de la base militar y la Estrellita como puntos de referencia.

“Esto estaba en pleno centro”, dijo. “Según mi opinión, lo arrasaron todo con excavadoras, cuerpos y todo”. Pateó el suelo, donde la tierra parecía arquearse, dejando al descubierto una llanta de bicicleta oxidada. Miró hacia las colinas, preguntándose si aún habría alguien allí que hubiera sobrevivido ese día. Se los imaginó observándolo: el testigo regresó a la escena del crimen.

Escucha a tus fantasmas. Te contarán.

"Si nos quedamos aquí un día más", dijo, "voy a perder la cabeza".

Ella lo rodeó con los brazos y apoyó la cabeza en su pecho. *"¿Entonces* tal vez puedas experimentar la iluminación?"

Él gimió: "A la mierda la iluminación", y besó la parte superior de su cabeza.

Ella le acarició el pecho con la nariz. "Detecto que una energía negativa te está bloqueando el chakra. Respiraciones profundas y sanadoras, respiraciones profundas y sanadoras".

Hizo una excelente imitación de George. Él sonrió apenas. Ella intentaba animarlo, y él no quería que lo animaran. Entonces recordó y dijo: "¿Tenías algo que decirme?", más para cambiar de tema que para averiguarlo. "Por favor, dime que Josh dice que podemos dejar de lado a este Saltamontes de Georgia y largarnos de aquí".

—Mejor —dijo ella, mirándolo—. Mientras te divertías renovando tu energía, yo me puse en contacto con los zapatistas.

"¿Estás bromeando? ¿Quién?"

—Hermalinda, la criada. De hecho, fue ella quien me contactó.

"¿Qué dijo ella?"

“Dice que el subcomandante Marcos quiere reunirse con nosotros”.

—¿Marcos? —Por fin sintió el vértigo que había estado buscando toda la semana—. Marcos está muerto.

Al parecer no. Se enteró de nosotros por tu sitio web.

"¿Rincón? ¿Marcos ha estado en Rincón?"

“De hecho, ahí es donde quiere encontrarse con nosotros esta noche”.

"¿Esta noche?", fue todo lo que pudo decir. No pudo evitar desear haber repasado más.

* * *

Marcos había sido la invención de Rafael Sebastián Guillén Vicente durante el primer levantamiento zapatista en el 94. Fue el portavoz del grupo durante muchos años y era conocido popularmente como el primer revolucionario en usar el ciberespacio. Sin su alta visibilidad en internet, el gobierno mexicano habría aplastado a los zapatistas de inmediato, nunca habría negociado con ellos. De hecho, era

dudoso que la insurgencia zapatista se hubiera vuelto real a los ojos del mundo. Pero eso fue hace mucho tiempo. Tanto la web como la revolución habían cambiado. La web, como todo lo demás, se había convertido en una empresa capitalista floreciente con poca paciencia para revoluciones idealistas y malas para los negocios. La pintoresca noción de que la web haría del mundo un lugar mejor había sido tan profética como pronunciamientos similares sobre la televisión. Aunque llamarla web había sido involuntariamente perspicaz.

Marcos había desaparecido de la vista en medio del breve coqueteo de México con la democracia a principios del milenio. Algunos lo consideraban irrelevante, otros, muerto. Pero antes del colapso de Oriente Medio bajo una nube radiactiva, antes de la invasión estadounidense de Venezuela cuando intentaron nacionalizar sus yacimientos petrolíferos, antes de que Estados Unidos volviera a poner al partido gobernante mexicano al mando para "promover la estabilidad y el estado de derecho" en lo que para entonces equivalía a una colonia laboral y un yacimiento petrolífero estadounidenses, Marcos había estado allí.

Así que cuando los zapatistas resurgieron, él también lo hizo, aunque mientras tanto la interfaz de Weisiger había transformado la web. Marcos había sido un poeta —quizás un poco ventoso—, pero poeta al fin y al cabo. Era un ser de palabras, y el ciberespacio había perdido interés en ellas.

¿Un hombre con pasamontañas hablando y fumando en pipa? ¿A quién le importa? ¿Dónde está la experiencia?

Muchos decían que este nuevo Marcos no era Vicente en realidad, sino un sustituto. Corrían rumores de que aparecían sustitutos rivales en internet. Poco importaba. Se había vuelto pintoresco. Su reaparición en internet se trató como si fuera el resurgimiento nostálgico de un programa de televisión o de un cantante pop. Desapareció rápidamente de la vista pública por segunda vez. Algunos afirmaban que seguía vivo, que seguía siendo el cerebro de la causa zapatista, que se había escondido por el bien de una revolución que necesitaba desesperadamente ser tomada en serio. Pero casi nadie creía estas afirmaciones.

Se había ido. Como el Che o King. Eso creía Santee. Hasta ahora.

Había leído todos los escritos del Subcomandante en FACTS, pero Marcos nunca se había presentado como un personaje en Rincón. Santee se había preguntado por qué no, dada su gran opinión del hombre, y ahora lo sabía. Santee había configurado las preferencias de FACTS para que no se replicara a sí mismo ni a ningún otro visitante real del sitio. No quería encontrarse consigo mismo todavía y no imaginaba que otras personas lo quisieran. Así que si el verdadero Marcos había estado visitando el sitio, como decía Hermalinda, no aparecería uno ficticio. No era difícil imaginar cómo Marcos habría conseguido la dirección.

Estaría atento a cualquier sitio web nuevo que tratara sobre la cultura y la política mexicanas.

A Santee se le ocurrió la extraña idea de que Marcos podría ser un simulador generado por FACTS y, fiel a la ironía que lo había inspirado, estaba eligiendo esta forma tan enrevesada de meterse en la trama. Descartó la idea, riéndose de su paranoia. Había subido a esa maldita pirámide demasiadas veces. El programa de Woody era ingenioso (él aprendía constantemente sus sutilezas), pero no *tanto.* Además, Marcos los había contactado a través de Hermalinda, no en Rincón.

Como si dudara de que confiaran en su autenticidad bajo cualquier otra apariencia, Marcos esperaba en el Bella Vista a Santee y Margaret con su característico pasamontañas y pipa en la boca. Helene Pontipirani, periodista y espía rumana durante la primera revolución, estaba sentada al otro lado de la mesa con su ropa de montar. No había caballos en Rincón, pero ella solía ir vestida para montar, incluso con la fusta.

Le decía a Marcos con su voz sensual y de profundo acento: «¡Me doy cuenta de que cuando las cosas suceden, generalmente es porque alguien las ha provocado!». Estaba muy erguida, como a caballo. Tenía las mejillas encendidas y los ojos brillantes. Era una pena que no corriera el viento para echarle el pelo hacia atrás. «Eso es lo que me gusta de

la gente», dijo, «¡el poder, la fuerza, que hace que las cosas sucedan!».

Marcos dejó su pipa sobre la mesa, se quitó la máscara y la arrojó sobre la mesa frente a ella. "Entonces te gustará esto", dijo con una sonrisa amable. "Las máscaras hacen que las cosas sucedan".

Helene, aparentemente insegura de si se estaban burlando de ella, se echó el pelo por encima del hombro y vio a Santee y Margaret de pie en la calle. Le habló a Santee: "¿Qué haces aquí?"

“Venimos a hablar con el Subcomandante”.

Se puso de pie, alta, esbelta e inquieta, y se dio una palmada en el muslo con la fusta. «Muy bien». Y luego, dirigiéndose a Marcos, «Tú y yo, hablaremos pronto». Cruzó un arco y entró en el hotel.

Marcos también se había puesto de pie. La vio irse. «Es una mujer extraordinaria», dijo. «Es fácil entender por qué Zapata estaba enamorado de ella».

“No todos los historiadores aceptan eso como cierto”.

Marcos se rió entre dientes. «Pero en Rincón es cierto, ¿no?»

Santee se rió. "Sí, supongo que sí".

—Ella no aceptó tu regalo —dijo Margaret, señalando la máscara que aún estaba sobre la mesa.

No pensé que lo haría. Era una prueba.

"¿Pasó o reprobó?"

—No era esa clase de prueba. —Le tendió la mano—. Soy el Subcomandante Marcos. Sra. Mayfield, Sr. St. John, es un honor para mí. —Les estrechó la mano uno por uno—. Les agradezco que me hayan atendido con tan poca antelación. ¿Nos sentamos?

Santee no pudo evitar notar que solo llevaban unos minutos allí, y que Marcos ya había tomado las riendas con la mayor cortesía posible. Se sentaron a una mesa y hablaron de bebidas y comida como si el lugar fuera real, decidiendo por consenso renunciar a una comida imaginaria. Quizás otra prueba.

Marcos era un hombre apuesto, de cabello espeso y bigote, ahora canoso. Su piel era suave, salvo por las arrugas que le marcaban los ojos. Suave y blanca. Marcos no era indígena, pero dedicó su vida a los derechos indígenas, aunque probablemente él no lo hubiera visto así. Si la democracia excluye a alguien, no es democracia, no es para nadie. Santee recordaba la conmovedora frase de Marcos: «*Para todos, todo, nada para nosotros».*

—No quiero ser grosero —dijo—, pero no puedo arriesgarme a quedarme aquí mucho tiempo. Todavía hay quienes se toman la molestia de averiguar mi paradero. ¿Podemos ponernos manos a la obra? Hermalinda me dice que desea ayudar y que trabaja para IE. Tenemos información de que IE está desarrollando una nueva interfaz de grabación. ¿Ha oído hablar de ella?

Incluso antes de empezar a trabajar para IE, Santee y Margaret habían oído rumores de una nueva tecnología en desarrollo: una interfaz nanoensamblada completamente interna que no solo registraría los sentidos, sino también las sutilezas de las percepciones, los pensamientos y los sentimientos. Las grabaciones actuales serían caricaturescas en comparación, sobre todo en el ámbito de las emociones. Se rumoreaba que estaba lista para la fase beta.

"He oído hablar de ello", dijo Santee.

Quiero que se ofrezcan como voluntarios para hacer pruebas. Tenemos un uso para esa interfaz.

“¿Para documentar los combates?”, preguntó Margaret.

La lucha ha terminado. Nunca podremos ganar por la fuerza de las armas. Solo hay un camino. Durante demasiado tiempo, la cámara ha estado enfocada en las víctimas. Es hora de que las víctimas se conviertan en la cámara. Esperamos brindarles a todos en la web la experiencia de ser

uno de nosotros, directa y sin editar. Esperamos avergonzar al mundo para que haga justicia instalando esa interfaz en miles de *chiapanecos pobres* e inundando la web con sus vidas. ¿Nos ayudarán?

Les tomó un segundo comprender la enormidad de lo que Marcos proponía. Cuando lo comprendieron, casi simultáneamente, se quedaron boquiabiertos ante tan increíble acto de fe en la humanidad. Anhelaban tanto creer que la humanidad era digna, ¿cómo podrían negarse?

CAPÍTULO CUATRO

Casi dos años después, Santee fue finalmente elegido para probar la nueva interfaz. Esto no sorprendió a Margaret. Él era el emocional, el que podía ver un poema en un autobús oxidado y cubierto de enredaderas o conmoverse con los pescadores echando sus redes. Y de eso se trataba la nueva interfaz: de una experiencia completa, con emociones incluidas, cuanto más intensas, mejor.

"Lo que buscamos es intensidad", le dijo el técnico a Santee. "¡Pasión!"

No saben en qué se están metiendo, pensó Margaret. Desde luego que no. Su pasión era contagiosa. Siempre se había considerado sensata, una mala candidata para dejarse llevar. Y no lo había sido; se había lanzado. Se las había

arreglado bien sola durante años. No había estado deprimida por la vida, anhelando a un hombre que le diera sentido a su vida. Pero ahora no sabía si podría soportar la soledad sin él.

Como parte del plan, solicitó una reasignación a un trabajo de edición en Estados Unidos, alegando que estaba agotada por estar lejos de la civilización. Para endulzar la historia, le insinuó a Josh que su relación con Santee se había enfriado, y él pareció creérselo, aunque los había visto juntos muchas veces desde que trabajaban para él, y era evidente que estaban locos el uno por el otro. Pero la gente siempre estaba dispuesta a creer que todo se había desmoronado.

Santee ingirió la interfaz dentro de un campo Weisiger optimizado, dentro de un búnker de hormigón impenetrable en una montaña en algún lugar de Nevada, con cada molécula monitoreada y contabilizada. Tras un par de semanas de pruebas, lo enviaron de vuelta a México para que explorara y experimentara profundamente. Incluso lo animaron a presenciar "acciones militares" siempre que no representaran un peligro personal para él ni para la propiedad intelectual que residía en su sistema nervioso.

Sin embargo, una pérdida temporal de señal en un baño de hombres en el aeropuerto de Ciudad de México no pareció preocuparles.

Con el archivo de instalación en la memoria del dispositivo y una muestra de sangre de Santee —extraída y descargada en un cubículo del baño—, unos técnicos reclutados por Marcos crearon una copia mediante ingeniería inversa. Se la pasaron a Margaret en su vuelo a Dallas–Fort Worth dentro de una pequeña botella de Chivas Regal que apareció en su bandeja durante una visita al baño.

Se lo llevó a un nanofabricante en Dallas, quien lo fabricó a escondidas entre viajes más legítimos. Fue un proceso lento: unas horas robadas por aquí, un fin de semana por allá. Cuando terminaba un lote, lo enviaba a Santee, México, camuflado en un medicamento para la alergia. En general, el trabajo de Margaret consistía en esperar y esperar y esperar en un estante y apilar. Con su excusa de un amor que salió mal, les advirtieron que sería arriesgado incluso verse en internet a menos que fuera estrictamente de negocios, presentando un espectáculo relajado para quienquiera que los estuviera viendo. Habían ideado un código simple antes de que ella se fuera, para poder avisarse mutuamente si algo iba mal o lanzarse un beso, pero no era un sustituto del amor ni del sexo. Odiaba prácticamente todo de su nuevo hogar. Era como mudarse al infierno.

Dallas era el lugar más desalmado del planeta, el corazón de la despiadada economía global. Si el amor al dinero era la raíz de todos los males, Dallas era el arboreto del mal. Su presencia en la web era enorme, vanguardista. Hacía tanto tiempo que no era un lugar real, un santuario de

arquitectura desechable que podía ir a cualquier parte y a ninguna, que no era difícil trasladarlo todo a la web. El viejo horizonte —una densa hilera de penes de cristal y acero que se alzaban hacia el cielo— se estaba deteriorando por el abandono en la realidad, pero aún se veía bien desde el aire, y la versión web era la envidia de todos los niños del patio de recreo.

Técnicamente residía en Collinsville, aunque Dallas–Fort Worth era una inmensa extensión indistinguible de estanterías y estanterías que se extendían hasta la frontera con Oklahoma. Era asombroso cómo un lugar abarrotado de tanta gente podía parecer tan desprovisto de vida. Desde el aeropuerto hasta su nueva residencia junto a Smartcab, no se encontró con nadie vivo. Era la rara, apagando internet en el taxi, mirando por las gruesas ventanas tintadas con casi tanto que ver como una bala en el cañón de una pistola. Quienquiera que mantuviera todo esto en funcionamiento se mantenía oculto. Margaret ya tenía una idea bastante clara de su aspecto: morenos, pobres y no de por aquí.

Nunca había vivido en un ático apilado. El suyo era Harbour Haven: "Lo mejor de la vida online". Alquiló el lugar online, lo revisó virtualmente y dio el número de su tarjeta de crédito. La realidad era aún peor de lo que había imaginado, y se había dicho a sí misma que sería horrible. Lo evaluó en pasos, y luego simplemente se paseó. La maldita silla Weisiger parecía un trono en medio de la habitación. Consiguió arrinconarla. Intentó sacar el cochecito eléctrico

por la puerta, pero no se movía. No había ventanas, por supuesto, pero incluso mantener la puerta abierta resultó problemático. Un timbre y una voz preocupada le advirtieron que la puerta estaba entreabierta y que corría el riesgo de ser asaltada o atracada. Pasó una tarde intentando desactivar los contactos de la puerta, pero solo logró convencer a la voz de que la puerta estaba abierta, lo estuviera o no. Encontró el altavoz en el techo y clavó un destornillador en el centro hasta que se silenció. No recuperaría su depósito. Pero si todo salía según lo previsto, esa sería la menor de sus preocupaciones.

Pensó que la única manera de mantener la cordura era forjarse una vida de verdad con lo que tuviera a mano, establecer algún tipo de rutina. Subió a la azotea, que ofrecía una vista de varios kilómetros en todas direcciones. No había mucho que ver salvo pasto, mezquites, hormigón y asfalto. Cajas prácticamente idénticas salpicaban el paisaje. El caos de un distrito comercial abandonado se extendía al sureste. En un día despejado, el horizonte de Dallas brillaba como el logotipo de este páramo. Salvo los vehículos, casi sin conductor, que circulaban por la carretera inteligente, no había señales de vida humana. Era lo mismo mirara donde mirara.

Pero había aire y sol, luna y estrellas por la noche. Aves, sobre todo buitres; coyotes ocasionalmente; grillos y cigarras; arañas, moscas y hormigas; lagartijas. Agradecía cualquier evidencia de que el planeta seguía vivo. Preparaba

sus comidas en el techo, en su estufa solar de un solo quemador, comía al estilo picnic sobre su poncho extendido sobre el alquitrán tibio. Tendía sábanas para protegerse del sol brutal, caminaba o corría alrededor del perímetro unos cuantos kilómetros al día, descargaba novelas —aunque cada vez eran más difíciles de encontrar— y leía. De memoria y fotografías, bosquejó escenas de todos sus años en México y, con demasiada frecuencia para su propio bien, retratos de Santee. Los pegó en las paredes de su celda y habló con ellos.

Pasaron meses y meses. Se acercaba el final, con un lote más de la interfaz por enviar a Santee. Esperó la entrega del fabricante. Y entonces, una tarde, justo antes del anochecer, creyó ver a alguien más en un tejado como el suyo, a un par de millas hacia el sur. Bajó corriendo a su casa y regresó con sus binoculares, pero para entonces la luz se desvanecía rápidamente y los detalles eran borrosos. No estaba segura de qué tejado había estado mirando, pero estudió pacientemente un grupo de ellos. Justo cuando estaba a punto de darse por vencida, fue recompensada con un destello de luz, que iba y venía, como si bailara. Un haz de luz de linterna. Dibujó apresuradamente el grupo de edificios, marcando el que tenía la luz con líneas brillantes como una bombilla en un dibujo animado. Por la mañana se levantó temprano y comenzó a observar el lugar.

No había nadie allí. Quizás la había engañado un truco de luz o su imaginación. ¿Pero qué otra cosa iba a hacer? Así

que siguió mirando fijamente la única caja entre docenas. Era como cantar un mantra. Y entonces, cuando el sol estaba alto y la azotea se bañaba de luz, fue recompensada con una rareza: un destello de verde. Las estanterías eran de colores pastel: azul empolvado, lavanda, rosa pálido, aguamarina. Algunas de las más antiguas tenían los nombres pintados en el lateral con letras enormes, pero las nuevas eran en su mayoría anónimas. ¿Quién iba a leerlas? Pero en el techo de esta, de un beige sin inspiración, había una mancha de verde brillante, de un par de docenas de metros cuadrados o más. Sus binoculares no eran muy potentes. El sol de Texas hacía que todo brillara como si estuviera a punto de evaporarse. No podía estar segura de nada a esa distancia. Pero creía saber lo que veía, sobre todo cuando, con una ráfaga de viento, se mecía. Casi podía imaginar el sonido que hacía. Su vecino cultivaba maíz en el tejado de un invernadero. Decidió que debía conocer a alguien.

Tenía un Smartcar a su disposición a través de IE, pero acceder a él no era sencillo. Al menos veinticuatro horas antes de quererlo, debía enviar una solicitud de ruta indicando su destino y negocio, datos sobre los cuales, en este caso, tendría que mentir. IE no consideraría parte de su trabajo visitar en persona a un completo desconocido. No se molestó. Decidió cruzar el país. Se conectó a internet y fingió estar buscando un nuevo lugar. Tras media docena de visitas virtuales, combinando vistas aéreas en una especie de mapa, estaba bastante segura de que el lugar que estaba

viendo se llamaba Renaissance Square West. Por desgracia, una carretera inteligente la separaba de su destino. Sería más fácil construir alas como Ícaro y volar que cruzar una carretera inteligente a pie.

PRECAUCIÓN: CERCADO Y ASEGURADO PARA SU SEGURIDAD COMPLETA Y TOTAL, afirmaban las señales de la carretera, y eran mortalmente serias. La cerca electrificada se hundía más en el suelo de lo que un conejo podría excavar, más alto en el cielo de lo que un ciervo podría saltar. Si algo más grande que un ratón de campo se movía en cualquier lugar dentro de la carretera sin un código de viaje registrado, era vaporizado con un arma láser que era el único éxito real de SDI. Su corto alcance lo hacía inútil para la guerra de las galaxias o incluso para las guerras orbitales, pero podía freír una serpiente de cascabel o una persona a lo largo de doce carriles de tráfico sin problema. Y si había un problema, con solo accionar un interruptor a millas de distancia, todo podía apagarse y hacerse accesible solo al Personal Autorizado, quienquiera que fuera. Había visto a los policías pasar gritando mientras todos los demás vehículos permanecían perfectamente quietos como un campo de piedras. Cada décimo, más o menos, tenía vida dentro.

Incluso si no estabas atrapado en la carretera, eran la única forma de ir a cualquier parte, de salir de los suburbios e incluso de ir de uno a otro. Margaret y el resto de la gente de aglomeración eran prisioneros cada vez que la carretera

estaba cortada. Y, como no eran ellos los que tenían las manos en el interruptor, eran prácticamente prisioneros todo el tiempo. Decidió que era necesario explorar un poco. Más que nada en el mundo, Margaret odiaba sentirse atrapada. Quería —necesitaba— encontrar la puerta trasera. Además, si no pisaba tierra firme pronto, se volvería loca.

Cuando visitó a su madre por internet, dejó escapar algunos de sus sentimientos de encierro. Su madre le sugirió un paseo en bicicleta a algún volcán en Hawái. "¡Lo hice el fin de semana pasado y fue maravilloso!"

Era una página web, mamá. No fuiste a Hawái.

—Oh, ¿y qué más da? Para mí fue muy real, te lo aseguro. Deberías relajarte, Megs, y disfrutar de la vida.

Me alegra que lo hayas pasado bien, mamá. Lo tendré en cuenta.

Su madre sabía que la estaban ignorando, pero lo dejó pasar. Ambas habían aprendido mucho con los años sobre cómo llevarse bien mediante una cuidadosa revisión. Su madre no tenía ni la menor idea de qué estaba haciendo Margaret realmente con su vida. Cuando su madre le preguntó sobre el trabajo, Margaret se imaginó diciéndole la verdad:

Sí, mamá. El trabajo está bien: trabajo con revolucionarios mexicanos, robando hardware ultrasecreto de última generación de una importante multinacional y regalándoselo a campesinos de escasos recursos. Si mi jefe se entera, iré a la cárcel el resto de mi vida, a menos que el gobierno mexicano me dispare primero.

Lo que realmente dijo fue: «Sí, mamá. El trabajo está bien. Disfruto mucho trabajando en casa». No se sentía culpable por ocultarle la verdad a su madre. Solo esperaba que su madre tuviera sus propios secretos que no le contara.

Margaret volvió a estudiar el mapa y encontró un arroyo que corría bajo la carretera inteligente, un par de millas al este. Si no podía cruzar la carretera, pasaría por debajo. Al imaginar el viaje, sintió una oleada de emoción y anticipación. Tuvo que sonreírse a sí misma. Había encontrado una excusa para salir. No podía quedarse encerrada mucho tiempo.

Su primer obstáculo fue llegar a un terreno abierto. En Harbour Haven no se permitía nada tan peculiar como un peatón. El tranvía local la llevaría al Mercado y Farmacia de Harbour Haven o al acceso por carretera inteligente, ambos callejones sin salida a pie. Las carreteras utilizadas por los vehículos de reparto eran una posibilidad, pero tenían sus propias cámaras de seguridad y códigos de identificación con los que prefería no lidiar.

En cambio, bajó una cuerda del tejado (su tendedero estaba enrollado y anudado) y bajó al suelo. No había escalado desde la universidad, y fue una especie de placer. Había una empalizada a unos diez metros detrás del edificio, quién sabe por qué razón, que estaba inclinada cuarenta y cinco grados. Los restos de un huracán habían pasado por allí el año pasado, y nadie se había molestado en arreglar la valla. La subió como si fuera una rampa, y se inclinó aún más. Caminó hasta el final y saltó al suelo un metro más abajo. Delante de ella, hasta donde alcanzaba la vista, había mezquite y arena. Miró la brújula y se dirigió hacia el arroyo.

El plan era seguir el arroyo hacia el sur, bajo la carretera inteligente, luego aproximadamente un kilómetro y medio al sur, y luego regresar a Renaissance Square. Renaissance Square West era, en realidad, el edificio suroeste de la plaza norte, sur, este y oeste. Aparte de la carretera inteligente, su mayor problema sería distinguir Renaissance Square de los demás estantes y pilas. Quizás tendría que escuchar el crujido de los tallos de maíz.

Había salido al amanecer para evitar el calor. Había otros animales con la misma idea. Las liebres corrían por el paisaje como pequeños canguros. Los sapos cornudos se escabullían a una velocidad sorprendente. A pesar del optimista trino de los pájaros, el aire ya se sentía caluroso y pesado; el suelo aún irradiaba el calor del día anterior al comenzar el nuevo día. Para cuando llegó al arroyo, estaba empapada en sudor.

El arroyo en sí era una decepción. Cualquier parecido con un arroyo real había sido borrado por montones de rocas grises de cemento del tamaño de una pelota de baloncesto, vertidas en su interior para canalizarlo. En algún lugar bajo estos escombros, fluía un hilillo de agua, pero haría falta una lluvia fuerte para que fuera visible. Adiós a su fantasía de refrescarse en el agua. El aire sobre las rocas brillaba con calor. A unos cien metros de distancia, una serpiente de cascabel tomaba el sol donde deberían estar nadando peces. Si estaba cascabeleando, no podía oírla por el ruido de la elegante carretera justo en el horizonte, al sur.

Caminó por la orilla todo lo que pudo hasta que la espesura la obligó a bajar a la zanja llena de rocas que formaba el arroyo. Le costaba caminar, y siempre estaba atenta a las serpientes, pero llegó a tiempo al camino inteligente. Se extendía de horizonte a horizonte y era tan ruidoso como el océano. Donde el arroyo cruzaba por debajo había una cerca de alambre con letreros de Prohibido el Paso cada pocos metros. La electricidad y el agua corriente no se llevaban bien, así que al menos no hacía calor. Se acercó a uno de los letreros y leyó el párrafo de jerga legal debajo del mensaje principal. Era una servidumbre de paso de la carretera, advertía con recato, propiedad del Estado de Texas y bajo la jurisdicción de la Comisión de Carreteras. Nunca explicaba por qué, pero dejaba claro, de una forma extraña, que podrías ir a la cárcel por cortar la cerca y deslizarte bajo la carretera. Como para dejar claro cuánto les daba igual, una

o varias personas desconocidas ya habían cortado la malla y la habían desprendido cuidadosamente hacia ambos lados, creando una puerta triangular como la de un tipi. Esta era la primera buena señal que veía en todo el día.

Le dio las gracias a su benefactor, el alicate, y pasó bajo la carretera. La sombra era deliciosa, pero no se atrevió a quedarse. Las cámaras de seguridad fotografiaban las sombras. No había forma de evitarlas, así que saludó con la mano. «Solo estoy de paso», gritó. Una puerta a juego separaba la malla metálica del otro lado, y volvió a salir al sol con una sensación de triunfo. Había pasado la maldita carretera, y otros también habían pasado por allí; otros a los que podría encontrar si se lo proponía.

Su plan original era seguir arroyo abajo, pero ya estaba harta de caminar sobre rocas. Además, subiendo por la orilla oeste había un sendero hasta la cima. Al pie, alguien había levantado pacientemente las rocas del lecho del arroyo y las había apilado en un círculo para formar una pequeña poza de agua abierta. Tomó un poco en sus manos. Estaba limosa, pero olía a limpio y fresco. Bebió para demostrar su solidaridad con quienquiera que hubiera creado esta poza, rellenó sus botellas de agua y se salpicó la cara y el cuerpo. Recorrió el sendero con energías renovadas.

El sendero continuaba en la cima, girando hacia el suroeste a través de un pequeño bosque de robles y nogales, aproximadamente en dirección a su destino. Siguió el

sendero que serpenteaba a través del bosque, pasando por estanterías y caminos de servicio, atravesando estacionamientos agrietados y llenos de maleza, bordeando la civilización y siguiendo sus junturas. No se sorprendió cuando la condujo a Renaissance Square West, donde encontró una puerta metálica marrón con la palabra MANTENIMIENTO escrita en ella.

Estaba cerrada. Hizo lo único que pudo: tocó.

Nada.

Las cigarras cantaban en el calor opresivo.

Ella golpeó más fuerte, con convicción.

Nada.

Retrocedió y miró hacia arriba. Un rostro oscuro desapareció de repente. Intentó descifrar qué había visto: hombre, mujer, adulto, niño; no tenía ni idea.

Se tapó la boca con las manos y gritó: "¡Hola! Vivo cruzando la calle Smart, al norte. Vengo de visita".

Nada.

“Sólo quiero hacer amigos.”

Nada.

¡Por favor! ¡Qué calor! He recorrido un largo camino.

Nada.

"A la mierda", murmuró para sí misma. Apoyó la espalda en la puerta y se deslizó hasta el suelo. Miró el paisaje abrasador y consideró sus opciones. Era cerca del mediodía. La temperatura rondaba los treinta grados y subía rápidamente. A la sombra del edificio —de un metro y medio de ancho y menguante— era apenas tolerable. Tendría que buscar un mejor refugio, quizá en el pequeño robledal, esperar al anochecer para salir y volver a su agujero al anochecer. Por suerte, había traído su linterna. Bebió un trago de su botella de agua. Estaba casi vacía, pero tenía otra en la mochila. Tenía una lata de atún, unas galletas y una naranja. No iba a morir, al menos no en esta caminata. Pero este lugar —esta madriguera de zombis de la mano de Dios— podía hacerla desear estar muerta, aunque fuera demasiado cobarde matarla directamente.

A veces pensaba que ya no había un lugar en la Tierra al que pertenecer: una chica estadounidense blanca, educada y de clase media–alta que odiaba la web. Le parecía obvio que era malvada. Había creado un mundo que confundía solipsismo con individualismo, capitalismo con democracia, información con pensamiento. No, se recordó, no era la web la que hacía todas esas cosas. Era solo el medio. La gente en la web vivía la vida que quería, la vida que creía merecer por haber nacido en el lugar correcto. Simplemente elegían

ignorar que casi todos los demás en el mundo luchaban por sobrevivir.

No había problema, le habían dicho a menudo, que no se pudiera resolver sentándose en esa maldita silla Weisiger y conectándose a internet. Se imaginó la suya, comprada y pagada (alquilada al menos), esperándola a pocos kilómetros. «Vámos, cariño», parecía decirle, «siéntate. Relájate».

No. No podía rendirse tan fácilmente. Había visto un rostro. Estaba segura. Cerró los ojos e intentó imaginárselo de nuevo. Tuvo una visión, una corazonada o una nostalgia ilusoria; no estaba segura de cuál. Se levantó de nuevo y se tapó la boca con las manos. *«Vengo del otro lado de la carretera inteligente. Soy amiga».*

El rostro volvió a aparecer brevemente y luego desapareció. Esta vez estaba segura. Era un hombre, un latino, de veinticinco o treinta años. Pasaron quince minutos y Margaret se desplomó abatida contra el costado del edificio. Nadie la iba a dejar entrar. ¿Por qué demonios alguien invitaría a una *gringa obviamente loca* a su casa?

Miró al cielo. Muy por encima de ella, aviones sin piloto volaban en círculos silenciosos, esperando aterrizar en el aeropuerto DFW con ropa de papel hecha en China o piezas de automóviles de Brasil. Se imaginó a sí misma, como carga

en la bodega de uno de esos aviones, volando de regreso a México.

Y entonces la puerta se abrió. El hombre que había visto antes se asomó y la invitó a entrar. Miró por encima de su cabeza, y ella siguió su mirada. Una cámara que barría la zona se dirigía hacia ellos.

No dudó en seguirlo, cerrando la puerta rápidamente tras ella. Más allá de la puerta había una escalera. Su anfitrión ya estaba un piso por encima de ella. Subió hasta arriba, y ella lo siguió. Al subir al tejado, se encontró dentro de un refugio hecho con lonas viejas —azules, verdes, amarillas— colgadas de la entrada de la escalera. Frente a una mesa de tablones preparada para comer estaban el hombre, una mujer y dos niños. Detrás de ellos, en el lado norte del tejado, se mecían tallos de maíz en un bancal elevado. Al fin y al cabo, eran reales.

El hombre, Sebastián, se presentó y presentó a su familia: Beatríz, su esposa; Manuel y Blanca, sus hijos.

Margaret se presentó.

Todos sonrieron radiantes, y Sebastián invitó a Margaret a una sencilla comida de frijoles y tortillas. Casi lloró de alegría. La demora en responder a su llamada se debía a que la casa estaba preparada para recibir a una visita.

“Me encantaría”, dijo.

Se suponía que esto solo ocurría en la web, una de las supuestas ventajas de la realidad virtual: conseguir lo que querías cuando lo querías. Pero ella no había llegado virtualmente. Lo había encontrado, por casualidad. La verdadera serendipia era una rareza en la web. Era demasiado fácil creer que sabías lo que querías y simplemente ir allí, condenado al patio de ejercicios de tu propia imaginación.

Comían en platos desechables, maltratados por el tiempo, rescatados de la basura de los ricos. No había cubiertos, salvo una cuchara de madera en la olla de frijoles. Beatríz cocinaba las tortillas en un trozo de metal corrugado, aplanado por el centro, bajo el calor de un fuego latente y un sol abrasador. Un té dulce que Margaret nunca había probado se servía en cuencos de barro del mismo rojo anaranjado que el paisaje. Los niños —Manuel parecía tener unos cuatro años y Blanca uno o dos más— agachaban la cabeza y reían disimuladamente cada vez que Margaret les sonreía. Estaba completamente encantada.

Resistió la tentación de interrogarlos sobre sus vidas, como para pedirles cuentas, pero poco a poco fue descubriendo su historia. Eran guatemaltecos. El hermano de Sebastián, Salvador, había sido originalmente el encargado de mantenimiento de Renaissance Square, así como de los complejos adyacentes Victorian Manor, Sherwood Green y Colonial Village. Sebastián vino al norte para quedarse con

su hermano y buscar trabajo, pero este falleció. Sebastián asumió el cargo, y nadie pareció notar el cambio.

Sebastián la felicitó por su español, y Margaret le dijo que era demasiado amable. Les contó que trabajaba para IE, y aunque no detectó ninguna reacción, no pudo evitar preguntarse qué opinaría él de esta confesión. IE tenía fama de cobarde, de ver solo lo que los poderosos querían que viera, una fama que se merecía con creces.

¿Estás casada?, le preguntaron, algo menos personal que su trabajo, y ella solo dijo que no, sintiéndose vagamente culpable por no reconocer, casada o no, que tenía pareja, una pareja que deseaba que estuviera allí ahora, a su lado.

"¿Dónde se conocieron ustedes dos?", preguntó a Sebastián y Beatríz para desviar el tema de su conversación.

"El Mall", dijo Beatríz, apretando la mano de Sebastian, y Margaret no estaba segura de haber oído bien. *El Mal* significaría "el mal". Entonces se le ocurrió lo que querían decir. "El centro comercial". Un centro comercial. Salpicaban el paisaje suburbano como los huesos blanqueados de dinosaurios muertos, vueltos irrelevantes por la web. Margaret había oído que llevaban una nueva vida clandestina como lugares de reunión para las clases bajas. Los medios los trataban como un problema social que necesitaba corrección, un caldo de cultivo para el crimen, las drogas y la depravación. Margaret estaba llena de

curiosidad. Como si Sebastian y Beatríz pudieran leerle la mente, le preguntaron si le gustaría ir. *Al cine,* añadieron esperanzados. Al cine.

Los niños aplaudieron ante la perspectiva.

En la época en que existían las pegatinas para parachoques y todos tenían al menos un coche privado donde pegarlas, una de las favoritas en Dallas era «EL LUGAR DE UNA MUJER ESTÁ EN EL CENTRO COMERCIAL», y había muchísimos centros comerciales para elegir —docenas antes de que se acabaran— surgiendo en las intersecciones de autopistas cada vez más congestionadas, construidas para «aliviar la congestión», una práctica parecida a tratar la anemia con sanguijuelas. El nombre preciso de este centro comercial se perdió en la niebla del tiempo. Era simplemente, para Sebastian y sus compañeros, que usaban media docena de idiomas diferentes, el Centro Comercial, y estaba abarrotado. Sin darse cuenta, Margaret había elegido un domingo para visitarlo, y era día de mercado.

Había tenido que discutir con Sebastián para que la dejara llevar parte de la carga en su mochila. Era una invitada, dijo él, y aunque no lo dijo, una mujer blanca. Incluso Manuel y Blanca llevaban sus cargas, y la bolsa de ollas de barro que Beatríz esperaba cargarle a la espalda debía de pesar tanto como ella. Margaret insistió. Fue Beatríz quien finalmente resolvió el impasse colocando la mano sobre el antebrazo de

Sebastián y apretándolo. Él se giró hacia ella, y ella frunció el ceño y asintió levemente.

Margaret podría llevar las cucharas, dijo, y estarían eternamente agradecidos.

Así que su mochila estaba llena de cucharas de madera que Sebastian había fabricado con las tapas de pupitres rescatados de una escuela primaria abandonada cerca de Renaissance Square. Habían crujido agradablemente, como un instrumento de percusión, mientras caminaban de regreso al arroyo y subían por la otra orilla, luego otro kilómetro hasta el centro comercial.

La entrada preferida era a través de unos grandes almacenes en ruinas. El inventario se había agotado hacía tiempo, pero los maniquíes desnudos, increíblemente largos y delgados, se alzaban sobre ellos en la oscuridad, o se sentaban en cuclillas, torsos sin cabeza ni extremidades, moldeados en resinas translúcidas. Los niños apresuraban el paso en la tienda a oscuras, por miedo o anticipación.

Más allá se extendía el núcleo central del centro comercial, bañado de luz. Había sido un lugar enorme con cuatro niveles de tiendas. Cuatro pisos más arriba, el techo era de cristal. Algunos paneles estaban rotos, y había casi tantos pájaros como personas. Las tiendas estaban mayormente oscuras y cerradas. La acción se concentraba en los espacios abiertos, los amplios paseos y pasillos, las escaleras

mecánicas reducidas a escaleras, y alrededor de una fuente seca que parecía como si un gigante hubiera metido un puñado de varillas en un charco de hormigón húmedo.

Encontraron un lugar en el tercer piso junto a una familia somalí y desplegaron sus productos. Resultó que Beatríz y Blanca se encargarían del negocio, mientras que Sebastián y Manuel llevaron a Margaret al cine.

Mientras se abrían paso entre la multitud, ella le ofreció la mano a Manuel, y él la tomó. Sebastián saludó a sus vecinos, en su mayoría morenos y negros, aunque había algunos asiáticos. Casi todos hablaban español con un poco de inglés. "Hola" era el saludo más común, y casi todos se lo ofrecieron a Margaret. Era una de las pocas personas blancas en el lugar. Nadie le preguntó qué demonios hacía allí.

Esperaba un cine antiguo, pero pasaron de largo sin detenerse. El vestíbulo era un mar de espejos rotos. En cambio, fueron a lo que aparentemente había sido un bar deportivo. Una de las paredes era una enorme pantalla de televisión con mitades de cascos de fútbol americano pegadas a la pared. Bancos caseros llenaban el bar y se extendían hacia el centro comercial. Jóvenes recorrían el perímetro, promocionando la próxima función y vendiendo entradas. Los asientos se llenaron rápido, y Margaret y Sebastian tuvieron suerte de conseguir dos. Manuel se sentó en el regazo de Margaret. Cuando los bancos estuvieron

llenos, uno de los vendedores de entradas corrió y metió un disco en el reproductor.

Resultó ser *"El Cartero"* con Kevin Costner, doblada al español. Fue doblemente extraño ver un apocalipsis que no había ocurrido y escuchar a Costner hablar de *"Los Estados Unidos"* con una nostalgia que jamás mereció en vida de Margaret. Se preguntó cuántas personas, cuando hicieron esta película, reconocerían el apocalipsis que *había* ocurrido —que estaba ocurriendo incluso entonces— como un apocalipsis.

Miró a su alrededor. El público —de Guatemala, Pakistán, Nicaragua, Camboya, Zaire, Bosnia— observaba absorto. Deseó poder verlo a través de sus ojos. Debían identificarse con los habitantes de un mundo en ruinas.

La película dejó a Sebastián muy pensativo. Mientras caminaban de regreso por el centro comercial, su rostro estaba sombrío. Miró a Margaret varias veces, como si ella fuera el problema con el que lidiaba. Cuando vieron a Beatriz y Blanca, envió a Manuel adelante para que se uniera a ellas y llevó a Margaret aparte.

“¿Quién es?” le preguntó. ¿Quién eres?

Ella sabía a qué se refería y se lo dijo. La verdad. Sin ocultar nada. Quizás estaba loca, pero si él era el enemigo, ¿por qué no era rico? Hizo algunas preguntas sobre la interfaz, sobre

la logística del asunto. No parecía pensar que fuera una idea descabellada. Se rió y negó con la cabeza. *"El Sub es un buen hombre".* Volvió a mirar a su familia, que observaba atentamente la conversación, y luego a Margaret. *"Yo quiero la interfaz para mi familia".* Señaló las enormes ruinas de un centro comercial. *"Por todo el mundo".*

Quiero la interfaz para mi familia. Para todos.

De acuerdo. Podría intentar conseguirles un lote extra. Solo por este día valía la pena. Margaret extendió la mano. «*Viernes»,* dijo. Viernes. Tiempo justo para que subieran a bordo, pensó.

Se dieron un apretón de manos. Más tarde, lamentó durante mucho tiempo no haber podido cumplir su promesa.

Se quedó toda la tarde, incluso compró una planta para animar su lugar. Cuando regresó a su estantería, le habían entregado un paquete de Phelps Nanotronics, otro lote de la interfaz listo para ser enviado a Santee. Le envió un mensaje a Phelps, solicitando otro para Sebastian y le dijeron que podría ser entregado el viernes. Por la mañana, llevó el lote que tenía a su farmacia local, uno de los pocos negocios que nadie había descubierto cómo reemplazar en la Web. Los cuerpos de las personas todavía se desmoronaban tirados en sus sillas Weisiger. El farmacéutico, a quien entendió que era un simpatizante

zapatista, tomó las cápsulas como de costumbre y las empaquetó como una receta para la alergia para Santee St. John. El papeleo era impecable. Todo parecía perfectamente legal. Esta iba a ser la última. Ella y este farmacéutico habían estado pasando por esta farsa durante casi un año. Mientras deslizaba el paquete por el mostrador, Margaret rompió el silencio y dijo en voz baja: «Muchas gracias. Esto me hará mucho bien».

No me des las gracias. Me pagan bien. No estoy en el negocio de los buenos. Siguiente.

Margaret envió el paquete por correo internacional al día siguiente al hotel de Santee y tomó el tranvía de regreso a su casa, mientras se preguntaba: si el farmacéutico estaba ahí por el dinero, ¿de dónde vendría el dinero?

Añadió esto a su lista de preguntas para Santee, si alguna vez volvían a tener la oportunidad de hablar abiertamente. Tenía previsto contactarla el jueves para comunicarle en código que había entregado la interfaz en Ocosingo, pero no la tocaría, no la abrazaría, no la besaría. Incluso un poco de afecto virtual sería mejor que nada. Se reprendió por quejarse. Era tan duro para él como para ella, incluso más. Nadie iba a dispararle por aquí.

Había estado preocupada por él últimamente. Se quejaba de tener un sueño irregular y pesadillas. Tenía un aspecto

horrible. Pero todo iba según lo previsto, y pronto, muy pronto, todo terminaría.

El miércoles por la noche soñó que ella y Santee iban al centro comercial, pero estaba vacío. La fuente se había convertido en *Las Cascadas de los Enamorados* y el rugido de sus aguas, cayendo del suelo al techo, llenaba el lugar de ruido y salpicaduras. Nadaron desnudos en las frías aguas e hicieron el amor en las sombras de los grandes almacenes, con todos los maniquíes observando.

A la mañana siguiente, no podía quitarse la sensación de que algo no andaba bien, y esa noche no tuvo noticias de Santee. Contactó con su hotel, pero le dijeron que no había regresado el jueves por la noche. Lo buscó en Rincón, pero tampoco estaba. Tenía que llegar a México de alguna manera.

El jueves por la noche, comenzaba un carnaval en Ocosingo. Ruedas de la fortuna antiguas, juegos de mesa, juegos de azar. La mayoría de las atracciones no estaban instaladas, y las que sí lo estaban seguían oscuras e inmóviles. Pero ya había una gran multitud. A lo largo de todo un costado del *zócalo* había mesas plegables, colocadas una tras otra, cubiertas de computadoras de veinte años o más, compradas en Estados Unidos en ventas de garaje y tiendas del Ejército de Salvación: las cuchillas oxidadas de la tecnología punta. Gruesos cúmulos de cables envueltos en cinta adhesiva se desparramaban por todas partes.

En cada computadora, jóvenes mexicanos se apiñaban ante el teclado, compitiendo por ver la pantalla, intentando explorar la web a través de una interfaz que llevaba al menos diez años inactiva en Estados Unidos; ni siquiera virtual, y mucho menos inalámbrica. Podían mirar, pero no tocar, como asomarse por las ventanas de una mansión para fingir estar sentado en un elegante banquete, escuchar el tintineo de los platos y la plata e imaginar que se está comiendo.

Había varios soldados entre la multitud, algunos fuera de servicio, otros no, todos armados, todos jóvenes. Vestían una desconcertante variedad de uniformes: marrones, azules, grises. Santee nunca pudo identificar todas las organizaciones policiales y militares que conformaban la presencia armada en Chiapas. Aunque era de los que no vestían los uniformes oficiales de quienes había que cuidarse. Estos chicos eran simplemente una distracción, alguien a quien los funcionarios del gobierno señalaban, diciendo: «Mira, no estamos matando a nadie».

Desde su banca en el parque, en medio del *zócalo,* Santee observaba a seis soldados frente a la computadora, jugando con un sitio de joroba, poco más que películas porno sin interfaz de realidad virtual. Se reían del que llamaban Ruiz, dándole palmadas en la espalda, mientras tecleaba frenéticamente, intentando en vano ligar con una mujer en el ciberespacio. La computadora anticuada traducía su español poético a un inglés sin sentido, con un tono

monótono y robótico. «Mi *sangre se convierte en un pavo... Tú eres un infarto...*».

Cuatro hombres pasaron rápidamente frente a Santee, impidiéndole ver a los soldados por un momento. Los observó, todos con camisetas y vaqueros negros ajustados sobre cuerpos delgados y musculosos, y se le heló el corazón. Al final de la fila de mesas, Jorge se acercaba a él, mirando las pantallas con poca convicción al pasar, sin que le importara de verdad, sin que fuera solo un chico más buscando diversión. Si Santee no lo hubiera sabido, si le hubieran pedido que adivinara quién era el joven entre la multitud que se dedicaba a asuntos zapatistas, habría elegido a Jorge, de no más de diecisiete o dieciocho años, revolucionario de nacimiento.

Jorge levantó la vista justo antes de que lo alcanzaran, y los cuatro hombres lo cubrieron como un paraguas negro. Quizás solo Santee, desde su posición baja en el banco, pudo ver la hoja del cuchillo brillar y desaparecer bajo las costillas de Jorge. Quizás solo él vio a Jorge caer de bruces, mientras los cuatro hombres pasaban junto a él como agua fluyendo alrededor de una roca. Quizás todos lo vieron, pero al igual que Santee, tuvieron que fingir que no les incumbía, que les daba igual si este indio en particular, o cualquier otro, se desangraba en el centro del pueblo. Había sucedido antes. Muchas veces.

Santee se obligó a observar el progreso del desventurado Ruiz en fuckalot.com, hasta que se oyó un fuerte grito de una mujer que tropezó con el cuerpo de Jorge, que yacía en un charco de sangre. Todas las computadoras quedaron abandonadas mientras los soldados se dirigían hacia los gritos, y casi todos los demás se apresuraron a casa. Entonces, y solo entonces, Santee se puso de pie y observó la escena con una curiosidad propia de un gringo borracho en una feria, y nada más.

Se dirigió a su hotel, con la esperanza de que nadie lo siguiera. No había bebido, pero fingió tambalearse para que nadie lo sospechara cuando se detuvo a pocas cuadras del *zócalo,* se inclinó sobre la acera y vomitó.

Cuando terminó, oyó las botas de los soldados trotando sobre el pavimento, pero no las vio, no pudo identificar de dónde venían ni adónde se dirigían. Todos los perros del pueblo ladraban furiosos. Una mujer lloraba desconsoladamente. No podía ser la madre de Jorge. La habían asesinado años atrás. Quería arrodillarse y llorar con ella, quienquiera que fuese, aullar con los perros. Llevaba casi un año reuniéndose con Santee, llevando la interfaz de vuelta a sus pueblos, esperando el gran día.

Tenía que controlarse, escapar. Lo pensó mejor antes de volver al hotel. Probablemente ya habrían registrado el cuerpo de Jorge y, con toda probabilidad, habrían encontrado el número de habitación, un número de

teléfono, tal vez incluso su nombre. O si sabían lo que Jorge había estado haciendo, ya sabían de Santee y lo estarían esperando.

Tenía su computadora. Todo lo demás era prescindible. Deseaba haber traído su chaqueta (hacía frío), pero podía arreglárselas sin ella. Deseaba poder conectarse, pero no se atrevía. Su silencio tendría que ser señal suficiente de que algo había salido terriblemente mal.

Los taxistas estaban en huelga otra vez, y la mitad de ellos eran informantes. Iría mejor a pie. Salió del hotel con paso decidido y pausado. El pueblo estaba a solo unas cuadras. No tardó mucho en llegar al final. Un sendero se extendía por seis o siete millas a través de maizales, pastizales y bosques, hasta las ruinas y el Rancho Estrellita. Por suerte, había luna, y conocía el camino. Había estado allí antes. Un par de veces.

PARTE DOS

Tierra y Libertad

La patria, añadiría, también está formada por aquellos extranjeros que se preocupan por nuestro país como nosotros, los mexicanos, nos preocupamos por lo que sucede en Chile o Argentina, Cuba o Argelia, Irlanda o California. Hay una gran patria de inteligencia y amor de la que nadie puede ser expulsado.

—CARLOS FUENTES

CAPÍTULO CINCO

A Webster Webfoot (nombre falso) le encantaba su trabajo de reponer alimentos. Tenía mucha privacidad y mucho tiempo para pensar mientras conducía. Veía a otros empleados de servicio, pero nadie se acercaba demasiado, y los clientes casi siempre estaban conectados, dormidos o ambas cosas. Si un cliente tenía un problema (un enredo, un problema, una solución, una dificultad), Webster solo estaba autorizado a darle la dirección del representante de servicio de Bruce's Drive–To, para que el cliente pudiera tener una rabieta virtual con alguien que tenía "problema" en su descripción del trabajo, alguien de la gerencia (menudo chiste), que eran casi todos los que estaban por encima de Webster. No había nada por debajo excepto maquinaria y países en desarrollo. Tenían sus problemas, por eso, aparentemente, nunca parecían desarrollar más que más

problemas; pero en cuanto al propio Webster, no creía en los problemas.

Solo tenía diecisiete años, pero le parecía que la mayoría de la gente, la mayor parte del tiempo, creaba sus propios problemas, los inflaba, incitaba a otros a prestar su aire caliente a la causa, y muy pronto hubo una organización, liga o sociedad llena de personas que no tenían ningún problema real, dedicadas a quejarse de la Crisis Global en X. Las personas con problemas reales, pensó Webster (el tipo de personas que se mueren de hambre, que mueren y reciben disparos) no se unían a las sociedades, o si lo hacían, eran etiquetadas como grupos terroristas o cultos fanáticos (simplemente entretenidos, si te gustaba ese tipo de cosas), aniquilados, si realmente lograban alterar el status quo.

Webster, sin embargo, no tenía ningún problema, no quería complicar las cosas. Tenía 576 unidades que revisar esa noche, y estaba listo para empezar. Era una carretera inteligente más allá de Collinsville, donde comenzaba su ruta, así que, como solía hacer, pasó el tiempo escuchando un programa de vocabulario mientras practicaba malabarismos. Esa noche, eran naranjas y adjetivos. En la pequeña cabina del triciclo, el desafío no era golpear el techo con ellas: las naranjas, no los adjetivos. Esperaba que la disciplina de hacer malabarismos en un espacio reducido lo mantuviera enfocado y mejorara su concentración. El programa de vocabulario era uno que ya había hecho antes

(necesitaba aprender algunos nuevos), pero no le importaba. Le encantaban las palabras.

Celoso, *celoso:* Ardientemente activo, devoto o diligente. Frank es un ferviente defensor de la economía global...

Eran las naranjas de la Sra. Mayfield, la única fruta fresca en su ruta, principalmente un grupo de carne, almidón y verduras, que se aventuraban culinariamente en la red. Se suponía que las naranjas viajarían en la parte trasera con el resto de la comida, pero las vio en el inventario y las liberó. Las naranjas eran demasiado elegantes para viajar en la parte trasera con los comestibles comunes, la llamada "comida preparada". "Comida torturada" era más bien: deshidratada, reconstituida, irradiada, emulsionada, procesada, compactada, envasada al vacío; el tipo de comida que solo comían los astronautas. Todavía lo llamaban Helado de Astronauta, y seguía siendo horrible.

Webster observó las naranjas moviéndose en sentido contrario a las agujas del reloj y sonrió con satisfacción. Esperó el momento oportuno e intentó invertir la dirección, pero una de las naranjas rozó la luz del techo, rebotó en su rodilla y cayó entre el asiento y la puerta. Logró atrapar las otras dos y se las guardó en los bolsillos.

Miró hacia abajo junto a su asiento y vio una fina franja naranja. Buscó a tientas, pero seguía rodando como un rodamiento. Cambió de ángulo y se abalanzó. Casi lo tenía.

Mierda. Retiró sus dedos húmedos y pulposos. El taxi olía a naranjo.

Inmundo, *inmundo:* Bajo y vulgar. El trabajador desagradecido hizo comentarios inmundos sobre su jefe...

Este era un dilema. Podía registrar un DIT (Dañado en Tránsito), achacarlo a alguna avería mecánica, pedir una naranja en espera... pero lo había hecho hacía un par de semanas, y lo más probable es que nadie lo creyera tampoco entonces, simplemente lo había anotado en su archivo. A nadie le importaba el porqué, el cómo, ni nada: cuando metías la pata, te ponían un strike; cuando tenías suficientes strikes, estabas fuera. Había cierto desacuerdo entre los conductores sobre cuántos strikes se les permitía, pero nadie discutía la realidad. Un día tenías trabajo, al siguiente no. Un día estabas en el horario, al siguiente no. Bruce's se enorgullecía de no permitir que los "intangibles interpersonales" influyeran en las decisiones de personal, asegurando así el mayor grado posible de "equidad". Aunque Webster dudaba que *la equidad* fuera una palabra legítima, no iba a discutir ese tema con Bruce's.

Solía ser bastante conservador en estos asuntos: si no estaba en el diccionario, no era una palabra. Pero últimamente había llegado a una especie de noción tribal del lenguaje: si un grupo de personas usa una palabra, entonces es una palabra. Pero a ciertos grupos, Webster había notado, les gustaban ciertos tipos de palabras, así que no era

tanto la palabra "*equitatividad*" lo que le disgustaba, sino lo que podríamos llamar la tribu de la equidad. Una tribu que, sin dudarlo, se partiría el trasero por una naranja.

Si fuera otro Chicken Santa Fe o un Snickers, ¿quién demonios se daría cuenta? Pero una naranja fresca era otra historia. Antes de las naranjas de la Sra. Mayfield, Webster solo había visto naranjas en la Web, donde también había visto unicornios y los había acariciado. Ese era el tipo de cosas con las que creció. Su madre creía que la fantasía desenfrenada era lo que hacía que la vida valiera la pena. Todavía lo creía, por lo que él sabía. No la veía mucho.

"Encantador, encantador..."

Webster apagó el programa de vocabulario. No se sentía especialmente atractivo.

Uno se preguntaba por qué alguien que comía naranjas frescas vivía en un armario apilado, conectado solo para comer y defecar. Unidad de comida, cama, silla de interfaz, máquina de ejercicios, computadora, baño, todo en una caja de ocho por diez sin ventanas. Porque, Webster respondió a su propia pregunta, a pesar de las naranjas, ella era normal, esta Sra. Mayfield que comía naranjas. Bruce's Drive–To *(¿Por qué autoservicio si vamos en coche?)* le traía la comida, Disposa–Clothes la vestía, Potty Pumpers hacía lo suyo. Si fuera una especie de fanática de la salud, podría pasar un par de horas al día en el cochecito eléctrico, en lugar de los

quince minutos típicos. Trabajaba en la red, pasaba el rato allí, salía de fiesta allí, follaba allí. Si no malgastaba su dinero en una casa de verdad, podría vivir a lo grande en la red. Un armario apilado era lo inteligente, decían. Barato, fácil de mantener. Si querías ir a algún sitio, simplemente te conectabas y lo hacías de todos modos, así que ¿qué diferencia había según dónde vivieras?

Webster se chupó el jugo y la pulpa de naranja de los dedos, se los volvió a meter y lamió un poco más. Recordaba un sitio porno de hace un par de años, donde lamía jugo de naranja del cuerpo de una mujer...

Debería llamar a la puerta de la Sra. Mayfield. «Aquí está tu naranja», decía, imaginándola: apoyado en el marco de la puerta, extendiendo la naranja como la cabeza de Juan el Bautista en Bibleland, donde mamá lo dejaba los domingos por la mañana. «Hubo un pequeño... accidente». Su presencia no virtual la ponía tan nerviosa que se olvidaba de todo. Tenía unos palitos de fruta de California que podía darle para suavizar las cosas si quería: veintisiete vitaminas y minerales, seis colores de diseño, como masticar velas de sabores.

O simplemente podría enojarse. Fue ella quien delató al último tipo en esta ruta, hizo que lo despidieran, o eso afirmó. Webster sabía que era un prevaricador y un imbécil, revolcándose en la Red con Barbies y Cerebros Fritos. *Una sartén vibrante baila sobre un quemador, un huevo vuela*

bajo sobre tu hombro derecho, chapoteo, chisporroteo, salpicaduras de arcoíris, te entumeces de la cabeza a las uñas de los pies. "¡Tu cerebro está drogado! ¿Alguna pregunta?" Pulso, chapoteo, ahhh, alguna pregunta, pulso, chapoteo, ooh...

Webster se olvidó por completo de la página de Brain Fries. Una vez más, se felicitó por renunciar a esos placeres web tan inmundos. Sonrió para sí mismo. "Inmundo", dijo. "Inmundo, inmundo, inmundo". Rió y profundizó la voz. "¡Sinvergüenza inmundo! ¡Sinvergüenza canalla!". Había sido una buena semana para S.

El camino inteligente se estaba agotando, y el triciclo le aconsejó que se preparara para tomar el control del vehículo. «Atención», dijo con su vocecita severa. «Esto es muy importante».

Agarró el palo. Le gustaba imaginar que el triciclo era una nave espacial en lugar de un triciclo eléctrico con una gran caja de aluminio en la parte trasera —como el saco de huevos de una araña rectilínea— llena de los paquetes de comida de Bruce. A pesar del tono serio del triciclo, no había ninguna urgencia real. Si estuviera dormido o desmayado, simplemente se detendría en la salida.

Si bien el camino no era inteligente allí (había que conducir), el triciclo conocía todos los límites de velocidad y cada señal de parada sin sentido, de modo que incluso si

Webster quería correr alocadamente por las calles iluminadas por la luna en un ataque de fingido abandono intergaláctico, tendría que conformarse con avanzar a 48 kilómetros por hora, deteniéndose por completo en cada intersección desierta.

Solo vio otro vehículo esta noche. Estaba a un par de millas de distancia, en Harbour Haven III. (Estaba en Harbour Haven V). Por el patrón de luces, Webster supuso que era el TrashVac. Selena, la conductora. La había seguido una vez, y tuvieron un breve encuentro en una intersección de cuatro vías. Parecía ir bien, y él le dijo que era hermosa. Ella le dijo que su sitio era el lugar más estúpido en el que había estado en su vida.

El sitio web de Webster Webfoot, muy conocido en ciertos círculos, era una mazmorra de piedra, húmeda y fría, donde no ocurría nada. El agua goteaba en la penumbra. Estabas solo. Esperabas a que algo sucediera. Finalmente, te disponías a marcharte, y una voz susurraba tu nombre, seguido de una retahíla de palabras malsonantes generadas aleatoriamente: *joder, coño, cabrón, follar* o *teta, coger, chupapollas, joroba*... ¿Qué significaría?, te preguntabas. Te quedabas un rato más, te dabas a la fuga, una voz susurraba tu nombre. Y así sucesivamente.

El susurro nunca cambió; Webster esperaba un efecto bibliotecario. No ocurrió nada más. Nunca.

Era un cuchitril, un motel de mala muerte, un expreso de basura: un sitio deliberadamente absurdo publicado para protestar contra la estupidez de la web virtual. Su mayor éxito fue de tres semanas, y ahora había un tipo allí que parecía destinado a romper ese récord. Los clientes habituales venían varias veces por semana. Había sido catalogado como un sitio genial al menos una docena de veces. Al principio, fue un sueño irónico hecho realidad, que confirmaba sus peores opiniones. Pero era difícil sentirse bien con ese tipo de triunfo durante mucho tiempo. Selena tenía razón: era estúpido, y no lo hacía menos estúpido el hecho de que se *suponía* que lo era.

Decidió recorrer su ruta al revés para que la manzana de la Sra. Mayfield fuera la última. Las manzanas de Harbour Haven estaban compuestas por dos docenas de viviendas apiladas de tres pisos de alto y ocho de ancho. Webster se detuvo en la primera manzana, y esta atrapó al triciclo. Mientras el triciclo avanzaba por una vía de muelle en muelle, cargando tres unidades a la vez, abrió la puerta y liberó lo que quedaba de la naranja. La piel estaba rota de polo a polo por un cañón que rezumaba jugo. Habría pensado que el jugo sería más anaranjado, más opaco. Colocó la naranja en el portavasos con la grieta hacia arriba, y parecía el globo terráqueo de la clase de geografía de su instituto, solo que no giraba ni hablaba.

Por lo general, no tenía nada que hacer más que conducir de cuadra en cuadra. Sin embargo, en la sexta cuadra, el

triciclo realizó sus pruebas y le indicó que cambiara el carbonatador en el 720. Al parecer, el Sr. Sildanik llevaba cuatro días bebiendo Coca–Cola sin gas. No se había dado cuenta o no había reunido la energía para llamar al servicio técnico. Webster se bajó del triciclo y caminó por la pasarela hasta la puerta. SOLO RESIDENTES Y PERSONAL DE SERVICIO AUTORIZADO, decía el letrero en la puerta. Webster puso la mano en el pomo. La puerta lo identificó y se abrió a una cuadrícula de pasarelas metálicas y escaleras que daban servicio a tres filas paralelas de puertas, de dos en dos como parejas (algunas, de hecho, *estaban* habitadas por parejas, que vivían al lado, aunque solo se juntaban en la Web). Los carbonatadores estaban en grupos de cuatro detrás de paneles de servicio entre los pares de puertas. Webster subió las escaleras hasta la fila superior de unidades y encontró el 720.

El panel metálico de acceso golpeó y resonó. Cambió el módulo del carbonatador y tiró el defectuoso al receptáculo de la aspiradora. «Chúpate esto, Selena», pensó. Silbó fuerte todo el tiempo, pateó el suelo al salir y cerró la puerta de golpe. En resumen, armó un alboroto. Pero nadie se asomó a ver qué pasaba. Si hubiera habido algo que robar, podría haber hecho un buen botín, pero no había más que tuberías, cables y hormigón.

El resto del recorrido no hubo nada que hacer más que escuchar cómo el triciclo bombeaba comida a las unidades de comida. A Webster le vinieron a la mente varias

metáforas sexuales, pero no había nada erótico en esta inseminación mecánica. Sin embargo, tenía un ritmo: *clic, clic, clic, clic, clic, clic, clank; clic, clic, clic, clic, clic, clic, clank; zumbido; clic, clic, clic, clic, clic, clic, clank*...

Deja de escuchar, se aconsejó.

Accedió al perfil de información del cliente de la Sra. Mayfield. Trabajaba para una empresa llamada Intrepid Explorers, una agencia de viajes de aventura de lujo. Había oído hablar de ellos: destinos exóticos y remotos editados para la web. Probablemente no viajaba, solo limpiaba los datos sin procesar. Tenía treinta y cinco años, llevaba poco más de un año con una cuenta en Bruce's y no tenía parientes conocidos, salvo su madre en California. Webster confiaba en que Bruce's lo supiera si los conocía. La familia era buena para aumentar la clientela. Si llevabas a alguien al comedero de Bruce's, conseguías un descuento. Una vez que sabían que tenías a alguien con quien sentirte obligado, lo aprovechaban al máximo: "¡Regala comida a tus seres queridos!", cantaban cada Navidad, enviándote una lista de regalos sugeridos para tus seres queridos. Con una sola orden, podías soltarlos y repartir alegría. Tenía que hacer viajes extra, rociando pastelitos de frutas para que Selena pudiera sorberlos después de Año Nuevo.

Al llegar al bloque de la Sra. Mayfield, tuvo que tomar una decisión: venderle una naranja en menos de lo debido o meterle esa esfera de cítricos en su vitrina. En cualquier

caso, sabía a quién culparían: a él. No porque fuera su culpa —que lo era—, sino porque era el peor eslabón de la cadena alimenticia: un joven de diecisiete años que trabajaba como obrero para hacerse notar y pagar un modesto suministro de drogas y una esperanzadora provisión de condones. Ni siquiera era del tercer mundo, donde la gente podía no tener nada, pero tenía el buen sentido de anhelar lo que se perdía. Era brillante, astuto, perfectamente capaz de ganarse bien la vida en la red, y aun así le dio la espalda, desperdició su vida. Era un réprobo irredimible, merecedor de su destino.

Volvió a su fantasía descarada de llamar a la puerta de la Sra. Mayfield y un breve encuentro cara a cara. «Señora», decía arrastrando las palabras, «lamento mucho haberle dañado la naranja, pero practicaba mi humilde arte de malabarista para convertirme en un artista consumado, con la esperanza de algún día financiar...». ¿La universidad? ¿La operación de mi madre? ¿Un trasplante de cerebro? No funcionaría. Nada funcionaría.

Miró hacia el valle de cajas de hormigón sin ventanas, como rocas cuadradas a la luz de la luna, y vio que Selena estaba en Harbour Haven IV, dirigiéndose hacia él. La recordó echándose hacia atrás su brillante cabello negro, mirándolo con esos ojos oscuros. «Pareces inteligente, Webster», le había dicho. «¿Por qué pierdes el tiempo con esas estupideces?».

Giró sobre sus talones, rodeó la puerta y entró en el bloque. La puerta de la Sra. Mayfield estaba justo enfrente de él. Se plantó justo delante de la mirilla y llamó antes de perder el valor. La puerta se abrió más rápido de lo que habría pensado; ni siquiera se había imaginado que ella abriría, que estaría suplicando por un intercomunicador. Lo primero que notó fue que llevaba ropa de verdad, ropa de tela. Y no solo una bata, sino vaqueros y una camiseta. Había palabras en la pechera de la camiseta, pero no pudo distinguirlas porque tenía los brazos cruzados sobre ellas. Brazos delgados, fuertes y bronceados. El cabello castaño y rizado le caía sobre los hombros. Había algo más en la excentricidad de esta mujer que solo las naranjas. La encontró atractiva, lo que lo irritó profundamente (ya que tenía edad suficiente para ser su madre, o, como su madre lo tuvo a los dieciséis, la hermana mayor de su madre).

—¿Señora Mayfield? —preguntó, intentando sonar decidido y directo.

"¿Sí?"

Levantó la fruta que goteaba. «Dañé tu naranja durante el transporte. Fue un accidente, pero acepto toda la responsabilidad. Te traeré otra mañana. Lamento mucho este percance». No tenía ni idea de cómo conseguiría otra naranja, pero esperaba que ella lo olvidara todo, como el padre de George Washington y el cerezo de Amerisite.

Ella sonrió levemente. "Está bien. ¿Cómo pasó? Creí que no habías manipulado la comida. Tus anuncios..."

No necesitaba recordarle los anuncios. *Del campo a la unidad de alimentos, higiénicamente puro.* La mayoría de la gente interpretaba que un desaliñado como él no se acercaba a su comida. «No debería. Estaba practicando mis malabarismos». Ahí lo había dicho, dicho la verdad, con total transparencia, conduciéndose con rectitud moral. Si quería que lo despidieran, era su problema. Webster no creía en los problemas.

Parecía como si estuviera decidiendo su destino en el acto, con la cabeza ladeada, los ojos entrecerrados, pensando intensamente. Luego ladeó la cabeza, abriendo los ojos de par en par como si acabara de caer en la cuenta. "¿Cómo llegaste aquí?", preguntó.

La miró fijamente, sin comprender. "¿Disculpe?"

¿Cómo llegaste aquí? ¿Tienes coche?

—Ah, ya veo —dijo, sin ver—. Estoy en el triciclo plateado, el vehículo de reparto de Bruce, ¿sabes? Estoy con Bruce.

Ella no parecía estar escuchando. "¿Puedes llevarme?"

"¿Un paseo?"

—¿Me llevas? ¿Me llevas al aeropuerto? —Habló despacio y con claridad, como si él no entendiera inglés.

“¿El aeropuerto?”

Ella puso los ojos en blanco y lo agarró del brazo. "Enséñame tu triciclo, Webster".

“¿Cómo sabes mi nombre?”

“Está en tu identificación.”

Bajó la vista hacia su placa de identificación con foto que colgaba de su cuello. Su carita le sonrió de lado. Ella salió y cerró la puerta con llave. Llevaba una mochila al hombro. "No puedo llevarte al aeropuerto", dijo mientras recorrían la pasarela. "No estoy autorizado a llevar pasajeros. Podría perder mi trabajo". Para entonces, estaban junto al triciclo.

Dejó la mochila y se inclinó, observando con ojo crítico la cabina. "¿No hay mucho espacio?"

Tenía un trasero muy atractivo. Se aclaró la garganta. "¿Me oyó, Sra. Mayfield?"

—Te entiendo. Tienes miedo de perder el trabajo. —Se enderezó y se puso las manos en las caderas—. Llévame al aeropuerto y me olvido de reportar la naranja. ¿Trato hecho?

Ahora podía leer lo que estaba escrito en la camiseta. Decía:

“No llores, organiza.”

—Joe *Hill*

No sabía qué significaba eso, no sabía quién era Joe Hill, pero pensó que no era buen momento para preguntar. Se apartó el pelo de la cara y el viento lo atrapó, echándoselo hacia atrás. Había una luz sobre la pasarela, en la pared justo encima de su cabeza. Era como si estuviera bajo un foco. Se dio cuenta por primera vez de que no llevaba maquillaje. Tenía pecas en el puente de la nariz y arrugas en las comisuras de los ojos. Si salía tanto, ¿por qué vivía en un armario? Esto parecía un lugar de misterio, suspense, aventuras e intriga. Un viaje de medianoche al aeropuerto con una mujer misteriosa. El Sitio de la Sirena de los Cítricos...

¡Webster! ¿Trato hecho?

Volvió a la realidad y la miró a los ojos. "Sí, claro", dijo, intentando mostrar la serenidad de un hombre afable e intrigante. "Entra".

El aeropuerto de DFW fue una carretera inteligente de principio a fin, y la mayor parte del tráfico se dirigía en sentido contrario. La mayoría de los vehículos no tenían conductor. Varios camiones de Bruce, sin conductor, se

dirigían a los almacenes, donde el triciclo de Webster se cargaba a diario con alimentos traídos por avión desde fábricas de México o Chile. Había planes para automatizar más las entregas locales, incluyendo la ruta de Webster, lo que lo dejaría sin trabajo, pero él supuso que siempre habría rutas rurales en Texas. Era un lugar grande. Tampoco planeaba pasarse toda la vida trabajando como repartidor. No tenía un plan alternativo, pero algo estaba destinado a surgir.

La Sra. Mayfield no dijo nada, solo mantuvo la vista al frente, abrazando la mochila contra el pecho. Estaban muslo con muslo en el único asiento, pero Webster estaba bastante seguro de que esto lo distraía mucho más a él que a ella. Los músculos de sus piernas eran duros y firmes. Definitivamente pasaba mucho tiempo en el cochecito eléctrico. Más para distraerlo de su proximidad que cualquier otra cosa, empezó a hacerle preguntas. "¿Adónde vuelas?"

"México."

"¿No hay una guerra ahí abajo o algo así?" Webster solía rondar algunas de las zonas de batalla cuando tenía doce o trece años y estaba en medio de la violencia, el cataclismo y el caos, pero no se había mantenido al día con ellos.

Ella lo miró un momento, con aspecto triste, decepcionado o algo por el estilo. Webster se sentía un completo idiota, lo

cual le molestaba. Solo tenía diecisiete años. ¿Cómo se suponía que iba a saberlo todo? "Sí", dijo ella. "Hay una revolución en marcha. Lleva unos veinticinco años en marcha".

"¿No es mucho tiempo para una revolución?" Esta vez sabía que era una pregunta estúpida, pero era la única que se le ocurría.

Ella rió a carcajadas, y él sintió que se sonrojaba. Le puso la mano en el brazo. «Sí, es largo», dijo. «Demasiado largo».

—¿Y por qué vas? ¿No es peligroso?

Ella apartó la mirada. «Tengo un amigo allá. No he tenido noticias suyas. Estoy preocupada».

¿También trabaja para Intrepid Explorers?

Ella se volvió hacia él con los ojos entrecerrados. "¿Cómo supiste dónde trabajo?"

“Está en tu archivo, con el de Bruce”.

Negó con la cabeza ante el paisaje llano y monótono, suspiró y murmuró para sí misma: «Hasta un repartidor conoce cada detalle de tu vida».

Empezó a contradecirla, a decir que no conocía todos los detalles. Como este amigo; no lo sabía. Pero eso podría

indicar que sentía demasiada curiosidad. "Lo siento", dijo. "No es asunto mío".

Se encogió de hombros. "No pasa nada. Tienes que estar donde estás, ¿no? Se te cae mi naranja, así que revisas mi vida. Sí. Trabajamos juntos". Esa expresión cruzó su rostro, y por primera vez Webster se dio cuenta de lo desconcertada que estaba. "Es mi novio", añadió, como si se le hubiera ocurrido después, pero le temblaba la voz y tenía los ojos llorosos. Quizás era un buen momento para cambiar de tema.

“Es raro que un cliente de su nivel socioeconómico solicite naranjas”, observó.

Sonrió mientras se secaba los ojos con el dorso de la mano. "¿Ah, sí?"

Eres única en mi experiencia. ¿Puedo preguntar...?

"¿Por qué como naranjas?", rió. "No sé. Mi abuela siempre me las regalaba cuando la visitábamos en Tucson. Había varios naranjos en el jardín y un limonero. Recuerdo una Navidad. Tenía más o menos tu edad. Se avecinaba una helada terrible y todos en casa estaban conectados a internet menos mi abuela. Vino a buscarme y me dijo que tenía que ayudarla a guardar las naranjas. Fuimos con grandes lonas azules, las cubrimos y las atamos a estacas en

el suelo. Después descubrí que ni siquiera eran sus árboles, sino del vecino."

Intentó imaginarse todo esto. Corriendo afuera, en el frío, en un patio de verdad con árboles. Lo más parecido que había experimentado era el sitio de Hansel y Gretel que había visitado un par de veces de pequeño. Pero nunca hacía mucho frío. En Aventuras Árticas hacía frío, pero no había árboles.

Entraron en la red de transporte del aeropuerto y ella le pidió que la acompañara a la venta de billetes. El área de Envíos y Recepción estaba congestionada, pero la zona de pasajeros estaba prácticamente desierta. La esperó mientras se dirigía a la taquilla, esperando que le hiciera señas para que pasara una vez que consiguiera el billete. Podría tomar el transporte de pasajeros hasta el avión. En cambio, regresó al triciclo con las manos vacías, cerrando la puerta de golpe.

“Todos los vuelos a México están cancelados hasta nuevo aviso”, dijo con un tono amargo y cantarín, imitando la alegre voz del quiosco.

“¿Es eso debido a la guerra?” preguntó.

—Revolución —espetó—. ¿Sabes la diferencia?

Claro que lo sabía, o creía saberlo. Pero sabía lo suficiente como para guardar silencio. Puso el triciclo en marcha hacia

su casa y fingió interés en los contenedores que salían de la panza de un avión, la fila de camiones para llevárselos.

—Lo siento —dijo después de un rato—. Gracias por llevarme al aeropuerto.

"Está bien. De nada."

Buscó alrededor de la puerta. "¿Se abre esta ventana?"

—No. ¿Quieres más aire? —Acercó los controles ambientales.

—No, está bien. ¿Ya terminaste esta noche?

—Sí, señora. Fui a su casa la última, por la naranja.

“¿Alguna vez has estado en México, Webster?”

—Claro. En estudios globales fuimos a todas partes. Chichén Itzá, Acapulco, Ciudad de México.

"No me refiero a la Web".

Dijo que *en* la web, como la mayoría de la gente de su edad. Él había crecido con el eslogan de WebNet grabado a fuego en la cabeza: «*No solo subas, entra*». Ella se había girado en el asiento, con la espalda contra la puerta y estaba hecha un ovillo. Lo miraba fijamente. Un escalofrío le recorrió la espalda y rió nervioso. «El triciclo sí». Golpeó la

pequeña tira metálica del tablero: «HECHO EN MÉXICO». «Yo nunca he ido más allá de Waxahachie».

"¿Te gustaría?"

Esa risa de nuevo —*risita, risita, carcajada,* no sabía cómo llamarla— seguía brotando. «Claro, supongo, pero no tengo esa cantidad de dinero...»

No hace falta dinero. Solo agallas.

Agallas, coraje, brío, agallas, garra... Ahora se reía. Eso era, una risita nerviosa.

—Llévame a México —dijo—. Y te pagaré.

Su corazón latía con fuerza. Esto no iba a pasar. ¿Ir a México? "Me encantaría", dijo. "Pero no puedo. Tengo una ruta. Si me metiera en una carretera peligrosa que no estoy autorizado a transitar, y el vehículo fuera reportado como robado, ambos iríamos a la cárcel". La miró con una sonrisa forzada. El taxi parecía estar acercándose a ellos. Deseó tener que conducir o algo.

Ella asintió y respiró hondo. Él notaba que no le creía del todo, pero si no quería hacerlo, lo dejaría pasar. "¿Puedo preguntarte algo?"

"Seguro."

“¿Por qué hablas así? ¿*Embarcad, encarcelad, atravesad?*”

Sintió que se sonrojaba de nuevo. «Me gustan las palabras. Es como un pasatiempo».

“Una vocación.”

Él asintió con cautela, preguntándose si ella se estaba burlando de él.

"Qué bien", dijo ella, aparentemente seria. Se recostó en el asiento y observó el paisaje. Estaba fuera de peligro.

Mientras cabalgaban en silencio, más palabras desfilaban por su mente: *cobarde, cobarde, ingenuo, renegado, cobarde, ruin, cobarde*... Menudo rebelde había resultado ser. Renuncia a la Web —al menos en su mayor parte— y en la primera oportunidad que tiene de vivir una aventura *de verdad* en lugar de una ilusión hecha a medida, prácticamente se orina en los pantalones. ¿Qué esperaba experimentar en el mundo sino algo exactamente igual?

Era cierto lo que le había contado sobre el triciclo, pero siempre había una manera de evitar ese tipo de cosas. Las máquinas eran mucho más tontas que las personas, y uno sabía exactamente qué harían en cualquier situación. Volvió a mirar la pequeña franja en el tablero. LINCOLN MANUFACTURING, MATAMOROS, MÉXICO. Un largo número de identificación del vehículo recorría la franja.

En otra parte del tablero, el odómetro marcaba los kilómetros a medida que avanzaban rápidamente. El buen estado de las pilas de combustible hacía que un gráfico de barras brillara en verde. El GPS indicaba al mundo dónde estaban. Mientras observaba, el odómetro llegó a 100.000. En algún lugar, Lincoln Manufacturing monitoreaba el triciclo y tomaba nota. Era la ley: para retiradas del mercado, investigaciones policiales, control de tráfico.

Se le ocurrió cómo podría llevar a esta mujer a México. Perdería su trabajo, pero probablemente ya lo había hecho, y siempre podría conseguir otro. Probablemente no tendría otra oportunidad como esta. Lo pensó unos dos minutos y luego dijo: «Sé cómo podemos llevar el triciclo a México. Pero primero necesito entrar en la red».

Ella se giró hacia él, sonriendo sorprendida, lo que lo hizo sentir como un valiente campeón. Le explicó que tenía un amigo que trabajaba en un servicio de mantenimiento de satélites, que podía enviar un mensaje falso para que pareciera que venía de donde quisieras. Simplemente emitía una llamada a revisión del triciclo como si viniera de una planta en Matamoros, y cuando la computadora de a bordo lo procesara, pondría el triciclo en automático y llegarían a Matamoros en cinco o seis horas como máximo. Volvió a reír, pero esta vez con más fuerza.

Cuando entraron en su casa, no sabía qué esperar, excepto que no sería nada común, de eso estaba seguro. No se sintió

decepcionado. Había mapas por todas las paredes, no proyecciones, sino de papel pegados con cinta adhesiva. Había uno grande de México junto a la silla de interfaz. Las luces ya estaban encendidas cuando entraron, el lugar más brillante en el que había estado. Sentada en el PowerStroller había una planta en una maceta. En la casa. Webster nunca había visto algo así en su vida. Había un cordón tendido en diagonal de esquina a esquina con ropa sobre él; las bragas lo pusieron nervioso. Ella estaba sacando la ropa del tendedero, metiéndola en la mochila.

Sin embargo, la silla era la típica tumbona. Se sentó, sintió el cosquilleo del campo Weisiger y esperó a que se iniciara.

"Pensé que eras un pateador web", dijo, "ya que trabajas en el reparto".

“En su mayoría lo soy, pero todavía tengo amigos que sólo puedo ver en la web”.

Una amiga, en realidad. Su novia, para ser más precisos. Pero no necesitaba decírselo —a la Sra. Mayfield, a Margaret—. ¿O sí?

Él ya estaba en línea antes de que ella hiciera demasiadas preguntas. Lo había dejado guardado para su lanzamiento en un sitio llamado Rincón. Un hombre moreno con un gran sombrero estaba sentado en la terraza de lo que parecía un hotel. *"Bienvenidos a* Ladronville", dijo.

Webster supuso que se trataba de un sitio turístico, quizá algo en lo que estaba trabajando para Intrepid Explorers. No se quedó a averiguarlo. *"Adiós",* dijo, y se dirigió a la dirección privada de Starr, una representación de la casita de campo donde ella afirmaba haberse criado, una de sus falsedades más evidentes. Tenía la dirección de la sala de estar. Tardó un rato en aparecer. Llegó desde la estación espacial, dejando la puerta abierta tras ella, y él pudo ver su verdadera habitación. Daba a un armario apilado un aspecto lujoso, pero había una ventana con una vista espectacular.

Sin embargo, no tuvo tiempo de quedarse boquiabierto. Starr lo estaba mirando fijamente.

“Pensé que trabajabas de noche”, dijo.

—Lo hago. Necesito que me hagas un favor.

Estoy ocupada. No puedes aparecer así, Webster, después de semanas sin venir, y decir: "Hazme un favor".

Miró más allá de ella, intentando ver a través de la puerta qué era lo que la tenía tan ocupada. "¿Por qué no? Somos amigos, ¿verdad? ¿Qué haces tan ocupada?"

“Tengo una vida, ¿sabes?”

—No digo que no. ¿Podrías enrutar algo para que parezca real? Tengo a alguien esperando aquí.

“¿No te quedas?”

"Creí que acababas de decir que estabas ocupada."

"¿Quién está esperando?"

—Un cliente, ¿vale? Le jodí el pedido, y si le hago este pequeño favor, conservo mi trabajo. ¿Por favor? —Tenía un ligero tono quejumbroso en la voz que, por razones que Webster desconocía por completo, a ella le pareció irresistible.

Ella puso sus manos sobre su pecho, arrugó su camisa en sus puños y la soltó. "Está bien."

No tardó mucho. Starr tenía la habilidad de hacer que una máquina se comunicara con otra, como un sexto sentido. Para cuando Margaret se cambió de ropa y guardó su mochila en el compartimento de comida vacío, el mensaje llegó a la pantalla del triciclo: RETIRAR PEDIDO. Webster, usando la contraseña que había incluido con el pedido falso, notificó al triciclo, al despacho de Bruce y a los operadores de carreteras correspondientes que el triciclo regresaba a casa, con dos técnicos de Bruce a bordo para supervisar el trabajo. Estaba orgulloso de ese último detalle. Iba a contárselo a Margaret mientras se dirigían al sur a 177 km/h, pero ella ya se había quedado dormida. El sol que salía a su izquierda tiñó todo de un rojo dorado, como el sitio marciano donde Starr solía pasar el rato.

Supuso que allí estaba ella cuando él apareció. Se enfadaría al descubrir dónde estaba, pero lo perdonaría. Siempre lo hacía. Igual que su madre.

CAPÍTULO SEIS

Zack pensó que el cuerpo debería al menos estar vestido de gringo si iba a decir que era gringo. Así que lo metió en una de las *cabañas* intentando meterlo en uno de sus dos trajes. Aunque el traje le quedaba varias tallas grande, no fue fácil. El rigor mortis se había instalado, y era peor que vestir a un maniquí, algo que solía hacer cuando era tan estúpido como para trabajar los veranos en la tienda de ropa masculina de su padre en Boise, pero eso fue en el instituto, hacía ya más de treinta años.

Idaho parecía de hace un millón de años. Zack y su esposa, Edie, se mudaron a Chiapas en el 93 después de un viaje increíble el año anterior, cuando llegaron a este valle montañoso por primera vez; no había nada allí más que ruinas y ranchos ganaderos. Cuando perdieron el último

colectivo que regresaba al pueblo, comieron los hongos que habían comprado en Palenque a un tipo que apareció de la maleza como un muñeco de resorte. Se asustaron muchísimo. Pero, en fin, después de esos hongos, el mejor sexo que tuvieron. Edie tuvo una especie de sarpullido durante unas semanas después, una especie de hiedra venenosa mexicana o algo así, pero incluso ella, que últimamente no estaba muy de acuerdo, seguía estando de acuerdo en que fue el mejor sexo que tuvieron.

Así que al año siguiente, cuando el contrato no prosperó, y este fiscal entusiasta de Moscow, Idaho, intentaba forjarse una carrera con unas pocas docenas de plantas en el bosque nacional, y el padre de Zack falleció, dejándole a Zack con unos cuantos miles de dólares, pareció el momento lógico para separarse, y este era *el* lugar ideal, como si estuviera destinado a ser. Rancho Estrellita, lo llamaban. Su sueño hecho realidad fue lo que fue: tumbarse bajo las estrellas diciendo lo genial que sería tener un lugar aquí, un pequeño rancho para invitados, y entonces, como por arte de magia, lo hicieron.

Edie fue. Al menos así lo expresó ahora. Saltando de alegría, así lo recordaba. Pero ninguno de los dos contaba con todo el asunto zapatista. Pasamontañas en México, ¿qué era eso? Ni siquiera los usaban en Idaho. Aunque no pudiera volver. Aunque pensara que la policía no se daría cuenta, su hermana lo delataría. Seguía resentida por el dinero del seguro, dijo que era una póliza de entierro y que

Zack había traicionado la memoria de su padre. (¿De dónde sacó esa mierda?) Semántica. Zack simplemente no le veía el sentido a darle una buena suma de dinero a un funerario macabro para que realizara sus rituales bárbaros y anticuados sobre alguien a quien claramente ya no le importaba nada. Además, ¿habría *querido su padre* que su único hijo fuera a la cárcel?

Zack se enderezó, dio una calada y decidió que no era una pregunta retórica que debiera plantearse en ese momento. La espalda le dolía muchísimo. Estaba exhausto de meter el cadáver en los pantalones y la camisa. Lo observó con ojo crítico. Por suerte, Zack tenía una camisa blanca de manga corta, lo que facilitaba su manejo. Era un remango de sus días haciendo donuts (otro trabajo de mierda de renombre), pero pasaría por una camisa de vestir. La chaqueta taparía las manchas y su nombre bordado en rojo sobre el bolsillo. En aquella época se hacía llamar *Zee.* Y aunque los pantalones del traje le quedaban unos veinte centímetros más largos, había remangado los puños para que se vieran medianamente decentes. La chaqueta, sin embargo, estaba resultando ser un auténtico fastidio. No podía meter los brazos en las mangas con el cadáver tumbado boca arriba. Pero su propia espalda no le daba la vuelta.

Se preguntó cómo había muerto ese tipo. No era de la zona. Probablemente de Chamula o del valle vecino. Un tipo guapo. Se notaba incluso muerto. Veinte, veinticinco. Era difícil saberlo con estos indígenas. Dio otra calada. No tenía

sentido preguntarse por otro indígena muerto. La causa de la muerte fue México, simple y llanamente.

Zack recordó los primeros días. El 94 fue un infierno. El gobierno desplegó todo el armamento de la Guerra contra las Drogas para sofocar a los rebeldes, así que unos helicópteros enormes descendieron en picado por el valle, con ganas de dispararle a alguien. Después de sofocar el primer levantamiento, los soldados se instalaron definitivamente y levantaron una enorme base justo enfrente de la entrada de su casa. No era precisamente el ambiente que la mayoría buscaba al escapar de todo. Entonces, las invasiones de tierras se pusieron en marcha. ¡Se volvió una locura que los invasores invadieran tierras del ejército! Él y Edie se sentaron en el tejado con una jarra de margaritas, viendo a los soldados observar a los invasores quemar tierras del ejército como si estuvieran a punto de sembrar *frijol,* solo para fastidiar, solo para ver hasta dónde podían llegar. Menudo circo.

Y luego estaban los propios invasores de tierras, justo abajo, con sus hileras e hileras de maldito maíz, que apenas valía más que la tierra donde lo plantaron. ¡Pon eso en un folleto: *Ven a casa de Zack y Edie y ve a los indígenas que se ganan la vida a duras penas!* Él plantó un huerto de macadamias para bloquear la vista de los pobres indígenas, sabiendo que tardarían años en formar una pantalla adecuada. Y entonces, tan abruptamente como habían aparecido, los indígenas se fueron, y el huerto también se

quemó. Nunca volvió a plantar. Se había instalado una sequía persistente, así que de todos modos no habría tenido mucho sentido.

Zack agarró la chaqueta por ambos lados de la abertura trasera y tiró de ella, partiéndola por la costura trasera hasta el cuello. Le puso las mangas y deslizó el cuello por encima de la cabeza, metiendo la espalda por ambos lados como si estuviera haciendo una cama.

No está mal. Se vería mejor si tuviera las manos cruzadas sobre el pecho como siempre hacen en los funerales, pero ya era un poco tarde para eso. Él... eso. Necesitaba una corbata. ¿Dónde la había puesto? Buscó en sus bolsillos y la encontró metida en un bolsillo trasero con su pañuelo. La sacudió y se la puso alrededor del cuello al tipo. Uno pensaría que intentarían encontrar a alguien que se pareciera un *poco* a Santee, que pareciera que *podría* ser gringo, pero no se molestaron. Demasiado malditamente arrogante. Demasiado malditamente macho. Recordó a Huerta en sus sábanas. "Zack, *mi amigo*... pido un pequeño favor de ti". En el patio, dos de sus matones ya estaban sacando un cuerpo del maletero del Lincoln Town Car. Huerta le entregó a Zack una bolsa de papel. "Estos son sus artículos personales". Había algunas prendas dentro, ninguna de ellas algo con lo que quisieras ser enterrado, y ninguna de ellas le sentaba mejor al cadáver que la de Zack. Además de algunos artículos de aseo, había un boleto de avión de regreso a Estados Unidos para Santee St. John.

Prueba de identidad. Sobre todo cuando se metían unos cuantos miles de pesos junto con el boleto. Esos pocos miles de pesos bastaban. Por eso, este indio muerto podría ser Ronald Reagan para las autoridades mexicanas.

Que le den a esta corbata. Se la arrancó del cadáver y se la enrolló alrededor del cuello. Solo una mujer podía atarle una corbata al cuello a otra. Cruzó el patio con paso majestuoso hacia los baños. Todavía olía bien por la barra de pachulí que había quemado esa mañana. Los baños más bonitos de México. Una enorme bañera con patas. Un espejo enorme que había comprado en Tuxtla por casi nada. Era un buen lugar. Funcionaría. Tenía que funcionar. Lo tenían todo bajo control. La gente lo pasaba bien allí. Tenían pequeñas cabañas, buen vino, buena comida, porros para los que quisieran, y, por supuesto, algunos huéspedes traían esos mismos hongos de Palenque. Algunas cosas nunca cambiaban.

Le tomó un par de intentos, pero el empate se veía bastante bien.

Había superado toda esa locura zapatista y seguía adelante. Esa tontería de Santee era solo un pequeño punto en la pantalla. Era esa mierda virtual que lo estaba devorando. También lo superaría. Tenía que hacerlo. Si no puedes con ellos, únete a ellos: convierte a Estrellita en un sitio oficial de Intrepid Explorer, siéntate y cobra regalías. Al menos ese era el plan hasta que Huerta apareció con un

cadáver. Zack no creía que decir que Santee, su hombre, había muerto en su casa, lo haría caerle bien a Intrepid Explorer. Si decía: "No te preocupes, no es él", eso podría ponerlo en el lado malo de Huerta, donde la gente tenía tendencia a morir.

Después de que Huerta se fuera, Zack había subido a lo alto del gran templo a fumar un porro y a idear un plan para lidiar con la situación. Desde allí se veía todo el valle. No se le ocurría nada. Era un vórtice de energía; al menos eso les decía George a las personas que traía hasta allí para que se sentaran en loto por varios cientos de dólares cada una. ¿Pero qué sabía George? Haber nacido en Hong Kong cuando aún pertenecía a los británicos y ver repeticiones *de kung fu* no lo calificaba como un místico a ojos de Zack. Pero era bueno para los negocios. El grupo de catorce que se suponía que debía traer ayer lo habría dejado sin trabajo. Algún grupo de hombres cristianos liberales —se habían topado con un bloqueo, quién sabe por qué esta vez— y habían ido a San Cristóbal a tomar espressos con toda la basura europea hasta que se calmara el problema. Lo cual probablemente nunca ocurriría. No en su vida.

Pero tenía que mantener la fe. No podía dejar que toda esta mierda lo deprimiera. Pensara lo que pensara, tenía que arrastrar a ese maldito fiambre a la iglesia y decir que era Santee St. John, porque Huerta se lo pidió, y Zack se dio cuenta hacía mucho tiempo de que su presencia en este

valle dependía totalmente de la buena voluntad de Huerta y sus amigos.

Zack ni siquiera conocía a Santee, la verdad. Se quedó en el rancho hace unos años, con una mujer. Zack lo había pensado para entrar en Irlanda del Norte, y se quedaron un buen tiempo, pero no llegó a nada. Entonces Santee apareció de repente anoche, emocionando a Zack porque un hombre de Irlanda del Norte estaba en su casa para una entrevista de seguimiento.

Se quedó un par de horas y luego se fue.

Lo más probable, pensó Zack, es que Huerta lo hubiera encontrado y lo hubiera matado. Demonios, podría haberlo enterrado en el bosque, bajo esos cafetos de mala muerte que nunca parecían dar frutos, pero que no sabían morir. No iba a probar ninguna de sus teorías con Huerta a menos que quisiera lo mismo para él. Aun así, se preguntaba por qué Huerta querría muerto a un agente gringo de viajes. Usar un sustituto para el funeral era fácil de entender. El cuerpo de Santee probablemente no era apto para ser exhibido públicamente. O tal vez no pudieron encontrar todos los restos.

Regresó a la *cabaña.* El nuevo Santee St. John lo esperaba pacientemente. Zack se quitó la corbata del cuello y se la puso al cadáver. Nada mal. Grandes flores blancas —pensó

que eran gardenias—, la corbata con la que se casó hace muchísimo tiempo.

Por desgracia, había llegado a ese punto de la mañana que tanto temía. No podía subir el cadáver al camión él solo. Tendría que pedirle ayuda a Edie.

Edie había sido hermosa. Zack tenía fotos que lo demostraban. Cuando era feliz. Se veía en las fotos: esas sonrisas imposibles de fingir. Ya no se veía así. Había engordado, pero no era eso. De hecho, Zack no creía que pesara tanto. Simplemente se veía más gorda porque se estaba soltando, aflojando, expandiéndose. O tal vez se estaba diluyendo, margarita tras margarita, en una masa miserable y enfadada.

Zack no sabía si bebía porque era infeliz o era infeliz porque bebía. En cualquier caso, eran esas sonrisas alegres las que la hacían hermosa, y esas estaban muertas y enterradas en su pequeño terreno antes de que esta india muerta siquiera creciera.

¿Quién es este tipo, Zack? ¿En qué idiotez nos estás metiendo esta vez?

Ella sostenía los pies, el extremo más ligero, allí plantado, mientras Zack intentaba girar la cabeza y apuntar hacia la puerta. "¿Puedes retroceder un poco?"

Ella no se movió. "Tienes espacio. ¿Quién es, Zack? ¿No puedes responder a una pregunta sencilla?"

—Santee St. John —dijo Zack, levantando la cabeza para pasar junto a la cómoda y abriendo la puerta mosquitera con una patada de mula, poniendo un pie en el primer escalón.

—Joder Z, míralo. Este no es San Juan.

Odiaba la expresión *«míralo».* Sospechaba que la usaba solo para molestarlo. Estaba seguro de que por eso había recurrido al viejo apodo. «No me llames así. Si Huerta dice que es San Juan, es San Juan».

—Que Huerta me bese el culo —dijo en voz baja. Alguna tarántula o lagartija podría delatarme. Dejó los pies al pie de la cama y sacó los cigarrillos del sostén—. ¿Tienes fuego?

"¿No puedes esperar?"

—Está pesado. Quiero un cigarrillo.

Sé que pesa mucho. Créeme.

Le palpó los bolsillos de la camisa, encontró su encendedor y lo sacó. "¿Pasarás la noche en San Cristóbal?"

“¿Podrías darte prisa con el cigarrillo, por favor?”

Encendió el encendedor y lo sostuvo allí, a un centímetro del extremo del cigarrillo. "¿Y tú?"

Intentó no quejarse, pero estaba allí de pie con un cadáver en las manos. "Rayos, no sé. Probablemente. Las carreteras son un desastre. No creo que pueda hacer ese viaje dos veces en un día. ¡Qué lío!"

Se inclinó hacia la llama, encendió el cigarrillo y le metió el encendedor en el bolsillo. Lo miró a los ojos y exhaló el humo. Antes de que pudiera decir una palabra, lo cogió de los pies y empezó a empujarlo hacia la puerta.

"Oye, cuidado", dijo. Bajó las escaleras tambaleándose hacia atrás con el falso Santee precipitándose sobre él como un tren desbocado, de modo que casi se cae de culo con un cadáver en el regazo.

Por suerte, tenía la camioneta justo ahí, con el portón trasero bajado. Hizo un pequeño paso lateral, como un auténtico torero, y dejó que el impulso llevara el cuerpo hacia adentro, deslizándose dentro de la camioneta como un poste de cerca, rebotando contra la parte delantera de la caja con un *bong.* Se preguntó si un cadáver podía sangrar. No lo creía. Lo enderezó con un tirón de los pies, le echó una manta encima y cerró el portón trasero con un destornillador.

Nunca había hecho algo así antes de venir a México. Nunca *soñó* con hacer algo así. Había pasado la mayor parte de su vida aquí. Y nunca había funcionado, nunca había salido bien. Había tenido una visión, clarísima: cómo iba a ser,

cómo *tenía* que ser. Pero el maldito lugar lo había decepcionado. Era una mierda, eso es todo. Siempre estaría jodido. Nunca iba a salir. Negó con la cabeza. Supongo que eso me convierte en mexicano, pensó. *¡Viva México! ¡Viva* el maldito *México!*

Edie le puso la mano en el hombro, y él prácticamente saltó por encima del camión. "Ten cuidado", le dijo. "No quiero tener que enterrar a un pobre indio y decir que fuiste tú".

Le arrebató el cigarrillo que le ofrecía, le dio una calada y se lo devolvió. «Agradezco tu preocupación, pero estaré bien. Santee estaba metido en algo, tramando algo. Solo le estoy haciendo un favor a un hombre, nada más».

El ceño fruncido de Edie era la única crítica que se permitía a esa estupidez. Sabía que ni él mismo se lo creía. "¿Pasarás la noche aquí?"

¿Por qué seguía preguntando? «No sé. Te lo dije: depende de cómo me sienta y de cómo estén las carreteras».

—Sí, claro. Los caminos. —Tiró el cigarrillo al pasto seco junto a la *cabaña* y se dirigió a la casa. Ni siquiera se dio la vuelta para despedirse.

Encontró la colilla humeante y la aplastó con el talón. No podía culparla. Sabía que tenía una amante en San Cristóbal, tenía que saberlo. Había intentado decírselo directamente

más de una vez, pero ella no quería saber nada de su confesión.

La última vez que intentó tocar el tema sin que nadie se diera cuenta, dijo: "¿Qué harías si me enamorara de otra mujer?".

“No quiero hablar de eso”, dijo.

“¿Qué harías?” insistió.

No, no lo entiendes. No haría nada, porque no sabría nada al respecto. Tengo más de cincuenta años. No tengo amigos, no tengo vida. Ni siquiera mis padres me hablan, Zack. Llevo viviendo en este cuchitril contigo casi la mitad de mi vida. Así que no me digas nada que no quiera oír. ¿Me sigues? Haz lo que quieras, siente lo que quieras, pero no quiero ni oír hablar de eso.

No era una línea de pensamiento precisamente racional, pero Zack la siguió. Sabía a qué se refería: «No agites el barco porque podría ahogarme». De todas formas, todos estaban a flote. Que siguiera pensando que había un barco que agitársele si quería. Se lo debía.

Era un día precioso, como siempre aquí en las montañas. Incluso ahora, con el entorno hecho un desastre y el bosque prácticamente desaparecido, seguía siendo hermoso. Al menos tan hermoso como podía ser un día cuando los soldados superaban en número a los *campesinos.* Idaho no

era ajeno al verde oliva, pero eso no era nada comparado con este lugar. El precio de la gasolina estaba por las nubes, pero Pemex aún tenía suficiente para mantener a estos camiones llenos de soldados yendo y viniendo, más por presumir últimamente que por cualquier otra cosa; al menos eso era lo que le gustaba pensar.

Al otro lado de Oxchuc, admiraba las flores silvestres de la montaña cuando, al doblar una curva, vio una hilera de rebeldes tumbados boca abajo junto al camino, con soldados de pie sobre ellos apuntándoles con sus rifles a la cabeza. Zack frenó de golpe. Se preguntó si los estaban arrestando o si los soldados estaban a punto de apretar el gatillo cuando él doblara la curva y lo arruinara todo. El soldado al mando, el que no hacía nada, levantó la vista y reconoció a Zack. *"¡Buenos días, Idajo! ¡Adiós!",* dijo con una gran sonrisa amistosa, despidiendo a Zack con un pequeño gesto de la mano. " *No te molestes",* parecía decir.

Zack aún tenía las placas de Idaho del 93 en la camioneta. Los soldados en los puestos de control comenzaron a llamarlo *"Idajo" (Ee–dá–ho)* y ahora se habían enterado todos los soldados. A Zack no le importó. Siempre fueron muy amables. Si hubiera salido de la camioneta y hablado con este tipo con media docena de indios tirados en el suelo a sus pies, el capitán o coronel o lo que fuera habría sido absolutamente encantador, encantado de ver al gringo gracioso con el rancho, como si estar a punto de disparar a varias personas no tuviera nada que ver con si era un buen

día o no. Zack estaba en el negocio de la hospitalidad, pero para los mexicanos era como una especie de religión o algo así. *Mi casa, su casa,* incluso si un par de días después podrían quemar *su casa* hasta los cimientos. Nunca entendería a esta gente.

Zack intentó ver a los rebeldes por el retrovisor mientras pasaba lentamente, pero dobló la curva antes de poder verlos bien a todos, para ver si había alguna mujer. Debería haber encendido la radio, pisado el acelerador, distanciarse lo máximo posible de esos indios. Pero en lugar de eso, bajó la ventanilla y se dejó llevar por la ladera, escuchando, conteniendo la respiración, serpenteando lentamente por una curva tras otra. Casi había empezado a pensar que no iba a suceder, cuando lo sobresaltó, lo hizo desviarse hacia el arcén: el crujido de la muerte resonando desde las montañas, desde todas partes a la vez. Volvió a pisar el pavimento de golpe y pisó el acelerador, con el corazón latiendo con fuerza.

Pero solo podía huir del presente. El pasado lo habitaba. Recordaba estar de pie en su bosque de macadamia en llamas, con ese mismo crujido recorriendo el valle, viendo morir a toda esa gente, con disparos por la espalda, quemados. Una bala en el ojo de un niño. Una mujer con el pelo en llamas.

Y no hizo nada.

Los había maldecido, a esos malditos indios, se había quejado de ellos a cualquiera que lo escuchara con compasión.

Le arruinaron la vista, pusieron en peligro su inversión, enviaron el mensaje equivocado. Y luego desaparecieron. Tan solo unas semanas antes, Huerta le había sugerido a Zack que un *cortafuegos* podría ser una buena idea entre los invasores y el bosque de macadamia. Zack no conocía la palabra, y Huerta se la explicó. Habiendo crecido en Idaho, Zack entendía el concepto. Un cortafuegos.

“Son árboles tan espléndidos”, había dicho Huerta con admiración. “Sería una lástima que los alcanzara un incendio forestal”.

Y ahora allí estaba, conduciendo con un muerto. Zack no había estado tan asustado desde que condujo de Moscú a Boise con cinco bolsas de basura llenas de plantas recién cortadas en la parte trasera y se topó con un control de licencias de conducir sin su billetera. Se había librado de esa situación hablando de fútbol americano de preparatoria, fingiendo haber visto jugar al Oficial. *Receptor abierto, ¿verdad?*

En realidad, estoy corriendo hacia atrás.

Sí, eso es. Hiciste ese touchdown[4] *increíble. Maldita sea, ¿contra quién estabas jugando?*

El policía tonto terminó dibujando jugadas en el suelo, ni siquiera lo multaron por no tener licencia.

Pero aquí no hablaban tonterías, al menos no en su dialecto. El nombre de Huerta probablemente lo llevaría a San Cristóbal, pero aquí había facciones dentro de facciones. Un tipo como Huerta debía tener enemigos, matones rivales a los que había estafado, que estarían encantados de echarle mano a uno de sus recaderos. Y luego estaban los zapatistas. Si lo detenían, era un gringo cargando con un indio muerto. No haría falta ninguna discusión política para que lo fusilaran por eso.

Se estremeció y giró bruscamente para evitar un bache, dándose cuenta de que bajaba demasiado rápido por la ladera. Aflojó el acelerador. "¿De qué diría que murió?", le preguntó a Huerta.

"In–flu–en–za", dijo Huerta riendo, alargando las vocales, disfrutando del sonido de la palabra. Zack intentó reírse sin éxito.

Así que ahora era cómplice, cómplice o algo así. De asesinato. La gripe no te dejaba esos horribles moretones en el cuello, ni te hacía tener la cabeza un poco torcida. Miró

4 Tanto, ensayo, forma básica de anotación en el fútbol americano. [N. T.]

por el retrovisor a su pasajero y vislumbró sus propios ojos. Lindos ojos. Ojos de cachorrito, los llamaba Edie. *Mira, no soy tan mala persona,* se dijo. *Hay muchos peores tipos que yo. Es este lugar. Aquí no se sabe quién es corrupto y quién no.*

No podía convencerse. No se trataba de ser corrupto o heterosexual, travieso o bueno. No se trataba de emborrachar a un funcionario baboso y dejar que se quedara mirando las tetas de Edie toda la noche para que le diera los permisos que necesitaba. Esto era *un asesinato.* O asesinatos. Uno seguro bajo esa manta, probablemente dos contando a Santee.

Bueno, el indio fue, *posiblemente,* una víctima de la guerra, y Santee *posiblemente* un espía o un agente. Estas personas murieron en el curso de los acontecimientos, ¿verdad? Fue su decisión, en cierto modo. Murieron por una causa. Intentó hacerse un hueco allí con honor, como conductor de ambulancia de la Cruz Roja, pero no pudo. Llevaba a un hombre asesinado en la parte trasera de su camioneta, y estaba ayudando al asesino a deshacerse de él y encubrir otro asesinato.

Ya era bastante malo saber que podía quedarse de brazos cruzados observándolo todo sin hacer nada. Ahora estaba ayudando. Ahora era uno de ellos. Su hermana solía decir que no tenía vergüenza, pero no lo conocía. Estaba lleno de ella. Le salía por las orejas. Pero al parecer, eso no fue

suficiente para impedirle hacer cosas así. Su hermana lo sobreestimaba. No era un despistado, era —para sorpresa de nadie— un cobarde.

No escaseaban las iglesias en San Cristóbal. Al entrar, Zack contó las cruces entre los planos inclinados de los tejados. Eran tan útiles aquí como lo habían sido en Estados Unidos: un buen elemento decorativo si se estaba haciendo una película de vampiros, no muy útiles para mejorar el mundo. Al menos así era desde que se instaló al nuevo obispo. El viejo obispo, a quien Huerta atribuía haber creado él solo todo el malestar social en el Estado de Chiapas y posiblemente en todo México de la nada, había muerto en un "desafortunado" accidente automovilístico en las montañas, que se creía que había sido un asesinato, aunque nadie fue acusado. También había una gran cruz allí. Junto a la carretera. Ahuyentaba a los vampiros a kilómetros de distancia. El nuevo obispo era un idiota senil e ineficaz que probablemente viviría cien años.

Zack encontró la iglesia adecuada —la que Huerta "sugirió"— y aparcó en la parte trasera, en un callejón estrecho. Había algunos turistas paseando por la calle. Nada que ver con lo que había antes. Estaba de moda que los universitarios atrevidos —franceses, italianos, ingleses— recorrieran el mundo digital del tercer mundo, gorroneando a la gente cuyos ingresos anuales no les alcanzaban para comprar sus pantalones cortos de senderismo y sus panamá, y luego volvieran a casa y crearan una página web personal

de sus aventuras, editada para que parecieran aún más delgados y modernos de lo que eran. Podrían volver a ver las viejas grabaciones más tarde, cuando se hubieran establecido con demasiadas responsabilidades como para arriesgarse a vivir en los barrios bajos del mundo real. Era suficiente para echar de menos los vídeos caseros. Los jóvenes estadounidenses no lo hacían tanto. Por lo que Zack pudo ver, se mantuvieron virtuales prácticamente desde que nacieron. O si viajaban de verdad, era a algún lugar como Cancún, que nunca había sido un lugar real.

Los turistas crearon una multitud de niños que vendían lustrabotas, artefactos, muñecas zapatistas, carteras, periódicos, cerámica, chicles, hamacas o simplemente mendigaban. La escuela era un lujo allí. Ambos grupos dejaron a Zack en paz.

Entró por la puerta trasera de la iglesia y encontró el santuario. Al fondo había una María tallada en una especie de piedra blanca, que parecía provenir de Idaho, aunque el Jesús sobre el altar parecía decididamente indígena. Zack estudió el rostro deformado por el dolor en la cruz. Si la barba de Jesús se convirtiera en bigote, podría haber sido el mismísimo Zapata. De alguna manera, se suponía que esto tranquilizaría a los indígenas al sugerir una relación entre la traición y el asesinato de su héroe y un pobre judío de hace un par de miles de años. Zack tampoco podía comprender a los católicos.

Como de la nada, un tipo menudo con traje de sacerdote se acercó a Zack, sobresaltándolo. Todo parecía estar acercándose a Zack hoy.

"¿Puedo ayudarle?", preguntó el sacerdote en un inglés perfecto. El sacerdote estaba impecable y pulcro. Su ropa parecía nueva. Llevaba el pelo peinado hacia atrás, lo que le daba el aspecto de Tyrone Power con aires latinos.

“¿Eres sacerdote?” preguntó Zack.

Sonrió y miró a Zack de arriba abajo. "¿Eres vaquero?"

Zack se rió más fuerte de lo debido. *Vamos, sé suave,* se dijo. "Lo siento. Solo estoy un poco nervioso. Tengo un pequeño rancho para huéspedes en las afueras de Ocosingo, ¿quizás has oído hablar de él? ¿Rancho Estrellita?"

El sacerdote no se comprometió a ningún conocimiento en un sentido u otro.

Bueno, en fin. Se me murió un invitado. Qué horror. Tan lejos de casa. En fin, quería hacerle un funeral como Dios manda. El señor Huerta, un amigo íntimo, me sugirió que ustedes podrían ayudarme: oficiar el servicio, encargarse del papeleo, todo eso.

Al mencionar el nombre de Huerta, Zack pudo ver un leve gesto de obediencia en sus ojos. Este tipo no le causaría ningún problema. Control mental era lo que era. El clásico:

asustar a todos y hacer lo que dices. Se preguntó si este tipo era realmente un sacerdote. Eso lo empeoraba, ¿no? Nadie esperaba que un tipo como Zack tuviera principios, pero un sacerdote...

“¿Tienes al difunto contigo?” preguntó el sacerdote.

“En el callejón de atrás.”

El sacerdote se dirigía a la puerta antes de que Zack tuviera oportunidad de señalar. Zack lo siguió. Ambos metieron el cuerpo a toda prisa y lo colocaron en una habitación detrás del altar. El sacerdote no perdió tiempo en acompañar a Zack de vuelta al santuario y ponerse manos a la obra. "¿Tienes sus efectos personales, quizás? ¿Alguna prueba de identidad?"

Zack metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y encontró el sobre con el dinero y el billete de avión. Sacó los billetes, dejando el billete dentro. "¿Qué tal esto?", preguntó, extendiendo el dinero. Zack no estaba seguro de qué le pasaba, pero había algo en ese sacerdote que lo enfurecía.

Hubo un poco de estática en la línea, un destello en los ojos, un breve atisbo de conciencia o dignidad. "Con eso basta", dijo el sacerdote, y tomó el dinero. Desapareció tras una tela negra. Al menos no lo contó. "¿Cómo se llama?", preguntó.

Santee St. John. Eso es, Santee. El señor Huerta sugirió un servicio virtual. Se ha ofrecido a encargarse de todos los preparativos y a notificar a los sobrevivientes del Sr. St. John.

"Eso es muy considerado de su parte."

—¿No es cierto? No me has preguntado cómo murió San Juan.

La boca del sacerdote se apretó hasta formar una pequeña línea. "No, no lo he hecho".

“O cómo alguien llamado San Juan se parece aún más a un indio que ese ridículo Jesús que tienes colgado ahí”.

“Tal vez sea hora de que se vaya, señor.”

—Zack, llámame Zack. —Le tendió la mano. El sacerdote la miró fijamente, pero no la tomó. Zack había estado insistiendo, solo para ver dónde pondría el límite el sacerdote. Y ahora lo sabía. Había puesto el límite al tocarle la mano a Zack. No podía decir que lo culpara—. ¿A qué hora es el servicio?

El sacerdote pareció sorprendido. "¿Piensas asistir?"

"No me lo perdería."

“A la una de la tarde de mañana.”

“¿Por qué la espera?”

“Para que haya tiempo de avisar a los supervivientes”.

En la calle, Zack no sabía qué demonios le había pasado al decir que iría al servicio. Pero ahora tendría que saberlo. No querría darle al cura la satisfacción de saber que Zack solo estaba presumiendo al decir que iría. Además, era posible que viniera gente de Irlanda del Norte al funeral, y podría presentarse, ofrecerse a enseñarles la Estrellita... Negó con la cabeza. A veces, incluso a él mismo le daba asco.

Fue a su *taquería favorita* y comió algo. Entabló conversación con Anna Flores, la dueña del lugar, y le preguntó si había oído hablar de algún problema cerca de Oxchuc. Había media docena de personas más en el lugar, y ninguna parecía prestar atención a la conversación. "Se habla mucho", dijo, "pero no siempre escucho". Tomó su plato y limpió la mesa de formica verde con una toalla húmeda. "No te preocupes", dijo en voz baja. "Ella no estaba entre ellos".

"¿Está ella en la ciudad?"

—No, señor —dijo en voz alta, enderezándose mientras tres soldados se acercaban y se sentaban—. *No hay chorizo, hoy. Mañana, tal vez.* Hoy no hay salchicha. Quizás mañana. Anna obedeció las órdenes de los soldados, los dejó coquetear. Zack se preguntó si sabían que era zapatista.

Zack se inscribió en su hotel habitual, Los tres pingüinos, cuyo nombre era un completo misterio. Paulo, un italiano que hacía veinte años que no vivía, había fundado y puesto nombre al lugar, pero se lo vendió al actual dueño, Gildardo, después de solo unos años. Gildardo conservó el nombre porque le gustaba el mural de pingüinos del vestíbulo, que ahora se descascarillaba como la nieve.

Mientras las sombras se alargaban, Zack fumó un porro en su balcón y contempló los tejados, cuyos colores variaban del melón al óxido y casi al blanco. Desde allí, ni siquiera se notaba que había una guerra, ni siquiera se veía el círculo de soldados que rodeaba el pueblo. Miró hacia las colinas. Ella estaba allí afuera, probablemente vendando a algún valiente guerrero o agazapada en la tierra para disparar con precisión o para evitar que le dispararan. Se estremeció al pensarlo.

Las campanas de la iglesia comenzaron a sonar como solían hacerlo en San Cristóbal. Sonaban como locos estratégicamente ubicados por el pueblo, golpeando furiosamente chatarra con mazos. Llamando a los fieles, dando la alarma o simplemente desahogándose... *¿quién sabe?*

A pesar suyo, a Zack le gustaba México. En Boise, jamás le sonaría una campana así. Calle abajo, donde creció, había una iglesia con campanas eléctricas preciosas que tocaban villancicos todos los años, desde Acción de Gracias hasta Año

Nuevo. Igual que en el centro comercial. «Vengan, fieles compradores...».

Fue como estar atrapado en una atracción de Disney durante semanas. Sin embargo, las campanas de San Cristóbal estaban ahí, sonando a todo volumen y medio locas. Zack intentó entretenerse inventando villancicos para ellas:

“¡Alegría para el Banco Mundial!”

“¡Feliz Nafta, papá!”

“¡Papá Noel gobierna tu ciudad!”

Habría sido más divertido si su amante hubiera estado allí para compartirlo con él, en lugar de ocupar cada rincón de su mente con su ausencia. O tal vez no. Ya nada le parecía divertido. Sobre todo él mismo.

CAPÍTULO SIETE

La fábrica Lincoln era una enorme y laberíntica caverna de chapa metálica, repleta de rieles y cables, iluminada por halógenos en lo alto. No había ventanas en ningún lugar que Margaret pudiera ver. Podrían estar en cualquier parte del planeta o debajo de él. La carretera se había vuelto subterránea antes de llegar a la frontera. En algún punto del camino, una computadora había detectado la presencia del triciclo y verificado su ruta registrada. Así eran las aduanas. Era más como estar en una cadena de montaje que cruzar una frontera. El triciclo se había detenido en una fila de triciclos, junto a una pasarela de concreto. Las únicas indicaciones de que estaban en México eran las señales en español, en su mayoría advertencias de peligro, y los trabajadores morenos, en su mayoría mujeres jóvenes, que ignoraron escrupulosamente su llegada.

La falsa llamada de Webster los había llevado a Matamoros como se les había prometido. Dependía de Margaret sacarlos de la fábrica y llevarlos a México. Webster le había contado la historia de los dos técnicos de Bruce, y ella tendría que seguirle la corriente. Ojalá no hubiera usado su nombre real. Si la investigaban a fondo, ella y Webster podrían ser enviados a casa con algo más que una simple paliza. Con un poco de suerte, nadie había visto el triciclo hasta que apareció hacía un minuto, y no habían tenido tiempo de revisarlo.

Margaret y Webster salieron como si estuvieran en una parada de la autopista de peaje de Jersey, estirando los músculos agarrotados, buscando la máquina de Coca–Cola. Ella se había quitado la camiseta de Joe Hill. Llevaba su ropa de cruce de fronteras: traje gris carbón con pantalones plisados, blusa de seda coral y un broche de aspecto artístico hecho con metales batidos de diferentes colores; algo que podría haber llevado su madre. «Quiero que piensen que soy importante y poderosa», le dijo a Webster mientras entraban en la fábrica. «Tú juegas al soldado raso; yo soy la general de cuatro estrellas. ¿Entendido?»

Cuatro estrellas está bien, ¿verdad? Solo cuando le guiñó el ojo se dio cuenta de que bromeaba. Llevaba un mono de trabajo manchado con parches de nombres y logotipos antiguos por todas partes: ROACH–KILL, LEO, CENTRO DE SERVICIO DE SID, TROPA 376, MITZI, DONAS DE BOB. Era un

traje de telaraña de alta costura, pero no era probable que impresionara allí.

Su comité de bienvenida ya estaba formado. Ella esperaba que hubiera mexicanos para poder aprovechar al máximo su privilegio de gringa. Lo que encontró fue un estadounidense, cuya identificación indicaba que era un Jefe de Seguridad de Producto llamado Blaine Clute; un mexicano de traje sin identificación; y dos guardias de seguridad con aspecto de salvadoreños, con armas estadounidenses en la cintura. Blaine estaba al frente, como portavoz del grupo.

“Bienvenidos a Lincoln Manufacturing de Matamoros”, dijo Blaine en un tono muy poco acogedor. “Quizás ustedes dos podrían aclarar qué hacen aquí con este vehículo”. Tenía la sonrisa amenazante de un policía, que probablemente había tenido en Estados Unidos. Estas *maquiladoras* —plantas de ensamblaje con mano de obra barata a lo largo de la frontera— empleaban a muchos policías estadounidenses de mala muerte. Si era típico, su trabajo principal era reprimir sindicatos, aunque siempre los llamaban “seguridad”. Probablemente podía oler su política a flor de piel.

Le dedicó a Blaine una sonrisa superficial, rodeó el triciclo y abrió la escotilla. Cuando él la siguió, ella acentuó la sonrisa y la condescendencia. "¿Podrías traerme mi bolso, por favor?" —miró de reojo su identificación—. "¿Brian?

Después del viaje que he hecho, no me atrevo a confiar en mi espalda".

Aquí descubriría si él sabía quién era o si aún intentaba averiguarlo. Parpadeó un par de veces, sacó su mochila del triciclo y la dejó a sus pies. Deseaba tener algo con un aspecto más ejecutivo, pero nunca había tenido un maletín.

"Gracias", dijo ella.

Webster cumplió su parte a la perfección, siguiéndola como un sirviente. Recogió la mochila en silencio y la sostuvo ante él como si fuera un equipaje fino, esperando órdenes. Al notar una huella digital imaginaria de Blaine en una de las anillas, la limpió con la manga. Margaret reprimió una sonrisa.

—*Blaine* Clute —dijo Blaine, extendiendo finalmente la mano—. Estoy a cargo de la seguridad de la planta.

—Margaret Mayfield —le estrechó la mano—. Mucho gusto, Bla–a–ine. —Pronunció el nombre con una sonrisa, reconociendo que se había equivocado antes. Sin embargo, no se disculpó. No serviría de nada disculparse con un policía de fábrica, ¿verdad? ¿Una mujer importante como ella?

—¿Podríamos irnos al hotel, *por favor?* No podré hacer nada hasta que pueda ducharme y tomarme un café —suspiró, riendo sin humor—. No quiero ser difícil, pero debo

insistir en que me lleven por separado la próxima vez que haga uno de estos viajes.

El rostro de Blaine estaba atorado en una sonrisa vacilante. Su séquito se había reunido como un coro tras él. Tenía los ojos tensos y nerviosos. No sabía si abofetearla o postrarse a sus pies. "¿Y qué viajes serían esos, Sra. Mayfield?"

Margaret dejó la pregunta en el aire un buen rato, como si fuera indescifrable o la hubiera pronunciado un loro que no esperaba respuesta. Luego, una larga y prolongada reacción la hizo reaccionar dos veces. Era difícil exagerar la importancia que se daba. Cierta exageración la hacía aún más convincente. "¿Disculpe?"

Entrecerrando los ojos ligeramente, las yemas de los dedos se elevaron hasta una frente fruncida donde amenazaba un terrible dolor de cabeza, repitió: "¿Disculpe? ¿Debo entender que no sabía que veníamos?". Se mordió el labio, haciendo acopio de paciencia y tolerancia, reprimiendo una furia hirviente que ya había llegado al límite tras horas de viaje en ese... ese... artilugio. "¿Cómo es posible? *Tu* gente dio las órdenes de retirada. Esta pequeña y estrecha trampa mortal es *tuya,* ¿verdad?". Descartó el triciclo con el dorso de la mano. Webster le había asegurado que no había forma de que pudieran rastrear el origen de la retirada. Así que Lincoln tendría que asumir la responsabilidad o admitir una imperdonable brecha de seguridad. Bien podría jugar su única carta y ver qué pasaba.

Blaine abrió la boca, pero no le salieron palabras. El mexicano entró en el vacío. «Permítame presentarme, Sra. Mayfield. Soy Simón Paz, facilitador de relaciones públicas. *¡Bienvenidos!* ¡Bienvenidos a México! Los acompañaré personalmente a su hotel y me encargaré de cualquier otra cosa que puedan necesitar durante su estancia. Espero que se queden con nosotros más de unos días para que puedan disfrutar de las riquezas que nuestro hermoso país ofrece».

"Muchas gracias, señor. Usted es muy amable, un buen caballero." Margaret intuyó que el español de Blaine no era muy bueno, y tenía razón. Sus ojos se pusieron vidriosos mientras ella seguía charlando con Simón, quien obviamente disfrutaba eclipsando al grosero Blaine. Tomó el brazo que Simón le ofreció, y pronto ella y Webster estaban en la parte trasera de una vieja limusina con Simón, camino al hotel, que Simón le aseguró que era el mejor de la ciudad.

Matamoros era una ciudad fronteriza cuya razón de ser parecía, a primera vista, residir enteramente al norte. La calle que conectaba la expansión de fábricas con la ciudad parecía haber sido importada desde Estados Unidos. Lo cual, en cierto modo, había sido así. Había algún que otro edificio viejo que no se había demolido, pero la mayor parte estaba infestada del último espasmo desesperado de la arquitectura prefabricada de franquicia estadounidense de hacía ocho o diez años. De aluminio y plástico desesperadamente policromados, proyectados desde un futuro que nunca existiría, los edificios estaban ahora

descoloridos por el sol y polvorientos, tapiados o reconvertidos en negocios más modestos, como el Circuit City, atiborrado de fardos de ropa usada, o el KFC, ahora un taller de reparación de bicicletas.

Pero el pueblo en sí era inconfundiblemente mexicano. Las calles, con nombres de héroes revolucionarios, estaban llenas de gente. No importaba que las revoluciones nunca los hubieran liberado ni que no hubiera nadie con verdadero poder en la calle, ni siquiera en el país. La historia no era solo un tema, un sitio web; era donde uno estaba, le gustara o no. Incluso en este pueblo fronterizo, había un *zócalo,* un lugar de encuentro en el centro de todo. Al pasar junto a él, deseó poder bajar de la limusina y sentarse en un banco más allá del quiosco para leer el periódico, observar el ir y venir de la gente, entablar una conversación con un perfecto desconocido.

La mayor parte del tráfico estaba compuesto de *colectivos.* Mientras el conductor de la limusina avanzaba lentamente a través de un cuello de botella que los dejaba y tomaba pasajeros, Margaret vio a dos mujeres y una niña subir a un Previa de un cuarto de siglo de antigüedad ya abarrotado de pasajeros, quienes gritaban palabras de aliento y reorganizaban sus sacos de maíz y cajas de pertenencias para dejar paso a los recién llegados. Cuando simplemente no había espacio, dos jóvenes salieron por una ventana lateral sin vidrio, se pararon en el parachoques trasero y se aferraron al portaequipajes, golpeando el techo para hacerle

señales al conductor. Todos se reían cuando la camioneta se puso en movimiento. En el tablero, el Virgin estaba de pie y Choc Mool se reclinó, sin duda ambos sonriendo también. A lo largo de la parte superior del parabrisas estaba el lamento del conductor en letra metálica: *Tú* o Nadie. Margaret sintió una oleada de emoción como volver a casa. Amaba México.

"Bruce's ha sido durante mucho tiempo uno de nuestros clientes más valiosos", decía Simón, tratando de alejarla de la ventana, buscando su papel en el esquema de las cosas.

Parecía un buen tipo. Por desgracia, tenía que mentirle si no quería que la investigara. Una gran mentira. Podría ser su peor pesadilla. «Soy nueva en la empresa», dijo. «Me contrataron para supervisar una reevaluación completa de todos los problemas de eficiencia (en particular, los relacionados con la infraestructura de reparto), recomendar una estrategia de reconfiguración e implementar las modificaciones que se consideren oportunas en ese momento, tanto a corto como a largo plazo». La deprimía la facilidad con la que repetía estas tonterías, que en español eran incluso más feas que en su inglés nativo. «Naturalmente, cuando llegó la orden de retirada —dada la enorme flota de vehículos de Lincoln Manufacturing propiedad de Bruce y operados por esta—, no me costó nada conectarme para obtener datos fiables». «*No me costó nada»* y *«conectarse»,* lo dijo en inglés, como todo el mundo. Para Margaret, eran prácticamente sinónimos.

Simón estaba un poco aturdido. «Claro. Si puedo serle útil en algo...»

Ella lo interrumpió. "Probablemente ya he consultado toda la información que necesito. Tengo una reunión esta tarde a las nueve para revisar nuestras opciones y decidir qué hacer". Ya es demasiado tarde, amigo. Ya lo has echado a perder.

“¿Una reunión?”

“En la web, por supuesto.”

"Claro", fue todo lo que pudo decir. Se lo creyó. El terror brilló en sus ojos.

Antes lo había visto burlándose de Webster con su ropa de mal gusto. «Fue idea mía traer a Webster. Es mono, ¿verdad? De hecho, es del equipo de reparto de Bruce. Ha pasado *horas* en esos cochecitos tuyos. ¿Te lo imaginas? Ha sido una auténtica fuente de información. Nada como la experiencia práctica, ¿no?»

Webster les sonrió vagamente, como un perro que sabe de quién se habla, pero no lo que se dice. Simón le devolvió la sonrisa con cierta desesperación, esperando que todo se le perdonara.

Simon no se iría hasta asegurarse de que sus habitaciones estuvieran aseguradas, *las mejores,* le repetía al

recepcionista a cada oportunidad. Margaret lo despidió en el ascensor con una sonrisa gélida. Cuando las puertas se cerraron, se desplomó contra la pared del ascensor y suspiró aliviada, riendo a carcajadas por su actuación.

Webster finalmente habló: "¿Tenemos habitaciones aquí?"

No podía parar de reír. De hecho, estaba de vuelta en México. "Sí, pero no podemos usarlas. Solo ganamos un poco de tiempo, eso es todo".

—Señora Mayfield, ¿adónde vamos? ¿Qué hacemos? — Tenía los ojos muy abiertos y se mordía la lengua. Margaret tenía un gato que hacía eso cuando estaba estresado. Se dio cuenta de que lo estaba metiendo en esto mucho más allá de lo necesario.

El ascensor se detuvo en su piso y las puertas se abrieron. "Lo siento", dijo. "No estaba pensando. A ver si puedo llevarte de vuelta a casa". Apretó el botón del vestíbulo. "Si cruzas la frontera y dices que has estado aquí todo el día..."

Apoyó el pie en las puertas abiertas. "No", dijo. "No digo que quiera volver. Es que no sé qué está pasando. No sé nada de español. En internet todo está traducido. Y todo está tan... sin editar aquí. Es genial, es genial de verdad, pero es... abrumador. No puedo seguir el ritmo. No sé qué estamos haciendo".

—Lo sé. Lo siento. Te agradezco mucho tu ayuda. No te imaginas lo mucho que significa para mí. Pero ya deberías irte a casa. —Le puso la mano en el hombro y él se encogió de hombros.

—*¡No!* —Se sobresaltó por la intensidad de su respuesta. Me preguntaste si quería ir a México, y dije que sí. No voy a volver ahora. Acabo de llegar. ¿Por qué debería volver a casa? Es una... una *choza*... De todas formas, probablemente acabo de perder mi trabajo, lo que significa que tendré que llamar a mi madre y ver si puedo quedarme allí como un pobre infeliz, conseguir un trabajo de pacotilla; todo el día como un autómata. —Negó con la cabeza con vehemencia. No, hice lo que dije y te traje aquí. No puedes mandarme a casa sin más.

"Es peligroso, Webster."

Puso los ojos en blanco. "Ya lo había imaginado. Si no, probablemente no valdría la pena, ¿verdad? Conectarse no es peligroso. Meter comida en condominios de zombis no es peligroso. Recorrer México con telarañas sin siquiera levantarse del asiento no es peligroso. ¿Verdad?"

Él le recordaba cada vez más a sí misma. "Claro. Pero esto es de verdad. No sabes en qué te estás metiendo".

Ya estoy metido. ¿Por qué no me cuentas en qué estoy? Eres un espía o algo así, ¿no?

Salió al pasillo y él la siguió. Las puertas del ascensor se cerraron tras ellos. Miró a ambos lados del pasillo vacío. «Sí», dijo.

—Lo sabía. —Parecía bastante satisfecho de sí mismo—. Y tu novio también, ¿verdad?

—Sí. No puedo decirte qué estamos haciendo.

Se rió. "De todas formas, probablemente no lo entendería. Pero estás del lado de los revolucionarios, ¿verdad? El... el..."

“Zapatistas.”

Él sonrió, tomándolo como un sí. Era un chico listo. A ella le caía bien. Que viajaran juntos tampoco era una mala excusa.

“¿Y ahora qué?” preguntó.

Ya que tenemos las habitaciones, pensé que podríamos usar los baños. Estos podrían ser los últimos inodoros que veamos por un tiempo.

Él sonrió radiante. "Claro. ¿Y luego qué?"

Él no escuchaba ni una palabra de lo que ella decía. No pudo evitar sentirse como una heroína, probablemente una emoción peligrosa si alguna vez las hubo. «*Mándalo a casa»,*

se dijo, pero añadió: «Migración. Puede que tengan información sobre Santee, mi novio. Y necesitamos tarjetas de turista».

"¿Quién se supone que soy esta vez?"

La pregunta la sobresaltó, aunque sabía a qué se refería. Estaba demasiado alegre con todo el asunto. Creía estar en una aventura en la red. Debería enviarlo de vuelta. Si se quedaba con ella, tarde o temprano, se llevaría una desagradable sorpresa. Pero claro, eso era mejor que pasarse la vida durmiendo en la red, ¿no?

"Mi hijo", dijo ella.

"Genial", dijo. "Exquisito".

Cuando entraron en *Migración,* fue como retroceder el tiempo. En pequeños cubículos, una docena de burócratas miraban fijamente los monitores, tecleaban en los teclados, haciendo ruido como un enjambre de insectos, silenciosos en Estados Unidos desde la interfaz Weisiger. Un aire acondicionado pegado a la pared probablemente hacía sesenta años seguía funcionando. Los mexicanos, según la experiencia de Margaret, nunca se topaban con una máquina que no pudieran reparar. Las piezas de repuesto eran para cobardes; los equipos nuevos, para los ricos. Webster observaba las idas y venidas en la oficina con una curiosidad enorme. Supuso que nunca había estado en una

oficina de ningún tipo en su vida, y mucho menos en una llena de antigüedades. "Hablaré en español", le advirtió. "Solo ten paciencia. Te pondré al tanto cuando estemos solos".

"Me comportaré con la mayor ecuanimidad", le aseguró.

Se sentaron frente a Federico Aristos, quien escuchó con una sonrisa amable y preocupada la historia de Margaret sobre una esposa y un hijo en busca de su padre desaparecido. Era un hombre agradable, de unos cincuenta años, de voz tranquila y el aspecto tranquilo de quien lleva tiempo en ese cubículo. En un marco de plexiglás, junto al cenicero y su paquete de cigarrillos americanos, había una fotografía de él y otro hombre sentados en un sofá, con un caniche blanco de pie sobre sus rodillas.

—Buscaré en nuestro sistema cualquier información que podamos tener sobre su paradero —le dijo Federico, y se dirigió a su teclado.

Mientras Margaret esperaba a que terminara su búsqueda, esperaba que no hubiera resultados. Si inmigración tenía alguna información nueva sobre Santee, probablemente no sería buena. Podría ser arrestado, hospitalizado...

Federico se apartó del monitor con una mueca de profunda disculpa. «Disculpe, señora, pero según nuestros

registros, el señor St. John no está casado actualmente, y debo preguntarle cuál es su parentesco con él. Nuestros archivos son confidenciales y solo puedo divulgar su contenido a sus familiares más cercanos».

Ella levantó la cabeza y lo miró a los ojos. *«Somos* enamorados, sin casarse», dijo. *«Es mi vida. Mi corazón*». Miró a Webster, quien no tenía ni la menor idea de lo que estaba pasando. Una lágrima se le escapó del rabillo del ojo y le corrió por la mejilla. *«Nuestro chamaco»,* susurró. «Nuestro pequeño».

Federico frunció los labios en señal de compasión y puso su mano sobre la de ella. «Lo siento mucho, señora, pero Santee St. John falleció ayer mismo. Su funeral será mañana a la 1 p. m. en San Cristóbal de las Casas».

Un sollozo la invadió, pero lo contuvo. No era cierto. No podía ser cierto. Lo sabría si él moría, quizá instintivamente, pero con seguridad electrónicamente. Había configurado la interfaz de Internet Explorer, que monitorizaba todas sus constantes vitales, para que enviara una señal a su ordenador si moría, una señal que ella no había recibido. No podía derrumbarse, no ahora. Podría estar herido, podría estar en una cárcel infernal, casi con toda seguridad corría grave peligro, pero *no* estaba muerto.

Toda la historia no tenía sentido. ¿Qué hacía en San Cristóbal? Tenía que haber un error. Le temblaba la voz, pero se contuvo. "¿Cómo murió?"

“Una enfermedad… no lo dice exactamente.”

“¿Quién informó de su muerte?”

Federico se llevó la mano al corazón, conmovido por su valentía, asumiendo sin duda que sus preguntas inquisitivas eran simplemente una negación. Volvió a mirar la pantalla. «Zachary Taylor Hayman lo trajo hoy. Al parecer, el señor St. John se hospedaba en el hotel del señor Hayman cuando falleció. No hay más información».

¿Zack Hayman? Su casa estaba a kilómetros de San Cristóbal, y no era precisamente un buen samaritano.

Lo único que Margaret había podido averiguar desde que Santee no se presentó fue que no estaba en su hotel. Supuso que había ido a ver a Jorge, pero algo salió mal. Podría haber ido a casa de Zack, pero no se quedaría allí, a menos que estuviera herido, lo que seguía sin explicar a quién se le atribuía el funeral a Santee. Le dedicó a Federico una sonrisa valiente. "Mi hijo y yo deseamos asistir al funeral. ¿Podríamos tener visas de viaje, por favor?"

Federico habló con suavidad y cuidado. «El funeral será virtual, señora. Puede acceder desde la catedral aquí en Matamoros, o desde su casa en…»

—¡No! Por favor, te lo ruego.

—Pero, señora, no es recomendable viajar a Chiapas en estos momentos. Aquí estará mucho más segura...

Ella le puso los dedos en los labios. "Por favor, señor. Debe entender. Su corazón no es de piedra. Mi amor ha muerto, ¿y me habla de seguridad?". Deslizó su pasaporte y su identificación Webster de la de Bruce por el escritorio hacia él y apartó las manos.

Dudó solo un momento y los recogió. Miró la identificación de Webster. "¿Webster Webfoot?"

“Se cambió el nombre legalmente”.

Federico sonrió, mostrando comprensión y compasión por la madre de una adolescente estadounidense. Apoyó la tarjeta y el pasaporte de Margaret detrás del teclado. Juntó las yemas de los dedos brevemente sobre las teclas como si rezara, y luego tecleó a intervalos rápidos. Sus visas salían de una impresora antigua. Federico encendió un cigarrillo y le ofreció uno, que ella rechazó. Los visados estaban sobre el escritorio, entre ellos. «El director debe firmarlas», explicó, mirando su reloj. «Llegará en veinte minutos». Se sentaron y esperaron al director mientras Federico fumaba. Margaret preguntó cómo llegar a la estación de autobuses, y Federico le dibujó un mapa en media hoja de papel.

Webster, con aspecto de aburrimiento absoluto, señaló el bloc y le dirigió a Federico una mirada interrogativa. Federico se lo entregó. Webster arrancó tres hojas de papel, las arrugó y empezó a hacer malabarismos con ellas.

Federico, al principio boquiabierto, le preguntó a Margaret suavemente: “El niño, ¿no habla español?”

"No."

“¿Entonces aún no sabe nada de su padre?”

—No —dijo Margaret—. Se lo diré cuando estemos solos.

Federico se apretó el corazón. *"¡Qué lastima!".* Webster sonrió ante lo que interpretó como una expresión de admiración por su actuación. Cambió de dirección.

Llegó el director y Federico corrió tras él con las visas. Margaret se giró hacia Webster. Él hacía malabarismos con las tres bolas de papel con una mano. «Muy bien», dijo en inglés, y cayeron al suelo en cascada.

—Perdón —dijo, poniéndose de rodillas para recoger las bolas—. ¿Qué descubriste?

—Levántate del suelo, Webster. —La ignoró—. Seré breve. No sé cuánto sabe Federico de inglés. Según su información, Santee está muerto, pero sé con certeza que no. Sin embargo, mañana hay un funeral en San Cristóbal, y voy a

asistir. Eso significa viajar día y noche en autobús por carreteras de montaña. Aquí no hay carreteras seguras, y nos dirigimos a una zona de guerra. ¿Seguro que *no* quieres volver a casa?

Webster seguía arrastrándose tras el tercer fajo de papeles. "Entendido", dijo, despatarrado cuan largo era bajo el escritorio de Federico. Se enderezó, golpeándose la cabeza contra la base del escritorio, y se tambaleó hasta su asiento. La miró y sonrió. "Nunca he viajado en un autobús de verdad", dijo.

Le estaba dando eso como excusa para ir, no como excusa para no hacerlo. ¿Cómo podía negarse? Ya no había suficientes Websters en el mundo. No le preguntó cómo sabía que Santee estaba vivo, probablemente pensando que simplemente no quería creer que estuviera muerto, y por ahora lo dejó pensar así.

Federico regresó con los visados y se los entregó a Margaret. Todos se quedaron en el umbral del cubículo de Federico como si estuvieran ante una gran hacienda. *«Vaya bien»,* dijo, y saludó con la mano mientras cruzaban la llanura alfombrada.

Mientras bajaban las escaleras, Webster le preguntó: "¿Qué habrías hecho si no nos hubiera dado los papeles?"

"Me iría de todos modos."

"Genial", dijo. "Audaz".

* * *

La estación de autobuses estaba a varias cuadras, pero Margaret tenía ganas de caminar. Tendría tiempo de sobra para sentarse en el autobús. Además, quería que Webster conociera México. Probablemente nunca había caminado por algo más exótico que un estante y una estantería o un centro comercial abandonado en su vida. Peor aún, lo habían guiado por todos los sitios web y le habían dicho que había estado en algún lugar. *En estudios globales fuimos a todas partes. Chichén Itzá, Acapulco, Ciudad de México.* A pesar de eso, tenía el presentimiento de que le iba a gustar el lugar real. En el pasado, había juzgado a más de una persona basándose en su reacción a México.

Webster le sacaba una cabeza a cualquiera en la calle. Se movía de un lado a otro esquivando los toldos de las tiendas, girando a un lado y a otro, intentando abarcarlo todo de una vez. Ella tuvo que advertirle un par de veces que no se bajara del bordillo.

Ya se encontraban fuera de la calle principal, en un barrio más tranquilo. Las paredes eran planos coloridos de concreto —azul, naranja, verde—, a veces pintados con publicidad, tanto política como comercial. Al otro lado de la calle, un hombre en un andamio había pintado un círculo rojo de dos metros y medio en la pared y estaba escribiendo

el mensaje en blanco. SIEMPRE, escribió en la parte superior. Siempre. Parecía haber una fuente inagotable de pintores de letreros en México. Cuando se anunciaban las elecciones, estaban por todas partes, cubriendo cada superficie plana con las siglas de los partidos, cada una identificada con un color. El azul, el dorado, el rojo: todos actores secundarios del espectáculo democrático que el partido gobernante ofrecía al mundo cada pocos años. El partido gobernante era conocido como el tricolor; reivindicaban el rojo, el verde y el blanco de la bandera mexicana como suyos.

Webster se detuvo en seco frente a una pequeña tienda. Margaret se acercó a él y miró dentro. Estaba llena de pañales desechables.

"¿Qué es este lugar?" preguntó Webster.

Señaló el nombre de la tienda pintado sobre la puerta: PANÑALES DESECABLES. Tradujo, señalando cada palabra: «pañales desechables».

Las paredes moteadas estaban pintadas con los logotipos de varias marcas. Webster señaló una de ellas. «Esa es la que yo usaba».

"Hecho en México", dijo. Señaló la frase *"por adultos".* "Apuesto a que puedes traducirla".

Se rió y miró a ambos lados de la calle. Había una tienda de electrodomésticos con un expositor de interruptores y

enchufes de contrachapado en un panel sándwich; una tienda llena de cubos y tinas de plástico de colores brillantes; otra llena de picos, palas y azadas. Las tres vendían machetes. «Esto es tan...». Incluso a él le faltaban las palabras. «Diferente», decidió.

“Muchas de estas tiendas son negocios a tiempo parcial”, explicó. “La familia vive en la parte de atrás. Convierten la sala de estar en una tienda. Quizás tienen contactos en alguna de las fábricas para conseguir algún artículo barato. Tienen otros trabajos en las fábricas o al otro lado de la frontera, a veces por temporadas…”

Habían seguido caminando mientras Margaret les hablaba, y ella no se había dado cuenta de que él se había detenido a ver pasar a un vendedor *de helados* en una bici de tres ruedas. Cuando se dio cuenta de que hablaba sola, se giró y vio a Webster a media cuadra detrás de ella, justo cuando un niño pequeño (de unos seis o siete años) cruzaba la calle, saltaba la acera que le llegaba a la cintura y se acercaba a Webster con la mano extendida. *"Un peso, señor. Un peso. Un taco. Tengo hambre. Un peso. Un peso...*". Webster retrocedió hacia la pared, buscando desesperadamente a Margaret para que lo rescatara, con las manos en alto como si el niño lo estuviera sosteniendo y la palma extendida tuviera una pistola. Ella se dirigió hacia ellos.

–¿Qué quiere? –le gritó.

Está mendigando. Quiere unos pesos.

“Dile que no tengo ninguno.”

“No es lo mismo en ambos idiomas”, dijo en voz baja al llegar hasta ellos.

El niño se volvió hacia ella. *“Señora, un peso …”*

"No lo tenemos. Somos americanos, tenemos tarjetas plásticas solamente".

El niño la miró con sospecha, pero siguió adelante.

"¿Qué dijiste?" preguntó Webster.

“Le dije que no tenemos dinero en efectivo, que somos estadounidenses y solo usamos tarjetas de plástico”.

"¿No se supone que debería estar en la escuela?" preguntó Webster.

Margaret lo miró fijamente un segundo. No sabía por dónde empezar. "Sí. Ahí es donde debería estar. Este es el mundo real. Las cosas rara vez son lo que deberían ser".

Caminaron en silencio un par de cuadras. "¿Estás enojada conmigo?", preguntó finalmente Webster.

—No. Solo estoy enojada.

"¿A dónde vamos?"

“Meter una tarjeta de plástico en una máquina y sacar dinero”.

Encontró un cajero automático y sacó unos miles de pesos. Le dio algunos billetes a Webster. «Así tendrás algo de dinero por si nos separamos».

Lo examinó con atención y lo levantó en el aire para mirarlo a la luz.

“Quizás quieras guardar eso.”

Se lo metió en el bolsillo. «Nunca he manejado mucho dinero en efectivo».

“¿Alguna vez has jugado al Monopoly?”

Virtual. De niño.

No señaló que no había pasado tanto tiempo. "Es lo mismo. Deberíamos ir a comer algo. Va a ser un viaje largo".

Preguntó cómo llegar al mercado y lo encontró. Se metieron bajo las lonas tendidas para bloquear el sol del mediodía, y había mesas con frutas y verduras, carne recién cortada, montones de pollos, montones de pan, panecillos y galletas. Webster se quedó sin aliento. Supuso que nunca había visto tanta comida de verdad en su vida. Se acercó a

una cabeza de cerdo, preparada y lista para cocinar. "¿Es esto lo que creo que es?"

“Sí, por supuesto.”

“¿Qué vamos a comer?” preguntó con entusiasmo.

Este niño era demasiado. "Todavía no tengo cabeza de cerdo. ¿Te gusta la comida picante?"

Él asintió, con los ojos brillantes. Había una hilera de mostradores de comida en el mercado que competían por su clientela mientras Margaret y Webster se acercaban, recitando sus menús. Algunas mujeres le sonrieron a Webster, y él les devolvió la sonrisa. Margaret, mientras tanto, eligió el más limpio y pidió *chilaquiles con pollo* para ambos.

Mientras comían, Margaret creyó sentir que alguien la observaba y se giró para ver. Un hombre con una *guayabera amarillo pálido* sonrió y se dio la vuelta, desapareciendo en el mercado.

"Esto es genial", dijo Webster. "¿Cómo se llama?"

Chilaquiles con pollo. Son tortillas fritas, pollo, crema y salsa picante.

“¿Crema como de vaca?”

—Sí. Como de vaca.

Él meneó la cabeza con asombro.

Al salir del mercado, Webster vio una mesa llena de aparatos electrónicos y se dirigió hacia ella. Cuando Margaret lo alcanzó, estaba probando un traductor barato. Parecía un auricular de teléfono viejo enchufado a una caja del tamaño de una baraja de cartas, con una pantalla LCD en un lado y un altavoz en el otro. Podía llevarse en el bolsillo o colgado del cuello. Todo lo que decía se traducía al inglés a través de los auriculares y se reproducía en la pantalla en ambos idiomas. Lo que decía por el micrófono salía por el altavoz en español.

«¡Qué trato tan increíble!», decía el vendedor en inglés. «Entiendes a todo el mundo. Todo el mundo te entiende».

Margaret tenía una aversión natural a estos aparatos. El lenguaje era demasiado sutil para que una máquina, sobre todo una chatarra barata como esa, lo tradujera. «No querrás uno de esos», dijo.

Pero ya tenía la cosa en la cabeza.

Estaba revisando la selección de voces, todas metálicas, diciendo "Uno, dos, tres", mientras el traductor repetía en español: *"Uno, dos, tres".* La voz se determinaba seleccionando ciertas variables: edad, sexo, nacionalidad, región. Eligió un acento mexicano, masculino, adolescente,

llamó a *Paco* y la miró a los ojos. "Margaret, eres una mujer hermosa". *Margarita, tú eres una mujer hermosa.* Hizo una mueca al ver la voz juvenil y seleccionó sesenta y cinco años o más, llamó a *Abuelito* y lo intentó de nuevo. Parecía complacido con la voz grave y la mantuvo así.

—Gracias —dijo riendo—. Creo.

"*¿Cuánto vale? ",* le preguntó a la vendedora, sacando como un idiota, el fajo de billetes que le había dado.

Pero el vendedor no pareció darse cuenta. Miraba más allá de Webster, calle arriba. Margaret siguió su mirada y vio al hombre de la *guayabera amarilla,* asomado a un portal, observándolos. Al ver que Margaret lo miraba, se mezcló rápidamente con la multitud.

Margaret puso un precio, y el vendedor ni siquiera se molestó en regatear. Le aconsejó a Webster que se acostumbrara a escuchar con el traductor puesto, así que guardó silencio mientras ella lo apresuraba. Miró furtivamente por encima del hombro al doblar las esquinas y vislumbró un destello amarillo un par de veces, pero no estaba segura de que fuera el mismo hombre.

En la estación, Margaret compró los billetes y esperaron. Webster sacó las naranjas de sus bolsillos y ambos rieron. Mientras las comían, Webster le preguntó: "¿Llevan mucho tiempo juntos tú y Santee?".

“Casi seis años.”

¡Guau! ¿Cómo es que nunca te casaste?

“Queremos que dure.”

Él asintió, entendiendo. Quizás no era tan inexperto como ella creía.

Mientras esperaban el autobús, se entretuvo con su nuevo juguete escuchando, con aparente atención, a dos hombres que discutían sobre el precio del maíz. Preguntó si podía pasear por la estación de autobuses y escuchar un poco más, y ella le dijo que lo intentara. Estaba lleno de pequeñas sorpresas, o tal vez simplemente le faltaba imaginación. Sus primeras impresiones no eran muy fiables.

Sin duda se equivocó con Santee. *¿Cuál es tu precio?*

Su autobús había salido de Brownsville y ya estaba casi lleno, así que no había dos asientos juntos. Ella le indicó a Webster que se sentara cerca del conductor para que pudiera ver mejor, mientras ella se dirigía a la parte de atrás.

El autobús era antiguo, con paneles de madera teñida y pulida por todas partes. Las ventanas estaban cubiertas con cortinas turquesa oscuro envejecidas, de un color acogedor y digno a la vez. Los asientos estaban desgastados, cansados y cómodos. La pared entre el conductor y los pasajeros tenía un hueco enmarcado para un televisor y una

videograbadora. Al empezar a dar marcha atrás, empezó una película. Sonrió. La última vez que había visto una película fue en un autobús mexicano. Esta era la última película de Steven Seagal, en la que interpretaba a un ambientalista anciano en el Himalaya que golpeaba a todo aquel que se cruzaba en su camino. La voz en español doblada para Seagal se parecía mucho a la de *Abuelito.*

Margaret deseó que Santee estuviera allí para esto. El motor zumbaba. El autobús se mecía suavemente al maniobrar entre el tráfico. No estaba muerto. Ella sabía que no estaba muerto. Pero ¿por qué alguien se tomaba tantas molestias para que pareciera que sí?

A un par de cuadras de la estación de autobuses, vio al hombre de la *guayabera amarilla* parado en la acera, viéndolos irse, hablando por teléfono. Alguien quería hacerle creer que Santee estaba muerto, y alguien quería que supiera que la estaban siguiendo. No tenía sentido.

Se asomó y miró hacia el pasillo para ver cómo estaba Webster. Se sentía culpable por haberlo metido en esto. Él ya estaba charlando amablemente con una mexicana al otro lado del pasillo. Algo explotó en la pantalla y ambos dejaron de hablar para mirar. Cuando las llamas se apagaron, Webster volvió a hablar. La mexicana se rió.

Al parecer Webster estaba bien.

CAPÍTULO OCHO

El nombre de Starr era en realidad Starchilde [Estrellaniño], pero se lo cambió legalmente al cumplir dieciocho. No quería un nombre fantasioso de la Nueva Era. Quería lo auténtico: las estrellas mismas. Y las tenía, más o menos. Vivía en el espacio: un sueño hecho realidad, o casi. *JP Morgan,* la pequeña estación de reparación de WebNet donde trabajaba y vivía, no era exactamente lo que tenía en mente, pero solo le quedaban cinco meses de contrato y había pasado más horas en el espacio que la mayoría de los supuestos astronautas. Si todo salía según lo previsto, no tendría que pedir otro viaje. Estaría de camino a Marte.

Cuando Webster apareció, pidiéndole que manipulara una retirada falsa, ella estaba, como siempre, mirando por la ventana a la vecina más cercana *de Morgan,* la nave Colonial de Marte, *la Mariana,* que se estaba construyendo a pocos

kilómetros de distancia. Era enorme, lo suficientemente grande para todos, pensó. Incluso para mí. Había soñado con ser colona desde niña, cuando el descubrimiento de ricos depósitos minerales convirtió una colonia marciana en una idea seria por primera vez. Habiendo crecido en la pobreza, siendo realistas, no tenía ninguna posibilidad de ser seleccionada, pero siendo realistas, ya debería estar muerta, embarazada o en la cárcel. Ser realistas no la sacaría de la Tierra y la olvidaría. Pero esa nave sí podía, y verla tomar forma hacía que todo pareciera posible.

Cuando llegó al *Morgan,* la ventana de su camarote estaba cerrada, y nadie le explicaba cómo abrirla. Estaba controlada por ordenador, por supuesto, y por defecto estaba cerrada; punto final. Había curioseado en su abundante tiempo libre y había encontrado la forma de abrirla, sorteando un sinfín de advertencias estridentes con una voz condescendiente y gélida, que ninguna persona real podría tener y sobrevivir para contarlo: advertencias sobre rayos ultravioleta, enfermedades mentales, disminución de la eficiencia, potencia sexual. Le encantaba esta última. Un gran problema allí arriba, a miles de kilómetros de distancia, a menos que estuviera lo suficientemente loca como para aliarse con algún otro miembro de la tripulación.

La primera vez que miró por la ventana, al abrirse la tapa, revelando un vívido haz de estrellas, fue como si su luz la envolviera en una red y la atrajera, como si fuera una de

ellas. No flotaba, porque no había agua ni nada. Como una joya sin engaste.

Un ruido la trajo de vuelta al *Morgan,* un gorjeo, un raspado, un golpeteo, un rechinamiento, y luego el silencio. La ventana se había detenido a pocos centímetros de abrirse por completo. Una junta mordida marcaba el límite entre la ventana y la cubierta como un volante de goma azul brillante. No cerraba, lo cual le parecía bien a Starr. Convenció al ordenador de la estación de que estaba cerrada, la única opinión que importaba, así que no había ninguna posibilidad de que alguien viniera a arreglarla. Arrastró una colchoneta del gimnasio a su camarote y la apoyó contra la ventana cuando el sol arreciaba demasiado. En un mal día, su casa olía a sudor y plástico quemado.

Para cuando se deshizo de Webster, el sol estaba en un ángulo inapropiado. Cubrió la ventana y decidió ponerse a trabajar. Abrió el compartimento y sacó un LOWNR (router WebNet de órbita baja), que se pronuncia como *"loner"* o *"lower",* como prefiera. Era del tamaño de un antiguo aire acondicionado de ventana como los que tenían en su última residencia terrenal, un centro penitenciario en Goochland, Virginia, donde aprendió electrónica trabajando como esclava para Motorola (aunque lo llamaban "Capacitación Laboral Rehabilitadora"). Los jefes no le enseñaron gran cosa. Simplemente le daban una tarea: microsoldar la pieza A a la pieza B y pasársela al recluso C. Ni siquiera sabía qué estaban haciendo. Pero, lo descubrió por sí sola, la

computadora siempre tenía archivos de ayuda, manuales técnicos en línea, rutinas de diagnóstico y acceso a la biblioteca. Y así sucesivamente, y mientras cumpliera con su cuota y tuviera buena actitud, la dejaban en paz. Tenía mucho tiempo para estudiar.

En fin, el LOWNR, fabricado con aleaciones ultraligeras y repleto de circuitos impresos finísimos, no pesaba gran cosa, sobre todo en la semigravedad de la estación. Lo tenía en su regazo. Ni siquiera pesaba tanto como Webster. Esos viejos aires acondicionados eran increíblemente pesados. Una vez ayudó a empujar uno por la ventana durante una fuga. No fue su fuga. Pensó que su confinamiento la prepararía para el espacio. Y como era un centro de detención juvenil, le dijeron, saldría con antecedentes limpios y con la posibilidad de un buen trabajo. No quería arruinarlo todo. Resultó que mentían sobre un montón de cosas.

Los LOWNR vivían para ser mejorados, y ahí es donde Starr y los cientos de otros técnicos en órbita entraron en acción. Era más barato poner técnicos donde estaban los satélites, en lugar de hacer visitas a domicilio con transbordadores o reunir los satélites para su mantenimiento en la gigantesca Estación Espacial Internacional, donde las condiciones ambientales se habían vuelto tan adversas que los astronautas del transbordador se negaban a quitarse los trajes a bordo. Mucho mejor, decidió WebNet, esparcir estas frágiles naves prefabricadas y contratar a personas que, en su mayoría, no veían mucha diferencia entre trabajar aquí o

en cualquier otro lugar, ya que su vida real estaba en la red. Eran más baratos que los robots; y si uno se estropeaba, simplemente encontrabas otro de repuesto en cualquier calle de la ciudad. Y cuando te quedabas sin ellos, te saltabas un paso y los comprabas directamente desde la cárcel antes de que volvieran a la calle. Algunos incluso habían recibido capacitación laboral de rehabilitación.

Trabajar en órbita no era mala manera de progresar. El sueldo era bastante bueno y no había mucho en qué gastarlo, ya que la empresa pagaba todas las facturas de internet, excepto las de los sitios de lujo, realmente caros. Tenían que hacerlo si querían que alguien aceptara el trabajo y mantuviera la cordura. Algunos días, Starr pensaba que podía sentarse a mirar por la ventana todo el día, pero no todos los días por mucho tiempo. Salvo alguna que otra risa de vez en cuando, pasaba la mayor parte de su tiempo en la web en Marte, donde se podía experimentar la terraformación. Dijeron que en unas semanas se podría respirar allí sin traje si se estaba en buena forma.

Así que aprovechaba todo su tiempo libre para hacer ejercicio, principalmente corriendo en círculos y nadando en la piscina. El gimnasio renovaba los códigos de acceso de los cuatro miembros de la tripulación, así que la mayor parte del día solo uno podía entrar a la vez. Había dos horarios comunes programados cada día en los que todos podían socializar, crear comunidad, perseguir sus intereses comunes y forjar amistades para toda la vida, tal como

indicaban los anuncios de reclutamiento. En resumen, el gimnasio estaba vacío dos veces al día.

A menos que el lugar fuera a explotar, los miembros de la tripulación mantenían las distancias, y probablemente incluso así. Sobre todo si eras mujer. Los orbitales no atraían precisamente a los mejores tipos. Casi la mitad de ellos cumplían condena por algún contrato de encarcelamiento. Así que, aunque había una mujer por cada ocho hombres, no era un lugar al que uno quisiera ir buscando una cita. Había algunas historias bastante horripilantes. Starr solía pensar que esas mujeres simplemente eran estúpidas. Ir en serio con alguien no era algo que se pudiera intentar en un lugar donde todas las salidas conducían al vacío. Si estás encerrado en órbita con un grupo de gorilas, cierras las puertas con llave. No vas de visita con un montón de plátanos. En su primer problema, descubrió que cerrar la puerta con llave no era suficiente. Desde entonces, se metió a escondidas una de esas escopetas plegables de plástico pegadas al muslo y la tuvo a mano, asegurándose de que el resto de la tripulación supiera que la tenía. Éste era su cuarto viaje y no había tenido más problemas.

Su vida amorosa era estrictamente de la Web, sin excepciones, y se las arreglaba para manejarla. Era mayor que Webster (veintiséis años), pero en la Web se presentaba unos diez años más joven. Le gustaba parecer más joven. Se sentía más segura con chicos más jóvenes. No querían involucrarse, y, después de todo, se iba a otro planeta. Claro

que Webster también podría estar mintiendo sobre su edad. Podría tener cuarenta, por lo que ella sabía. Aunque definitivamente actuaba como si tuviera diecisiete. Cuando llegara a Marte, se dijo, se tomaría el tiempo para algo real.

Starr no podía quejarse. Este trabajo la había llevado al espacio, prácticamente la única manera de que alguien como ella pudiera llegar allí. Cuando MarsCorp decidió construir la *Mariana* al otro lado del planeta de la estación espacial internacional, prácticamente significó el fin del programa espacial público, tal como era. A Starr le pareció bien. Ni siquiera le dieron una entrevista. Hizo sus estúpidos exámenes, y punto. Las matemáticas y las ciencias eran tan fáciles que no podía creerlo. Sabía que las había sacado de maravilla. Debió de ser la psicología.

Pero eso era historia. WebNet estaba actualizando todos los LOWNR de este sector, y ella había implementado pequeñas mejoras en cada uno, introduciendo la dirección de su ordenador en el router (lo había conectado directamente para que nadie pudiera manipularlo sin tener acceso al satélite). De esta manera, una vez configurado, toda la información que entrara y saliera de Marte o la *Mariana* pasaría sin editar primero por su ordenador. Lo sabría todo sobre Marte, incluyendo los criterios de selección de colonos. Ninguna batería de pruebas la detendría de nuevo. Su lugar estaba en el espacio. No en este fajo de papel de aluminio en órbita, sino allá afuera, en otro mundo.

Solo un técnico autorizado de WebNet podía acceder a las entrañas de un LOWNR. La trampilla de acceso tenía una banda magnética sintonizada con un nanotransmisor subcutáneo en el dedo índice derecho del personal autorizado. Lo llamaban SmartButton. Siempre llamaban *«inteligente»* a cosas realmente absurdas. La gente tenía ideas raras sobre lo que era inteligente. Su cabina se llamaba «entorno inteligente» porque todo estaba dentro de un campo Weisiger, así que podías pasarte *todo* el tiempo en la web si querías. Muchos técnicos trabajaban en la playa, bebiendo refrescos de frutas. Starr no. Ella tenía su ventana.

Antes de hacer cualquier modificación, tuvo que desconectar el LOWNR de la red e indicar a los demás LOWNR que se encargaran de la tarea. Ingresó los códigos y observó cómo se completaba la rutina. Al terminar, el LOWNR se apagó. Extrajo los circuitos antiguos y los apartó. Se suponía que debía quemarlos, pero primero los canibalizaría. Instaló la placa nueva, encendió la computadora y comenzó a ejecutar los diagnósticos. Mientras trabajaba, no podía evitar pensar en Webster y en esa falsa llamada de atención que le había dado la ruta. Había una parte de esa historia que no contaba. ¿Y qué? Se juntaron en la red, se rieron un rato, tuvieron sexo... y él estaba dispuesto a aprender en ese aspecto, a diferencia de muchos jóvenes. Pero no había ningún compromiso, al menos por su parte.

Aun así, sentía curiosidad. De alguna manera, olió a otra mujer en él; solo por la forma sigilosa en que había actuado. Cerró el LOWNR y lo deslizó en la plataforma de lanzamiento, donde esperaría su reinserción en órbita cuando la computadora decidiera que era el momento. Había acelerado la órbita un poco para darle un alcance más amplio y lo había configurado para prioridad a nivel de estación, para que pudiera indicar a otros LOWNR en la red qué hacer. Así no tendría que modificar tanto para obtener la información que quería. Se moría de ganas de probarlo, pero no quería jugar sus cartas demasiado pronto. Cuando este estuviera listo, podría tener lo suficiente para lograrlo.

Comía una barra para cenar, una para almorzar o una para desayunar. Todo sabía igual. Una especie de cruce entre cecina y turrón de cacahuete con un regusto a cartón. No tendría que probarlo si simplemente hubiera entrado en un buen restaurante. Podría estar saboreando un filete con patatas fritas. Bueno, no habría filetes en Marte, ni ninguna red. Lo bajó con un poco de agua —aún no había sustituto, pero deseó tener una Coca–Cola. No imaginó que tardaría mucho en haber Coca–Cola en Marte: había Coca–Cola por todas partes.

De alguna manera, ese pensamiento la hizo sentir sola. Habría sido un buen momento para que Webster apareciera, y no solo para pedir un favor e irse. En cierto modo, le afectó que lo hiciera. Tal vez tenía una buena razón, como dijo. Sería bastante fácil irse. El sol seguiría brillando contra su

ventana durante una hora más o menos, y no tenía ganas de hacer nada más.

Llamó a la dirección del falso retiro. Era una fábrica en Matamoros que fabricaba pequeños coches inteligentes y motos para repartir, como había dicho Webster. Entró en la computadora principal usando su código de servicio WebNet, revisó los periféricos y había varias docenas de cámaras. Las dejó recorrer el monótono proceso de la cadena de montaje. Cuando vio a un tipo con traje y a un larguirucho vestido con un mono familiar a su lado, amplió el zoom para verlo mejor. Así que sí tiene diecisiete años, pensó. Había un grupo de gente junto a un triciclo de Bruce. Le zumbaba la cabeza como si acabara de caerse de un edificio y se le revolvía el estómago como si intentara digerir. Allí estaba Webster con la persona que tenía que ser su clienta: una mujer a la que seguía como su esclavo personal. Vestía como una zorra de empresa, con el traje oscuro y la blusa femenina pero elegante. Starr subió el audio y la escuchó hablar sin parar sobre un hotel para ella y Webster. En ese momento, la mujer comenzó a hablar español y la computadora de Starr le preguntó si quería una traducción.

Pero no lo necesitaba. Era sencillo. Esta era la clienta a la que Starr había hecho feliz como un favor a su novio. Webster la había usado para ligar con otra mujer, y Starr estaba... imagínense... celosa. Consideró encender el sistema de riego de Lincoln Manufacturing, pero era demasiado patético. Si así era, así era. Bien. Tendría que

dejarlo de todas formas cuando fuera a Marte. Esto le ahorraba el problema. Si hubiera sabido que a Webster le gustaban las mujeres mayores, podría haber aparentado cuarenta todo este tiempo, o al menos su edad.

Mientras los veía salir de la planta y del alcance de las cámaras, se preguntó quién sería esa mujer, se preguntó dónde estaría Webster cuando lo llamara. Le había puesto un rastreador web para poder encontrarlo cuando quisiera verlo. Comprobó su paradero cuando la llamó y descubrió que provenía de un sitio llamado *Rincón.* Lo buscó, pero no había mucho: una especie de ficción interactiva publicada por alguien llamado St. John. Era gratis, lo que indicaba de inmediato que probablemente era una pérdida de tiempo. La web estaba llena de esta basura, y Webster solía despreciarla.

Encendió el campo weisiger Y se dirigió a Rincón. No estaba segura de qué esperaba, pero desde luego no era esto. Había una calle que parecía haber sido bombardeada hasta quedar reducida a escombros. Quedaban los edificios, justo lo suficiente, incluyendo un mural irregular de un ejército de campesinos vestidos de blanco, enfrentándose a un enemigo que ya no era visible, como para que supusiera que se trataba de algún lugar de Latinoamérica. El único edificio intacto era un hotel llamado Bella Vista con una amplia terraza. Había un hombre sentado en una de las mesas que se levantó cuando ella llegó e hizo una reverencia. *«Buenas tardes»,* dijo.

“Inglés”, dijo y la traducción murmuró en su oído.

No necesitarás tu programa de traducción. Hablaré inglés, si quieres. Era un hombre imponente. Muy guapo. Moreno, con un espeso bigote negro y ojos que te atravesaban. Vestía ropa mexicana antigua y tenía uno de esos sombreros enormes sobre la mesa frente a él. "¿De verdad eres?", le preguntó.

—Es difícil decirlo —dijo—. Soy Miliano.

Es difícil decirlo. Así que podría ser más que un simple simulador. Podría haber un actor detrás. Parecía demasiado ambicioso para un sitio gratuito. "Starr", dijo. Accedió a su perfil (preparado para reunirse con Webster) y se arregló para aparentar su edad. No tenía sentido parecer una niña si iba a hablar con un hombre.

—Estrella—dijo—. ¿Qué te trae por Rincón?

La forma en que pronunció su nombre en español la hizo sentir un poco mareada. Nunca antes había pensado que el español fuera sexy. "¿Qué es este lugar?"

Miliano se encogió de hombros. «Es un hotel antiguo. De otra época y otro lugar. Ahora forma parte de una novela».

Starr había oído hablar de lugares como este, pero no se le había ocurrido que le gustaran. No le interesaban el arte ni esas cosas. Miró a su alrededor. Todo era bastante

sospechoso. Tenía la sensación de que si caminaba una manzana en cualquier dirección, se quedaría sin virtualidad en un santiamén. Pero Miliano era harina de otro costal. Estaba sentado en silencio, con sus dedos largos y sensibles apoyados en la mesa. Era un hombre de figura grácil, con una especie de elegancia natural. Era moreno, con hermosos dientes blancos bajo su espeso bigote negro. Lo encontró cautivador. Lo ignoró. Qué lástima que no fuera real.

—En realidad, buscaba a alguien. Un tal Webster pasó por aquí temprano esta mañana. “Se quedó sólo un momento.”

“¿No dijo a dónde iba?”

No dijo nada. Lamento no poder ayudarte. ¿Quizás quieras quedarte un rato más mientras ordenas tus ideas y tomas un café conmigo? La terraza estaba llena de acogedoras sillas de misión y helechos de Boston. Una pareja de pájaros negros y amarillos estaban en una jaula, piando, saltando de una percha a otra, acariciándose.

—Claro. ¿Por qué no? ¿Por qué me estoy esforzando tanto buscándolo? Que me busque él.

Esto pareció complacer enormemente a Miliano. «Estoy totalmente de acuerdo».

Se sentó en una de las sillas, y el cojín suspiró, la madera crujió. Pero ningún recuerdo se desperdició en un camarero. El café simplemente apareció en el brazo de la silla. Sin

embargo, no se escatimó en su aroma y sabor. Le gustaba Rincón. La forma en que era real y no lo era al mismo tiempo. "¿Entonces esto es algún tipo de sitio histórico?"

Es imaginado: pasado, presente, futuro. Como toda la historia.

Starr se rió. «Es bastante fácil para ti decirlo. Eres un personaje de novela. Tengo pequeños detalles de mi historia que van más allá de mi imaginación». Se bajó la cremallera del mono y le mostró la cicatriz en el esternón: veintisiete puntos.

—¿Y qué crees que significa esta cicatriz? —preguntó con un brillo en los ojos, echándose el bigote hacia atrás con las yemas de los dedos—. ¿Qué historia has imaginado para ella?

Era astuto, sí. "Buen punto", dijo ella. "¿Y qué haces aquí?"

Depende de lo que busque el visitante. Viniste buscando a Webster, pero no está. ¿Quizás podría entretenerte con una historia para pasar el rato?

Sim o no, ella estaba sentada allí con el mono desabrochado hasta el ombligo, y él tenía unos ojos en los que podías perderte. Se subió la cremallera y dio un sorbo a su café cargado. "Claro, ¿por qué no?"

“Es una parábola que llamo *Los Gamelos,* Los Gemelos:

Hace mucho tiempo, unos hermanos gemelos recibieron un magnífico castillo de sus padres. Los padres, ancianos y enfermos, querían cuidar de sus hijos cuando fallecieran, pues siempre habían hecho todo por ellos, como padres amorosos. Pero cuando murieron, apenas concluido el funeral y estando los hermanos solos, el primer hermano se apoderó del castillo y abandonó al segundo en el desierto que rodeaba las murallas. Y en ese momento, como si los dioses bendijeran su iniquidad, el primer hermano comenzó a crecer cada vez más, mientras que su desafortunado hermano se hacía cada vez más pequeño.

"Y cada día, el primer hermano, ahora un gigante, se sentaba en la cima de la torre más alta del castillo y veía cómo su sombra se extendía hasta el horizonte, donde el segundo hermano trabajaba todo el día en su pobre *milpa* para alimentarse a sí mismo, a su familia y a sus hijos, y el primer hermano estaba bastante contento consigo mismo.

Pero por mucho que trabajara el segundo hermano, nunca prosperaba, pues, al llegar la cosecha, el gigante se quedaba con el maíz y los frijoles. Tomó las gallinas de su hermano, sus vacas, el cerdo que, de todas formas, nunca engordaría. Todo era para la mesa del gigante. Quemó el bosque para calentarse en invierno y secó los ríos en verano.

Afortunadamente, para entonces, el segundo hermano ya era tan pequeño que podía alimentar a su familia con un grano de maíz y a toda la aldea con una gran rata asada

sobre una piña. Bebía el rocío por la mañana y cabalgaba sobre la brisa, como una mota de polvo, hacia los salones del castillo por la noche.

Allí, en el gran salón, oyó al gigante pasearse de un lado a otro, maldiciendo su destino: siempre comiendo, pero aún hambriento, rozando el alto techo con la cabeza, apretujado en todas las habitaciones más pequeñas, incapaz de sentarse a descansar, incapaz de dormir, de respirar. El gigante gimió al cielo para que lo rescatara de su sufrimiento.

Y cuando el segundo hermano oyó esto —el diminuto hermano, quizá no mayor que unas pocas moléculas, unas pocas partículas u ondas—, se echó a reír. No pudo evitarlo. La risa se hizo cada vez más fuerte, tan fuerte, tan diminuta como era, porque era tan, tan graciosa, que hasta el gigante pudo oírla. Y aunque tardó mucho en que el sonido viajara desde sus enormes oídos hasta su enorme cerebro, y aún más tiempo en comprender qué podía ser ese increíble sonido, cuando por fin lo comprendió, montó en cólera. Allí, bajo sus pies, en las grietas de las piedras, su hermano se burlaba de él en el polvo.

El gigante cayó de rodillas, destrozando las piedras, el suelo, los muros, hasta que el castillo se derrumbó a su alrededor. Entonces trituró las piedras hasta convertirlas en polvo y lo tamizó entre los dedos, buscando desesperadamente a su hermano. Pero por mucho que lo

buscara, nunca lo encontró, y pronto la situación se volvió demasiado desesperada como para continuar su búsqueda.

Por ahora no tenía refugio, y el invierno se acercaba. Se había vuelto demasiado grande para alimentarse, vestirse, acostarse incluso en el vasto mundo sin enroscarse a su alrededor como una serpiente. Estaba tan desesperado que le gritó a su hermano que todo estaba perdonado y que si podía ayudarlo con una tortilla o un plato de frijoles. Pero en las profundidades de la Tierra, el segundo hermano esperaba, más pequeño que un pensamiento que no puedes recordar en una calurosa tarde de verano. Hasta que finalmente, el gigante bebió el último trago de agua, salvo una o dos gotas pegadas a su enorme bigote. Respiró el último aire, salvo la más leve bocanada que rugió al expirar. Cayó a lo largo y ancho de la Tierra, cubriéndola por completo, muriendo una muerte enorme que nadie lloró.

Por la mañana, el segundo hermano salió de la tierra para reclamar el cadáver de su hermano y dárselo a la gente para que viviera de él. Pues del cadáver putrefacto brotó el maíz. De su boca brotaron el ganado, las gallinas y el cerdo. De sus ojos volvieron a fluir las aguas. Los pájaros anidaron en su cabello. Y en las grandes bóvedas ventosas de su cráneo vacío, había espacio suficiente para todos.

Miliano esbozó una sonrisa para marcar el final de su fábula, y Starr prorrumpió en un aplauso entusiasta, pateando el suelo. "¡Fue maravilloso!", gritó. Se imaginó a sí

misma como el segundo hermano, y al mundo entero, desde que tenía edad para agacharse, como el primero.

"Me voy a un mundo nuevo", le dijo a Miliano con orgullo. "Me voy a Marte", sin importarle en ese momento que no fuera real. "A empezar una nueva vida". Era mejor que no fuera real. No se reiría de ella.

«Tierra y libertad», dijo, y ella se tocó la oreja para recordarle que hablara en inglés. «Land and liberty», tradujo.

—Exactamente —dijo Starr—. Exactamente.

Dejó un mensaje para webster con Miliano y regresó a su habitación. Estaba emocionada. No había anunciado sus intenciones al mundo, y contar con el apoyo entusiasta del encantador Miliano lo hacía todo más real e inmediato, aunque no fuera más que una simulación en un mundo virtual. Le resultaba familiar, pero no estaba segura de si lo había visto en una clase de historia o en un anuncio de restaurante.

Se oyó un chirrido al abrirse la escotilla exterior de la plataforma de lanzamiento. La estación había llegado al punto de inserción del LOWNR que acababa de modificar. Era un evento rutinario, pero encendió las cámaras exteriores y la observó mientras maniobraba para salir de la plataforma. Luego, con un pequeño impulso de sus

propulsores, se alejó como un pez que se lanza a las profundidades.

Hizo algunos cálculos mientras continuaba su curso. Con lo que tenía a mano, podría interceptar las transmisiones de Marte a la Tierra sin mucha dificultad. Si lograba mantener un flujo de datos razonablemente constante, nadie se daría cuenta. Ir en sentido contrario era demasiado ajetreado para manejarlo por el momento. No esperaba ver mucho que no hubiera visto ya, pero le daba la oportunidad de probar antes de captar el flujo de datos que llegaba de la Tierra.

Una alegre voz de mujer blanca le informó que el LOWNR se había insertado con éxito en su nueva órbita y se estaba encendiendo. *«Tierra y libertad»,* se dijo a sí misma, intentando pronunciar la *erre* como Miliano, e inició el programa que la convertiría en la guardiana de todos los datos procedentes de Marte. Sus LOWNR informaron a los demás en la red de las nuevas instrucciones. La red tardó unos minutos en reconfigurarse. Observó el progreso en su monitor con creciente suspense.

Sabía que el Marte que conseguía en la web —el que todos conseguían— estaba editado, al menos hasta el punto de que no se podía acceder a todos los datos constantemente. Había al menos nueve grabadoras: una en órbita ecuatorial que proyectaba el lugar como un globo terráqueo, desde donde se podía observar el nacimiento de las nubes, los

sistemas de tormentas arremolinándose, los tonos cambiando hacia el verde y el azul. Había dos en cada polo: una que monitoreaba la acción y el progreso de las máquinas como atletas que recorren sus pasos, y otra en el cambiante mundo de hielo y nieve que realizaba una danza prismática de una belleza impresionante con el Sol. Un par de ellas volaban por ahí, una especie de aviones no tripulados, abriéndose paso entre tormentas hacia valles donde fluían ríos y las orillas estaban cubiertas de musgos verdes cenicientos, tan rollizos como hogazas de pan, y se acercaban a cobayas genéticamente modificadas que correteaban por su nuevo mundo, destinados a ser uno de los alimentos básicos de los colonos. Finalmente, dos en el sitio de Freedom City —una alta y otra baja— revelaron un lugar tan animado que incluso los edificios estaban en desarrollo. Durante todo el proceso, trabajadores anónimos se movían con trajes blancos como ángeles con pantalones anchos bajo un cielo del color de una caracola gigante.

Pero no se podía seleccionar qué grabadora se rastreaba. Simplemente se repetía una y otra vez; no al azar, pensó. Alguien estaba decidiendo qué era interesante para la gente de casa. Y había muchas veces en que algunas cámaras parecían estar fuera de onda. Quería ver todas las grabaciones constantemente. Pensó que incluso podría haber grabadoras especiales para quién sabe qué que no se mostraban en la web. No creía que MarsCorp intentara ocultar nada en particular. Solo era publicidad para ellos.

Ella no tenía idea de que todo era una mentira.

Lo que creía que era obra de nueve grabadoras resultó tener una sola fuente. Se enviaba del *Mariana* a Marte, desde donde regresaba a la Tierra. Era una tontería. Una simulación que se manipulaba a sí misma en algún generador de simulación de IA a bordo del *Mariana.* Lo revisó cinco veces. En el proceso, encontró otro flujo de datos en otra banda, muy comprimido y encriptado. Sin embargo, sus nuevos LOWNR cooperativos lo abrieron y le mostraron el verdadero Marte.

De hecho, había varias grabadoras que mantenía MarsCorp en su propiedad. Eran como las imágenes de antes que todos conocían: un paisaje rocoso inimaginablemente duro, gélido, azotado por tormentas de arena. La maquinaria de terraformación, como ampollas en los polos. Un infierno esperando renacer como el cielo. Solo que nació muerto. El único efecto de los meses de terraformación pareció ser un aumento en los casquetes polares.

Sí, existía una Ciudad Libertad, pero en la superficie era diminuta. La mayor parte era subterránea: una instalación cavernosa como una extensa operación minera esperando trabajadores. Todo era decididamente de baja tecnología y requería mucha mano de obra. Había barracones que se extendían por hectáreas. O al menos ella los llamó barracones al principio. Reconocía una cárcel cuando la veía. La mayoría de la gente del planeta parecían guardias

esperando para encerrar a alguien. Llevaban barras de choque en sus cinturones que harían caer a un buey de rodillas. Esto parecía más una colonia penal que un nuevo mundo. Entonces recordó la historia del llamado Nuevo Mundo en la Tierra, y tuvo que preguntarse por qué estaba sorprendida; por qué alguna vez pensó que cerdos ricos como MarsCorp construirían algo diferente.

Bajó al cavernoso bloque de celdas y cambió a modo virtual. El aire era dolorosamente enrarecido y le dejó un sabor graso en la boca, jadeante. La voz preocupada de una mujer blanca le advirtió que estaba simulando una experiencia letal que podría resultar en un shock emulador. ¿Quería modificar sus datos según los parámetros de supervivencia recomendados?

—Que os jodan —dijo Starr—. Que os jodan a todos.

Durante varias horas se entregó a su ira. Fue a un campo de combate donde se podía luchar cuerpo a cuerpo sin reglas ni advertencias en un paisaje de callejones interminables y edificios incendiados. Dio puñetazos, patadas y garrotazos, y luego cambió de bando para perder. Pero ni siquiera la experiencia de estrellarse el cráneo contra una pared de ladrillos la alivió de su angustia mental.

Se había preparado durante mucho tiempo para las continuas decepciones en su búsqueda de Marte. Podrían pasar años y años, se decía, antes de poner un pie en el

planeta rojo, la tierra de sus sueños. Pero todo fuera mentira, que su esperanza se basaba en una ficción, *eso* no podía soportarlo.

Se quedó mirando el *Mariana.* Llevaba el nombre de la hija del director ejecutivo de MarsCorp, una rubia delgada que se ahogó en Cozumel unos meses antes de que comenzara la construcción de la nave. Durante un tiempo, internet se llenó de testimonios entusiastas de sus buenas obras ayudando a los necesitados, aunque ella misma parecía bastante hambrienta. Starr nunca había podido aceptar su santidad, pensando que era solo otra telenovela para mostrar al mundo lo espléndida que era la gente rica. Y, sin embargo, se había tragado el sueño de un paraíso marciano: un nuevo planeta donde gente como ella pudiera, por fin, tener un descanso decente. Se tragó anzuelo, sedal y plomada.

Su primera tentación fue liberar esta realidad en la Tierra: anular la maldita simulación y mostrarle a Marte lo que era. Pero descartó la idea rápidamente. Aún no era lo suficientemente fuerte, no tenía el control suficiente para evitar que la rastrearan y la desactivaran en un instante en cuanto MarsCorp se enterara de lo que estaba haciendo. Tenía tres LOWNR más que tenía previsto actualizar esta semana, pero eso no sería suficiente. A menos que tuviera un aliado, alguien en la estación que también modificara su cuota.

La tripulación se comunicaba entre sí, cuando era necesario, a través de la red de la estación. De vez en cuando se ponían a charlar, aunque Starr nunca se puso virtual con ninguno de ellos. Aun así, con el tiempo, uno se conocía. Solo había otro miembro de la tripulación que tenía una remota posibilidad de aliado: Powell. Los otros dos, Crichton y Furay, tenían contratos penales que MarsCorp tenía con el sistema penitenciario federal y cumplían condena por robo a mano armada y abuso de menores, respectivamente. Ambos le daban escalofríos a Starr. Crichton, porque era demasiado agradable y alegre para alguien que había golpeado a un tendero pakistaní de setenta y cinco años, y Furay porque sugería que se vieran virtualmente cada vez que ella hablaba con él.

Powell era otra historia. Parecía un tipo normal, tranquilo y lento, que estaba allí arriba intentando ganar dinero. Habían hablado de las *Marianas* y la colonia de Marte, e incluso fingía estar interesado en sus planes. Pero ¿cómo se sabía con los chicos si decían la verdad o no?

Quizás había otra manera. Si lograba llegar al *Mariana* y desactivar la IA que estaba creando el falso Marte, MarsCorp no podría protegerse cuando ella empezara a revelar la verdad. Había vehículos de servicio a bordo que podrían llegar al *Mariana,* y confiaba en poder atracar. Pero al considerar ese plan, se dio cuenta de que también necesitaría dos. Nadie, de verdad, iría solo en una lanzadera

de servicio. Su única oportunidad de llegar a la IA sería como parte de un equipo técnico autorizado de WebNet.

Hablar con Powell a través de la red de la estación era tan seguro como hablar en una esquina. Incluso el espacio web personal probablemente era demasiado arriesgado. Si quería que Powell se uniera a su causa, tendría que verlo en persona. Era un tipo grande y corpulento. Su imagen se extendía por el borde del monitor como si la cámara intentara captar el lateral de un granero. Eso era bueno en cierto modo. Si alguien en el *Mariana* necesitaba algo de intimidación, Powell sin duda podía intimidar mejor que ella misma, con sus cuarenta y cinco kilos.

Pero si no era lo que parecía, si decidía que prefería llevársela a su habitación como juguete durante los próximos meses, ¿qué podía hacer? ¿Dispararle a él y a la estación espacial con su escopeta? Eso era suicidio, simple y llanamente. Ambos estarían aspirando el vacío en cuestión de segundos.

Pero, ¿para qué tenía que vivir? Miró por debajo de las *Marianas,* por debajo de ella misma, hacia la Tierra. Se suponía que sería hermoso desde allí arriba. Un buen plano general que no mostraba a los perros comiéndose a los perros ni a los ricos apostando al resultado. No había nada para ella allí abajo. Nunca lo había habido. Nunca lo habría. No iba a volver.

Miró el reloj. La hora de reunión en el gimnasio se acercaba. Llamó a Powell y le dijo: «Quiero hablar contigo de algo. ¿Nos vemos en el gimnasio?».

Se pasó la mano por la cabeza calva, con un gesto pensativo. «Claro», dijo.

No le pidió ninguna garantía. No quería oírle decir, como el último chico que había conocido de verdad: «No te haré daño, cariño. No te haré daño».

PARTE TRES

Veintidós de diciembre

Es mejor morir de pie que vivir de rodillas.

—EMILIANO ZAPATA

CAPÍTULO NUEVE

Latido rápido, latido rápido, latido rápido... había una palabra para eso... Webster sabía que había una palabra para eso. ¿*Hiper* –algo? ¿Hiperventilación? No. Eso era respirar. Bueno, él también lo hacía. Intentó desesperadamente pensar qué era. Se giró en su asiento y miró hacia atrás a lo largo del autobús. Margaret estaba al otro lado del pasillo, uno–dos–tres–cuatro–cinco–seis–siete asientos atrás. No era precisamente difícil de identificar con su rostro blanco y cabello castaño claro que se alzaba sobre todos a su alrededor. Webster había llegado a la conclusión de que era la persona más alta de todo México. Eran las únicas dos personas blancas en el autobús.

Todos los demás eran de algún tono castaño, con el pelo negro o gris. Todos reales. Hasta el último de ellos. Recordó haber acompañado a su madre a una fiesta de verdad

cuando era pequeño. Todos allí dijeron: "¿*Lo trajiste?*", absolutamente incrédulos. Había dormido bajo una pila de abrigos, no le permitían salir de la habitación, aunque no lo habría intentado. Estaba demasiado asustado, escondiéndose bajo los abrigos que olían a perfume y cigarrillos para esconderse de los ruidos crípticos que se filtraban por debajo de la puerta. Se despertaba por la mañana en su propia cama. Nunca supo qué pasaba allí, y su madre no se lo decía. A veces se preguntaba si había sucedido de verdad o si lo había soñado todo.

Pero esto era como un sueño hecho realidad: un autobús lleno de oscuros habitantes del tercer mundo viviendo sus vidas reales, ninguno de ellos en línea hasta donde él podía ver. ¿Quiénes eran? ¿Qué hacían consigo mismos? ¿Adónde iban? Había maletas arriba, cajas atadas con cordel, bolsas de plástico con ropa asomando, bolsas de arpillera con maíz sin desgranar, un televisor, una rueda de bicicleta, plana. Los diminutos pitidos y ráfagas de un videojuego antiguo unas filas atrás se entrelazaban con una docena, dos docenas, de pollitos enloquecidos que piaban como palomitas de maíz soprano, demasiado fuertes para precisar su ubicación precisa. Había visto a una niña en la estación de autobuses cargando una caja con agujeros, pequeños picos que sobresalían en el aire. Si esto no era el mundo real, no sabía qué era. Se dirigía al misterioso corazón de otro *país.* La idea le puso la piel de gallina.

Margaret le dijo que aún no había visto nada en ese pueblo fronterizo, que las cosas se ponían mucho más raras en el sur. Intentaba asustarlo, sí, pero él sabía que tenía razón. Había deambulado por la estación de autobuses, escuchando a la gente, acostumbrándose al traductor, y parecía una página web de economía global —Dios, cómo odiaba esa clase—, solo que esto era auténtico. Había empresarios, comerciantes, vendedores, granjeros, soldados —muchísimos soldados—. Y mendigos: ciegos, lisiados, viejos, jóvenes. Webster quería hablar con ellos. Sin duda tenían historias que contar. Pero se sentía culpable por hacerles perder el tiempo si no iba a darles dinero, y como no sabía cómo funcionaban los billetes que llevaba en el bolsillo, pensó que no sería prudente sacarlos en una estación de autobuses abarrotada y preguntarle a un hombre hambriento si el rojo sería suficiente. Al principio, atraía a los mendigos como un imán, pero luego la noticia se extendió y lo dejaron en paz.

Se dedicó a escuchar a escondidas, mirando sin comprender un periódico español que había encontrado para aparentar que no escuchaba. Los granjeros le intrigaban especialmente con su charla sobre semillas, tierra y lluvia. Los soldados no hablaban de casi nada cuando él aparecía. También había algunos soldados estadounidenses (mezclados con los mexicanos) cuya presencia irritaba muchísimo a Margaret. Dijo que le contaría por qué más tarde, cuando no hubiera soldados cerca. Por lo que había

visto hasta ahora, eso podría tardar un tiempo. Le ponía nervioso estar rodeado de todas esas armas, balas, granadas y cuchillos de verdad. Era asombroso lo que llevaban encima todo el tiempo. Llevaban los cascos puestos, con pequeños auriculares incorporados. Webster se preguntó si el ruido que zumbaba alrededor de sus cabezas era la misma música pop estadounidense que parecía estar por todas partes o alguna comunicación secreta entre soldados.

Aunque no había nadie en el autobús, había algunos extranjeros, la mayoría empresarios estadounidenses. Había algunos turistas, en su mayoría ancianos reviviendo alguna aventura adolescente. No muchos jóvenes. No había visto a otros pateadores. Había algunos chicos de su edad que Margaret dijo que eran holandeses o suecos o algo así, aunque no le dijo cómo lo sabía. Parecían estar metidos en todo ese rollo de la alteridad: grabándose en lugares donde no pertenecían, aunque, como dirían, en los no lugares de la globalville nada podía decirse que pertenecía. Cosas así. Montaban sitios web enormes y empalmados con cosas como un anfiteatro gigante con un bebé hambriento llorando y muriendo en cada asiento, una banda de marimba en el escenario tocando música de anuncios. Otros hermanos, como los llamaban, le dieron un buen dolor de cabeza a Webster. Iban a lugares para poder decir que no habían estado allí. Eran más weberos que la red. Webster no quería saber nada de eso. Iba a ser un viajero, un

trotamundos, un caminante. Un nómada, un vagabundo, un peregrino. Un explorador audaz. Un ciudadano del *mundo.*

Casi todos en la estación de autobuses, si es que hablaban, habían hablado de *la guerra,* la guerra (su primera palabra real en español, pensó Webster, aparte del *adiós* y *amigo* que todos conocían).

Webster odiaba la clase de español y no había tenido un rendimiento satisfactorio. Es decir, había suspendido. El instructor de simulación había señalado la extraordinaria aptitud de Webster para las artes lingüísticas y le había ordenado: «Debería gustarte el español, Webster». Pero eso era como decirle a Jimi Hendrix que debería aprender a tocar el arpa, ya que era bueno con los instrumentos de cuerda. El español era una lengua muerta. La web funcionaba con inglés y traductores al inglés. Incluso los franceses habían cedido. Los demás idiomas habían *terminado.* Webster pensó que le llevaría varias vidas dominar el inglés a medias. ¿Para qué perder el tiempo con un idioma que ya nadie usaba?

Eso fue antes de que él estuviera aquí, en medio de todo. Había algo de inglés, claro. Canciones en la radio. Incluso esos grandes carteles —vallas publicitarias, como los llamaba Margaret— con todas las palabras en inglés, como si dijeran: «Si eres lo suficientemente guay para leer esto, eres lo suficientemente guay para comprarnos lo que tenemos». Pero todo lo demás era español. Era como

descubrir que justo al lado del mundo en el que vivías había otro completamente diferente, donde el idioma era tan distinto que sentías la boca diferente al intentar decirlo. Era como aprender una nueva forma de besar.

A él le encantaba el español.

Sentado en el autobús, con el periódico desgastado que no podía leer aún en sus manos, pensó en todas las palabras: sus sonidos, sus formas. Hasta ahora, había descifrado principalmente los sustantivos. *Helado,* ice cream (de un letrero en la estación). Se quedó esperando y escuchó al vendedor hablar de negocios y dedujo que la *h* era muda; *tierra,* land; *salida,* exit; *billete,* ticket. Jugó con las palabras en su cabeza como si ensartara cuentas en un hilo, pero no pudo formar una oración. Necesitaba algunos verbos. Se le ocurrió que podía darle al traductor oraciones para traducir hablándose a sí mismo.

“Good-bye, friend, I’m going to war”, susurró al micrófono.

"*Adiós, amigo, voy a la guerra*", dijo el traductor a viva voz. El hombre sentado a su lado miró hacia otro lado. Webster tomó dos notas mentales: 1) el traductor no sabe susurrar, 2) *I’m going* significa "voy a".

Voy a, voy a... voy a... ¿qué? Ya era hora, se dijo Webster, de conocer a sus compañeros de viaje.

Examinó furtivamente al hombre sentado a su lado. Tenía unos veinticinco años, vestía un traje azul oscuro y una camisa blanca. Sus delgados zapatos de aspecto incómodo brillaban con un brillo ostentoso. Su rostro relucía de sudor. Y no estaba presentando esto. Esto era real. Hacía al menos treinta grados en este autobús, y este hombre vestía un traje oscuro. Estaba leyendo un Smartbook: *Obtener lo que desea en el ciberespacio.* E. Paramount Briggs era el nombre improbable del autor, un *seudónimo,* sin duda. El rostro estadounidense sonriente en la portada parecía decir "Soy rico y usted no". Webster se inclinó hacia un lado para echar un vistazo a la página y vio que el texto estaba configurado en español. El hombre sorprendió a Webster mirando por encima del hombro y lo fulminó con la mirada con desagrado.

—Hola —dijo Webster, con una sonrisa que esperaba que fuera atractiva—. ¿A qué te dedicas?

"Estoy leyendo", dijo el hombre, o eso dijo el traductor. Se había girado en su asiento y ahora leía con vehemencia. Webster se lo pensó mejor antes de decir que no era eso lo que preguntaba.

El autobús arrancó con un rugido y luego se convirtió en un suave estruendo. Los brazos de su asiento, el suelo bajo sus zapatos, vibraron levemente. La sensación le recordó aquella vez en la clase de historia que estudiaron el

Lusitania[5]. Él y Sissy Morris se escabulleron a la sala de máquinas y se besaron, perdiéndose todo el asunto. Era una guerra o algo así. En el examen, dijo que había sido un valiente viaje de circunnavegación, y el interrogador lo ridiculizó sin piedad, llamando a Webster un adulador polisílabo. Webster montó una enérgica defensa: Había demasiado conocimiento, demasiada información. Todo el mundo lo decía. ¿Cómo podía un barco tonto ser tan importante? Pero suspendió el examen de todos modos. Borrado de la historia. Una experiencia lacrimógena donde las haya. Pero esto no era una bañera simulada revolcándose en un océano falso, era un autobús de verdad rumbo al tercer mundo. No estaba estudiando historia; estaba en ella.

Un hombre empezó a recorrer el pasillo recogiendo boletos. Su rostro parecía sacado de los templos mayas que visitaron en esa misma clase. El guía había hablado sobre sacrificios humanos y el número cero. Webster no recordaba si había alguna conexión. Entregó su boleto como Margaret le había indicado, y le devolvieron una parte. Webster guardó el resto del boleto —Margaret lo había llamado talón— en *su* bolsillo junto con su visa y su dinero, y cerró la

5 El Lusitania fue un transatlántico británico. Fue en su momento, el buque de pasajeros más grande del mundo. El 7 de mayo de 1915, en plena guerra submarina entre el Imperio alemán y el Reino Unido, el Lusitania fue identificado y torpedeado por el U-Boot alemán SM U-20, hundiéndose en tan solo 18 minutos. [N. T.]

cremallera. Sin duda, había mucha parafernalia que recordar en el mundo real.

El vendedor de boletos avanzaba lentamente por el pasillo. Algunos compraban sus boletos al instante. Webster observaba fascinado cómo cambiaba el dinero, no solo billetes como los él, sino también monedas. Estaba deseando conseguir algunas monedas para hacerlas sonar en su bolsillo en una esquina.

El autobús probablemente no partiría, pensó Webster, hasta que el revisor terminara. Asomado un poco al pasillo, Webster pudo ver por el parabrisas. No había mucho que ver. Seguían estacionados en la estación. El conductor estaba sentado allí, con la mirada perdida. Webster se inclinó sobre el tabique que los separaba y le dio una palmadita en el hombro. No pretendía asustarlo. "Hola, me llamo Webster. ¿Qué se siente al conducir un autobús tan grande como este?"

El conductor se giró en su asiento y miró a Webster con recelo, mirándolo de arriba abajo. Las únicas palabras inteligibles en la enérgica respuesta del conductor fueron «cállate», «joder», «viejo» y «gringo». El traductor de Webster tenía poca capacidad para manejar obscenidades, pero Webster captó el mensaje y se recostó en su asiento. Pensó que el ejecutivo del Smartbook se estaba riendo, pero Webster no lo pilló con las manos en la masa.

Quizás parte del problema residía en que el traductor seguía sonando como *Abuelito.* El conductor quizá pensó que Webster era impertinente, una percepción habitual en su experiencia. No podía creer cómo seguía metiendo la pata. A este ritmo, viajaría durante días en este transporte abarrotado sin nadie con quien conversar. Si quería desenvolverse en el mundo real, se dijo, necesitaba ser más auténtico, más directo. Debía evitar su típica tendencia a la ironía. Se puso manos a la obra, probando voces para sí mismo, buscando una voz madura, suave y sincera a la vez. Sin embargo, ni el conductor ni el lector de Smartbook parecían dispuestos a un tête–à–tête.

Se encendió la televisión y Webster saltó de su asiento. Nunca antes se había encontrado cara a cara con uno de verdad, aunque de joven había frecuentado el recinto de TV Town y había conocido a Gilligan, Lucy, Kramer, Ally, Howdy Doody, Uhura, Ted Koppel. Esperaba algo mexicano, pero resultó ser una vieja película estadounidense: *¡Porque está ahí!* (subtitulada). Música melodramática y sonidos de aviones se arremolinaban alrededor del Monte Everest durante los créditos. Webster se echó a reír a carcajadas cuando dentro del avión resultó estar nada menos que un anciano Steven Seagal embutido en una enorme chaqueta de yak hecha, al parecer, de varios yaks enormes. Fumaba un puro negro delgado y hablaba español. La voz se parecía mucho a la de *Abuelito,* a todo volumen para que se oyera

por encima del ruido del avión. Era divertidísima, risible, jovial.

La mujer del otro lado del pasillo también se rió, y Webster la miró. "Pensé que solo estaba en la Red", dijo. En el Fight Site, el simulador de Seagal apaleaba regularmente a una docena de rufianes armados que jamás disparaban.

En México, no puede permitirse el acceso a internet. Sigue viajando en autobús como todos los demás, dijo.

Estaba bromeando con él. Bromas. Un alma gemela, pensó. Era más o menos de su edad, sus ojos color café. Pero aun así brillaban. "Me llamo Webster", dijo y extendió la mano, esperando hacer lo correcto.

Ella lo estrechó. «Aurora», dijo. El traductor le dijo «Amanecer» al oído. Él prefería *Aurora.* «Amanecer» era demasiado prosaico para esta mujer, que conseguía parecer exótica, noble y capaz —todo a la vez— a pesar de su humilde atuendo: vaqueros desgastados y una camiseta roja desteñida.

Tras su experiencia con el hombre a su lado, supo que no debía preguntarle lo que ella hacía. "¿Adónde vas?", preguntó, de un viajero a otro.

—A mi hogar —dijo—. Mi pueblo.

"¿Cómo se llama?"

“Nunca has oído hablar de él”, dijo.

Intentó escuchar a la traductora y su voz al mismo tiempo. Parecía bastante agradable, pero al parecer ya lo había adivinado. "Seguro que tienes razón", dijo con tristeza. "Nunca he estado en ningún sitio".

No pretendía ser gracioso, pero ella se rió de todos modos, aunque no con mala intención. «No quería decir eso, solo que *nadie* ha oído hablar de mi pequeño pueblo. Se llama Veintidós de Diciembre». Cuando le dijo el nombre, bajó la voz, como si le estuviera contando un secreto. *Veinte y Dos de Diciembre.*

Webster se rió, sintiéndose un poco histérico. «Nunca había oído hablar de un pueblo con fecha de nacimiento».

Los mexicanos lo hacemos todo el tiempo. En las calles, en los pueblos. Después de días importantes.

“¿Qué pasó el veintidós de diciembre?”, preguntó Webster alegremente.

Ella ignoró su pregunta. "¿De dónde eres?"

“Dallas–Fort Worth”.

—Conozco esa zona —dijo—. ¿Por dónde?

¿Por dónde? Webster tomó nota. «Tengo una habitación cerca del antiguo estadio de béisbol. Está cerca de donde trabajo».

“¿Cómo se llama el pueblo?”

"No sé."

Los interrumpió una explosión en la pantalla. Una enorme bola de fuego estalló en el aire con un fondo de montañas nevadas. La banda sonora, orquesta completa con un solo de guitarra eléctrica, distorsionó los altavoces hasta convertirlos en un ruido metálico. Helicópteros se movían de un lado a otro en primer plano sin ningún propósito aparente. Webster y Aurora se giraron y la observaron un momento.

“¿No sabes el nombre de tu ciudad?” preguntó, con los ojos todavía en la pantalla.

Creo que es Arlington. ¿De verdad crees que toda esa arbitrariedad de los límites políticos sigue importando?

Ella se volvió hacia él con una mirada desafiante. «Solo un estadounidense diría eso. Vives en tus computadoras y te olvidas de todo los demás».

—No. Soy un webkicker. Tengo trabajo, mi propia casa. Si de verdad eras un webkicker, no te *considerabas* así, pero Webster pensó que era más fácil decirlo.

—Pero ni siquiera puedes decirme dónde está tu casa —dijo Aurora con suavidad—. ¿Qué significa «*webkicker*»? La palabra quedó flotando en el aire sin traducir. Solo tenía un sabor: jerga estadounidense. Eso lo entendía, pero insistió. —Finges trabajar, finges vivir en un lugar real. Pero todo es fingir. Cuando te haces mayor y la vida se vuelve más difícil, dejas de fingir y te vuelves como tus padres. Yo no finjo trabajar. No tengo elección, igual que mis padres.

Como probablemente había dejado su trabajo por pura diversión, no podía discutir con ella. "¿Y si pudieras elegir?", preguntó. "¿Qué harías?"

Se encogió de hombros y se rió. «No lo sé. Lo siento. No tengo derecho a criticar...».

—Claro que sí. No, en serio. Si pudieras hacer lo que quisieras, ¿qué harías?

"Volver a casa para siempre", dijo en voz baja.

“¿Veintidós de diciembre?”

"Te acordaste."

“Por supuesto.” Esto pareció complacerla muchísimo.

El autobús había alcanzado un ritmo constante y pesado. El largo torso de Webster prácticamente abarcaba el pasillo. Aurora se inclinó hacia él como si estuvieran charlando en

una cafetería. Poco a poco, a instancias de Webster, le contó su historia.

Desde los trece años, había trabajado en Estados Unidos, al principio por temporadas, recogiendo manzanas en Washington y uvas en California. Luego consiguió un trabajo de todo el año limpiando y manteniendo estanterías para jubilados en Dallas–Fort Worth, y luego en Charlotte. Enviaba dinero a su madre y a sus hermanos menores, y volvía a casa de visita una vez al año. «Esto es progreso», dijo. «Antes solo los hombres iban al norte a trabajar; ahora también van las mujeres». Le contó cómo su abuelo, al cruzar ilegalmente a Estados Unidos, había muerto en un vagón cerrado con otros veintitrés hombres atrapados dentro. Solo uno sobrevivió, y luego se suicidó. Unos años después, su padre fue baleado por marines estadounidenses que patrullaban la frontera, supuestamente buscando narcotraficantes. Su padre había instalado jacuzzis en Virginia. No era lo suficientemente rico como para haber traficado con drogas.

Pagó por documentos falsificados de buena calidad que demostraban que tenía un trabajo fijo en Brownsville y siempre usaba el transporte público para cruzar, así que no era tan peligroso, aunque a veces los guardias fronterizos intentaban extorsionarla para sacarle dinero u "otras cosas". Una vez tardó una semana en intentar volver a cruzar, y casi no llega a casa para Navidad. Esperaba que pronto, en unos años, hubiera ahorrado suficiente dinero para comprarle a

su familia una casa decente y poder regresar a casa definitivamente.

Webster intentó imaginarse la idea de estar "en casa" para Navidad, pero no lo asimilaba. "¿Por qué no te quedas en Estados Unidos? Conozco gente en internet que podría conseguirte tarjetas de trabajo y cosas así".

No quiero quedarme ahí. Soy mexicana. Quiero vivir en mi país, limpiar mi casa, no siempre la de otros.

Se oyeron una serie de gruñidos en la pantalla mientras Seagal pateaba a varios hombres en los testículos. Cada patada le producía vértigo a Webster. La historia de Aurora había tenido un efecto similar en su psique. Volvió a mirar sus intensos y hermosos ojos.

¿Cuánto tiempo ha pasado desde que estuviste en casa?

“Ocho meses”, dijo. “Mi madre me pidió que viniera. Tiene miedo”.

“¿Miedo de qué?”

Aurora miró a su alrededor, como si alguno de los otros pasajeros, aparentemente absortos en la película de Seagal, fuera un espía. «Vida», dijo con una sonrisa triste y los ojos llenos de lágrimas.

La vida.

Ella pensó que lo había olvidado, pero no. Parecía un buen momento para preguntar. "¿Qué pasó el 22 de diciembre?". El traductor repitió todo igual, pero esperaba que ella pudiera oír en su voz real que le preguntaba con la mayor amabilidad posible. Se la veía dudando si contárselo o no.

Cuando habló, su voz era casi directa, como si hubiera sido pronunciada: «En 1997, en el pueblo de Acteal, cuarenta y cinco personas desarmadas fueron asesinadas por paramilitares del gobierno. Treinta y seis de ellas eran mujeres y niños. Nadie fue castigado jamás por el crimen. Las familias que fundaron mi pueblo eran refugiados de la zona».

—Dios, lo siento. Nunca había oído hablar de eso. —Se sentía un completo idiota. Claro, ninguno de los dos había nacido en 1997.

"No hay ninguna razón por la que debas hacerlo."

—Supongo que no —dijo, aunque le daba asco decirlo. Había *una* razón, muchas razones. Todas las razones. Quería decírselo. Quería...

Ella lo miró a los ojos. Sin pensarlo, él dijo: «Tus ojos son hermosos». Simplemente le salió. Por una fracción de segundo, ni siquiera estuvo seguro de haberlo dicho en voz alta, salvo por el eco del traductor: *«Sus ojos son bellos».*

Ella se apartó sorprendida y lo miró fijamente. No parecía enfadada, pero él no estaba seguro. "¿Siempre te tomas tantas libertades con desconocidos?"

Dios mío, lo siento. Estaba olvidando dónde estaba. No lo estaba olvidando exactamente. Lo *sé.* Pero nunca he estado en ningún sitio, así que no sé qué significa, cómo funcionan las cosas aquí. Casi nunca he hablado con una mujer en un lugar real. En un “sitio”, si soy demasiado molesto, una chica puede editarme, bloquearme para que ni siquiera esté allí. Yo puedo hacerle lo mismo a ella. Sin resentimientos. En muchos sitios la idea es "tomarse libertades". Algo así, un autobús que se dirige al corazón de un país extranjero, bien podría estar en Marte. Pero de verdad creo que tus ojos son hermosos, aunque yo mismo estoy bastante asustado de haberlo dicho en voz alta. Sería realmente terrible si decirlo significara... Solo lo siento mucho, estoy verdaderamente arrepentido... Su voz se apagó.

Había dejado atrás al traductor. Así que, tras dejar de balbucear, continuó con su súplica en un español mecánico. Ella escuchó con una leve sonrisa. Era hermosa por todas partes, decidió, pero pensó que era mejor no soltarlo hasta que el asunto de sus ojos se resolviera.

«...*penitente*», concluyó el traductor. Cuatro sílabas. Webster lo cantó en silencio mientras esperaba a que ella hablara.

—No tienes que disculparte —dijo—. Me alegra que te gusten mis ojos. —Hizo una pausa, lo miró a los ojos y luego a otro lado. Su corazón dio un pequeño vuelco—. ¿Qué te trae a México, Webster, en este largo viaje en autobús 'al corazón de un país extranjero', además de halagar a desconocidos?

Ella se burlaba un poco de él, pero no importaba. Deseaba ser sincero con ella, revelarle su verdadera misión, quizás ganarse su respeto, pero era un espía y debía ser discreto. Sin embargo, necesitaba desesperadamente una tapadera más digna que viajar con su mamá. Repasó lo que había aprendido sobre México en la escuela. Recordó que había selvas tropicales en el sur, con especies en extinción por todas partes. "Soy ornitólogo", anunció. Ella pareció escéptica. "*Asistente de ornitólogo,* en realidad". Señaló a Margaret por el pasillo, quien sonrió y saludó con la mano como si fuera una señal. "Esa es la Dra. Mayfield", dijo. "Ornitóloga jefe del Instituto Global de Investigación Ornitológica".

Obsequió a Aurora con información sobre especies, ecosistemas y sotobosques como si supiera de qué hablaba, como si estuviera en la escuela, impresionando a un supervisor. Sin embargo, por mucho que lo intentara, no recordaba el nombre de ninguna ave mexicana y encadenaba sílabas con sonoridades latinas que esperaba que fueran convincentemente científicas y aviares.

El hombre del Smartbook se bajó en Monterrey, y Aurora se sentó junto a Webster. Él aprovechó la oportunidad para volver a desviar la conversación hacia ella. Su rutina en la selva tropical se estaba agotando. Lo siguiente sería fingir cantos de pájaros para sus pájaros falsos. Ella, en cambio, tenía una familia de verdad de la que hablar, y él la animó a que le contara sobre cada uno de sus miembros. Oyó hablar de *hermanos, tías, primos, abuelos, bisabuelos.*

"¿Novio?" preguntó Webster.

"No, no hay novio."

Bien, pensó Webster.

Pero después de un rato, notó la parcialidad de la conversación y le preguntó por *su* familia. Sus torpes intentos de cambiar de tema solo despertaron su interés. "Al menos háblame de tu madre", insistió. "¿Te crio ella?"

Más o menos. Estaba en la Web casi todo el tiempo. Nunca hablaba de su madre con nadie, ni siquiera con Starr. Mamá probablemente estaría volando dragones en Pern por esas fechas. Últimamente le había pasado. No le importaría que Webster hablara de ella. No le importaría en absoluto. Probablemente le gustaría, de hecho. Sé amable, se dijo.

—En realidad, es mi única familia. —Buscó la palabra—. Supongo que es extremadamente quimérica.

Aurora negó con la cabeza. "¿Quimérico?" El traductor no conocía la palabra.

"¿Quijotesco?", sugirió Webster. Era mexicano o español o algo así, ¿no?

Aurora asintió vigorosamente. Conocía y entendía *el quijotesco "¿Cómo?*", preguntó.

Webster escuchó tanto el traductor metálico como la voz alta de Aurora y archivó la información: *«Cómo»*. Parecía que realmente quería saber. Suspiró y se lanzó a ello.

Es una especie de adicta a internet. Siempre dice que es mejor que el mundo real. Lleva pasando por el mismo ciclo desde que tenía unos trece años, antes de que internet fuera siquiera virtual: se engancha a algún sitio raro —cuanto más raro, mejor—, luego a algún chico del sitio —cuanto más raro también, mejor—, luego se pone seria con ellos, se queda embarazada, aborta. Y luego empieza de nuevo. Rompió el ciclo conmigo —al menos temporalmente— porque conoció a mi padre en un sitio fundamentalista donde la idea era engancharse a la multiplicación fructífera, lo cual hizo, lo suficiente como para casarse y tenerme de todos modos. Ella y mi padre se separaron cuando yo era un bebé. Nunca lo conocí. Ella retomó la conversación donde la dejó.

¿Por qué lo hace?

Es una soñadora. Dice que la web puede ser lo que tú quieras, un lugar donde los sueños se hacen realidad.

“La Web no es un lugar”.

El web no es lugar.

Webster empezó a corregirla, a explicarle que era un lugar virtual, millones de lugares virtuales, pero ella le repetía que hablaba como un estadounidense. «Entonces, supongo que solo es un sueño», dijo, imitando a su madre.

Ni siquiera es eso. Un sueño, como el que tu madre desea, requiere un lugar, como las semillas requieren la tierra.

Pensó en ello, y aunque su conocimiento de *la tierra* y *las simientes* era puramente indirecto, le pareció lógico. Nunca había pensado en su madre como una condenada, como alguien que intenta sobrevivir con comida imaginaria. Simplemente creía que su camino no era el suyo, que simplemente eran diferentes, que iban por caminos distintos, como decía ella. Si lo que decía Aurora era cierto, su madre nunca sería más feliz de lo que siempre había sido, solo tendría una esperanza patética para siempre. Sintió una oleada de tristeza por ella. De alguna manera, se alegró. A veces se preguntaba si aún sentía algo por ella. Era bueno saber que sí.

—Lo siento —dijo Aurora—. Hablo demasiado. No me corresponde juzgar.

—No, esto es bueno. Nunca he tenido la oportunidad de hablar con nadie así, de algo real.

“¿Tienes novia?”

—Sí. Más o menos.

Le explicó sobre Starr, cómo trabajaba en el espacio y cómo toda su relación era virtual y, bueno, principalmente sexual. "Estoy bastante seguro de que es mayor de lo que aparenta, y no pasa nada. Es bastante emocionante, supongo. O quizá halagador. Pero no me tomará demasiado en serio, ¿no crees?"

"¿Ella es una prisionera?"

Presa. Webster sabía de dónde había sacado esa idea. Con transbordadores baratos, era difícil superar el espacio como prisión, y la gente pensaba que eso era todo lo que había allí arriba. «No todos los que trabajan en el espacio son delincuentes. Ella tuvo algunos problemas con la ley antes, pero fue al espacio porque quería. Quiere ir a Marte. Es una especie de fanática de la idea. Dice que será un mundo completamente nuevo».

Aurora sonrió. «Así llamaban a México hace quinientos años». Señaló por la ventana. «¿Te parece nuevo?».

Viajaron en silencio. Se adentraban en el alto valle central, acercándose a la vasta extensión de la Ciudad de México, la

ciudad más grande del mundo. Apenas se distinguían las montañas que rodeaban el horizonte donde el aire parecía espesarse y solidificarse. Aunque todavía hacía bastante calor, se oía el sonido de las ventanas al cerrarse en todo el autobús, como si pudieran impedir la entrada del aire turbio.

Aurora se bajaba en Ciudad de México para tomar otro autobús hacia el este y luego otro hacia el sur, a su pueblo en las montañas. Dibujó un mapa aproximado de México en su periódico y le colocó San Cristóbal y Veintidós de Diciembre. No parecían tan lejos, pero le explicó que había montañas en el medio. Él sabía que no tenía un sitio, así que le pidió su número de teléfono, pero ella tampoco tenía ninguno. Ni siquiera el correo llegaba a su pueblo, pero le dio una dirección en un pueblo vecino donde su primo guardaba la correspondencia. "Adiós, Webster", dijo y le besó la mejilla.

Después de que ella se fuera y el autobús saliera de la estación, se quedó pensando en cómo alguien podía ser real y estar vivo, pero completamente desaparecido, como si ya no existiera. Se quedó dormido, repitiéndose el tiempo que era un lugar: *«Veintidós de Diciembre».*

Cuando despertó, los soldados subían al autobús, con las armas preparadas. Margaret, quien aparentemente se había sentado a su lado mientras dormía, le sacudía el hombro. «Dale tu visa al soldado, hijo», dijo, dando un golpe seco a la última palabra para darle la señal.

Se incorporó aturdido, abrió la cremallera del bolsillo del pecho y metió la mano. «Claro, mamá. La tengo aquí mismo». La visa estaba abajo, debajo del dinero y el talón. Lo sacó todo de golpe, y el talón cayó al suelo. Webster se abalanzó sobre él, pero se quedó paralizado, con el cañón de una pistola apretado contra su cuello, las yemas de los dedos flotando a centímetros del inofensivo cuadradito de papel.

"Mi trozo", dijo.

El oficial a cargo le indicó a Webster que se alejara del arma con el dorso de la mano, doblada por la cintura, y la recogió del suelo. Webster se incorporó lentamente. Aún sentía el cañón contra el cuello, aunque ya no estaba allí. Tenía mucha experiencia con armas, incluso había tenido los cañones de armas automáticas presionados contra la sien, el cuello, la frente, los testículos. Pero siempre, como diría Aurora, solo fingiendo. No podía decir que la experiencia real difiriera de la virtual en ningún sentido sensorial. En todo lo demás, sin embargo, no se parecían en nada. Le temblaban las manos y no podía tragar. Nunca había estado tan asustado en su vida.

El oficial examinó el talón por delante y por detrás, como si contuviera todos los secretos de la vida de Webster. "¿Por qué vas a Chiapas?"

¿Por qué, en efecto? ¿Por qué estaba allí arriesgando su vida? ¿Por qué...?

—Vamos... —empezó Margaret.

—Le pregunto al chico —dijo el oficial, interrumpiéndola con tono cortante y preciso. Miró a Margaret y luego a Webster.

—A un funeral —terminó Webster por su querida madre. El funeral de mi padre. —Su voz temblaba con algo que podría ser dolor o terror. Se irguió en su asiento, intentando ser el joven valiente, el buen hijo.

El oficial señaló el puño de Webster, que aún aferraba la visa y el dinero. "Su visa". Abrió la palma de la mano y Webster depositó allí todo el fajo. La mano del oficial lo rodeó. "¿Intenta sobornarme?", preguntó sonriendo.

Webster soltó una carcajada. "No, claro que no". Extendió la mano para que le devolvieran el dinero, pero el soldado lo ignoró y echó un vistazo a la visa. "Muy bien", dijo, devolviéndola sin el dinero.

"¿Mi dinero?", preguntó Webster con vacilación, pero los soldados ya se habían alejado por el pasillo. Ni siquiera habían pedido ver los papeles de Margaret.

—Tranquilo —susurró Margaret—. ¿Ese fue todo el dinero que te di?

"Sí."

“La próxima vez no lo guardes todo en un solo bolsillo”.

Se sentía fatal, pero a Margaret el episodio pareció entretenerla, lo que lo animó un poco. Se había enfrentado a un peligro real y había salido victorioso. Le produjo una euforia como ninguna experiencia virtual le había dado. Siguió el ejemplo de Margaret e ignoró a los soldados con indiferencia, fingiendo leer el periódico. Encontró la palabra "*guerra*" varias veces, pero no supo lo suficiente como para entender lo que decían. La gran noticia giraba en torno a una fotografía del *presidente* estrechando la mano de un estadounidense canoso llamado McCauley. El pie de foto parecía indicar que este apretón de manos tenía algo que ver con 1.400 millones de dólares.

Webster miraba por la ventana. ¿Por qué estaba seguro de que ese dinero no serviría para nada? Ya estaban en las montañas, aparcados en lo que antaño había sido un pequeño pueblo. Todo había volado por los aires. El muro destrozado junto a ellos aún tenía pintadas algunas palabras legibles, una de las cuales conocía: *helado.* Estaba subrayada por una hilera de agujeros de bala. El control consistía en un par de jeeps con ametralladoras aparcados al otro lado de la carretera, con una docena de soldados merodeando por allí.

Veintidós de Diciembre, pensó.

Los soldados bajaron del autobús a dos jóvenes. Se quedaron a un lado de la carretera, con la mirada baja, pero

los soldados no les apuntaron con sus armas. "¿Qué les va a pasar?", le preguntó a Margaret.

“Ahora están en el ejército”, dijo Margaret.

El autobús arrancó de nuevo con una sacudida. El conductor no perdió tiempo en coger velocidad. Muy pronto estaban zumbando por curvas cerradas con vistas a cañones escarpados. Era como un sitio salvaje. Hubo un murmullo de sorpresa de los pasajeros del otro lado del autobús, y Webster se levantó para mirar hacia fuera. Un autobús yacía arrugado como una lata de Coca–Cola pisoteada en el fondo del cañón. Un autobús pintado igual que este. En un “sitio” se habría reído, pensando *buen toque,* pero esto era real. El autobús en el que estaba giró rápidamente por otra curva y se dejó caer en su asiento. Las ventanas estaban todas abiertas ahora, y el aire olía a pinos y diésel y a un autobús lleno de desconocidos. Su cabeza rebosaba de sensaciones vívidas: el sabor de *los chilaquiles,* los labios de Aurora en su mejilla, el cañón de una pistola presionado contra su cuello, la visión de la muerte en el valle, clara e inconfundible. Nunca había experimentado algo así, ni dentro ni fuera de la web. Nada que se le pareciera.

Creía tener un sentido de la orientación antes de conocer a Margaret, que poco a poco, pero con seguridad, estaba haciendo de su vida algo real. Pero eso no era nada comparado con esto. Creía que lo real era real. Que todo era

igual. Como si todos los sitios web, al fin y al cabo, fueran todos iguales. ¡Caramba, tenía mucho que aprender!

Un verdadero webkicker no se interesaba por las grabaciones, ni siquiera si se mantenía auténtico, como al parecer lo hacía Santee. Como si los atletas pasaran la mayor parte de su tiempo siendo auténticos, esforzándose para dar al resto del mundo la experiencia de ser los más fuertes, rápidos y elegantes, sin importar lo que el dinero pudiera comprar. Había una pureza en los atletas profesionales que Webster admiraba con envidia, aunque no pudiera aprobar que se ofrecieran voluntariamente a vivir la vida de otros por ellos.

Pero los Exploradores Intrépidos no serían así, ¿verdad? ¿Qué pasaría si, como ahora mismo, estuviera grabando este viaje en autobús y lo subiera a la web? Otros podrían decir: "¡Tengo que hacerlo! ¡Voy a vivir una experiencia real en *otro país!* Si este *chico* puede, yo también".

Mientras circulaban, la idea le daba vueltas en la cabeza, hasta que no le quedó espacio para nada más. Cuando ya no pudo contenerla, soltó: «Margaret, ¿crees que podría conseguir trabajo en Intrepid Explorers?».

Ella también había estado mirando por la ventana, con una mirada triste y distante, aparentemente ajena a las vueltas y revueltas de su alocado viaje. Se giró lentamente para encararlo, sacudiendo la cabeza y mirándolo como si

estuviera completamente loco. Su risa fue áspera y cruel. «Esa es una *pésima* idea, Webster».

Hizo una mueca de angustia. Pensó que le encantaría saber de sus audaces intenciones. ¿No era ella quien le daba tanta importancia al mundo real? En cambio, se burlaba de él, lo consideraba indigno. No preguntó por qué, ni qué quería decir exactamente. ¿Importaba? Solo otra idea estúpida en una larga serie de ideas estúpidas. Era igual que su madre, igual a pesar de toda su rebeldía. Solo otra perdedora. Margaret ya se había vuelto hacia la ventana como si nada hubiera pasado.

Se quedó de mal humor el resto del camino a San Cristóbal, con razón, pensó. Si ella pensaba que era estúpido, no tenía por qué ser tan directa. Ni siquiera se dio cuenta de que estaba molesto, por supuesto, fingió que no pasaba nada. Al poco rato, volvió a señalarle cosas por la ventana como si fuera un niño pequeño de excursión. Señaló todo lo malo: los soldados, los edificios volados, las señales en las paredes. Lo tradujo todo, por supuesto, presumiendo de lo bien que hablaba español, pero él se esforzó por no escucharla.

Al acercarse a San Cristóbal, empezó a hablar despectivamente de los turistas como si nunca hubiera sido una. A Webster le pareció que el pueblo se veía hermoso, dijera lo que dijera, tan diferente de una hilera de estanterías como el cielo del infierno. Si hubiera pensado

que le importaría, se lo habría dicho. Pero probablemente se reiría de él otra vez.

Cuando llegaron a la iglesia, Webster se preguntó si era el lugar correcto. No había nadie, solo un ataúd cerrado al frente. Para entonces, se había acostumbrado tanto a no hablar con Margaret que ni siquiera pensó en preguntarle qué pasaba. Pensó que ella le diría qué hacer. Era buena dando órdenes. Finalmente, este sacerdote con la larga túnica negra —¿sotana?— y todo el atuendo, apareció por una puerta lateral oculta tras una de las muchas estatuas.

Margaret y el sacerdote hablaban en español demasiado rápido para que el traductor pudiera seguirlos, y Webster lo apagó. No le importaba el novio muerto. Estaba cansado, desanimado y hambriento. Desconsolado, eso era lo que sentía.

Miró a su alrededor mientras charlaban. La iglesia era una pasada. Ya había estado en iglesias católicas en la red. Alguien le había dicho que allí se podían conocer chicas, lo cual resultó ser totalmente falso en su experiencia. Siempre había asumido que las iglesias estaban embellecidas para la red, con todas las pinturas, estatuas y pan de oro por todas partes, pero esto era real y estaba repleto de excesos barrocos. La historia de la muerte de Cristo se representaba en escenas espeluznantes por todo el perímetro, y Webster ansiaba verla más de cerca. Le gustaban especialmente las

estatuas. Quienquiera que hubiera esculpido los rostros de por aquí era un auténtico agonizante.

Pero la asamblea terminó pronto, y el sacerdote condujo a Margaret y Webster a las últimas filas de la iglesia, donde se instaló una maquinaria de primera. Webster supuso que pequeños generadores Weisiger, colocados discretamente bajo los bancos, harían vibrar las tres últimas filas. Echó un vistazo bajo el banco y vio uno. Era una maravilla. La etiqueta lateral lo identificaba como una unidad de alquiler perteneciente a MexNet, una división de WebNet International. Parecía un problema para él y Margaret solos. Pero en medio de tanta opulencia, era de esperar que alguien por aquí tuviera mucho dinero.

“¿Estás listo para entrar?” preguntó Margaret.

Webster se encogió de hombros. "Claro."

El sacerdote encendió los generadores, y estaban en la versión virtual de la iglesia, casi idéntica en todos los aspectos, aunque ésta estaba llena de gente, casi todos estadounidenses, según parecía, de pie hablando entre ellos en inglés sobre el querido y viejo Santee.

Ni siquiera conocía al tipo, pensó Webster. ¿Qué hago aquí? Margaret se levantó del banco virtual para mezclarse con el resto de la multitud que rondaba al fondo de la iglesia, y Webster la siguió.

Un hombre se separó del grupo y se abalanzó sobre ellos. «Margaret, esto es horrible. Te doy mi más sentido pésame». Era un hombre de aspecto cuadrado: rostro cuadrado, hombros cuadrados, cabello cuadrado. Incluso sus ojos parecían cuadrados. Supuestamente, no era un realce y realmente se veía así. Sí, claro. Webster lo reconoció como Cliff Carter, el presentador de *World at Large de* NewsReal. Para un webkicker, era la encarnación del enemigo, una deidad en el panteón de la red. Cogía de la mano a Margaret, hablando de su gran pérdida, y ella se estaba tomando lo que Webster consideró una cantidad excesiva de tiempo para presentar a su falso hijo.

Finalmente, dijo: “Cliff Carter, quiero presentarte a un buen amigo mío y de Santee, Webster Webfoot”.

Así que ahora lo degradaron a "amigo". Cliff le estrechó la mano como si fuera un gran privilegio o algo así. A Webster se le ocurrieron palabras ingeniosas y provocativas, pero no las desperdició con este bufón cincelado. Simplemente estrechó la mano grande y cuadrada y se quedó mirando sus zapatos de punta cuadrada. «No puedo creer que esté haciendo esto», pensó.

—¿Cómo conociste a Santee? —preguntó Cliff con su voz grave.

Webster miró a la multitud. La mitad eran rostros vagamente familiares de diferentes sitios de noticias de la

web. "Tecnología", dijo Webster. Sabía de tecnología. Podría hacerlo si quisiera. Observó atentamente la mandíbula de Cliff. Entrecerró los ojos. "Quizás deberías revisar tus mejoras. Algunas líneas me parecen un poco irregulares".

Cliff se frotó la mandíbula con preocupación. "Lo haré".

Margaret sonreía cuando Cliff se fue. "Fue hermoso", dijo. "No le podría pasar a nadie más amable".

"¿No se supone que deberías estar de luto o algo así?"

—Te lo dije: Santee no está muerto. ¿Dije algo que te molestara?

No respondió. Otro periodista, una mujer de la especie esta vez, salió de entre la multitud para consolar a Margaret, y Webster decidió alejarse hacia Jesús cargando con la cruz entre una multitud hostil. «Sé exactamente cómo te sientes», pensó. La música empezó a sonar: una música sibilante de órgano de iglesia. Prefería oír gatos arañando una pizarra que esa cacofonía pesada.

No tengo que quedarme aquí, se recordó. Estoy en la red. Ingresó la dirección de Starr. Para su sorpresa, no contestó. Tenía que estar por aquí. Siempre estaba en sus aposentos, excepto durante su tiempo libre, que era dentro de horas. Lo ignoraba, enfadada por alguna razón. Revisó sus mensajes y le dijeron que un mensaje de Starr lo esperaba

en ese sitio de Rincón donde había entrado y salido hacía lo que parecían días. Qué demonios. Fue allí.

El mismo tipo estaba sentado en el mismo lugar. Esta vez, Webster acercó una silla y se sentó con él. Se parecía al Jesús en la cruz que estaba frente a la iglesia que Webster acababa de dejar, y parecía igual de feliz. "Webster Webfoot", dijo Webster.

—Emiliano Zapata —dijo—. Bienvenido.

Webster había oído el nombre, pero no podía decir con certeza qué había oído sobre el hombre. "¿Simulación de hechos?", preguntó.

El sim sonrió y asintió. «Más o menos».

“¿Un amiga mía llamado Starr me dejó un mensaje aquí?”

Zapata sonrió al mencionar a Starr. «Una mujer fascinante», dijo. «Es fuerte, alguien que luchará por lo que cree, pero también encantadora y apasionada. ¿No te parece?»

—Mmm —gruñó Webster—. ¿Tienes algún mensaje o no? —Webster resistió la tentación de preguntar qué habían estado haciendo ella y Emiliano cuando ella estuvo allí.

“Dice que es urgente que te pongas en contacto con ella”.

"¿Eso es todo?"

"Sospecho que está enojada contigo."

"¿Qué hice?"

“Creo que ella dudaba de tu fidelidad”.

Webster recordó la última vez que la había visto, en medio de su absurdo enamoramiento por Margaret. Starr debió de adivinar quién era su necesitada clienta y se le metió la idea de ponerse celosa. No sería la primera vez. Aunque ella era quien siempre decía que no había compromisos ni obligaciones, le molestaba que él mostrara el más mínimo interés en otra persona. No tenía sentido. Nunca entendió a las mujeres.

“¿Qué es este lugar?” le preguntó a Zapata.

Rincón. No es un lugar. Es una ficción, una novela, como la llama Santee.

¿Santee? ¿Santee St. John?

"Así es."

Estoy en su funeral con Margaret Mayfield. ¿Conoces a Margaret?

"Muy bien."

"Ella es bastante extraña, ¿sabes?"

“Ella es única.”

“Puedes decirlo otra vez. En un momento estaba haciendo mis cosas, haciendo malabarismos con naranjas. De repente, estoy en otro país, en el funeral de un completo desconocido con todos estos expertos en internet. Parece bastante segura de que Santee no está muerto, pero mucha gente parece pensar lo contrario. No sé qué pensar. ¿Sabes si está vivo?”

“Sé muy poco de su vida real últimamente. Hace tiempo que no viene.”

Desde el interior del hotel llegaba el sonido de un piano. Parecía surgir de la nada, como si alguien hubiera pulsado un interruptor de Chopin. La interacción era realmente provocativa, como si a Santee no le importara si tenía sentido o no, o tal vez lo prefería. A Webster le gustó eso.

"¿Es ese otro sim?" preguntó Webster.

Zapata sonrió. «Esa sería Rosa». Miró en esa dirección para animar a Webster a presentarse. «La propietaria».

El salón no tenía mucho más que un piano de cola, un suelo pulido y muchas plantas en macetas. Una mujer con ropa antigua tocaba con pequeños gestos. Señaló con la cabeza el

banco que tenía a su lado y Webster se sentó mientras terminaba el nocturno.

Él aplaudió cuando ella terminó.

—Soy Rosa King. Bienvenido a Bella Vista, Webster Webfoot —dijo con acento británico.

“¿Este es tu lugar?”

Era mi hotel. Estaba en Cuernavaca durante la Revolución hasta que Santee lo trasladó aquí, a Rincón. —Se rió—. O mejor dicho, me invitó a su novela, sabiendo perfectamente que mi hotel debía acompañarme a dondequiera que fuera, junto con mi piano.

¿Qué me puedes contar sobre Santee?

Me temo que muy poco. Es el autor de Rincón. No lo conozco personalmente, solo como uno de sus personajes. Ni siquiera estoy segura de qué pretende para mí. No está terminado, ¿sabe?

—Bueno, si ves a Santee —dijo Webster—, dile que asistiré a su funeral y que Margaret y yo lo estamos buscando.

—Por supuesto que lo haré, Webster.

Probó la dirección de Starr de nuevo. Esta vez sí fue a algún sitio, pero no era el de Starr. Parecía su propio sitio: una

pequeña habitación oscura y húmeda. Alguien con pasamontañas y un pañuelo rojo alrededor del cuello salió de las sombras con una pistola.

"¿Por qué buscas a Santee?" Era una voz de mujer. De alguna manera, eso lo hacía aún más aterrador. Entró en pánico y abandonó la web de golpe. Miró a su alrededor. Margaret no estaba a la vista. El sacerdote tampoco. El ataúd ya no estaba en la entrada de la iglesia. El único sonido era el arrullo de una paloma en lo alto de las vigas. En su regazo había un sobre con su nombre impreso.

—¡Margaret! —gritó—. ¿Dónde estás?

Nada.

Entonces se dio cuenta de que no había oído al traductor. Se llevó las manos a la cabeza. El traductor se había ido. Revisó el sobre y descubrió que estaba perfectamente abierto y vacío. En el suelo, a sus pies, había un papel doblado. Lo recogió y leyó:

Webster,

Gracias por todo lo que has hecho. Te lo agradezco. Más de lo que puedo decir. Detesto abandonarte así, pero tengo una pista sobre el paradero de Santee y *debo seguirla. Es demasiado peligroso llevarte conmigo. Aquí tienes dinero de sobra para que regreses a Dallas. Ten cuidado.*

Margarita

Revisó uno a uno los numerosos bolsillos de su mono: Sin visa. Sin dinero. Solo el talón del boleto y la dirección del amigo de Aurora. Incluso la identificación de Bruce había desaparecido. No tardó mucho en pensar en una palabra para describir su estado actual. Solo había una que le servía. Una que capturaba la esencia de su situación en toda su horrible gloria:

Estaba jodido. Total y completamente jodido.

CAPÍTULO DIEZ

Mientras la iglesia se llenaba de dolientes, Margaret se preguntaba quién habría avisado a toda esa gente y por qué habían venido tantos. Ella y Santee llevaban años juntos. Conocía a todos los que él querría que estuvieran en su funeral. Ninguno de ellos estaba allí. En cambio, la sala estaba llena de simples conocidos, en su mayoría compañeros de trabajo de NewsReal e Intrepid Explorers. A algunos no los conocía en absoluto, y se preguntaba si Santee los conocería. Había algunos a quienes Santee les tenía una profunda antipatía. Pero allí estaban. ¿Por qué? Santee no era lo suficientemente importante entre tanta gente como para provocar semejante hipocresía. Observó los rostros, pero no vio a los padres de Santee, a su hermano, a su mejor amigo; nadie que él hubiera querido que

estuviera allí, nadie que lo conociera íntimamente, que pudiera desmentir todo el procedimiento.

Excepto ella.

Como si todo esto fuera para su beneficio. Tal vez lo era. Para cuando llegara a *Migración,* la habrían registrado. Blaine Clute la habría investigado incluso si Simón hubiera pensado que era la mismísima Virgen de Guadalupe. Alguien que quería que pareciera que Santee estaba muerto había organizado este evento para grabarlo y publicarlo en la web. Mucho mejor si su afligida novia venía a México para el servicio. Esperaba que Federico Aristos no hubiera estado involucrado en toda la farsa, que solo hubiera sido víctima de la información que le habían dado, pero nunca lo sabría con certeza de una manera u otra. Decidió creer que era el hombre amable y servicial que parecía ser. Si no se podía confiar en nadie, cualquier cosa que hiciera, la vida misma, era una pérdida de tiempo.

Y si había una persona en la que podías confiar plenamente, pasara lo que pasara, hacía que todo valiera la pena. Miró hacia el pasillo. Allí, en el santuario virtual, el ataúd estaba abierto. Los dolientes desfilaban. Todos eran bastante convincentes en su dolor, en su inquietud ante los muertos. Incluso allí, en el espacio virtual, donde fingir una muerte era algo común.

Desde donde estaba, no podía ver quién yacía dentro del ataúd. O parecía verlo. Por supuesto que se parecería a Santee. Esto era virtual. Podría fácilmente parecerse a Mickey Mouse. No significaba nada. Se sentía extrañamente separada de sí misma, como si estuviera mirando el santuario desde arriba, como el oscuro Jesús en la cruz. Empezó a caminar por el pasillo al ritmo majestuoso que se esperaba de ella. La multitud se apartó ante ella, sus pies arrastrados amplificados por los muros de piedra, el tono de su conversación siseando hasta susurros. Dejó una estela de compasión: pequeñas muecas de conmiseración, susurros entre ellos sobre lo "pobrecita" que era. No lo sabían. No lo entendían. "No está muerto", quería decirles. "Todo esto es una mierda".

Pero ¿y si la interfaz había fallado de alguna manera y él realmente estaba muerto? Desechó ese pensamiento y aceleró el paso. Le dolían los ojos por llorar, pero por alguna razón se contuvo. Una voz en su cabeza le advirtió mientras se acercaba al ataúd: *No mires hacia abajo, no mires hacia abajo.*

Era inevitable, ¿no? El espectáculo al que todos habían venido: ¿la viuda llorando por el hombre que amaba? ¿La rendición pública a la muerte? *No se preocupe, señor, ya no seré una molestia, señor...*

Había llegado al ataúd. Puso las manos sobre él y dirigió a la congregación una mirada aguda y desafiante por encima

del hombro. *No soy viuda, porque nunca fui esposa. Somos amantes.*

Ella miró hacia abajo.

Santee yacía dentro, con la cara pintada de rojo y aparentemente muerta. Las lágrimas brotaron de sus ojos en sollozos desgarradores y cayó de rodillas. El dolor era insoportable. Sabía que no era él, pero eso no importaba. Algún día moriría, y ahora lo recordaría para el resto de su vida. Como si rezara, cerró los ojos, juntó las manos y maldijo larga y fuertemente a quien le había hecho esto.

Se enderezó, se dio la vuelta y sorprendió al sacerdote observándola, no con preocupación pastoral, sino con ansiedad, como un chef observando a un comensal devorar un pescado de una semana. Agachó la cabeza y se internó entre la multitud, desapareciendo tan bruscamente que debió de desconectarse. No se le ocurría ninguna buena razón, si este funeral era lo que decía ser, para que un sacerdote, desconocido en Santee pero no ajeno a los funerales, tuviera ansiedad en su propia iglesia. Si sabía que todo era una farsa, esperaba que su Dios existiera para que pudiera pudrirse en su Infierno.

Accedió a su perfil. *Sin lágrimas,* susurró y se giró hacia su público, resistiendo la tentación de hacer una reverencia o hacerles un corte de mangas.

Al alejarse del ataúd, sintió que ya había pasado lo peor, que había derramado sus lágrimas y les había brindado a todos un momento conmovedor. Ahora era el momento de descubrir la verdad, si podía.

Mientras un doliente tras otro ofrecía su pésame, ella intentó averiguar si alguien sabía algo sobre la supuesta muerte de Santee, pero nadie sabía nada. Eran un grupo inofensivo, todos mezclados en un montón de clichés casi desconocidos que ofrecían en funerales. Tenía que haber alguien aquí que supiera algo. Observó a la multitud y vio a Josh. Como su jefe, tendría que decir algo más que "¿No es una tragedia?". Quería preguntarle cómo le habían notificado la muerte, por qué no se lo había notificado, cuándo fue la última vez que tuvo noticias de Santee, en qué supuestamente estaba trabajando Santee.

Cruzó la habitación hacia Josh, pero después de quince minutos, seguía sin poder alcanzarlo. Cada vez que se acercaba, alguien más se acercaba para ofrecerle sus condolencias, y para cuando ella se liberaba, Josh se había alejado más que nunca.

Una becaria de IE, que afirmaba haber trabajado recientemente con Santee, era el último obstáculo. Se llamaba Penny y hablaba con entusiasmo como una niñera enamorada de su padre. Era tedioso y vergonzoso. Margaret solo fingía escuchar, sin apartar la vista de Josh. Alguien la empujó por detrás y apartó la vista de Josh por un instante.

En ese instante, él logró moverse hasta el otro lado de la sala. Era un impostor. La mitad de la gente allí probablemente lo era, incluida Penny.

"¿Por qué estás aquí?", le preguntó Margaret. "¿Se supone que esta rutina debe sembrar alguna duda en mi mente sobre la fidelidad de Santee?". Penny abrió la boca y la cerró. "¿Quién dirige esto?", se preguntó Margaret. Es terrible, quienquiera que sea. "Bueno, no funcionó. Eres tan convincente como esos aumentos de pecho". Penny se retiró apresuradamente. Al menos no cruzó la habitación como Josh.

Los acordes crecientes de un órgano virtual anunciaron el comienzo del servicio. Buscó a Webster con la mirada, pero no lo vio por ningún lado. El sacerdote se paró al frente del santuario virtual y alzó los brazos, como el pastor del rebaño. Los dolientes comenzaron a tomar sus asientos virtuales. Ella se sentó en el banco más cercano, con la mente acelerada. El sacerdote comenzó, pero ella no escuchó.

Nada en este mundo virtual importaba. Estaba sentada en el último banco de una iglesia vacía en San Cristóbal con un ataúd al frente. Dentro de ese ataúd estaba el único atisbo de la verdad que probablemente obtendría. El sacerdote les dio la espalda a los feligreses. Una estridente soprano importada de Estados Unidos comenzó a cantar «Amazing Grace». Pobre Santee, pensó. Se habría puesto furioso.

Se pondría furiosa, se dijo, cuando lo encontrara, cuando lo volviera a abrazar y le dijera: "¡Tocaron 'Amazing Grace' en tu funeral! ¿Te lo puedes creer?". Y se reirían a carcajadas como tantas veces, y volverían a reírse, por Dios.

Ya basta de esto.

Ella se desconectó.

Los dolientes y la música se desvanecieron. En un abrir y cerrar de ojos, el santuario quedó vacío, salvo por el ataúd y el sacerdote. Webster seguía sentado a su lado. Tenía esa mirada de perro soñador que la gente ve en línea. Tenía la cara mojada por las lágrimas y la nariz goteando. Se puso de pie de un salto y caminó por el pasillo hacia el sacerdote. Debió de oír sus pasos por encima del estruendo virtual, o tal vez quienquiera que estuviera observando le susurró al oído, porque se dio la vuelta presa del pánico. Al verla, huyó del santuario, cerrando de golpe una puerta tras él. Las palomas revolotearon en el eco.

El verdadero ataúd estaba abierto, con un generador portátil Weisiger colocado sin contemplaciones al pie. Se obligó a acercarse y echar un vistazo. Un indio con un traje demasiado grande yacía muerto dentro, con una corbata grotescamente fea alrededor del cuello. El extraño ángulo de su cabeza le indicó que tenía el cuello roto. Era solo un niño, no mucho mayor que Webster. Otra víctima de la guerra de baja intensidad. Apagó el generador.

Se oyó un ruido de pisadas detrás de ella y se giró, esperando al hombre de la *guayabera amarilla.* Webster seguía sentado donde lo había dejado, conectado a otra página, ajeno a lo que sucedía a su alrededor. Detrás de él estaba Zack, con aspecto culpable, o quizás simplemente avergonzado de presenciar aquella farsa.

—Hola, Margaret —dijo—. ¿Te acuerdas de mí? ¿Zack Hayman?

Se secó las lágrimas con el dorso de la mano y señaló el ataúd. "¿Quién es el muerto, Zack?"

Zack era de esos hombres que le aterrorizaban las lágrimas de una mujer. Sus ojos danzaban a su alrededor, y se puso de puntillas y volvió a agacharse antes de hablar. "¿Qué cosa tan terrible, verdad?" Negó con la cabeza ante la enormidad, ganando tiempo. "Verás, Santee, tuvo un accidente horrible escalando rocas y lo enterraron allá arriba en las montañas. Y este chico de aquí, Juan, murió de gripe casi al mismo tiempo, así que lo usaron para la representación virtual. Así, el pobre chico, que de otra manera no podría permitírselo, podría tener un funeral en la iglesia como les gusta, ¿sabes?" Miró alrededor del santuario como si alguien más estuviera escondido bajo los bancos. "Se suponía que su madre vendría, pero no llegó. No sé qué pudo haberla retrasado".

Ella caminó hacia él mientras él hablaba. Ahora se plantó frente a él. "¿Cómo sabes todo eso?"

—Bueno, Santee se alojaba en el Estrellita cuando ocurrió. ¿Te acuerdas del Estrellita?

—Por supuesto. ¿Cómo va el negocio? —Su tono era plano y duro.

Soltó una risa nerviosa. Quería hacerle creer que haría lo que fuera. Estaba funcionando. "Genial. Impecable. Fue fantástico volver a ver a Santee. Me dijo que la vez que se quedaron allí, ¿cuánto tiempo fue? ¿Hace cinco o seis años?, fue un momento muy especial para ustedes dos".

“¿Dijo eso, verdad?” Ella quería estrangularlo, pero él era su único vínculo con Santee.

—Oh, claro. La última vez que hablamos. Mira, Margaret, siento muchísimo tu pérdida. De verdad. Santee era un gran tipo. Y si hay *algo* que pueda hacer, solo dilo. Lo digo en serio.

Eso lo hizo fácil. Muy fácil. "Llévame a la Estrellita", dijo. "Llévame de vuelta a Ocosingo contigo".

Su expresión logró decir "oh, mierda", aunque no pronunció las palabras. "No estoy seguro de que sea buena idea". Se rió entre dientes. "Todavía hay una guerra en marcha, ¿sabes?".

“Pensé que el negocio iba bien”.

Parpadeó. "Lo es. Lo es. Impecable. Ese es el problema, ¿sabes? Viene un grupo y todas *las cabañas* están llenas. George, ¿te acuerdas de George?, trae a uno de sus grupos para lo del vórtice de energía. Yo no creo mucho en eso. Pero a la gente parece gustarle, ¿sabes? Creo que es George el que les gusta".

Lo dejó hablar sin parar y se acercó a Webster, que seguía conectado. Resultó ser un pateador de redes. Si entraba tras él, Zack podría escabullirse. De todas formas, era hora de enviar a Webster a casa. Donde se dirigía, hasta los niños gringos podían acabar con el cuello roto. Sacó papel y un sobre de su mochila, le escribió una nota, envolvió dinero en ella y lo metió en el sobre. Escribió su nombre y se lo puso en las manos.

—No necesito una *cabaña,* Zack. Tengo una tienda de campaña y un saco de dormir.

Él rebuscó, intentando desesperadamente pensar en otra mentira que contar. Ella le ahorró el trabajo con una propia. "Ya que estoy allí, puedo denunciarte por Inmigración."

Cualquier mentira que estuviera a punto de salir de la boca de Zack perdió fuerza. "¿Sigues trabajando para IE?"

Claro que sí. ¿Quieres ver mi ID del IE?

—Claro que no. —Se rió, con lo que Santee habría llamado la «risa del posadero»: profunda y afectada, reservada para

los huéspedes que pagan. Con el recuerdo de Santee, la imagen de él yaciendo muerto llegó a su mente, y todos los músculos de su cuerpo se tensaron.

Se colgó la mochila al hombro como si pesara dos kilos en lugar de doce. "¿Dónde has aparcado?"

En realidad, aún no había accedido a llevarla. Su simple vacilación implicaba que estaba muy asustado. Pero no podía dejar pasar la oportunidad de que dijera la verdad. Su pulgar se movió por encima del hombro con estudiada frialdad. "Aquí atrás". Charló mientras salían hacia su vieja camioneta. "Está todo hecho un desastre. No esperaba compañía".

Luchó con un destornillador y logró abrir el portón trasero oxidado. Tomó su mochila y la guardó a un lado, apretándola como si sus manos anchas y huesudas la sujetaran y evitaran que se desviara por la parte trasera de la camioneta una vez que subieran a las montañas. Había una manta vieja junto a la mochila. Empezó a extenderla sobre la mochila, miró rápidamente a Margaret y luego la alojó al otro lado de la camioneta.

Al subir, admiró el desgastado interior, pasando los dedos por el tablero lleno de óxido. Las fundas de los asientos estaban tan gastadas que parecían papel. No era inmune a la nostalgia automovilística, aunque no conducía desde la universidad. «Arreglado, este coche sería una pieza de

colección en Estados Unidos». Le parecía una locura, pero la gente seguía coleccionando cosas y publicando sus colecciones en internet.

"En Estados Unidos la gente colecciona cualquier cosa", dijo. Arrancó la camioneta. La camioneta paró al ralentí con un murmullo agradable. "Mi hermana tenía unos animalitos de peluche que supuestamente les compró a sus hijos, todos guardados en una caja de seguridad. Cada uno tenía su propio certificado y demás. Y *me* llamó loco". El posadero volvió a reír. Tendría que recordar no decir nada que pudiera provocar esa risa.

"¿Alguna vez pensaste en regresar a Estados Unidos?", preguntó.

"No, no. Nada para mí allí. Ahora soy mexicano." Sonrió con tristeza mientras metía la marcha. Miró por encima del hombro y aceleró, retrocediendo por el estrecho callejón y entrando en la calle sin disminuir la velocidad, describiendo un arco perezoso sobre el pavimento arenoso, deteniéndose justo antes de un auto estacionado. En la acera, cuatro turistas con deslumbrantes equipos de grabación, que estaban a punto de entrar al callejón, los miraban con los ojos abiertos. "Eso mejorará su maldita experiencia, ¿eh?". Se rió de nuevo, pero esta vez era real, perfeccionado en varios bares de carretera de Idaho que Margaret imaginó. Casi se unió a él. Fuera lo que fuese, Zack era otro gringo loco

que se había unido a México. Era una atracción fatal. Había que compadecerse de las víctimas.

Dejó que el silencio se apoderara de ella mientras salían del pueblo. Nunca lograba decidirse sobre Zack. Quizás era porque él mismo parecía incapaz de decidirse. ¿Cómo podía vivir en medio de una guerra desequilibrada la mayor parte de su vida adulta y permanecer neutral? Siempre lo había considerado inofensivo hasta ahora. Pero transportar cadáveres no era inofensivo. Había problemas en torno a Zack. Eso era seguro. Si él estaba involucrado o era parte de ellos era una incógnita. En cualquier caso, sabía más sobre Santee de lo que le había contado.

Sabía que Santee estaba vivo. Supuso que o era un prisionero o estaba prófugo. Prisionero no tenía sentido. Simplemente lo matarían. No habría habido un funeral falso. Preferirían algo real. Si estaba prófugo, no podía entrar en internet sin arriesgarse a dejar rastro, y lo sabían. Se suponía que el funeral haría que pareciera inútil y probablemente peligroso ir a buscarlo. Pero ella estaba allí de todos modos. Entonces, ¿por qué solo la observaban, dejándola mirar? Tal vez no sabían dónde estaba Santee y esperaban que los guiara hasta él. Al menos así lo había imaginado por el momento.

También existía la posibilidad de que el funeral fuera un cebo y no una advertencia, una forma infalible de atraer a Chiapas a la única persona que podría encontrar a Santee,

porque querían que ella lo encontrara. Dondequiera que estuviera, sabía que ella vendría a buscarlo y que él dejaría un rastro que solo ella podría seguir.

Así que quizá estuviera haciendo justo lo que querían, y cuando los condujera a Santee, Zack tendría un par de cadáveres más que transportar. Lo miró. Era difícil imaginarlo como un asesino a sangre fría, pero sí parecía un poco estresado, con las manos agarrando el volante con fuerza, luego abriéndose en abanico y volviéndolo a agarrar.

Ya estaban en la sinuosa carretera, abriéndose paso entre las montañas. Había viajado en la camioneta de Zack varias veces. Una vez, el cenicero se había quedado abierto. Lo abrió. Allí estaba el pequeño cuenco de Zack, ya lleno para la siguiente ronda. Eran tres horas de viaje desde San Cristóbal hasta la Estrellita, y Zack estaba hecho un manojo de nervios. Necesitaba relajarse.

“¿Tienes fuego?” Levantó el cuenco como Eva ofreciendo la manzana.

Sonrió. Para algunas cosas, siempre se podía contar con Zack. Su encendedor apareció de la nada para encender la pipa. Ella dio una calada suave y se la acercó a los labios mientras él conducía. Esperó a que él diera dos buenas caladas para empezar a hacer preguntas.

“¿Entonces eres amigo de la familia de Juan?”

Se levantó de la niebla. "¿Juan?"

“El indio muerto.”

—¡Ay, *Juan!* —Tamborleó los dedos sobre el volante—. No, no. Apenas lo conocía. Tampoco la familia. Era solo un pobre niño desafortunado.

—Entonces ¿por qué te pidieron que trajeras el cuerpo?

Miró por el retrovisor. "¿Traer el cuerpo?"

"¿No lo trajiste?"

Su cabeza iba y venía de ella a la carretera, de ella a la carretera. Apretó el volante con más fuerza. "Bueno, eh, sí. Lo hice, de hecho. Pero solo fue un favor, ¿entiendes? Para *Santee.* Preparar todo. Les dije después del accidente, cuando dijeron que habían enterrado a Santee en las montañas: 'Eso no servirá. Tenemos *que* hacerle un funeral como es debido. Es lo correcto'". Se dejó llevar por sus propias tonterías y se tomó un momento para reflexionar sobre lo que era correcto. "Y entonces al, eh, *cura* se le ocurrió usar... eh... al indio".

“Juan.”

—Cierto, cierto. Juan. Juan.

“¿Y su madre?”

Se quedó en blanco por completo. Debió de sentirse como si hubiera caído en el infierno de la drogadicción. Se resignó a su ignorancia. "¿Y ella?"

“Dijiste que ella vendría al funeral.”

¿Lo hice? Así es. Lo hice. Verás, el *sacerdote* me lo dijo. No hablé con ella. Ni siquiera la conocía. No, solo intentaba hacer lo correcto por Santee. Eso es *todo.* Un tipo muy majo. Ojalá no hubiera ido a escalar y no hubiera tenido ese terrible accidente.

Se suponía que rompería a llorar, pero ella fue implacable. "¿Cuánto tiempo estuvo en la Estrellita?"

¿Cuánto tiempo? Uh, una semana, creo. Tendría que buscarlo. He estado bastante ocupado. —Miró el cenicero, sus manos, y por fin vio lo que buscaba en su rodilla izquierda—. ¿Hay algo más en ese cuenco?

—Claro. —Se la acercó a la boca y él la encendió, chupando el resto de la resina ardiente con un gorgoteo. La pipa se calentó demasiado como para sostenerla, y ella la dejó caer en el cenicero.

"Hay más en la guantera", ofreció, liberando una enorme nube de humo dentro de la cabina.

"Estoy bien", dijo ella.

Ella le dio un respiro. Al poco rato volvió a sonreír. Siempre le había gustado más Zack fumado. Por suerte, eso era casi siempre. «Gracias por todas las molestias que te tomaste para organizar este funeral».

Levantó ambas manos. «No fue nada, la verdad. Era lo menos que podía hacer». Se recostó en el volante. «Espero que el sacerdote esté bien. Fue lo único que pude conseguir con tan poca antelación. La verdad es que no me gustaba mucho, pero no soy una persona especialmente religiosa».

Estaba bien. Todo estaba bien.

Sonrió radiante como si hubiera organizado una fiesta exitosa, y luego se sumió en un letargo de tranquilidad. Ella lo dejó pensar que el asunto estaba resuelto el tiempo suficiente para sortear una serie de curvas cerradas particularmente desagradables con el piloto automático puesto.

“¿Quién lo enterró?” preguntó.

Él agachó la cabeza, la miró, balanceándose de un lado a otro. "¿Eh?" Fue casi un gemido.

Santee. Dijiste: «Enterraron a Santee en las montañas». ¿Quiénes?

—Son... —La respuesta tardó en llegar. Fingió concentrarse en el camino, uno de los pocos tramos rectos

desde que habían salido del pueblo—. Guías —dijo finalmente—. Un par de guías; hacen escalada. Demasiado peligroso para mí, te lo aseguro. —Se rió de nuevo, casi frenéticamente esta vez. Al parecer, el posadero de Idaho tenía miedo a las alturas.

“Me gustaría hablar con ellos, con los guías”.

Él asintió como si tuviera un resorte en el cuello. "Claro que sí". Respiró hondo y le dedicó una mueca compasiva para comunicarle la mala noticia. "Pero ellos, eh, se fueron a casa, *de vuelta* a casa. Para siempre. No eran de aquí. De hecho, creo que podrían haber sido guatemaltecos".

“¿Vienen guías guatemaltecos a Chiapas a mostrarle los alrededores a la gente?”

—Claro que sí. Es muy difícil encontrar trabajo por ahí.

Zack mentía. No era difícil de imaginar. Pero incluso él tendría una mejor tapadera si hubiera estado al tanto desde el principio. Debía de estar inventando estas tonterías sobre la marcha. La última vez que supo de Santee, estaba en el Hospedaje Félix, el mismo hotel donde se conocieron. Debió de ir a casa de Zack cuando algo salió mal en el pueblo. Quizás Jorge había sido arrestado o asesinado. Si la pista de Santee conducía a casa de Zack, no era difícil imaginarlo siendo presionado para que actuara.

Empezó a sentir lástima por él, imaginando a los matones locales acosándolo. Pero luego pensó: no, si iba a llamarse mexicano, era hora de que se posicionara. ¿De qué lado estás?, decía una de sus camisetas. Se la habían robado las autoridades escolares; la llamaron «incautada». Su consejero dijo que representaba una noción anticuada de conflicto político. Pero si era tan anticuada, Margaret quería saber, ¿por qué la incautaron?

Cuando Ocosingo apareció a la vista, recordó la vez que conoció a Santee, apenas ayer y hacía muchísimo tiempo. Habían pasado por allí un par de veces desde entonces. Nada había cambiado mucho, salvo que estaba un poco más deteriorado. Siempre que la guerra daba un giro, surgían problemas. Nunca parecía crecer ni disminuir mucho. Esperaba a que la guerra terminara, aunque la mayoría de los días no creía que eso fuera a suceder.

Le dijo a Zack: "¿Me dejarías en el *zócalo?* Me gustaría dar una vuelta por el pueblo antes de ir a tu casa".

Parecía como si lo hubiera despertado de un sobresalto. Quizás sí. "Claro. Con gusto." Se detuvo. "¿Quieres que espere?"

Estaba demasiado ansioso. Ahora que ella había viajado con él, al parecer no quería arriesgarse a perderla. Quizás estaba más involucrado de lo que ella creía. "Caminaré. Es un sendero bonito, si mal no recuerdo".

Estaba incrédulo. "Son como seis o siete millas".

"Lo sé."

Miró a su alrededor, buscando cigarrillos en sus bolsillos. Ella los señaló en el tablero. Sacó uno y lo encendió mientras hablaba.

"Eh, estaba pensando en pasar por el pueblo de todas formas, atender unos asuntos, ir al banco, ¿sabes?" Podría esperarte. ¿Una hora suficiente?"

Como quieras. Nos vemos aquí en una hora. Salió y vio a Zack orbitar el *zócalo* y dirigirse hacia el norte, alejándose de cualquier banco. Tuvo que reírse para sí misma de su ineptitud como mentiroso. ¿Qué podría tener Zack con un banco?

El Hotel Colonial seguía en la esquina del *zócalo,* pero las mesas al aire libre habían desaparecido. La barandilla que Santee había saltado había sido golpeada por una Hummer[6] hacía unos años y nunca la habían reemplazado. Al cruzar el *zócalo,* vio al hombre de la *guayabera amarilla* sentado en una banca del parque comiendo un helado. Empezó a saludarlo, pero no quería darle la satisfacción.

El Hospedaje Félix no había cambiado. La fachada estaba pintada de azul cielo. El suelo de baldosas recién fregado era

6 Hummer es una marca de vehículos todoterreno perteneciente al grupo General Motors. [N. T.]

color calabaza. Un niño dormía en una de las sillas del vestíbulo; la otra tenía un periódico esparcido delante, como si alguien hubiera desaparecido en plena lectura. Incluso Félix parecía el mismo, de pie tras el mostrador de recepción, como años atrás, cuando ella le ofreció doscientos pesos para que le dijera dónde estaba Santee. No era sencillo entonces, y no lo es ahora.

Se acercó al escritorio y vio que había cambiado: su rostro estaba surcado de arrugas y su cabello canoso. El cambio más notable estaba en su mirada, ahora dura y triste.

“Buenas tardes, señora”, dijo.

Ella respondió en español con sus amables buenas tardes. "¿Te acuerdas de mí, Félix? Soy Margaret Mayfield. Amiga de Santee".

—Claro. —Su mirada se desvió de ella, a la calle, a las escaleras, incluso al chico dormido—. Te recuerdo muy bien. Te acompaño en mi más sentido pésame.

"¿Porqué es eso?"

“Entendí que el funeral de Santee era hoy”. Sus ojos le rogaban que fuera discreta.

¿Sabes por qué fue a casa de Zack Hayman?

Frunció el ceño y se encogió de hombros. «Quizás el ruido del carnaval. La violencia en el pueblo».

"¿Violencia?"

Un niño fue asesinado en el *zócalo.* Una pelea a cuchillo. Ya conoces a estos chicos. Hablan con exageración y alguien muere.

“¿El nombre del niño era Jorge?”

“Creo que sí.”

¿Cómo te enteraste de que Santee estaba muerto?

“El señor Huerta me informó”.

¿Lo crees?

Miró a la calle. «El señor Huerta lo cree así. No quisiera ser yo quien le dijera que alguien que creía muerto estaba vivo, o podría encargarse de corregir su error».

"¿Puedo mirar en la habitación de Santee?"

No hay nada ahí. Vinieron y se llevaron todo lo que había en la habitación.

"¿Ellos?"

Se encogió de hombros. "¿Amigos del señor Huerta? No sé. No me lo dijeron".

“¿Cuando vinieron?”

"Inmediatamente."

“¿Inmediatamente después de que mataron al niño en el *zócalo?*”

Félix negó con la cabeza. «Inmediatamente después de que Santee saliera del hotel».

“Así que sabían…”

La hizo callar con un gesto de la mano. «No sé de qué habla», dijo. «Lamento mucho su pérdida. Pero no murió aquí, *señora*». Con la mirada fija en la calle, metió la mano bajo el mostrador, sacó un pañuelo azul descolorido que envolvía algo y se lo deslizó por encima del mostrador. «No dejaron nada», dijo en voz alta. «Se lo llevaron todo».

Lo cogió del mostrador y lo guardó en su bolsillo. "Gracias por tu ayuda".

No te he ayudado. Me hiciste preguntas que no pude responder y te despedí. *¿Verdad?*

“Verdad.”

“Vaya bien, señora.”

* * *

Margaret logró no mirar dentro del pañuelo mientras caminaba por el pueblo esperando el regreso de Zack. Por cómo lo sentía, supuso que era un pequeño frasco de vidrio con tapa de rosca metálica.

Lo único que aprendió en el pueblo fue que no era lugar para hacer preguntas. Según había oído, el ejército tenía el control absoluto. Todos los grafitis zapatistas habían sido borrados con chorro de arena de las paredes, o las paredes que los incriminaban habían quedado reducidas a escombros. Todos los negocios que conocía dirigidos por simpatizantes zapatistas habían cambiado de dueño o habían desaparecido por completo. La *taquería* donde ella y Santee habían comido ya no existía. Abajo, en el mercado, negaban que hubiera habido un carnaval en el pueblo, y mucho menos un asesinato.

Compró un periódico y se sentó en el *zócalo,* observando a todos los que parecían observarla. Había cuatro soldados, uno en cada esquina del *zócalo,* un niño a lomos de su madre, un vendedor de periódicos y un joven vaquero, delgado como un lápiz, con un sombrero de paja, lustrando sus botas. Había otros. ¿Cuántos eran espías y cuántos solo curiosos? Los turistas iban a San Cristóbal; los tontos venían aquí. Era natural mirar fijamente a un tonto. El hombre de la *guayabera amarilla* se mantenía oculto.

Después de una hora y media, Zack llegó al pueblo rugiendo en medio de una nube de polvo, como una cuadrilla de vaqueros. Cuando ella subió al taxi, él resoplaba como si hubiera venido corriendo. "Disculpa la tardanza", dijo. "Tenía unos asuntos que atender".

Tenía un aspecto horrible. Fuera lo que fuese, lo había dejado conmocionado. Parecía como si hubiera estado llorando. Un par de veces retorció el volante y contuvo la respiración como si algo horrible hubiera aparecido en la carretera. Pero lo que vio estaba en su cabeza. Casi estuvo tentada de ser indulgente con él. Esperó hasta que pasaron el primer control. Los soldados les hicieron señas para que pasaran, llamando a Zack *"Idajo"* con risas estruendosas y un golpe en el guardabarros. Él hizo una mueca como si lo estuvieran golpeando. Nunca había visto a Zack tan cerca de la superficie.

“¿Quién es Huerta?” preguntó.

Giró la cabeza con tanta fuerza que giró el volante, y la camioneta se fue a la cuneta. La volvió a meter en el carril y la miró fijamente. "¿Dónde has oído ese nombre?"

"En la ciudad."

Un nombre importante, sin duda. El jefe del grupo. Un gran ranchero. ¿Qué oíste de él?

El partido. Eso decía todo el mundo. Todos sabían a qué partido te referías. Los demás solo eran extras del espectáculo democrático que organizaban cada seis años. «Solo el nombre».

Él asintió. Era su turno de saber que ella mentía. Frunció el ceño pensativo mientras subían por el valle, pasando otro puesto de control y una base militar. Una hilera de helicópteros estadounidenses estaban alineados en la pista, con sus cañones termoguiados colgando a los lados como patas de araña.

Al girar hacia el Rancho Estrellita, la miró con el rostro muy serio. «No te metas con Huerta, Margaret. Es un desastre».

"¿Eso es lo que te dijo que me dijeras?"

Negó con la cabeza y golpeó el volante con el puño. "Ese cabrón no me dijo nada. Huerta no es amigo mío".

Ella lo dejó pasar, y él no dijo nada más hasta que llegaron a la Estrellita. Resultó que había *cabañas* de sobra. El grupo de George no había llegado. Zack ni siquiera se molestó en fingir sorpresa ante la noticia. "Incluso puedo alojarte en la misma *cabaña* en la que se alojaron tú y Santee la primera vez que vinieron", dijo. "¿Te gustaría? Invita la casa".

“Preferiría la que se quedó la última vez que estuvo aquí”.

Se encogió de hombros y negó con la cabeza. "Sí. Claro. Tendré que limpiarla. Podría llevar un rato".

"Me daré un baño", dijo. "Recuerdo tu preciosa casa de baños". Eso lo animó. Zack adoraba su casa de baños.

* * *

La vieja bañera con patas de garra, pintada con un Quetzalcóatl, el dios serpiente emplumado de los aztecas, estaba situada en una alcoba de azulejos, una de cuyas paredes era una vidriera que representaba un paisaje montañoso muy parecido al que un bañista podría haber visto si la vidriera no hubiera estado allí. Le dio una toalla, una toallita, una bata de baño, todo extragrande, afelpado y blanco. ¿Le gustaría algo de beber? Había un bar en la casa de baños. Recitó opciones. Una Coca–Cola estaría bien. ¿Incienso? No, gracias. ¿Baño de burbujas? ¿Champú? ¿Sales de baño? ¿Secador de pelo? Mientras la bañera se llenaba de agua humeante y la casa de baños se llenaba de nubes de vapor, Zack corría de un lado a otro intentando conjurar y luego atender todas sus necesidades. Pasó un tiempo antes de que ella lo despidiera y corriera el cerrojo.

Sacó el pañuelo y lo desenrolló. Dentro había una botella de Alka–Seltzer. La abrió y estaba vacía, salvo por el cilindro de poliestireno usado para empacar. Tuvo que reírse. Supo al instante lo que debía hacer.

Santee le había contado sobre aquella vez que su abuelo fue de visita y se despertó en plena noche con dolor de estómago. En el botiquín, encontró una botella de Alka Seltzer, vacía solo por el poliestireno. Su madre lo encontró en la cocina mirando con tristeza un vaso de agua que se negaba a burbujear, con un cilindro de poliestireno flotando en él. Ella le contó la historia durante años. Y Santee se la contó a Margaret.

Tomó un vaso de la barra y lo llenó de agua, dejó caer el cilindro blanco y lo colocó frente al vitral, bajo la luz del atardecer. Al principio, parecía que no pasaba nada, pero al observar con atención, pudo ver las estelas de miles de diminutos nadadores que salían del plástico poroso. Se quitó la ropa y se metió en la bañera humeante. Levantó el vaso hacia las montañas de vitrales y se lo bebió, se recostó en el agua y dejó que la maquinaria microscópica que acababa de tragarse hiciera su trabajo.

Su corazón latía con fuerza y se desaceleró. Sentía un zumbido en los oídos que iba y venía y finalmente remitía. Un dolor de cabeza parecía desplazarse de un lado a otro de su cerebro. Sus senos paranasales comenzaron a supurar como si acabara de inhalar un puñado de ambrosía. Todas reacciones perfectamente normales.

Margaret no podía conectarse con su nueva interfaz. Como todas las demás copias, tenía que aprovechar la original de Santee, cifrada con el código de acceso. Así que la interfaz

era inútil sin él. Sin embargo, junto con la interfaz, se podía instalar una gran cantidad de datos, accesibles para el usuario en línea o no. No había mapa, ningún mensaje, solo una palabra, pero Margaret sabía a qué se refería.

Cuando salió de los baños una hora después, se sentía completamente renovada. Encontró a Zack en el comedor barriendo. "Zack, ¿Hermalinda sigue viviendo por aquí?"

¿Hermalinda? Sí. O sea, no. Aquí no. Tiene trabajo en San Cristóbal.

“Pero sabes cómo llegar a ella”.

¿Yo? No. Puede que Edie tenga su dirección por aquí. Puedo preguntarle. Creo que está echando una siesta ahora mismo, pero en cuanto se despierte...

Zack, déjate de tonterías. Concierta una cita con Hermalinda, ¿vale?

—Claro. Puedo hacerlo. Una reunión tuya con Hermalinda. Me pongo a ello enseguida.

CAPÍTULO ONCE

Cuando Zack dejó a Margaret en el *zócalo,* se fue corriendo a casa de Huerta para contarle sobre ella. No veía que tuviera muchas opciones. Contó a tres tipos por ahí que seguro se lo dirían si Zack no lo hacía. Al menos así podría darle la vuelta al asunto, tal vez quitarse a Huerta de encima: Es solo una viuda, tío. Solo otra viuda de luto. El país está lleno de ellas. Deberías saberlo, imbécil. Ya te has ganado tu parte.

Dios mío, ¿de dónde salió eso? La sola idea de desahogarse con Huerta le hacía temblar las manos al volante, aunque esta era la calle más lisa del pueblo. La calle del señor Huerta. *No hagas ninguna tontería.* Cerebrito, se dijo, deseando estar mucho más drogado o mucho menos; no estaba seguro de cuál. Sobre todo, deseaba estar en otro

lugar. Hacía tiempo que había perdido la esperanza con alguien.

Huerta se consideraba ranchero —llevaba sombrero y botas, y de vez en cuando hacía desfilar un caballo de un millón de dólares en fiestas, arrastrando una silla de montar con tachuelas plateadas que debía de pesar tanto como el caballo—, pero no era lo que Zack llamaría un ranchero. Tenía un rebaño enorme de vacas —vacas gigantescas en pie, pastando por casi todo el valle, pastando donde se les ocurriera—, pero no vivía cerca del olor a mierda de vaca. Una vez a la semana, en Tuxtla, una anciana le hacía las manos suaves como plastilina y sus uñas parecían de plexiglás. Tenía *campesinos* en el valle para que olieran la mierda e hicieran el trabajo. Estrecharle la mano a uno de esos tipos era como agarrarse a una tabla.

Zack estacionó la camioneta frente a un largo muro blanco que descendía por la colina. La casa de Huerta estaba al otro lado. Cristales rotos sobresalían de la parte superior, a pesar de que había láseres que te freirían antes de cortarte el meñique. Pero ese Huerta era un tradicionalista. La razón por la que tenía una *casa grande* así era para impresionar a los campesinos que no se dejaban impresionar por su vida en la red y tenían que ser intimidados a la antigua usanza. En el fondo, no había cambiado mucho la aldea global.

Pero Huerta sabía dónde estaba la verdadera acción, así que la casa también fue Weisigerada hasta el cansancio para

demostrarle a cualquier persona importante lo civilizado y encapuchado que era. Incluso Zack podría haberle dicho que se estaba pasando de la raya, que se estaba esforzando demasiado, que los peces gordos de Estados Unidos vivían en pequeños y elegantes entornos automovilísticos que te alimentaban, te fregaban y te limpiaban el culo, todo automáticamente, para que no tuvieras que condescender a moverte de un lado a otro. Pequeñas unidades de estimulación ejercitaban tus músculos cada noche para mantenerllos en forma mientras escalabas virtualmente el Everest o te reunías con algunos senadores para poder decirles qué votar. Una casa grande solo significaba que no podías permitirte un hardware decente. Una página web grande y llamativa solo significaba que nadie te quería cerca, que no tenías dónde estar.

Pero Huerta jamás sería uno de esos grandullones. Al final, solo era otro matón exportado al tercer mundo: la punta de acero de la bota de un matón más grande, llamativa y letal. Era tan bueno en eso que casi podías creer que no quería ser uno de esos grandullones, que simplemente le gustaba patear a la gente. Zack sospechaba, sin embargo, que no había nadie a quien preferiría patear más que a sus jefes. Pero siendo jefes, nunca salían de la red.

Zack golpeó la aldaba aunque Huerta ya sabría que estaba allí. Para entonces, sus sensores y bases de datos habían convertido el ADN de Zack en una identificación positiva y una biografía detallada, con énfasis en los eventos

susceptibles de chantaje. Al menos Zack no tenía que preocuparse por eso. Huerta no podía avergonzarlo. El propio Zack ya había cubierto ese aspecto a fondo hacía mucho tiempo.

La puerta se abrió de golpe y Zack entró. El campo Weisiger necesitaba calibración y no arrancó hasta aproximadamente un pie dentro de la puerta, así que se podía ver este pequeño trozo de la habitación donde Huerta a menudo lo hacía esperar, las habituales baldosas rojas y paredes color canela. No siempre se encendían los virtuales para la ayuda. Zack dio otro paso y se coló en la entrada virtual, un jardín amurallado lo suficientemente grande como para jugar al fútbol. Una banda de mariachis envuelta en volantes tocaba "Cielito Lindo" a un lado. En la esquina había una cascada. Con clavadistas. Las orquídeas florecían por todas partes. Multitudes de mariposas revoloteaban camino a una película de Disney. Una hermosa señorita con escote bronce miraba discretamente por una ventana superior. Incluso tenía el abanico revoloteando. Tucanes e iguanas colgaban mostrando perfiles como ídolos adolescentes aburridos.

Huerta estaba constantemente trasteando con su sistema, actualizándolo constantemente. Este era uno de esos programas que leían las características de cada persona que llamaba y ajustaban su presentación según la edad, el género y probablemente la etnia. Esto era lo que les pasaba a los hippies cincuentones de Idaho, pensó Zack: clichés trillados de un folleto de viajes, el México de su padre.

Tomar una margarita. Ver el espectáculo de luces en Chichén Itzá. Archivar cosas, probablemente. Había vivido media vida aquí, y al final no era más que otro viejo gringo.

Zack respiró hondo. Olía las orquídeas —como uno de esos desodorantes en aerosol que a su padre le gustaba usar en la casa—, pero no el olor a tierra, ese olor a jardín fétido que le haría creer que estaba donde el programa lo incitaba. Trabajo barato. Mucha formalidad y nada sustancial. Hacía mucho tiempo, en Moscú, había estudiado arte durante tres semestres. Tenía ambiciones, opiniones, gustos. Eso sí que parecía de otro planeta.

Un sirviente simulado —un indio vestido de blanco, debidamente sumiso— lo invitó a sentarse en un banco de hierro ornamentado, pintado de blanco crema batida, sin rastro de óxido y ni una sola gota de pintura. Zack suspiró y se sentó. Al chocar su trasero contra el hierro, Huerta se materializó frente a él en una gruta cubierta de enredaderas, luciendo nueve kilos más ligero y diez años más joven de lo que realmente era. Pero igual de malo. Vestía un traje color pizarra, lo que probablemente significaba que había estado haciendo negocios, y parecía tan feliz como un niño arreglado para ir a la iglesia. Zack se puso de pie para que Huerta pudiera asentir para que volviera a sentarse. Zack se preguntó si enseñaban esa pequeña rutina en la *escuela de caciques,* pero no fue eso lo que dijo.

"El lugar se ve genial", empezó Zack, mirando a su alrededor con gran admiración. "Hace tiempo que no veo los virtuales. Muy bonitos. Muy festivos. Muy acogedores".

Solo quería pasar a contarle que todo salió bien con el funeral. No puedo decir que me haya gustado mucho el sacerdote, pero probablemente sea solo a mí. Sacerdotes y policías, si me entiende.

En fin, había una cosa que pensé que te gustaría saber. No es para tanto. Pero la exnovia de Santee —la verdad es que creo que ya ni siquiera estaban juntos— vino a la iglesia y se dio cuenta de que el cuerpo en el ataúd no era el de Santee. Bueno, se molestó un poco. Pero le expliqué que el cuerpo era solo para los virtuales, le dije que Santee estaba enterrado en algún lugar de las montañas y la tranquilicé. En fin, quería venir al Rancho. Una especie de despedida final. Fue un lugar muy especial para ellos en tiempos mejores, ¿sabes? En fin...

Huerta escupió al suelo. «Cállate, Zack. Lo sé todo sobre esa mujer. Buscará a Santee incansablemente hasta encontrarlo o morir en el intento. Me avisarás cuando lo consiga».

—Pero Santee... está muerto, ¿verdad?

No seas idiota. Lo que quiero saber es dónde está el chico. ¿Quién es y adónde fue?

“¿El niño?”

Huerta suspiró. —Ha estado viajando con un chico que se hace llamar Webster Webfoot. ¿Dónde está?

Huerta pronunció el nombre como si lo encontrara personalmente ofensivo. A Zack le pareció bastante tierno. "Ay, *él.* Le pagó el autobús y lo envió al norte. Probablemente ya esté a medio camino de Kansas. No creo que sea nadie importante".

—No está en un autobús, idiota. ¿Crees que no puedo encontrar a alguien en un maldito autobús?

Zack sabía que no debía responder a esa pregunta. Ya había visto a Huerta borracho antes. El Huerta virtual se veía bien, claro, pero supuso que la cara gorda del verdadero ya estaría bien sonrojada. Al parecer, lo de Santee era un asunto serio, y el chico no entraba en el plan. "Lo siento mucho", dijo Zack. "No sabía que el chico fuera importante. Margaret quería venir aquí y dejar al chico allí, así que lo dejé. Podría volver en coche y..."

—Cállate, Zack. Tengo gente inteligente y capacitada trabajando en eso. Tú vigila a la mujer. ¿Crees que podrás con eso?

—Bueno, claro. Pero no creo que se quede mucho tiempo. Me da la impresión de que solo va a llorar un buen rato y luego se irá a casa.

"Síguela."

—Bueno, tengo un negocio que atender. Si se va de la zona...

Si quieres seguir teniendo un negocio, síguela. Anota todo lo que diga, a todas las personas que conozca, adondequiera que vaya, y cuéntamelo todo. ¿Está claro?

Se suponía que Zack debía decir: "¡Sí, señor!". Pero no lo hizo. Nunca le gustó esa estupidez de señor y señora que su padre intentaba meterle a la fuerza. Pero asintió y cedió. Le demostró a Huerta de qué pasta estaba hecho, sí.

Huerta se rió. «No te pongas tan triste, amigo. Pronto terminará la guerra y tu negocio debería ir viento en popa. Todos querrán conocer al hombre que enterró a Santee St. John». Tomó la mano de Zack y la estrechó, abrazándolo. Se suponía que Zack debía sentirse honrado —al ser abrazado por *El Señor—,* pero solo podía preguntarse cómo había caído tan bajo.

***

Zack cruzó la calle en ángulo y se subió a la cabina de su camioneta sin levantar la vista. Arrancó con un rugido y ya estaba rodando, cuando la sintió, la olió o lo que fuera, y ella levantó la cabeza de detrás del asiento y le dijo que fuera al campo.

Sintió un gran alivio. La imagen de ella tirada junto al camino, con un M16 apuntándole a la cabeza, no lo había abandonado desde que había pasado por aquel negocio en Oxchuc. Dijo: «Dios mío, Hermalinda, casi me das un infarto. ¿Por qué te arriesgas así? ¿Y si uno de los hombres de Huerta te hubiera visto subir a mi camioneta?».

—No te preocupes. No le diría que soy tu amante. No querría confesárselo a nadie. La miró mientras salía de detrás del asiento. Si no fuera tan diminuta, ni siquiera cabría ahí. La falda se le subía por un muslo moreno. Tenía los pies descalzos y callosos. Solo una inofensiva campesina. Él le tomó la mano, y ella tomó la suya entre las suyas, sosteniéndola en su regazo como una gatita. La amaba como nunca había amado a otro ser humano en todo el planeta.

Tenía miedo de que te hubiera pasado algo. Me encontré con una cosa cerca de Oxchuc...

Ella le apretó la mano con fuerza y la estrechó. «*Ejecución,* Zack. Ni siquiera puedes decirlo».

Claro que no puedo decirlo. No *quiero* decirlo. No quiero ni pensar en que te pase algo así. Tienes que salir de esta mierda antes de que te maten.

Ella le soltó la mano y se giró, mirando hacia la carretera, con los brazos cruzados. "¿Trabajas para Huerta?", preguntó.

Cuando Huerta apareció con el indio muerto, lo primero que Zack pensó fue en este momento decisivo con Hermalinda. Si hubiera podido decir que no, esta habría sido la razón. Pero no pudo o no quiso, y lo hizo, sabiendo que estaba mal. Así que ahora solo le quedaba dudar y esperar que ella lo amara la mitad de lo que él la amaba a ella.

¿Trabajar para él? Yo no lo llamaría así. Me pidió un favor, y lo hice, y solo le contaba lo sucedido, nada más.

No me mientas. Le ayudaste a organizar el funeral de Santee St. John, ¿verdad?

“¿Conocías a San Juan?”

“Él era huésped del Estrellita cuando trabajaba allí, Zack”.

—Ah, sí. Es cierto. Lo olvidé.

Ella lo fulminó con la mirada. "¿Quieres decir que no creías que una de tus doncellas llegaría a conocer a los invitados?"

—Mira, Hermalinda, sabes que no me siento así. Simplemente lo olvidé, eso es todo. Pasaron algunos años, ¿vale?

Ella asintió con la cabeza hacia el camino. "Aquí a la izquierda".

Dobló por un camino de tierra lleno de maleza. "¿Qué tramaba Santee? No tiene sentido. ¿Está muerto o no?"

—¿Por qué quieres saberlo para poder contárselo a tu jefe, Huerta?

No. Huerta ya lo sabía. *No seas idiota,* había dicho. Más fácil decirlo que hacerlo. ¿Qué haría un idiota en esta situación? ¿Haría un idiota lo correcto? El camino se perdió, y se detuvo bajo unos árboles, tirando del freno de mano. "Te lo dije, maldita sea, no trabajo para ese capullo".

¿Cómo se llama hacerle un favor a un amigo? Zachary Hayman, amigo de todos los cerdos. —Escupió por la ventana. Últimamente parecía tener ese efecto en la gente.

Le puso la mano en el muslo y la metió por debajo de la falda. "Anda, no hables así. Es un cabrón. Ha estado presionando mucho. ¿Qué se supone que haga? ¿Que me disparen por una mala racha entre Huerta y un tipo de la IE?". Ella lo miró fijamente, hundida bajo la falda, y él la apartó. "Así que Santee está haciendo algo por la causa, ¿no? Por la *Revolución.* ¿Cómo iba a saberlo? Ya te lo dije antes, no me meto en esas mierdas. Sé que estás metida en esto hasta el fondo, y no pasa nada. Pero no tiene nada que ver con nosotros".

—Tú lo sabes mejor —dijo en voz baja. Salió de la camioneta y cerró la puerta. Las bisagras sonaron como un

tren descarrilando. La puerta del copiloto no se usaba mucho. Se subió al estribo y se asomó a la ventana abierta. ¿Recuerdas cómo nos conocimos, Zack? ¿O también han pasado algunos años?

“Claro que lo recuerdo.”

—Entonces no me digas que no tiene nada que ver con nosotros. Ya no puedes quedarte de brazos cruzados, Zack, mirando cómo el bosque arde a tu alrededor. Algo muy grave está a punto de suceder. Todo va a cambiar. Lo hagas o no.

Nada puede cambiar lo que siento por ti. Te amo. Lo sabes. Se deslizó hacia el lado del copiloto y se habría bajado, pero ella estaba parada justo frente a la puerta.

Ella le puso su manita en la mejilla y lo miró como si fuera un niño pequeño que simplemente no lo entendía. Él esperaba que ella dijera que también lo amaba. Sabía que sí. No podía explicar por qué. Mejor no hablar de eso. Y lo dijo, lo susurró suavemente, con los ojos llenos de lágrimas. Pero no se detuvo ahí. *"No basta",* añadió, mientras las lágrimas se le escapaban por las mejillas.

No es suficiente.

—¿Es eso lo que me trajiste aquí para decirme? —preguntó con voz temblorosa.

—No. No estás listo para escuchar lo que iba a decir. No creo que lo estés nunca.

Ella se apartó de un salto y se marchó, y él no dudó de que tenía razón. No estaba preparado para lo que dijo. *No basta.* Nunca había dicho eso. Al oírlo ahora, se dio cuenta de que sabía cómo se sentía desde hacía mucho tiempo. Debe quererme mucho, pensó, para haberlo postergado tanto. Deseó poder bajarse de la camioneta y correr tras ella. Pero no tenía sentido a menos que pudiera decirle que se equivocaba con él, que haría *cualquier cosa* por ella, que nunca la decepcionaría.

Se deslizó de nuevo al lado del conductor y arrancó la camioneta, pero en lugar de conducir, golpeó el volante con las palmas de las manos. ¿Qué quería decir con que no era suficiente? Era todo. Era lo único. Estaba completamente loco por ella. Esta mierda política no tenía nada que ver con eso. Agarró el volante con ambas manos y lo sacudió como si intentara estrangularlo, se desplomó en el asiento y buscó su pipa. Sacó su bolso de la guantera y llenó una pipa, la encendió y la quemó, deseando, solo deseando todo el tiempo, que mejorara las cosas, las aclarara, las enfocara.

Pero no fue así.

No fue culpa de la droga. Simplemente estaba equivocado, eso es lo que era. Tan equivocado como podía estarlo.

Dio tres vueltas y regresó al pueblo. En las montañas había una columna de humo, probablemente algún indio quemando su pequeño y agotado terreno.

¿Recuerdas cómo nos conocimos, Zack?

No solo lo recordaba. Volvió a él como un puñetazo salido de la nada, directo al estómago: Él está de pie entre las malditas macadamias. Ella corre con el pelo en llamas. Él observa. Las balas arrancan el tronco de un árbol justo al lado de su cabeza. Ella cae y rueda sobre las llamas, luego se arrastra poco a poco hacia el bosque. Mientras él observa. Eso es todo. Como si fuera algo de las noticias, nada que ver con él. Un par de días después aparece en el Rancho buscando trabajo. Cualquier cosa, dice. Edie, quien contrata a todas las chicas, no está dispuesta a aceptarlo. El vestido roto, el pelo chamuscado, los ojos inteligentes y desafiantes. Hermalinda definitivamente parece problemática. Pero Zack se mete en el asunto. Insiste.

Nunca le dijo que la vio ese día con el pelo en llamas. Era la primera vez que se le ocurría que ella ya lo sabía.

Zack no recordaba mucho desde que dejó a Hermalinda hasta que dejó a Margaret a salvo en los baños. Estaba en sus pensamientos, casi siempre haciendo lo que tenía que hacer. *¿Quién es Huerta?,* había preguntado. Lo recordaba. Una pregunta que ni siquiera *se hacía* en cien millas a la redonda. Parecía inútil siquiera intentar explicárselo. ¿Acaso

hablaban de millas en el primer mundo? ¿Territorio? ¿Territorio? No lo parecía. «Costumbres Locales», le dijo uno de sus invitados, era el nombre de una página web.

Se mantuvo ocupado, recogiendo cosas por ahí. No podía decir que pensara en nada, que explorara su conciencia, nada de eso. Parecía que solo caminaba y le dolía. Limpió la *cabaña* donde había vestido el cadáver. Era la *cabaña* que ella pidió, en la que Santee se había alojado el jueves por la noche. Sabía que podía darle la que quisiera, y ella no notaría la diferencia, pero ni siquiera lo consideró. Nunca lo pensó.

Buscará incansablemente a Santee hasta encontrarlo, dijo Huerta con absoluta certeza. Zack tuvo que preguntarse: ¿Quién te buscaría Sr. *No Basta?* ¿Quién te buscaría?

Revisó la despensa y el refrigerador y calculó que habría suficiente para unos días más si a Margaret le gustaban los huevos. Si no fuera por las gallinas, se habría muerto de hambre hace mucho. Recordó haber recogido huevos con Hermalinda cuando ella había estado allí. Siempre era temprano por la mañana. Eran los dos únicos que se levantaban. Llevaba los huevos en la falda. Le contó sobre las búsquedas de huevos de Pascua en Boise.

Barrió la cocina y limpió el desastre de la licuadora de Edie. La basura se había acumulado durante días. Normalmente esperaba hasta la noche para quemarla. Pero la recogió, la metió en el cubo y le prendió fuego. Fue a la camioneta sin

saber qué buscaba hasta que la encontró. La manta vieja, en la que habían envuelto a Juan... no, *Juan no.* Ese era el nombre de mierda que Zack le había puesto. Su nombre inventado. Zack no sabía el nombre del muerto. Se preguntó si Huerta lo sabía.

Arrastró la manta por el patio, intentando no respirar su olor —a jabón, champú o aceite capilar—, el olor del chico. La arrojó al fuego, y el fuego casi se extinguió. Se adentró en las nubes de humo, hurgando furiosamente en la manta con el esqueleto oxidado de un paraguas hasta que esta estalló en llamas y le quemó la cara.

Se quedó cerca, dejando que las llamas lo quemaran como a un lagarto en una roca. Guerra. Asesinatos. Ejecuciones. No era precisamente para eso que había venido a México. Pero mejor ser honesto. No había venido a México *a* nada. Solo quería escapar.

No era Idaho.

No se enfrentaba a un proceso judicial con un abogado designado por el tribunal que expresó voluntariamente su opinión de que la marihuana no era cristiana.

Su hermana jamás pondría un pie allí. Su español, después de dos años en la preparatoria, era algo entre *un taco* y *un adiós.* Y cualquier hombre más moreno que ella la aterraba.

Su padre no estaba enterrado por aquí. Aunque su fantasma se había aparecido una vez, viajando en unos hongos, George lo entregó en la pirámide.

—Es el vórtice —dijo George cuando calmó a Zack—. Abre un pasaje al Otro Lado.

"¿De verdad crees en esa mierda?" preguntó Zack.

George lo pensó mucho, sumido en su propia niebla alucinógena. Cuando por fin habló, su voz estaba llena de asombro y sorpresa. «No, normalmente no. Justo ahora. ¿Verdad que es increíble?»

Eso resumía los intensos sentimientos y creencias de Zack. Los tenía. Pero iban y venían, como un sistema de sonido con un cortocircuito, encendiéndose y apagándose.

A excepción de Hermalinda.

Cuando empezó a trabajar en la Estrellita, él no podía perderla de vista, siguiéndola a todas partes, arreglándole un cuartito junto al viejo granero, pasando a menudo para asegurarse de que todo estuviera bien, para preguntarle si necesitaba algo. Edie decía que la trataba mejor que a los huéspedes, y quizá era así. De todas formas, lo sentía más. Lo consumía la culpa, pero aun así se alegraba cada vez que la veía y sabía que no había muerto, que había logrado sobrevivir aunque él se hubiera quedado de brazos cruzados, sin hacer nada. Toda su familia había muerto:

madre, marido, hijo. Le sonsacaba su historia en esas visitas. Se quedaba en la puerta y escuchaba.

No se trataba de sexo. Él la consideraba guapa, incluso hermosa. Pero no podía ni imaginar que ella tuviera el más mínimo interés en él —un viejo gringo fumador de marihuana con una esposa que le hablaba como si fuera basura— aunque ella no supiera que era un cobarde.

Ella le dijo después que creía que solo intentaba atraparla, pero cuando se dio cuenta de que era más que eso, se conmovió por su preocupación. Nunca le había dicho dónde ni cuándo nació esa preocupación, así que creía que ella no lo sabía. Por alguna razón, pensó que sería mejor así, que nunca tendría que asumir la responsabilidad de lo que había visto, que podría enmendar sus errores a escondidas, por así decirlo. Ahora parecía que ella lo había sabido desde el principio.

Ella lo había visto allí arriba antes, observando cómo crecía el *pueblito* frente a él. Le dijo que los niños lo llamaban *espantajo.* Siempre de pie en la arboleda, observando. Debió de haberse girado, esperando encontrarlo allí, con la esperanza, tal vez, de que la ayudara.

Lo que solía ver allá abajo era México: la gente y el lugar ante sus ojos, pero a un millón de kilómetros de distancia. Había venido aquí y construido su Star Ranch, pero bien

podría haber sido un Taco Bell[7]. Tan mexicano como ese estúpido chihuahua de los viejos comerciales, tan insultante que ni siquiera lo podía pensar. No pertenecía allí. Lo demostró quedándose allí, dejándolo arder hasta los cimientos.

Cuando él le trajo unas cortinas viejas para colgar en su única ventana sin cristales, ella lo besó. Y entonces lo besó de verdad. Nunca se había sentido tan asombrado por nada en su vida. Y al poco tiempo, eran amantes. Él seguía creyendo que era un milagro. Si había algo en el asunto del vórtice de George, era que estaba completamente equivocado. No se trataba de un *lugar,* de un montón de rocas, sino de personas. Ella lo era para él. El centro del universo.

Las llamas se habían extinguido, y él estaba de pie en medio de una densa nube de humo. Cortó el aire con amplios movimientos de su sombrero, hundió el paraguas en la manta humeante hasta que empezó a deshacerse, y las brasas se dispersaron hacia el cafetal. El material del fondo del barril se movió, y el fuego se concentró en sí mismo, levantando una ráfaga de chispas. Pronto se convirtió en un fuego silencioso que se extinguiría solo.

Se lavó la cara y las manos en el fregadero de la cocina y se llevó la escoba al comedor. Fue entonces cuando apareció

---

7 Taco Bell es una cadena de restaurantes de comida rápida, inspirados en la cocina mexicana. [N. T.]

Margaret del baño. Estaba en la puerta, radiante, no como alguien que acababa de asistir al funeral de su amado. "Zack, ¿hermalinda sigue viviendo por aquí?"

No supo qué decir a continuación. Había estado pensando solo en Hermalinda durante lo que parecían días, y allí estaba Margaret, preguntando por ella, pidiendo reunirse con ella. George lo habría llamado sincronicidad, serendipia o algo así. Fuera lo que fuese, tenía clara la decisión que debía tomar. Margaret estaba involucrada en lo que fuera que Santee estuviera involucrado. Margaret quería hablar con Hermalinda porque era zapatista. Claro, Zack podía organizarlo. Y si seguía las órdenes de Huerta y se lo contaba, seguro como el mundo que Hermalinda estaría muerta. Y si no lo hacía, lo más probable era que lo estuviera.

Estaba de nuevo en el bosque. Observándola. Tenía una segunda oportunidad.

Margaret había empezado a salir del comedor, pensando que ya habían terminado, pero él la llamó: «Margaret, ¿ese chico con el que viajabas, Webster?».

Se giró con cautela. Se le veía en los ojos que se preguntaba qué tramaba, qué tonterías diría a continuación. «Huerta tiene gente buscándolo. También me pidió que te vigilara. Y algo que dijo me hace pensar que Santee sigue vivo en alguna parte».

No pareció sorprendida por la noticia. "¿No murió escalando?"

Su tono le indicó que no tenía por qué responder a esa pregunta. Ella sabía que mentía. Todos parecían esperarlo de él. Bajó la cabeza y lo negó. «Apareció aquí y se fue corriendo. No sé adónde fue. Huerta apareció a la mañana siguiente con un niño indio muerto para representar ese funeral falso. Ya sabes el resto».

"¿Por qué me cuentas todo esto, Zack?"

Se rió. «Quizás deberías preguntarle a Hermalinda cuando la veas. Quizás ella lo sepa».

El coche de Edie, o técnicamente el de su padre (lo robó la noche que se fueron a México en 1993, ya que no cabían todas sus cosas en la camioneta y no querían pagar un U–Haul[8]), llevaba cinco años parado. Era un Saab rojo descapotable, el vehículo que el viejo usaba para rejuvenecerse, y que solo había conducido un par de semanas antes de que su hija adulta se lo robara. De todos modos, ya no le serviría de nada en Estados Unidos. No se podía convertir nada tan viejo para carreteras inteligentes, ni siquiera consiguiendo un permiso. Pero Zack supuso que llegaría al aeropuerto de Ciudad de México, donde podría pasar sus últimos días en el aparcamiento siendo destrozado

8 U-Haul es la empresa líder en alquiler de equipos de mudanzas y almacenamiento de Norteamérica. [N. T.]

por piezas. No quedaría nada más que un montón de tornillos.

Había sido un rollo mantenerlo funcionando. El coche más quisquilloso en el que había trabajado. Edie no lo ayudaba, conduciendo por las carreteras de por aquí como si estuviera en una autopista interestatal, cuando no se estaba metiendo en una zanja a toda velocidad. Así que cuando el segundo motor de arranque falló y pidió otro, no se lo dijo a Edie cuando llegó. Ni siquiera preguntó por ello. Después de unas semanas, echó una lona sobre el coche, le quitó las ruedas, vació los líquidos. Le dijo que no podía conseguir el motor de arranque, que habían dejado de fabricarlos. Tenía preparada una gran historia con una huelga, el cierre de fábricas y todo el asunto, pero ella apenas le hizo caso. "A la mierda", había dicho.

Bajó el arrancador de un estante alto en el cobertizo. El cartón era suave y flexible, y el polvo aceitoso se le pegaba como si fuera un pelaje marrón. Abrió la caja, y el aparato brilló ante él, nuevo como nuevo. Puso la batería del Saab en el cargador y se puso a trabajar.

Unas horas después, el coche estaba estacionado frente a la casa, en marcha. No estaba como nuevo, pero estaba bastante bien. La lona se había pegado a la capota, así que llevaba una pequeña peluca azul. El interior olía a pis de ratón. La sincronización era irregular, pero eso se suavizaría

en la carretera. Aún necesitaba purgar los frenos, pero necesitaría a Edie para eso.

Apagó la luz y miró hacia la casa. Las cortinas del dormitorio se movieron. Ella estaba allí arriba, sin duda. Le gustaba fingir que estaba fuera todo el tiempo para no tener que lidiar con nada. Era una de esas cosas que tenían en común. Pero que él resucitara su coche sin insistirle ni un segundo debía de hacerla preguntarse qué pasaba.

Fue a la cocina y preparó café, subió las escaleras y abrió la puerta en la penumbra de su habitación. Le habló a la sábana que le cubría la cabeza. «Baja, Edie. Tenemos que hablar».

Ella no se movió.

Se llevó los dedos a los labios y silbó, uno de esos silbidos ensordecedores que eran una habilidad social típica de Idaho. Si de verdad hubiera estado dormida, la habría tenido que despegar del techo. «Sé que no duermes, Edie. ¿Podrías bajar, por favor?»

—Está bien, está bien —murmuró ella, apenas audible.

Tomó una taza de café mientras esperaba, y la escuchó arrastrar los pies por el piso de arriba. No se preguntó qué hacía, sino cómo se sentía. Llevaban tanto tiempo viviendo juntos que creía saberlo solo por su forma de moverse. Parecía asustada. Cuando apareció media hora después,

estaba completamente vestida, algo que no había visto en mucho tiempo. Se sentó a la mesa y encendió un cigarrillo. No dijo ni una palabra. No solo estaba asustada, estaba aterrorizada.

Se levantó, le sirvió una taza de café y se la puso delante. «Estoy enamorado de otra mujer».

Ella suspiró. "Dime algo que no sepa".

Dejó el boleto de avión de Santee de Ciudad de México a DFW[9] sobre la mesa como si estuviera jugando a las cartas. "Me dejas".

—Que te jodan, Zack. Me quedo aquí. —Sopló el café y dio un sorbo.

"No puedes."

¡Ni hablar! ¡Este lugar es medio mío!

Puso un sobre grueso encima del billete. «Te equivocas. Es todo tuyo. Aquí tienes la escritura, todos los papeles. Yo lo firmé. Pero aun así tienes que irte. No estarás segura aquí. También puse la mayor parte del dinero ahí; no es que sea mucho, ¿entiendes? Pero te sacará del país, de vuelta a Idaho si quieres».

9 Aeropuerto Internacional de Dallas-Fort Worth. [N. T.]

Ella lo miró por primera vez desde que había bajado. "No se trata solo de la novia, ¿verdad? ¿Qué tramas, Zack?"

Su tono era casi amable. Quería intentar decirle la verdad. Había pasado tiempo. «Rayos, no sé de qué se trata. Probablemente sea sobre todo por ella. *Todo es* por ella. Es así, Edie». Se detuvo antes de decirle que nunca se había sentido así. No es que no fuera cierto, pero decirlo sería cruel. «No puedo contarte lo que estoy tramando porque no quieres saber nada. Se va a desatar el infierno. Tienes que volver a casa».

Ella le sonrió. No era lo que esperaba. Hacía más tiempo que no recordaba haber visto esa sonrisa. "¿Estás tomando una postura, Zee?"

"Sí, supongo que sí."

"Bien por ti."

Edie no perdió mucho tiempo empaquetando. En definitiva, no había mucho que quisiera llevarse a Estados Unidos. Sus padres estaban semijubilados y vivían enganchados a internet. Los había visitado allí varias veces, usando el cochecito Weisiger barato y para una sola persona que tenían en el comedor para los invitados que no podían desconectar del todo. Zack no la acompañó, así que solo tenía sus informes desalentadores como base, pero, por decirlo suavemente, las cosas no habían ido bien. Pero ahora

que se iba de México y de "ese hombre", Zack estaba seguro de que la recibirían con los brazos abiertos.

Esperaba que no se juntara con ellos. Sus regodeos se volverían aburridos enseguida. Pero no le correspondía decir nada. ¿Cuál era su lugar, en cualquier caso? Maldita sea si podía averiguarlo. Hacía años que no la quería tanto como al verla llenar la misma mochila que trajo aquí en el 93 con la misma ropa interior y calcetines. Habría dicho que eran como hermano y hermana, pero él y su hermana se odiaban.

Habían recordado el pasado mientras purgaban los frenos.

—¡Bien, bombéalo! ¡Bombéalo!

Empezó a pisar el freno como una señora somnolienta ordeñando una vaca. "¿Recuerdas cuando robamos este coche?", dijo.

"Claro." Había mil millones de estrellas en el cielo. Usaron una horquilla y las pinzas de su navaja suiza para abrir la cerradura.

“Conduciendo hacia aquí, acabo de ver tus luces traseras…”

El líquido de frenos salió a borbotones. "¡Alto!"

“Entonces miraría por el espejo retrovisor para ver si había luces intermitentes…”

“¡Maldita sea, para!”

De un lado a otro. De un lado a otro. Retrovisor a luces traseras, retrovisor a luces traseras. No recuerdo por dónde pasamos. Finalmente dejó de pisar el freno. Por suerte, tenía suficiente líquido de frenos y camisas limpias.

"Qué lástima que te lo perdieras", dijo. "Ya ni siquiera puedes hacer ese viaje. Ahora todo es tecnología punta. Date prisa, date prisa, date prisa. Más rápido, más rápido, más rápido. Odio esa mierda".

Edie se rió. "Bueno, pues a ti también te odia, Zack".

Ella cerró la cremallera de su mochila, y él extendió la mano, la tomó y se la echó al hombro. "Le llevo esto, señora".

Ella lo tomó del brazo y salieron hacia el Saab. Ya era de noche, igual que la noche en que lo robaron. Ante su insistencia, él bajó la capota, aunque era poco probable que volviera a subir. Arrojó su mochila al asiento trasero y le abrió la puerta. El aceite penetrante había hecho su efecto y la puerta se abrió tan silenciosamente como una bóveda de banco.

Ella entró y él cerró la puerta, empujándola hasta que hizo clic. "¿Seguro que quieres conducir de noche? Podrías parecer sospechosa. Podrías irte mañana a primera hora".

Para mí, Zack, *eso* sería sospechoso. Así puedo decirles a los chicos de los controles que tuve una pelea terrible con mi esposo y lo dejé. Lo creerán. Incluso podrían ofrecerse a consolarme.

Apostó a que sí. "¿Vas a aceptarlo?"

"¿Por qué lo preguntas?"

“No quisiera que perdieras tu avión”.

"No te preocupes."

Sacó algo de su bolsillo trasero que había estado ahí por horas, hurgando en su trasero huesudo. Desenvolvió su pañuelo. Era cromado, más corto que su mano desde la muñeca hasta la punta de los dedos. Ni siquiera sabía qué tipo era. Odiaba las armas. Tenía seguro, gatillo, la apuntabas y moría gente. Huerta se la había dado cuando aparecieron los invasores de tierras, solo para sembrar la idea de que eran para disparar. *Está cargada, amigo. Para protegerte a ti mismo, a tu familia* y *a tu tierra.* ¿Por qué los mexicanos siempre hablaban sin parar sobre la tierra? Zack no iba a matar a nadie por unas pocas hectáreas de tierra. Sin embargo, supuso que Edie aún calificaba como familia. "Quizás quieras llevarte esto. Por si acaso".

Ella no lo tocaría. «Ni hablar. Quédatelo. Parece que lo necesitarás más que yo».

“No voy a dispararle a nadie”.

Ella negó con la cabeza y suspiró. "Zee, te van a disparar ".

Cuando ella se perdió de vista, al doblar la curva junto a la base militar, tuvo la primera experiencia que recordaba de haber hecho lo correcto. Se sintió realmente bien. Fumó un porro en la entrada para celebrarlo, mirando las estrellas. No había luna, a diferencia de un par de noches atrás, cuando Santee salió del bosque a la luz de la luna solo con esa pequeña mochila al hombro.

La luz estaba encendida en *la cabaña de Margaret.* Se acercó y tocó, pero ella no estaba. Miró hacia las ruinas como la noche en que Santee se fue y vio lo mismo: una pequeña luz moviéndose en la gran pirámide, sin duda una linterna del Otro Lado.

CAPÍTULO DOCE

Mientras esperaba su reunión con Powell, Starr visitó el sitio de Mejora de Personal de WebNet y ejecutó el entrenador virtual del vehículo de servicio/evacuación a bordo (VEA). Descubrió hace tiempo que la mejor manera de hacer este tipo de cosas era no darle demasiadas vueltas y arruinarse. Mejor improvisar. Como bailar. Así que, mientras la sim, llena de energía, se lanzaba a una lección de física elemental, puso las manos en los controles y dejó vagar su mente.

En teoría, las tripulaciones usaban el SEV para reparar la estación o evacuar en caso de peligro inminente o avería del sistema. Eso decía el manual. En la práctica, nadie lo usaba. A las tripulaciones no les pagaban por hacer reparaciones, e incluso si lo hacían, la mayoría estaban muertas de miedo de

estar en el espacio, atadas a algo que parecía un trepamuros con unos pequeños propulsores atornillados; propulsores con la potencia justa para meterte en serios problemas antes de que te quedaras sin combustible y entraras en un vuelco. Todo el mundo conocía a alguien que conocía a alguien que estaba "cobrando horas extras permanentes", como lo llamaban, en una órbita que se desintegraba lentamente.

En cuanto a la evacuación, nadie tenía tiempo de hacer más que decir "¡Oh, mierda!" antes de que terminara la emergencia y la estación y sus ocupantes se convirtieran en escombros flotantes. WebNet tenía una colección de grabaciones de "¡Oh, mierda!" de todas las plataformas que se habían hundido a lo largo de los años. Parecía que NewsReal las pasaba cada cinco minutos durante las audiencias.

Ni siquiera habría habido audiencias si un par de grandes plataformas de WebNet no hubieran colisionado sobre Manhattan y provocado un espectáculo de luces difícil de explicar. No fue que WebNet estuviera matando gente lo que indignó al público, sino que se vieron obligados a presenciarlo. Tras presenciar algo así, la gente tuvo que procesar la tragedia —su dolor y su sufrimiento— como si fueran ellos los que se quemaban. Las audiencias solo duraron lo suficiente para que todos expresaran su indignación. Eso pronto dio paso a elogios entusiastas del proceso democrático que había permitido a los estratos más

bajos de la sociedad enfrentarse a la corporación más poderosa del mundo, como David a Goliat. Aunque en este caso Goliat no cayó, lo lamentó profundamente, y las dos docenas de Davids esparcieron sus cenizas por la costa este en lugar de lanzar una piedra letal.

Entonces las audiencias simplemente cesaron, las noticias pasaron a otra cosa, y absolutamente nada había cambiado, salvo la cantidad de chistes en el mundo con "¡Oh, mierda!" como remate. La verdad era que todo era solo un espectáculo de perros y ponis, un pequeño ritual de limpieza, y nadie iba a enfrentarse a WebNet por las condiciones laborales inseguras para la escoria espacial como ella, ni siquiera si empezaban a fabricar plataformas con chicles y latas viejas. Si unos cuantos delincuentes convictos morían para mantener la vida virtual a flote, ¿cuál era la diferencia? ¿No era un trabajo mejor que cualquier otra cosa que gente así pudiera conseguir? Deberían estar agradecidos. Esto era lo que era.

Ahora parecía que MarsCorp formaba parte del mismo círculo vicioso que WebNet y NewsReal. Habían presentado la historia de Marte como un triunfo para todos los pequeños que nunca tuvieron una oportunidad. El *Mariana* era la "nueva Miss Libertad", y había una canción y un virtual que te conectaba, despegando de Ellis Island, aterrizando en el falso Marte, una fantasmal Estatua de la Libertad iluminando el camino para todas estas personas sonrientes, hermosas y étnicamente diversas que paseaban por un Edén

teñido de rojo. Un coro del tamaño de un estadio, construido sobre la base de fuertes voces negras, proclamó un Nuevo Mundo en varios idiomas. Ella había caído en la trampa, sin duda. Se le había hecho un nudo en la garganta en el momento justo. Ella era una de las personas pequeñas, después de todo.

El entrenador le había repasado lo básico, y el SEV era, sin duda, un viejo torpe, pero Starr empezaba a cogerle el truco. Había que anticipar cada movimiento con mucha antelación y tener en cuenta la inercia. Sabía mucho de inercia por experiencia propia. Aprendió hacía tiempo que si querías que algo sucediera, tenías que levantarte del suelo y ponerte en marcha. Le llevó un poco más de tiempo darse cuenta de que había que bajar el ritmo de vez en cuando o algo aparecía y te detenía. Como un muro, un policía o un psicópata con un cuchillo.

El Sr. Burton (llámame Burt) Pangram, quien impartía el Módulo de Modificación de la Motivación en el Centro Correccional de Menores, hablaba mucho de la inercia. Se conectaba desde Richmond una vez a la semana para dar la clase en una acogedora sala virtual con sofás que parecían absorberte. Intensificaba sus ideas motivacionales poniendo la mano en tu rodilla o en tu hombro con un apretón significativo. Si te resistías a que te liberaran y le pedías una carta explicando lo rehabilitada que estabas, te invitaba a mostrársela en su sofá virtual. Muchas chicas lo hacían. Decían que no era que fuera algo real con él ni nada, que no

era sexo de verdad. Starr no lo veía así. Era como decir que Pangram no era realmente una comadreja porque solo se escabullía por internet. Pero él escribía las cartas. Ella lo reconocía. Te hacía parecer la vecina de al lado en un barrio por el que ni siquiera podías caminar sin que te arrestaran. A él le gustaba que sus chicas avanzaran, que superaran la inercia, que dejaran paso a sangre nueva.

Entró en la misión SEV que tenía en mente y esperó a que el instructor la configurara. Había dejado un hueco en el campo Weisiger para poder mirar por su ventana real. En el *Mariana,* los trabajadores se desplazaban rápidamente en pequeños y elegantes vehículos que le recordaban a las motos acuáticas de la época de la gasolina barata. Imaginó que dentro de esos trajes espaciales estaban los mismos chicos que habían paseado por la costa presumiendo. Esperaba darles una buena dosis de emoción a esos coches deportivos cuando se adentrara en el SEV.

El entrenador le informó que la misión propuesta era posible con un margen de error muy estrecho, tan estrecho, de hecho, que solo debía llevarse a cabo en caso de extrema emergencia. No había problema. Starr supuso que el engaño generalizado de un planeta entero podía describirse con seguridad como una emergencia extrema. Además, estos entrenadores siempre eran el doble de cautelosos que los pilotos reales. La *Mariana* estaba a solo unos kilómetros. ¿Qué tan difícil podía ser? Cerró el campo, configuró el simulador con alto nivel de detalle y ejecutó la misión.

Fue fácil: abrir la bodega, un pequeño impulso para despejar, otro y ya estabas en camino, un par de pequeños impulsos para corregir el rumbo, frenar, frenar, frenar, acurrucarse en el *Mariana* junto a la esclusa de aire de los trabajadores, como poner una cesta de huevos en una roca. Murió varias veces antes de acertar, por supuesto, pero para eso estaban los entrenadores. Para cuando sonó una campanilla que le avisaba que había comenzado la hora de reunión —hora de encontrarse con Powell—, pensó que podría pilotar el SEV hasta el *Mariana* con los ojos vendados. Descargó las sesiones en la memoria del SEV, para que cuando tomara los controles en la realidad, fueran como viejos amigos.

Apagó el entrenador, accedió a los LOWNR bajo su control y los configuró para que, a la orden de Starr, estropearan por completo todas las comunicaciones *del Mariana,* de modo que estuvieran encantados cuando el personal de servicio de WebNet los llamara. Fue la falsa llamada de Webster la que le dio la idea. Y mientras el *Mariana* estuviera desconectado, no podrían comprobar su versión. Ahora solo tenía que convencer a Powell de que la acompañara. Tendrían unas horas, más o menos, para terminar el trabajo una vez que lo estropeara todo y se dirigiera allí. No estaba segura de cuál *era* exactamente "el trabajo". Iría improvisando. No podía quedarse de brazos cruzados sin hacer nada.

Fue la primera en entrar al gimnasio. El aire era denso y brumoso, con un olor a hospital. El sistema ambiental vertía

una nube de desinfectante al final de cada sesión para prevenir la propagación de enfermedades. Starr estaba más preocupada por los efectos a largo plazo de respirar esa porquería química. Era como rociarla con un pulverizador de plantas con un cóctel de enjuague bucal y lejía.

El saco de boxeo, instalado justo enfrente de su puerta, aún estaba empapado por el sudor de Furay. Parloteaba sin parar mientras lo golpeaba, bailando alrededor del saco en la semigravedad como una gacela musculosa. *El campeón acribilla al retador con una izquierda, una derecha, otra izquierda, jab, jab, jab, un uppercut brutal a la barbilla,* ¡*y el público se pone de pie!* Incluso hizo ruidos, echó la cabeza hacia atrás ante los contragolpes imaginarios de su desesperado y condenado oponente, y luego se burló de él con insultos maternales o dudas sobre su género. Furay fue arrestado en serio, probablemente por eso le gustaban las chicas pequeñas.

Un par de veces, Starr lo había visto ejercitarse en tanga en los monitores de seguridad que escaneaban la zona fuera de su puerta, pero se odió después. Decían que eran los chicos los que se excitaban con los cuerpos desnudos, que las mujeres eran más románticas o algo así. No se lo creyó. De hecho, le excitaba que la imagen de Furay en los monitores no estuviera mejorada, que estuviera justo al otro lado de su puerta en todo su sudoroso esplendor, embistiendo. El sexo real tenía ese toque peligroso y seductor para ella, aunque el sexo por internet era mejor,

más largo, más intenso y siempre se veía increíblemente bien. Ayudaba que Furay fuera tan canalla que jamás abriría una puerta entre ellos dos. Prefería chupar el vacío.

La puerta de Powell se abrió sobre ella. Su lugar estaba frente al de ella en la rosquilla giratoria que era la estación. Ambos habían subido por unas escaleras de caracol desde sus aposentos hacia el centro de la estación para llegar a la puerta del gimnasio. Pero el núcleo central, donde estaba la plataforma de atraque, les impedía verse. No podía ver su puerta desde allí, pero podía oír su eco en estéreo. Había dicho que quería verlo en su casa, y el aparentemente siempre servicial Powell había accedido sin rechistar. ¿Acaso no era cauteloso porque era tres veces más grande que ella o porque era un alma confiada? En lugar de resolverlo, Starr simplemente trajo su arma.

Lo oyó acercarse por la izquierda, pasando la puerta de Crichton, y se giró para mirarlo. Sus pies, calzados con pantuflas, fueron lo primero que vio, tan grandes que hacían ruido incluso en un suelo alfombrado en semigravedad. Era realmente enorme incluso desde ese extraño ángulo escorzado. Supuso que medía un metro ochenta. No era tan corpulento como Furay, pero llenaba un mono sin una barriga prominente. Tenía la cabeza calva como el trasero de un bebé, de un negro oscuro como un africano, aunque sabía que era de Washington D. C.

Ella misma era una mezcla indeterminada de razas. No conocía a su padre, ni siquiera había visto su foto. Recordaba a su madre con aspecto de negra, asiática, quizá india o mexicana. Probablemente también había algunos blancos. Se metían con todo el mundo de vez en cuando. Pero la última vez que vio a su madre, Starr tenía seis o siete años, así que ¿qué sabía ella?

La gente le preguntaba qué era. No sabía qué decir. Incluso el Estado, que estudiaba estos asuntos, la había catalogado como "otra". Había oído hablar de *chucha, mestiza, mulata, pelirroja, nigua, racialmente diversa.* Realmente le encantaba esto último. Solo intenta decirle a una lluvia de adolescentes delincuentes: "Soy racialmente diversa. Si no me equivoco, debes tener apellido español/ascendencia africana". En los últimos años había bromeado: "Soy marciana, ¿de acuerdo?". Si podías hacer reír a alguien, normalmente no te pegaban.

No se sentía especialmente graciosa. Cuando Powell estaba a unos cuatro metros de distancia, levantó la pistola y él se quedó paralizado. Sabía que debía decir algo, pero tenía la lengua pegada al paladar. Era como si sus entrañas intentaran salir por los poros. ¿Cuánto tiempo hacía que no estaba en la misma habitación con una persona de verdad? Ni siquiera lo recordaba. Al menos un par de años. Fue con el médico que la cosió. Y el médico era una mujer.

"¿Me invitaste aquí para dispararme?", preguntó Powell, señalando el arma.

Las cámaras de seguridad lo captaban todo, pero estaba convencida de que nadie en Earthside los vigilaba. Estaban allí para que la tripulación pudiera vigilarse mutuamente. Le temblaba la voz, pero logró hablar. «Quiero que me acompañes al *Mariana.* Tengo algo que hacer allí. Si voy sola, sabrán que no soy de fiar».

“¿La *Mariana?*”

“En el SEV.”

No pensé que quisieras caminar. ¿Qué planeas hacer por allá?

—Yo me encargo de todo. No tienes que hacer nada más que estar presente y parecer oficial. Él negó con la cabeza. —Te pagaré —intervino ella. ¿Por qué no? Era solo dinero. No le hacía ningún bien.

“Todavía quiero saber qué estás haciendo”.

"Preferiría no decirlo."

Ya veo. ¿Me estás pidiendo que te ayude a robar un equipo de WebNet, a llevarlo a una acción prohibida, y ni siquiera me vas a decir para qué?

No es robar. Somos personal de servicio.

“¿Tienes una orden de trabajo?”

"No."

“Entonces es robo en lo que respecta a WebNet, intrusión en lo que respecta a MarsCorp”.

“Todos son parte de lo mismo.”

—Claro que sí. ¿Y qué cambia eso? Tú y yo no estamos en su lista de invitados. Somos la ayuda.

Punto muerto. Con o sin escopeta, aún tenía que persuadirlo, y ambos lo sabían. "¿Cómo sé que puedo confiar en ti?"

Se rió y negó con la cabeza. «Eres demasiado. Eres tú quien me apunta con una escopeta en una estación espacial para obligarme a cometer un delito, ¿y quieres saber si *puedes* confiar *en mí?* Mierda. Creo que soy yo quien tiene problemas de confianza».

Bajó la escopeta y él asintió, agradeciéndole la situación, pero dio un paso atrás. Ella suspiró. «Supongo que tengo que contarte lo que está pasando».

—Quizás no. Quizás quiera volver a mi cuartito, conectarme a internet, tocar la flauta, meditar y no

preocuparme por eso. —Señaló con el pulgar por encima del hombro mientras seguía retrocediendo lentamente.

—Para —dijo—. ¡Por favor!

Se detuvo. Perdió la media sonrisa irónica que llevaba desde que apareció.

Incluso se sorprendió a sí misma de lo patética que había sonado. Se imaginó a Crichton y Furay pegados a sus monitores, escuchando.

Powell dio un paso hacia ella, luego otro. Ella reprimió el impulso de levantar la escopeta. Él se inclinó, como un gigante de cuento, con las manos sobre las rodillas, de modo que ambos eran casi de la misma altura. No la tocó, pero estaba cerca. Olía a corteza de árbol. "¿Qué pasa, Starr?", preguntó en voz baja. "¿Qué ha pasado?"

Podrían haber estado en alguna página de citas virtuales, y él era un buen tipo hecho a medida en quien podía confiar y no volver a verlo jamás. Se aferró a la comodidad de esa fantasía mientras se lo contaba todo. Una vez que empezó, no pudo parar. Lo expuso en una larga y divagante narrativa, entrelazada con sus sueños, decepciones y buenos fragmentos de su biografía, aunque la esencia era bastante simple: todo el asunto de la Colonia Marte era un montón de mentiras, pero iba a descubrir la verdad o morir en el intento. Y no dijo esto, aunque él probablemente lo

adivinara: de una forma u otra, iba a hacer pagar a esos cabrones.

"Muéstrame", dijo cuando terminó. Para entonces, ambos estaban sentados en el suelo frente a la puerta. Ella no dijo nada, así que él pensó que no entendía. En realidad, iba un par de pasos por delante de él. "Quiero ver los datos reales", dijo. "¿Me los enseñas?"

"Están en mi computadora. Puedo ejecutarlos en mi lugar", dijo. Le tomó un momento decidir si era un sí o un no, pero él ya se estaba poniendo de pie. Ella hizo malabarismos con sus miedos. Finalmente, le preguntó: "Si te muestro los datos y son como te digo, ¿me prometes ayudarme?".

Él no dudó. "Claro. Si es como dices". Le ofreció la mano para ayudarla a levantarse, pero ella fingió no verlo y se levantó por sí sola, con cuidado de no darle la espalda.

Quizás mentía, quizás resultaría muerta. Cualquier cosa era mejor que quedarse sentado quejándose sin hacer nada. Lo hizo mantenerse a distancia mientras ella cerraba la puerta con el pulgar. Esperó a que llegara al final de las escaleras antes de bajar. Cerró la puerta tras él, y el *chasquido* del cerrojo le aceleró el corazón. Al entrar en su habitación, se acercó a la ventana y miró hacia afuera, silbando levemente. «La mía no abre», dijo.

“La mía no cierra.”

“¿Así es como pasas el tiempo, mirando desde esta ventana el *Mariana?*”

“Y las estrellas.”

Eso pareció complacerlo, lo que la puso aún más nerviosa. No perdió el tiempo con cortesías de anfitriona, sino que le hizo un lugar para sentarse y analizó los datos como una pantalla pasiva.

Se sentó a un lado, observándolo mientras lo asimilaba. No quería volver a mirarlo. Ya había sido bastante duro la primera vez. Una segunda vez, y podría perder el valor, su única virtud, cuando llegara el momento.

Media hora después, las venas de Powell se le marcaban en el cuello como enredaderas, y cada nuevo dato traía consigo un torrente de obscenidades murmuradas, tan bajas que no se entendían todas, solo las suficientes para saber que no querías oír el resto. No estaba segura de por qué estaba tan cabreado. Una vez le había dicho que pensaba que la colonia de Marte era un desperdicio colosal de dinero que podría invertirse mejor en ayudar a la gente de la Tierra. No es que fuera tan estúpido como para pensar que eso *pasaría alguna vez.* Pero ella entendía lo que quería decir. Pero en algún momento debió de caer en la euforia del Nuevo Mundo, quizá no tan entusiasmado como ella, pero

en cierto modo. A pesar de su tamaño, él también era de los pequeños. Quizá simplemente estaba cansado de que lo manipularan y le mintieran.

Señaló su computadora. "¿Te importa si la miro más de cerca?"

"Eres mi invitado."

Abrió una calculadora y varios sitios de referencia, incluyendo algunos que Starr nunca había visto. Uno era un simulador meteorológico y otro tenía que ver con el análisis de suelos. Por alguna razón, llamó a esa cosa de la relación de combustión de combustible/oxígeno que parecía dirigida a mecánicos de autos clásicos. Mientras exploraba los datos, prestó más atención a las condiciones de la superficie que a las habitaciones, que prácticamente ignoró. Lo hizo todo pasivamente, evitando la experiencia de asfixia o hipotermia. Luego pasó un buen rato revisando algunas lecturas que ella no se había molestado en revisar, ya que no había imágenes. La profundidad era una variable recurrente, así que ella supuso que eran datos de sensores subterráneos. Siguió profundizando cada vez más, y ella lo imaginó como un elegante topo negro excavando en la tierra marciana con la misma facilidad que una ballena buceando hasta el fondo del océano.

“¿Podemos empezar?” preguntó después de un rato.

Él sólo gruñó.

Ella preguntó de nuevo, esta vez más fuerte.

—No me apresures —dijo—. Encontré algo.

–Todo esto es una mierda, ¿verdad?

Están haciendo *algo* ahí. ¿No quieres saber qué es?

“Por supuesto”, dijo ella, pero estaba más interesada en llegar a *Mariana.*

Proyectó unos gráficos en el aire, entre ellos, que mostraban la evolución de las condiciones de la superficie marciana: temperatura, densidad atmosférica, niveles de oxígeno, vapor de agua, vientos. «Bueno, sí, están terraformando, pero no tan rápido como quieren que todos piensen. No es eso lo que intento averiguar. Es la fuente de energía lo que es demasiado extraña».

Hay uranio, ¿verdad? ¿Reactores? Supuestamente ese fue uno de los grandes descubrimientos: grandes cantidades de uranio, suficiente para abastecer a la colonia durante milenios, quizá incluso para la Tierra, que se encontraba hambrienta de energía.

Revisó algunas cifras y lo apagó. "No. Petróleo. He trabajado en alta mar, oleoductos, refinerías, de todo. Están extrayendo petróleo, produciendo combustible".

Estás loco. No hay petróleo en Marte. Imposible. Para encontrar petróleo se necesitan pantanos, árboles y plantas de hace mil millones de años, ¿verdad? Es orgánico. *Nunca* ha habido vida en Marte. Ellos colonizaron ese planeta, ¿recuerdas? Eso es lo que lo convierte en un lugar tan bueno para colonizar. No hay riesgo de enfermedades. No hay ecosistema que arruinar.

Eso dice MarsCorp. Ya hemos determinado que mienten en todo lo demás. ¿Por qué no mentirían también en esto? El descubrimiento de compuestos orgánicos complicaría la colonización diez veces más. Deben de querer el lugar con mucha urgencia.

“¿Por el *petróleo?*”

—No. Eso nunca sería rentable.

Rentable. Multiplicado por diez. Parecía un maldito experto en empresas. "¿A quién le importa la fuente de energía? Quiero saber por qué Freedom City parece una maldita cárcel. ¿Viste ese sitio?"

Está diseñado para requerir mucha mano de obra. Muchos trabajadores, sin mucha automatización. Es más barato y más flexible que las máquinas. No es una gran vida, pero no está hecho para ellos.

“¿Entonces para quién es?”

La miró divertido. "¿Quién te *crees?* ¿Para quién es todo? El Hombre. El que paga todo esto con tu dinero y el mío. Créeme. Pase lo que pase, sigue el dinero y no te equivocarás. En uno o dos años, cuando la terraformación haya tenido un poco de tiempo y empiece a tomar forma, el Hombre entrará, se apoderará de todo y dirá que siempre fue suyo."

Ella no podía discutir eso. "¿Pero qué pasa con estos trabajadores encerrados en una jaula bajo tierra? ¿Por qué lo hacen así?"

“¿Alguna vez has oído hablar de llevar un canario a una mina de carbón?”

Un escalofrío le recorrió la espalda. Había oído hablar de eso, de hecho. También había oído hablar de las duchas de Auschwitz.

***

Mientras la esclusa evacuaba lentamente el aire a su alrededor, flotaban en sus arneses, esperando en silencio. Starr estaba a los mandos. El pilotaje le había correspondido tras una breve conversación en la que no fue del todo sincera, pero tampoco mintió del todo.

¿Estás entrenado para pilotar esta cosa?

—Claro. Es muy sencillo.

¿Estás seguro de que llegará hasta allí?

Claro. No hay problema. Ya lo revisé.

“Espero que sepas lo que estás haciendo”.

—Yo también. Ja, ja.

Ninguno de los dos había llevado traje espacial desde que se certificaron. La certificación requería una sesión de entrenamiento de tres horas, quince minutos de los cuales se pasaron dentro del traje, subiendo y bajando ruidosamente bajo la supervisión de un instructor de simulación que explicó que las sensaciones en gravedad cero serían algo diferentes. La sensación era la de estar envuelta en medias presurizadas con un cubo de basura en la cabeza: un cubo de basura con una pequeña ventana que proporcionaba cero visión periférica y no más de veinte grados hacia arriba o hacia abajo, con la claridad óptica del plástico mugriento. Sobre la ventana, en el interior del casco, había una hilera de luces verdes que se suponía que la harían sentir segura. Una de ellas se volvió ámbar y la miró. Estaba etiquetada como "Rata corazón". Intentó disfrutar del humor negro y soltó una risa nerviosa, salpicando el interior de la ventana con saliva. Levantó la mano para limpiarla y se sintió como una completa idiota. Quizás debería haber elegido la opción *de traje* en el entrenador SEV para acostumbrarse, pero lo único que recordaba de los trajes espaciales era que no le gustaban.

Así que anuló la configuración predeterminada del simulador. No deberían haberle dado esa opción. ¿Para qué aprender a pilotar un SEV sin traje? ¿Qué harías, aguantar la respiración?

Mientras expulsaban el último aire de la esclusa, imaginó algún pequeño detalle de las instrucciones que había olvidado o malinterpretado y que pronto la llevaría a la muerte. *(No aprietes demasiado...) ¿*No aprietes demasiado *qué? No lo recordaba. ¿Qué significaba* "apretar demasiado"? Si mueres, ¿has apretado demasiado?

Las puertas de la bodega empezaron a abrirse y Starr dio un salto, temblando como gelatina en su arnés. Miró a Powell, que parecía tan aterrorizado como ella. Echó la cabeza hacia atrás para mirar hacia arriba, intentando imaginar que estaba de vuelta en el entrenador virtual, donde sabía lo que hacía. Su corazón seguía latiendo a mil por hora y le temblaban las manos. Una vez más, era hora de vencer la inercia. Había dado la orden de estropear las comunicaciones *del Mariana* antes de que se pusieran los trajes. El tiempo corría. Había jugado su mano. Dentro de una o dos horas, a menos que hiciera *algo,* la seguridad de WebNet estaría invadiendo el *JP Morgan,* y todo lo que había hecho quedaría en nada.

Maldita sea, Starr, se regañó. *Hazlo.*

Respiró hondo y apretó, dándole un pequeño empujón a los propulsores, y el SEV arrancó de la bahía muy despacio y no del todo recto. Tuvo que corregir incluso antes de que salieran de la bahía para evitar rozar el borde, y entró en un giro. Salieron de la estación como un dado saliendo de una coctelera. Intentó desesperadamente encontrar el toque correcto en los controles. Todo estaba mal, nada que ver con el entrenador, completamente desequilibrado. Entonces se dio cuenta, en una parte tranquila de su cerebro que no gritaba de terror, de que no había tenido en cuenta la masa de Powell y su equipo al experimentar con el entrenador. Tampoco había tenido en cuenta que la simulación del entrenador permanecía inmutable en el capullo de la realidad virtual, mientras que el SEV real había permanecido en la bahía durante unos diez años, dejando que la entropía hiciera lo que quisiera. Cada pequeño propulsor estaba ligeramente desviado, como una vieja choza en la que nada estaba a plomo ni paralelo.

Pensó en casas antiguas, edificios antiguos, lugares estrechos que se descontrolaban aunque parecían estar inmóviles. Todos los lugares en los que había vivido eran así, ninguno por elección propia hasta este lugar, el espacio. El No–lugar. Ningún sitio, sin gravedad, nadie. Solo ella. Y un punto fijo. El *Mariana* serviría. Primero el cabeceo, luego el balanceo y la guiñada. Hasta que se detuvieran. Las estrellas fijas en sus lugares. El SEV estaba estacionario, la Tierra sobre sus cabezas, el *JP Morgan* a una docena de metros

bajo sus pies y el *Mariana* a unos pocos kilómetros justo delante. Habían gastado un tercio de su combustible y no estaban más cerca de su destino, pero ella tenía el control.

"¿Estás bien?" le preguntó a Powell por el intercomunicador.

"Estupendo", dijo con voz temblorosa.

Los propulsores estaban un poco desfasados. No se atrevió a mirarlo. Le dio una patada al SEV y comenzaron a avanzar hacia el *Mariana* ligeramente desviados, con la esperanza de poder detenerse cuando llegara el momento.

Había dejado su arma atrás. Ella y Powell solo llevaban sus identificaciones de representantes de servicio de WebNet y un impresionante arsenal de herramientas y equipos de prueba. Al parecer, su sabotaje había funcionado. Las motos espaciales revoloteaban alrededor del panel de comunicaciones como abejas alrededor de una flor. Tampoco llevarían armas. Eran trabajadores, personal de servicio como ella y Powell, solo que mejor pagados. Uno de ellos tomó la sencilla medida de apuntar al SEV que se acercaba, y en apenas quince segundos, ella y Powell estaban rodeados por motos espaciales. Starr mostró su identificación como una cruz ante los vampiros, arriba, abajo, de lado a lado.

Al menos no tuvo que aterrizar. Sujetaron cables al VES y los remolcaron hasta una enorme bahía con espacio suficiente para un transbordador, aunque estaba vacía en ese momento. Ella y Powell fueron sacados del VES como carga y flotaron hacia una esclusa de aire con una docena de trabajadores. Había flechas por todas partes para indicar dónde poner los pies. A medida que el aire llenaba el habitáculo, todos los demás se volvieron más pesados y se asentaron en el suelo, mientras que Powell y Starr seguían flotando. Starr había oído hablar de esto. La *Mariana* no usaba fuerza centrífuga para simular gravedad como lo hacía la estación. Tenían un sistema de gravedad artificial completamente nuevo. En realidad, no era gravedad en absoluto, sino puntos magnéticos en todo el torrente sanguíneo atraídos por electroimanes especiales en el suelo, creando la ilusión de peso. La IA lo controlaba todo.

Se encendió una luz verde y los trabajadores comenzaron a quitarse los cascos. Starr y Powell siguieron su ejemplo. Con un gesto de la mano y unas cuantas inhalaciones, quien parecía ser su guardián les indicó que respiraran profundamente varias veces. Obedecieron y se desplomaron gradualmente en el suelo mientras el sistema de gravedad artificial aerotransportado se instalaba en su torrente sanguíneo. Nadie les hablaba. Starr no lo soportaba más. Esto se parecía demasiado a un arresto; no era el tono adecuado.

“Apuesto a que se sorprendieron de vernos. Somos de la plataforma WebNet de allí, *JP Morgan,* recibimos un aviso de que sus comunicaciones estaban caídas y deberíamos revisarlas. Los pondremos en funcionamiento de nuevo en un santiamén”. Les sonrió a todos, y varios le devolvieron la sonrisa, pero nadie dijo nada. Uno de ellos señaló por encima de sus cabezas justo antes de que se abrieran las puertas. Había un conjunto de sensores allí arriba grabando el parloteo de Starr. El que había señalado la tomó del codo como si fuera una ancianita que necesitara ayuda con las escaleras y la sacó de la esclusa de aire. Un hombre sin traje espacial con ropa casual de Desechar, de esas caras que parecen pijamas de seda, los estaba esperando. Su identificación decía que era Terence Cassawalter, administrador. “¿Quiénes son y qué hacen aquí?”, preguntó.

Ella actuó como si estuviera encantada de que le hubiera hecho esa pregunta. "Como les estaba explicando, somos de la plataforma WebNet de allí". Señaló por encima de su hombro izquierdo, aunque no tenía ni idea de dónde estaba la estación desde allí. "La red se cayó en esta zona, y vinimos para que volvierais a estar en funcionamiento".

“No solicitamos asistencia técnica”.

Soltó una risita condescendiente. "Ah, pero no tenías por qué. Forma parte del Plan de Servicio Completo de WebNet: a la primera señal de fallo, el sistema emite una solicitud de servicio automática, seguida del despliegue inmediato de

personal de servicio cortés y cualificado". Resistió el impulso de darle un golpe bajo la barbilla o pellizcarle la mejilla. Durante un breve tiempo, Starr se había mantenido escribiendo cheques sin fondos en una época en la que escribir un cheque en lugar de usar un chip inteligente era en sí mismo una actividad sospechosa. Descubrió que si perseverabas y eras dolorosamente sincero, con el tiempo la gente acababa creyéndote casi todo lo que les decías, tanto para deshacerse de ti como para cualquier otra cosa. Pero sospechaba que Terence Cassawalter, el administrador, necesitaba una especie de cierre, algo oficial, algo, con suerte, escaneable. Darle siempre al cliente lo que quiere. Sacó su identificación del traje, la de Powell del suyo y se las entregó a Terence Cassawalter, el administrador. "Seguro que querrás escanearlas".

Claro que sí. Era un ejercicio inútil: el *Mariana* no se comunicaba con *nadie,* ni siquiera con WebNet. Pasaría un tiempo antes de que WebNet descubriera que sus empleados habían empezado a hacer visitas a domicilio. El escáner solo almacenaría su información en el sistema y consultaría cualquier base de datos que tuvieran a bordo, que solo confirmaría que eran quienes decían ser. No eran precisamente ciudadanos modelo, pero ¿qué se podía esperar con ayuda espacial?

Resultó ser una buena estrategia. Cassawalter pasó las identificaciones por una terminal junto a la esclusa de aire como si eso zanjara el asunto de una vez por todas y las

devolvió, buen trabajo. "¿Adónde necesitan ir?", preguntó. No había nada como delegar tu cerebro en una computadora para disipar sospechas.

Tendremos que empezar por su ordenador central para asegurarnos de que siga correctamente configurado y descartar la posibilidad de una infección viral. Es improbable, pero nunca se sabe. Después, puede que tengamos que recalibrar el conjunto de comunicaciones. A decir verdad, esto es un desastre. Una vez que revisemos los esquemas en línea, deberíamos tener una idea más clara del acceso específico necesario. No debería llevar más de unas horas.

Iba improvisando sobre la marcha. Si sigues hablando, tan franco que parece que vas a empezar a leerles tu diario, ¿cómo puedes estar ocultándo algo? ¿No sería más discreta si intentara ser sigilosa? Si le hubiera dicho conciso: «Quiero acceso sin restricciones a tu ordenador central», se habría negado.

Mientras los conducían al corazón de la nave (o más apropiadamente, al sistema nervioso central), Powell captó la mirada de Starr y asintió con la cabeza, lo que le indicó que estaba impresionado con su actuación, aunque tal vez nunca más volvería a creer lo que dijera.

Starr había pasado muchas horas virtualizando esta nave, fantaseando con que algún día estaría a bordo. Incluso con

lo que sabía ahora, seguía siendo emocionante recorrer esos pasillos. Era esencialmente un módulo de mando y salas comunes en la parte superior, con una gigantesca plataforma de estacionamiento para las lanzaderas de los colonos abajo, una gran cuadrícula similar al SEV, pero a una escala mucho mayor, con huecos de ascensor que la atravesaban. En una de las metáforas favoritas de los medios, la *Mariana* era como una gran colmena suspendida en órbita, diseñada para acoger un enjambre de colonos de la Tierra y transportarlos a la órbita de Marte, donde volarían a su nuevo jardín. Eso parecía ser cierto. Como había señalado Powell, aunque la atmósfera de Marte no era respirable, habían aumentado mucho la densidad para que las grandes lanzaderas pudieran aterrizar. Alguien iba a Marte en esta nave, y por lo que parecía, sería pronto. La nave estaba lista. Ya nadie parecía construir nada, sólo probar, ajustar, calibrar.

A diferencia del Marte real y el virtual, las dos *Marianas* se veían prácticamente iguales. El equipo era idéntico. En las virtuales, la tripulación era solo decoración, deliberadamente genérica para darle a la nave un aspecto habitable sin ser una distracción excesiva. Sin embargo, mientras los guiaban por la nave real, Starr estudió a la gente real en busca de pistas. La mayoría llevaba uniformes que parecían una mezcla entre militares y de equipos deportivos, como en las virtuales, pero no tan elegantes. Webster le había contado que había un gran negocio de imitaciones

"oficiales" de estos uniformes. Había cinco colores diferentes, varios rangos y adornos. Venían empaquetados con diferentes hamburguesas en la unidad de comida.

Starr observaba las caras de la gente al pasar Cassawalter. No parecía ser un tipo muy popular. La mayoría no eran tripulantes. Los uniformes dejaban bastante claro su clasificación. Los trabajadores llevaban monos de tamaño similar a una bolsa de papel, con sus nombres grabados y las perneras de los pantalones demasiado cortas, siempre demasiado cortas.

La tripulación llevaba chaquetas que parecían casi de tela, con parches con nombres cosidos. Se suponía que debían parecer "navales", había dicho el diseñador en una entrevista. Lo que fuera que eso significara. Starr pensó que parecían camareros de un club de campo. Las personas importantes, las que vestían de forma "casual" al nivel de precios de Cassawalter, a las que saludaba al pasar, eran unas seis o siete de las cien que Starr supuso que había a bordo. No se cruzaron con nadie de rango superior a Cassawalter, ya que todos hablaban primero, así que este ocupaba un puesto bastante alto en la cadena de mando. Probablemente no era el jefe. Lo más probable era que esa persona estuviera en sus aposentos.

Al observar los rostros de los trabajadores y la tripulación, dudó que muchos tuvieran idea de lo que realmente estaba pasando. Parecían demasiado alegres para ser esclavistas,

trabajando como si fuera el estreno de una obra escolar. La gente importante, sin embargo, parecía un poco demacrada, tal vez incluso enferma. Starr podía comprenderlo. Mentir te agotaba, te ponía nervioso. La gente se enoja cuando descubre que le han mentido. Según Starr, no había más de quince o veinte personas en este barco que supieran la verdad. Quizás solo se necesitaría una persona para arruinarlo todo. Dos, contando a Powell.

Su destino, el sistema informático de la nave, era un lugar donde Starr nunca había estado en el mundo virtual. Fue eliminado por razones de seguridad. Las puertas, las paredes, el suelo y el techo estaban adornados con advertencias de que solo el Personal Autorizado podía entrar. Voces en varios idiomas también anunciaban la noticia. Starr y Powell permanecieron en medio del bullicio mientras la computadora los escaneaba molécula por molécula. Mientras tanto, Cassawalter negoció su permiso para entrar ofreciendo la autoridad de su retina, su ADN y su perfil de feromonas.

Las puertas se abrieron y entraron en un campo Weisiger que representaba un cubículo gris y anodino de diez metros de lado. Las puertas se cerraron tras ellos. La imagen de un guardia de seguridad musculoso salió de la pared y le pidió a Cassawalter que identificara a sus invitados. Tenía una voz extraña y chillona que lo hacía aún más siniestro.

El personal de servicio de WebNet debe restablecer la comunicación. Su identificación ha sido registrada y verificada.

El simulador parecía estar escuchando, pensando. «Solicito verificación de Operaciones WebNet», dijo.

Cassawalter suspiró. «No hay comunicación con Operaciones de WebNet en este momento. Anule el protocolo de seguridad normal para gestionar esta emergencia».

—¿Bajo su autoridad, señor Cassawalter? —preguntó el sim amablemente.

"Sí."

El sim volvió a quedar pensativo. «Acceso concedido. ¿Hay algo más?»

"Muéstrenos dónde conectarnos", se ofreció Starr. Cassawalter la miró sorprendido, pero ella estaba preparada. "Esta tiene que ser una operación con cable. Tenemos nuestras propias preocupaciones de seguridad. El protocolo de propiedad intelectual nos permite ejercer la discreción que consideremos oportuna en la implementación de equipos y software protegidos, incluyendo, entre otros, el uso de acceso directo blindado y la exclusión del personal ajeno a WebNet del lugar de trabajo".

Cassawalter sonrió o se burló; era difícil distinguir cuál. "¿Me estás diciendo que me vaya?"

Solo estoy indicando los términos de nuestro contrato de servicio. Si no desea el servicio en este momento...

—De acuerdo, de acuerdo —dijo al aire mientras salía. Yo, Terence Cassawalter, autorizo el acceso directo y sin restricciones al sistema informático al personal conectado a WebNet en este momento por... ¿Cuánto tiempo necesita?

“Unas cuantas horas deberían bastar”.

"Dos horas." Las puertas se abrieron, Cassawalter salió sin siquiera despedirse, y las puertas se cerraron tras él. El sim señaló un panel de acceso que apareció de repente en la pared. Starr lo abrió y conectó su computadora. Encontró la configuración de la interfaz y apagó el campo Weisiger. El cubículo y el guardia desaparecieron.

—¡Madre mía! —exclamó Powell. Estaban en una habitación enorme. En el centro flotaba una constelación de hardware que habría empequeñecido al *Morgan.* Starr no podía hablar. Sabía que debía ser enorme, pero no estaba preparada para algo así. No podía imaginar que todo esto fuera solo para controlar la nave. Debían de tener planes más ambiciosos, como controlar un planeta entero.

—¿Y ahora qué? —susurró Powell.

“Descubrimos qué está pasando”.

“¿Y luego qué?”

"Todavía no lo sé." Tenía la estructura de archivos en su computadora. Era inmensa, densa: la computadora de Dios, o al menos la de Noé. No fue difícil encontrar Marte. Dejó a la IA creando las caricaturas de Marte en paz por ahora y se dedicó a los datos básicos. Encontró un archivo llamado RESUMEN DE LA MISIÓN. Como la mayoría de los archivos que parecían interesantes, estaba etiquetado como RESTRINGIDO. Ahora descubriría cuán literalmente interpretaba la computadora las instrucciones tan generales de Cassawalter. Dio la orden y se abrió como una flor.

—Me sorprendiste —dijo Powell—. Pensé que eras...

Ella lo miró. "¿Loca?"

"Tímida."

La miraba de otra manera. Como si fuera diferente, como si realmente fuera la hermana astuta que fingía ser. «Soy tímida. Extremadamente tímida. Que pueda engañar a alguien no significa que no sea tímida». Se giró para observar la pantalla. «Alguien a quien intentas estafar, como Cassawalter, no es real. No es una persona. Es como una obra de teatro».

“Para ser tímida necesitas a otra persona”.

“Sí, exactamente.”

"Gracias."

"¿Por qué?"

“Por decir que soy una persona.”

Ella no sabía si él se estaba burlando de ella o no.

“¿Te importa si te pregunto algo?”

—Supongo que no —dijo ella sin mirarlo.

“¿Siempre eres tan intensa?”

“¿Esa es la pregunta?”

"Sí."

«Solo cuando tengo miedo». *Que es casi siempre,* añadió para sí misma. Pero él probablemente ya lo notaba.

Ahora observaba la exhibición con ella, con los brazos cruzados. «Supongo que estás al mando de esta expedición», dijo. «Si quieres que haga algo, dímelo».

“No te quedes muy cerca.”

Él se apartó de ella y ella miró para ver si estaba enojado por eso, pero él le dio la sonrisa más agradable.

CUARTA PARTE

El Nuevo Mundo

Había aprendido mucho en los últimos dos años. Ya no era la mujer que, por ser extranjera, pensaba que esta no era su Revolución.

—ROSA KING

CAPÍTULO TRECE

Para cuando Santee llegó a La Estrella la noche del asesinato de Jorge, ya había reducido el misterio de su muerte a un solo enigma. ¿Por qué habían actuado sus asesinos *antes* de que él contactara con Santee? Obviamente sabían que era zapatista y que tenía una cita en el *zócalo.* ¿Por qué asesinar a Jorge antes de que tuviera la interfaz de contrabando en su poder, antes de poder detener no solo a Jorge, sino también a su contacto? ¿Eran simplemente ineptos, o tenían otro propósito? La única forma en que tenía sentido era si querían evitar que Santee se reuniera con Jorge, y dejarlo en libertad.

Jorge era de Tziscao, un pueblo cerca de la frontera con Guatemala, a unos cien kilómetros en línea recta, casi el doble por carretera. Santee y Margaret se habían alojado allí años antes, cuando Jorge era niño. Trabajaba en el albergue,

viendo viejas películas del oeste mexicanas en la televisión por las noches y durmiendo en un catre en la cocina. Habían aprendido a no preguntar demasiado sobre la familia. Podría tener parentesco con los adultos que dirigían el lugar o no. La guerra de baja intensidad había sido particularmente intensa en la zona, donde el apoyo rebelde era fuerte y tenaz. Lo que a primera vista parecía una sola familia podía resultar ser los restos de tres o cuatro familias destrozadas. Santee debía haber entregado doscientas dosis de la interfaz a Jorge para que se las llevara a esas familias.

Quizás Jorge también tenía algo para Santee. Información, quizá.

Había decidido entregar la interfaz en persona, a ver si podía averiguar por qué habían asesinado a Jorge. Fuera cual fuera el motivo, los asesinos probablemente contaban con que lo dejara pasar. Eso era lo que se suponía que debía hacer. En un cobertizo más allá de las ruinas, había un coche que Santee podía usar si las cosas se ponían feas, para huir, para volver a Estados Unidos. ¿Era ese su hogar? No lo sabía. Dudaba que estuviera más seguro allí. Y si el gobierno realmente lo estaba siguiendo, ¿hasta dónde llegaría rumbo al norte? ¿Cómo cruzaría la frontera con toda esa nanomierda en las venas? Aparecería en la vigilancia electrónica como una bomba inteligente con patas.

No importaba. Tenía que ir al sur. Tenía que averiguarlo. Recordó los ojos de Jorge. Había visto a Santee, y se

iluminaron al reconocerlo. ¿Y algo más? Alivio, tal vez. Al instante siguiente, Jorge vio a los cuatro hombres acercándose a él y supo al instante que iba a morir. No le sorprendió que cuatro asesinos profesionales hubieran sido enviados a matarlo. Sabía algo importante, algo por lo que valía la pena matar. Santee tenía que averiguar qué era antes de que mataran a alguien más.

Al menos a la luz de la luna, Rancho Estrellita no parecía haber cambiado nada. Las pequeñas *cabañas* estaban alineadas con vistas al valle. La enorme camioneta estadounidense de Zack se alzaba imponente junto a la casa. Todo estaba oscuro. Podría colarse en una de las *cabañas,* robar un poco de electricidad y seguir su camino. Intentó ver si alguna estaría vacía. Todas estaban a oscuras, pero era tarde. Tendría que arriesgarse.

Necesitaba cinco minutos para escribir rápidamente un mensaje virtual en disco que le dijera a Margaret adónde iba. El mensaje que tenía en mente solo sería inteligible para ella. Por desgracia, la batería de su ordenador estaba baja y el de reserva se estaba cargando en su habitación de hotel en Ocosingo. Cuando recibiera el mensaje de una sola palabra que él había dejado en la interfaz —*Vórtice*—, sabría dónde buscar. Incluso en esas circunstancias, la imaginó sonriendo ante su elección de escondite y se sonrió a sí mismo. Pronto, muy pronto, la volvería a ver.

Se dirigió hacia las *cabañas,* pero al entrar en el camino de caliche, oyó un gruñido desconcertado, se giró y vio a Zack de pie bajo la luz de la luna; su cabello plateado y su rostro pálido lo hacían parecer un fantasma en un camino fantasmal. El olor a marihuana flotaba en el aire. Encendió un cigarrillo con mucho tintineo de su Zippo y añadió una nube de Marlboro a la mezcla. Si se había asustado al ver a Santee en su patio trasero en plena noche, no se notó. "¿De verdad?", preguntó en broma. "Estaba pensando en ti, y aquí estás".

Santee intentó imitar la estudiada despreocupación de su anfitrión. Podía entender cómo Zack se desenvolvía en las difíciles aguas de México. Era tan tranquilo que parecía casi un macho, sin tener que pelear con nadie para demostrarlo. "¿Y por qué estarías pensando en mí, Zack?"

¿Bromeas? ¿Un agente de IE en la ciudad? Mierda. Todo el mundo en el sector turístico sabe que te has estado quedando en casa de Felix, grabando esto y aquello. ¿Cómo está, por cierto? Siempre me ha caído bien Felix.

Por supuesto. Zack seguía buscando su gran oportunidad. Santee no pudo evitar una comparación poco favorecedora con Rosa King. «*Estamos en el lado equivocado, tú y yo, desde el momento en que pusimos un pie aquí, a pesar de nuestras mejores intenciones...*». Fueran cuales fueran las intenciones de Zack, Santee dudaba que fueran las mejores.

Félix está bien. Pero quería algo diferente, lejos del bullicio, y pensé en ti. ¿Tienes alguna vacante?

Zack se quitó el sombrero de paja flexible y se dirigió hacia las *cabañas.* «Vacío como el corazón de un rico. Elige la que prefieras».

Santee señaló con la cabeza la más cercana. "Esta estará bien".

—Excelente elección. —Zack buscó equipaje en el suelo, a los pies de Santee—. ¿Viajas un poco ligero, verdad?

Santee señaló su mochila casi vacía. "Solo esto. Me gusta improvisar".

Zack se rió entre dientes. "Es una pena que las cosas no hayan funcionado entre tú y George".

“Supongo que no soy muy espiritual”.

—George tampoco. ¿Te gustaría darte un baño antes de acostarte? ¿Un poco de brandy? ¿Un puro cubano?

—No, gracias. Estoy muy agotado. Y él también. Sueños extraños lo habían atormentado durante días. Sin embargo, dormir tendría que esperar.

Zack lo dejó entrar en la *cabaña* y le dio la vuelta a la cama. Se detuvo en la puerta al salir. "¿Lo pagas con tarjeta, lo compro en Internet Explorer o qué?"

Santee tenía algo de efectivo en una riñonera, pero eso podría despertar aún más las sospechas de Zack, y lo necesitaría más adelante. De mala gana, entregó su tarjeta de crédito. Podría haber encendido una bengala si alguien lo perseguía, pero no debería estar aquí tanto tiempo como para que importara.

Media hora después de que Zack usara la tarjeta de crédito de Santee, sonó el teléfono. Zack estaba sentado en la cocina esperando la llamada y contestó al primer tono. No quería que Edie contestara.

Era Huerta. "¿Tiene un Señor St. John en su establecimiento esta noche, amigo?"

No tenía mucho sentido mentirle a Huerta, pero Zack tampoco quería darse por vencido y suplicar. Fingió un gran bostezo que se volvió real, y luego murmuró: «Sí, está aquí. Seguro que está dormido. ¿Qué hora es, por cierto?». Zack vio cómo el reloj digital de la estufa marcaba la medianoche.

“Quiero que te asegures de que duerma bien”.

La cabaña de Santee seguía iluminada. «Puedo ver la *cabaña* desde aquí. Todas las luces están apagadas».

“Tal vez yace sin dormir en la oscuridad, víctima del insomnio”.

La voz de Huerta había adquirido un tono homicida. Zack no debería tentar más a la suerte. "Espera". Salió por la puerta de la cocina, cruzó la calle hacia la *cabaña* y llamó a la puerta con el teléfono en la mano. Se inclinó y miró por la ventana. No le sorprendió ver la cama vacía. "No contesta. Como dije, debe estar dormido".

“Mira dentro.”

Zack obedeció, armando un escándalo para Huerta. El lugar era diminuto y no había dónde esconderse. La ropa de cama estaba un poco arrugada donde Santee se había sentado, pero nada más. La ventana trasera estaba abierta. Se acercó y miró hacia afuera. Desde allí pudo ver la cima de la gran pirámide, con una linterna moviéndose como una luciérnaga. "No está aquí". Apagó la luz del techo para ver mejor.

¿A dónde fue?

—No lo sé —dijo Zack, viendo cómo la luz oscilaba y se detenía justo al lado del vértice—. No hay rastro de él.

Huerta emitió un ruidito feroz, como el de un rottweiler al golpearse la cadena, pero cuando volvió a hablar, su voz sonó como terciopelo forrando un ataúd. «Seguro que aparecerá mañana».

Desde lo alto de la pirámide, Santee observó a Zack cruzar la calle a la luz de la luna, mientras la luz se apagaba en su *cabaña.* Probablemente había sido una estupidez ir a casa de Zack, y más aún dejar que usara su tarjeta de crédito. Seguramente estaba en el bolsillo de Huerta, el *cacique local.* Santee lo había conocido en un viaje virtual de esquí, cuando andaba husmeando tras la masacre. Huerta no se sentía del todo cómodo con sus elegantes anfitriones de Ciudad de México, pero observaba a Santee como si supiera exactamente lo que tramaba. Quizás lo supiera, pero no delató. En cambio, se aferró a la información para usarla en el futuro. La memoria era un asunto delicado en México, larga y muy selectiva.

Santee descendió por la parte trasera de la pirámide, sin restaurar y cubierta de maleza. Había sido construida por indígenas siglos atrás, conquistados y humillados, luego recordados y glorificados como si fueran héroes de la revolución. No había cambiado mucho: *no podían decidir si dispararnos o ayudarnos.* Tras buscar un poco en la base de la pirámide, encontró el rastro que conducía al coche escondido.

Lo más probable es que el asesinato de Jorge significara que el gobierno conocía la interfaz, sus planes. Pero ¿qué podían hacer para detenerlo? ¿Rastrear a miles y miles de campesinos dispersos por las montañas? ¿Cerrar toda la red para silenciar la verdad? No, mientras él viviera, esto funcionaría.

En pocos días, se conectaría a la hora acordada, se conectaría con quienes habían instalado la interfaz y asaltaría la web con la realidad que se había esforzado por ocultar: que la aldea global tenía suelos de tierra, disentería y niños muriendo de hambre lentamente. Que si bien la web podía ser extensa, no era muy profunda, así que cuando uno empezaba a hablar de "acceso universal", no se refería a nadie de aquí. Vivían en un universo diferente. En pocos días, quienes se consideraban el Mundo recibirían un mensaje vívido desde abajo. Solo podía esperar que les importara.

Mientras conducía hacia el sur, empezó a dudar de que las cosas fueran tan sencillas. Lo detuvieron en tres controles, y en cada uno de ellos lo dejaron pasar sin siquiera una revisión superficial. Tenía una identificación falsa, papeles falsos, pero nunca tuvo la oportunidad de mostrarlos. Nadie se los pidió. Era un gringo en plena zona de guerra, conduciendo a las dos de la mañana, y nadie le pidió su identificación. Y lo más increíble, nadie le pidió un soborno.

Definitivamente algo estaba pasando. Debían saber quién era y tenían órdenes de no retrasarlo. ¿Pero por qué? Si solo estaban tendiendo una trampa, podrían haberlo hecho en Ocosingo. Como señaló Zack, todos sabían dónde encontrarlo. Por razones que no podía adivinar, parecía que querían *que* llevara a cabo sus planes.

Consiguió una habitación en Comitán, aparcó el coche en el aparcamiento de abajo. Se metió en un campo Weisiger cerrado y dejó que la computadora buscara microbios por cada poro. Como esperaba, estaba limpio. La interfaz se mostraba reticente a que otros dispositivos electrónicos se apropiaran de la reserva privada de su cuerpo. Si estuviera infestado de un invasor, probablemente ya habría sufrido visión borrosa, náuseas intensas o alucinaciones auditivas penetrantes.

El coche, sin embargo, era otra historia, sin duda marcado en el primer control. Estaba seguro de que al menos un esclavo asalariado tenía la imagen de ese coche en una pantalla como su trabajo a tiempo completo. Santee no quería interrumpir el tedio de esa persona. El coche no iría a ninguna parte. Pero si tenían el coche, tenían el hotel, así que, rastreado o no, lo vigilaban desde arriba.

En su mochila llevaba computadora, botella de agua, brújula, linterna, binoculares, aspirina, poncho y diario. Le habría venido bien ropa interior. Se duchó y se vistió con la misma ropa. Se acostó sobre las sábanas para dormir un par de horas. Por primera vez en días, no soñó.

A primera hora de la mañana, con la mochila a cuestas, se apostó en la puerta abierta de su habitación. Dejó pasar a la criada. Pensaría que era un libertino más. Asintió y sonrió a una pareja mayor que se dirigía a desayunar, como si simplemente estuviera tomando el aire de la mañana. Pero

cuando el vecino, un hombre pequeño y preciso con un bigote fino, pasó frente a su habitación, Santee lo siguió, pasando el brazo sobre sus hombros para crear una mancha infrarroja para el público de arriba, y lo saludó con cariño.

"Buenos días, mi amigo. ¿Como estás?"

"Muy bien, gracias. ¿Y tú?"

La cortesía mexicana del hombre los llevó a ambos hasta la mitad de la calle antes de preguntar: *"¿De dónde me conoces?* "

Santee se rió a carcajadas de la broma de su amigo instantáneo hasta que los empujó hacia una multitud que esperaba en la acera para cruzar la calle hacia el *zócalo. "De ninguna parte",* le dijo a su confundido vecino. De ninguna parte. Santee cruzó con la multitud y se sentó en uno de los puestos de lustrabotas. Llamó a un chico del barrio, le dio dinero y le pidió que fuera al mercado, comprara dos bicicletas, le trajera una y se quedara con la otra.

Media hora después, con los zapatos relucientes, Santee se montó en su nueva bicicleta —una bicicleta china de gran cilindrada con enormes neumáticos de banda blanca y serpentinas rojas, blancas y azules que salían de los puños— y pedaleó lentamente fuera del pueblo. Como inspiración de último minuto, también le había comprado la gorra al chico para darle ese auténtico toque mexicano. Desgastada por el

tiempo, era una gorra gris y azul con una estrella. «DALLAS COWBOYS», decía. Si lo estuvieran mirando desde sus puestos de observación, intentando localizarlo, como sin duda lo harían, la revisarían en su perfil y sabrían que al verdadero Santee St. John no lo pillarían ni muerto con esa gorra.

Santee pedaleó por carreteras secundarias durante varias horas antes de llegar a las Lagunas de Montebello, una cadena de lagos de piedra caliza y cavernas de increíble belleza. Antaño parque nacional, ahora era en gran parte territorio de los militares concentrados a lo largo de la frontera con Guatemala. Los zapatistas, sus armas y sus simpatizantes supuestamente cruzaban la frontera de un lado a otro. Pero aún era difícil explicar qué hacían allí todos esos soldados, vehículos y aviones. El ejército mexicano parecía prepararse para una invasión de las fuerzas militares combinadas de Latinoamérica.

Santee dejó la bicicleta y se adentró en el bosque. Él y Margaret llevaban semanas recorriendo los senderos de la zona. Había uno que zigzagueaba cerca de la cresta sobre la carretera hasta Tziscao. Aún le temblaban las piernas por la bicicleta, pero se sentía bien volver a caminar. El sendero era empinado, rocoso y embarrado; pero las flores brotaban en los recovecos más inesperados, y las raíces formaban escalones redondeados. Era un sendero antiguo, profundo, muy transitado por gente y burros. La mayoría de los lugareños no tenían coche ni dinero para gasolina y, como

él, querrían mantenerse alejados de los soldados en la carretera de todas formas. Esperaba encontrarse con alguien en el sendero, pero no había nadie. Se dijo a sí mismo que no significaba nada, que solo estaba siendo paranoico. Aun así, estaba atento a cualquier señal de que alguien hubiera usado ese sendero recientemente.

Después de un par de horas, se topó con un fardo de leña que se le había escapado a alguien y que yacía esparcido por la ladera. Por su tamaño, supuso que era un montón de leña. Había estiércol en el sendero, pero estaba seco, de al menos varios días. La leña había sido cortada con machete hacía quizá una semana. ¿Qué hacía allí todavía? Un palo, justo al lado del sendero, tenía una enredadera enrollada, una, dos, tres veces. Era como encontrar dinero esparcido por la calle. Mucho trabajo dejado a la intemperie.

Miró hacia el sendero. Tras la siguiente cuesta, si no recordaba mal, Tziscao aparecería a la vista. Era un pueblo diminuto, de quizás tres por cuatro o cinco calles estrechas, a lo largo de la orilla sur de un lago verde esmeralda. No más de unos pocos cientos de personas, como máximo. Casi todos cocinaban y se calentaban con leña como esta, sacada del bosque con machetes.

Subió corriendo a la cima y contempló el pueblo al otro lado del lago. No había fogatas ni humo. No había barcos en el agua.

Sacó los binoculares de la mochila y estudió las calles y las casas. La escuela. La pequeña tienda. Aunque todo estaba intacto, no había nadie. Ni niños acarreando leña. Ni mujeres lavando ropa. Nadie. Ni siquiera soldados. Desde allí, el sendero descendía hasta la orilla del lago, y luego, un cuarto de camino alrededor del lago, hasta el pueblo. Si alguien observaba desde ese pueblo aparentemente vacío, lo vería venir mucho antes de que él los viera. No tenía un arma, ni siquiera un machete. No creía en las armas. Mientras se dirigía al pueblo, comprendió de nuevo una de las frases de su padre: tener el coraje de tus convicciones.

No podía quitarse la sensación de ser observado mientras intentaba aparentar inocencia, despreocupado, entrando al pueblo como si tuviera una razón para estar allí, pero sin prisa. Otro turista loco que podría aparecer en cualquier lugar. No volvió a molestarse en usar los binoculares, sino que mantuvo la vista puesta en su destino. Seguía sin haber nadie, nada.

A media cuadra del pueblo, oyó un ruido proveniente de una casa a su derecha y giró justo cuando tres perros salieron de una ventana, peleándose por lo que parecía una mazorca de maíz, y se despatarraron en el suelo aullando. Él gritó, y ellos se pusieron de pie de un salto, corriendo colina arriba, presas del pánico. Santee recogió un puñado de piedras y caminó las tres cuadras del pueblo. No vio a nadie más que a los perros, que lo seguían a una distancia prudencial para ver si podía servirles de limosna.

Pocas casas tenían cerraduras. Muchas no tenían puertas. Escogió una al azar y entró. Había un olor acre, pero nada horrendo. A medida que sus ojos se acostumbraban, una casa perfectamente normal se materializó en la penumbra. No había rastro de algo sucio. Ni sangre, ni muebles volcados. Todo parecía perfectamente normal, como si quienes vivían allí acabaran de irse. Había cuencos de madera sobre la mesa. Las gachas de avena se habían secado hasta tener la consistencia de natillas. El resto se cuajó en una olla sobre la chimenea fría.

Sacó su linterna y revisó a fondo. No había más comida ni ropa. Por lo que pudo ver, todo lo demás se había quedado atrás. Había un cepillo para el pelo, un frasco con unos pesos, una foto de una boda, un machete en una funda repujada. No le encontraba sentido. Quienquiera que viviera allí se había ido deliberadamente, tomándose su tiempo para empacar, pero dejando atrás dinero y, lo más misterioso, ese machete. Añadió un par de cientos de pesos suyos al frasco y se ató el machete a la cintura.

Fue al hostal, y también parecía desierto. Encontró una ventana abierta en la sala común y la cruzó. En una de las mesas había una baraja de cartas destartalada, lo que parecía una partida de ginebra o de corazones a dos manos, con dos abanicos de cartas boca arriba. Una botella de Coca–Cola a medio terminar estaba sobre la mesa, con una pajita asomando. Se formaban anillos verdes y blancos de moho en la superficie del líquido.

Al principio todo seguía igual: sin ropa, sin comida, todo lo demás como si los habitantes tuvieran la intención de regresar en breve. Pero en una de las habitaciones había una antigua guía de México en inglés y una mochila llena de ropa de mujer. Había una computadora de mano en el bolsillo exterior de la mochila. La encendió y encontró un programa de diario, pero no pudo leer las entradas sin contraseña. Sin embargo, sí pudo leer las fechas. Habían terminado hacía cuatro días. Antes de eso, se habían prolongado ininterrumpidamente durante semanas.

Fue a la cocina y encontró algo de comida debajo de la encimera: una caja de galletas y pastelitos empaquetados para llenar la rejilla de alambre de la sala común, aparentemente olvidada. Abrió un paquete de Pingüinos, pastelitos de chocolate rellenos de crema, y se los devoró. Luego otro. Los acompañó con un par de jugos enlatados, también perdidos en el desorden debajo de la encimera. Vio una bolsa de viaje colgada de una percha en la pared de la cocina, justo encima de lo que había sido la cuna de Jorge. Vació el contenido en la cama. Principalmente ropa: un par de camisas, un par de pantalones, un pañuelo. Dentro del pañuelo había un frasco de medicamentos sin etiqueta. Santee lo reconoció como idéntico al que le había dado a Jorge en su reunión anterior, con doscientas dosis de la interfaz dentro. Estaba vacío.

También había una libretita y un lápiz sujeto con una goma elástica. Dentro había bocetos a lápiz, la mayoría dibujos

increíblemente detallados de flores, lagartijas y rostros. Uno de los últimos rostros era el de una chica guapa de unos dieciocho o diecinueve años. Recordó que Jorge y Margaret se habían dibujado mutuamente una noche. Jorge tenía talento, y parecía que había desarrollado cierta habilidad. Había algunas vistas más ambiciosas: una vista de Tziscao que ocupaba dos páginas desde una perspectiva casi idéntica a la que Santee había tenido desde el sendero, solo que había botes en el agua, niños corriendo por las calles e incluso una cometa en el aire. Unas páginas más adelante había una vista a lo largo de la frontera donde obeliscos blancos y achaparrados formaban una línea punteada como en un mapa, la contribución del siglo XX a la arquitectura monumental de la zona.

Santee pasó la página y se quedó paralizado. Había un dibujo detallado de una nave espacial, el nuevo transbordador, por lo que parecía, muy popular últimamente, con el logo de MarsCorp en el morro. En la página siguiente había un boceto de lo que a primera vista parecía un bosque, pero que al observarlo más de cerca resultó ser un valle lleno de naves espaciales.

El resto de las páginas estaban en blanco. Jorge podría haber visto el transbordador en el televisor que solía estar encendido sin parar encima del refrigerador. Podría haber copiado estos dibujos de una revista o periódico que le hubiera dejado alguno de los invitados. Quizás fueran solo

producto de su imaginación juvenil. Pero si eso fuera cierto, razonó Santee, Jorge no estaría muerto.

Guardó el cuaderno en la mochila y se dirigió a la pequeña tienda, bien cerrada. Forzó la puerta trasera y encontró los estantes llenos de la misma escasa selección. Cargó la mochila con latas de atún, una bolsa de leche en polvo, paquetes de galletas, una caja de velas, un tarro de Nescafé y varias botellas de agua. La caja fuerte estaba debajo del mostrador, y metió el resto del dinero en ella. Salió por donde había venido, intentando que el candado pareciera que seguía en su sitio. Probablemente no había necesidad de apresurarse, pero se sentía vulnerable en las calles, así que corrió rápido hasta las afueras del pueblo, donde la calle se convertía en un sendero, y subió hasta la cima, hasta la frontera y más allá. No tenía ni idea de cuánto tendría que recorrer. No podía estar seguro de ir en la dirección correcta. Pero podría recorrer al menos unos kilómetros antes del atardecer.

Santee suponía que estaba a unos ocho o nueve kilómetros dentro de Guatemala, pero no tenía certeza. El gps de su computadora se lo diría, pero sin un mapa, la información era inútil y los mapas están todos en la web que sin duda tenía un rastreo en su computadora. Si intentaba ver dónde estaba, corría el riesgo de ser visto. Deseó por enésima vez que Margaret estuviera allí. Siempre parecía encontrar el camino. Después de todos sus viajes juntos, quizá había aprendido algo de ella. Miró a su alrededor, al paisaje que se

oscurecía, las primeras estrellas en la noche, y calculó hacia dónde estaba el norte. Sacó la brújula y la miró. Señalaba solo a unos veinte grados de distancia, lo justo para perderse por completo.

En la penumbra, abrió una lata de atún y se la comió con un tubo de galletas. Vestido con toda la ropa, se estiró sobre su poncho a solo unos metros del sendero, con la mochila bajo la cabeza como almohada. Mientras la temperatura descendía y las estrellas llenaban el cielo, pensó que estaría demasiado exhausto y asustado para dormir.

Helado hasta los huesos, se despertó a las tres de la madrugada, se puso de pie tambaleándose y se bamboleó al borde del claro mientras orinaba. Con la mirada perdida en la noche, se dio cuenta de que estaba *mirando* algo, un resplandor en el horizonte, como si hubiera un estadio brillantemente iluminado a pocos kilómetros. Sonrió para sí mismo al terminar de orinar. Con los dedos rígidos y fríos, encontró un palo y dibujó una flecha en la tierra apuntando hacia el resplandor. Durante el resto de la noche, permaneció temblando, esperando a que saliera el sol. Con las primeras luces, brújula en mano, se dirigió hacia el lugar en medio de una jungla montañosa que brillaba, sin pueblos en kilómetros.

Aquella tarde, tan calorífera como frío había pasado la noche anterior, caminaba con dificultad con la camisa empapada de sudor atada a la cintura, con la cabeza

palpitante, preguntándose hasta dónde llegaría antes de admitir que solo era un gringo idiota que estaba demasiado metido en el asunto y que debería rendirse y volver a casa. El problema era que había revisado su noción de "hogar" en los últimos años, de modo que su hogar estaba con Margaret, y para entonces ella sin duda estaba en algún lugar del camino que lo conducía a él, el camino en el que él estaba, y si lo dejaba, ella nunca lo encontraría, y él nunca llegaría a casa. Al menos así lo veía él con el sudor corriéndole por los ojos. Había perdido su gorra hacía horas. Recordó uno de los trucos de Margaret e hizo un turbante con su camisa.

Dios, cómo la extrañaba. Ya no podía hablar con ella, salvo con sus charlas forzadas en internet. Conjuraba su fantasma cien veces al día: Margaret decía esto, Margaret reía justo ahora. ¿No oyes su ausencia? Hacía casi un año que no la oía reír, que no tocaba su piel. Y aquí estaba, tropezando hacia la muerte, y quizá nunca más la tocara. ¿Qué importancia podía tener algo si eso era cierto? Se suponía que no debía pensar así. Todo giraba en torno a la revolución. Hacer lo correcto. Lograr algo. ¿Y qué era ahora? ¿Periodista? ¿Espía? ¿Cazador de francotiradores? ¿Insensato?

Tropezó con una roca y se detuvo.

Un hombre muy solitario.

Se quitó la mochila de encima y la dejó caer al suelo. El sonido de los insectos vibraba en el aire a su alrededor, burlándose de él con su cantidad. Cuando todo esto termine, decían: «Seguiremos aquí».

Se sentó en el suelo y quiso llorar. ¿Por qué no? No había nadie que lo viera, que se burlara de él, que lo ignorara, que se compadeciera de él, que le preguntara: "¿Quién eres? ¿Qué haces aquí? ¿Crees que realmente puedes cambiar el mundo?".

El mundo ya no necesitaba cambios. Tenía variedad. Elección. *Libertad,* lo llamaban. ¿No te gusta este mundo? Vete a otro. Abrió su mochila, sacó su computadora y la abrió. Se encendió al instante, esperando su toque, su primera opción en el laberinto que conducía a otros mundos: PASIVO o INTERACTIVO. La aldea global esperaba su decisión. Podía ir a cualquier parte, hacer lo que quisiera; simplemente observar y escuchar, o sumergirse en la experiencia. Elige tu veneno. La cerró de golpe.

Bebió un poco de agua, se lavó el cuerpo con un puñado y se lavó la cara. Se secó con la camisa y la escurrió. Temiendo quemarse con el sol, se la volvió a poner. Mientras se abrochaba los botones, recordó a Margaret desabrochando su camisa, extendiendo las manos sobre su pecho y besándole el cuello. Tocó el beso recordado. Quienes llamaban a la memoria una experiencia virtual no entendían la experiencia ni la memoria.

Margaret habría dicho: «*Veamos qué hay en la siguiente curva. El sol está bajando. Ya pasó lo peor del calor. Hemos llegado hasta aquí».* Si ella hubiera estado allí, él podría haberle gruñido una respuesta, pero no estaba, así que su fantasma fue persuasivo. Ella lo ayudó a ponerse de pie y él siguió adelante.

Una hora más adelante en el sendero, tuvo un poco de suerte. El viento cambió de dirección y olió excrementos humanos. Muchos. Se apartó del sendero y, abriéndose paso con el machete, se dirigió a un terreno más alto, buscando un punto estratégico similar al de los buitres que sobrevolaban el valle. No tardó mucho en encontrarlo. El dibujo de Jorge era deprimentemente preciso. No había exagerado en lo más mínimo. Allí estaba el valle de las naves espaciales. Desde allí también podía ver a los soldados patrullando la cresta. Si el viento hubiera soplado de otra dirección, habría caído directamente en sus brazos.

Se metió entre los arbustos y estudió el valle con sus binoculares. Desde que Jorge llegó, habían añadido una estructura de alambre, como un parque para perros del tamaño de un campo de fútbol. El olor provenía de una zanja en un extremo. El resto del espacio estaba lleno de gente que supuso eran los residentes de Tziscao, sentados en el suelo, con sus bultos de comida y ropa a su alrededor, con aspecto de esperar un autobús. No había guardias, solo la valla, cuyo propósito parecía ser más evitar que la multitud de vehículos atropellara a los dóciles prisioneros que

mantenerlos dentro. Estaban inexpresivos, con la mirada perdida, sin hablar. Parecían drogados. O excitados.

Y entonces lo comprendió. Estaban conectados. Conectados con la interfaz que le había dado a Jorge, con una docena como Jorge dispersos por todo México, y finalmente con miles de *campesinos* como los que estaban acorralados en este valle como ganado. Un enorme helicóptero voló a baja altura y se posó en el valle, azotándolos. No se molestaron en levantar la vista. Los sonidos y la sensación les eran familiares. Santee miró la cresta a su alrededor, imaginándola desde su perspectiva. Había estado allí antes. En sus sueños.

Se retiró a ciegas durante varias horas, pensando solo en distanciarse lo máximo posible de ese valle. Se sentía como uno de sus propios sims en Rincón, parte del diseño de alguien más. Lo que creía estar haciendo no era en absoluto lo que estaba haciendo. Con todo su sistema neurológico ocupado por invasores, ¿cómo podía estar seguro de que sus pensamientos no eran solo guiones que le habían transmitido?

Rosa se había quejado una vez: “No siempre entendemos qué es lo que quieren que hagamos”.

Le había dicho: «No pienses en lo que quiero que hagas. Sé tú misma». ¡Menuda tontería! Ahí empezó todo, en Rincón, cuando el propio Sub los buscó y les pidió ayuda, y no

pudieron negarse, ni se les ocurrió: simplemente eran ellos mismos, total y previsiblemente ellos mismos.

Pero su Marcos obviamente no era Marcos. Todo había sido un montaje desde el principio. Era la única forma en que tenía sentido. Se preguntaba si Hermalinda era realmente zapatista, se preguntaba dónde terminaba el engaño y dónde empezaba la verdad. Sin embargo, de algo estaba seguro: Jorge no había participado, ni tampoco todo el pueblo de Tziscao. Los había engañado su amigo, su aliado: Santee St. John.

Al caer la noche, siguió adelante, iluminando el sendero con su pequeña linterna, lo que le daba mucha luz, pero no la suficiente. Al diablo. Si alguien quería dispararle, lo haría. No era valiente, nunca lo había sido, nunca lo sería. Pero estaba harto de tener miedo.

Regresó a Tziscao a trompicones a la mañana siguiente. Los perros rondaban el hostal. Ignoró sus ladridos. No sabía cómo decirles que nadie volvería y que sería mejor que se fueran. Volvió a entrar por la ventana de la sala común sin pensarlo mucho. Supuso que quienquiera que estuviera al mando sabía exactamente dónde estaba. Limpió la mesa con el dorso de la mano, sacó su ordenador y lo encendió.

Bueno. Si era el personaje de otra persona, era hora de darle una pequeña sorpresa al autor, de mostrarle quién mandaba. Nadie lo esperaba en la web. Se suponía que

estaría merodeando por las montañas o corriendo por su vida. Oliendo mierda. "Que te jodan", dijo en voz alta y entró en Rincón.

El Bella Vista olía a Darjeeling y al perfume de Helene. Cerró los ojos y respiró hondo. Hacía mucho que no estaba allí. Abrió los ojos y Rosa le sonreía. «Qué alegría verte», dijo. «Te ves bastante bien para estar muerto. Nos dijeron que tuviste un funeral».

Un escalofrío le recorrió la espalda. "¿Un funeral?"

—Sí, claro. Un visitante llamado Webster Webfoot dijo que asistiría a su funeral y que él y Margaret lo buscaban. ¿Le apetece un té? —Los ojos de Rosa brillaban mientras hablaba, jugueteando con los utensilios del té. Le encantaba ser la anfitriona.

¿Qué dijo de Margaret? ¿Está bien?

Parecía estar bien, querido. Eras tú de quien decían que estabas muerto.

“¿Qué más hizo, hizo, eh...?”

“Webster Webfoot”.

—Sí. ¿Qué más dijo?

—Nada importante. Pasó por aquí hace un rato y habló con Miliano, creo.

Helene se apoyó en el arco, con sus largas piernas estiradas. Se incorporó encogiéndose de hombros. «Me puse la máscara de Marcos y le pregunté a Webster Webfoot por qué te buscaba, pero salió corriendo como un conejo asustado». Su voz estaba llena de asco.

"No puedo imaginar por qué", dijo Santee.

Ella lo miró con desdén, con las fosas nasales dilatadas. «Este lugar me aburre muchísimo. ¿Cuándo pasará algo?». Dio una patada en el suelo, sacudió la cabeza como un caballo asustadizo y miró fijamente el horizonte sin rasgos distintivos. «Todos los días estoy aquí, pero nunca viene nadie. Ni siquiera un soldado. Ni un sacerdote». Golpeó la pared con la fusta. «¡Al menos un maldito *caballo!*».

No era la primera vez que ella le hacía esa petición. Él siempre se negaba, decía que no encajaba en su "visión" o algo así. Qué tontería tan pretenciosa. ¿Por qué no, si eso era lo que ella quería? Facts venía con un montón de animales recortables. Fue por lo obvio y dejó a Bucéfalo frente al Bella Vista. "Lo que desees", le dijo.

Ella le echó los brazos al cuello y le apretó con fuerza. Era casi tan alta como él y, sin duda, más fuerte, y por un instante él se quedó sin aliento, pero no duró mucho.

Retrocedió de un salto, le despeinó y corrió hacia su caballo a toda velocidad. Nunca tardaba mucho en ir de un sitio a otro. Siempre parecía saber adónde iba, pero le resultaba casi imposible quedarse quieta. Él empezó a decirle que buscara el arreo por sí misma, pero ella ya había montado a pelo a la bestia y trotaba de un lado a otro de la calle.

Miliano estaba en la mesa del final, entretenido en una mesa: estudiar historia, estudiar revoluciones como un amante desilusionado en busca de finales felices. En tales momentos, se encontraba mal humorado y retraído durante días.

Santee se acercó a la mesa y se mantuvo a una distancia respetuosa hasta que Zapata, con unas diminutas gafas de lectura sobre la nariz, notó que tenía compañía.

—¡Ah! —dijo, quitándose las gafas y arrojándolas sobre el tomo abierto que tenía delante mientras se levantaba de su asiento. Miró los libros con el ceño fruncido, como si fueran niños difíciles—. ¿Quizás puedas ayudarme a repasarlos, amigo? —Abrazó a Santee. Mientras Helene prácticamente le retorcía el cuello, el abrazo de Miliano era como el de un oso apasionado. No era un machacón como otros, pero rodeó a Santee con sus brazos en un abrazo cariñoso.

—Hace mucho que no estás aquí —dijo cuando se acomodaron en sus sillas—. ¿Quizás has perdido el interés en nosotros?

—No, no he perdido el interés. Digamos que he estado intentando aplicar lo que he aprendido de ti.

Lo que puedes aprender de mí es que basta con una traición para que te fusilen en la calle por 'aplicar' lo aprendido. Quizás estés mejor aquí.

“Ya he ido demasiado lejos para eso”.

Miliano asintió. «Una cosa lleva a la otra». Pasó las páginas del libro que tenía delante. «Y otra, y otra». Frunció el ceño y habló en voz baja. «Me alegro de haberme librado de esto».

"No estás fuera de esto", quiso decir Santee, pero no podía permitirse el lujo de discutir con un sim que estaba vivo en el mundo sólo como símbolo. "¿Rosa dijo que alguien llamado Webster Webfoot habló contigo?", preguntó en cambio.

Esto sacó a Miliano de su ensoñación y asintió como si estuviera reflexionando sobre la pregunta. «*Sí.* Buscó a Starr, una hermosa mujer con sueños. Más tarde, ella lo buscó a él, pero él ya no estaba. Si no encuentras a Webster, quizá ella lo haya encontrado o sepa qué trama». Anotó la dirección de Starr y se la entregó a Santee. «Le conté una historia; se fue. Es encantadora. Con el fuego, ¿sabes?». Sonrió como si la recordara y se encogió de hombros.

«Prometió volver. ¿Quién sabe? Tienes problemas, amigo mío».

Santee rió con tristeza. «Lo de siempre: las cosas no son lo que parecen».

Miliano reflexionó un momento. «Las cosas son como son», afirmó. «Parece diferente a esto y a aquello. Quizás el Autor podría ayudarte a descubrir cómo ven las cosas tus enemigos».

Todos los sims llamaban "el Autor" a Woody, lo que provocó en Santee una punzada de celos, aunque sabía que no significaba nada. Woody nunca abandonaba una idea. Todo lo creado con FACTS se consideraba suyo, sin importar quién más participara. Woody había ganado un caso de regalías hacía un par de años cuando un sim de FACTS, muy revisado, testificó que, en lo que a él respectaba, era propiedad intelectual de Woody y de nadie más.

“Ni siquiera estoy seguro de quiénes son mis enemigos”.

Miliano sonrió. «Quizás el Autor lo sepa; después de todo, él mismo tiene muchos».

No importaba si Miliano sugirió a Woody por alguna instrucción integrada en FACTS o porque lo había pensado bien (hasta donde los sims podían pensar). Miliano tenía razón. «Sigue el dinero», decía el dicho, y Woody era uno de los inversores más destacados de MarsCorp.

—No puedo arriesgarme a ir yo mismo —le dijo a Miliano—. ¿Podrías pedirle que nos veamos aquí?

“Por supuesto”, dijo Miliano, “pero sugeriría a Helene para tal misión”.

Helene había equipado a Bucéfalo con arreos de carreras y galopaba por la calle con un ruido terrible, como si corriera contra un oponente invisible. Santee la llamó, y ella frenó al caballo. Este brincó en el sitio, con sus cascos resonando como castañuelas, mientras Santee gritaba su mensaje y la dirección de Woody. El caballo se encabritó y salió disparado.

Mientras Miliano la veía galopar y desaparecer, sonrió con admiración. «Si el Autor es hombre, vendrá».

Santee se preguntaba por qué estos antiguos amantes nunca parecían reunirse en Rincón, pero decidió preguntar otro día. "Si Woody aparece", dijo, "estaré en la habitación de Jack".

Santee dejó a Miliano con su lectura y entró al hotel, subió tres tramos de escaleras hasta la habitación de Jack. Jack estaba sentado frente a sus ventanas, abiertas a una vista de arena del desierto y cactus que parecía interminable, escribiendo en una pequeña mesa. Un jarrón de lirios estaba sobre la mesa, bañado por la luz del sol. Las pesadas paredes de yeso eran de un blanco puro, sin adornos; el techo bajo y

surcado por vigas oscuras. La cama en la esquina era alta y estrecha, como si se acurrucara allí. Nunca parecía que alguien hubiera dormido en ella. Había sillas para las visitas, una alfombra andrajosa en el suelo. Santee nunca había visto a Jack fuera de esta habitación desde que lo encontró por accidente. Mientras exploraba el hotel, había oído un zumbido en esta habitación y escuchó en la puerta. Era "¡Sí, señor, ese es mi bebé!" Santee llamó.

Sabía que era solo una ilusión, pero a veces parecía que él y Jack realmente se gustaban, que se habían hecho amigos. México había sido la primera revolución de Jack, viajando en tren con las fuerzas de Villa en su avance hacia el sur. Años después, Rusia fue la última. El verdadero John Reed murió allí en 1920, tres días antes de cumplir treinta y tres años. Aquí en Rincón, casi un siglo después, parecía algo mayor, más o menos de la edad de Santee.

—Entonces, ¿qué dices, Santee St. J.? —No levantó la vista de la página en la que estaba trabajando.

Santee se dejó caer en un sillón de cuero desaliñado que olía a tabaco de pipa viejo. "Creo que nos han jodido".

Jack levantó la vista y apartó las páginas. "¿Qué pasa?"

Santee le contó lo que había visto en las montañas. Jack escuchó atentamente como el periodista que era, haciendo preguntas de vez en cuando, pero sin la objetividad que se

suponía debía fingir. Con cada revelación, su indignación crecía, golpeando la mesa con la palma de la mano, haciendo saltar los lirios, exclamando "¡Maldita *sea*!". Cuando terminó el reportaje, dijo: "No pueden dejar que estos hijos de puta se salgan con la suya".

"¿Salirme con la mía? ¿Qué? Ni siquiera sé qué está pasando".

Jack se quedó atónito. "¡Santee! Es simple. Es capitalismo, imperialismo... ¿qué es eso nuevo que tienen ahora? *Neoliberalismo.* Tienes un valle lleno de naves espaciales, tienes pobres encerrados esperando ser carga, y tienes una revolución en marcha. Yo diría que las clases adineradas están esclavizando a los indeseables y enviándolos a las colonias para eliminar la disidencia política y proporcionar mano de obra barata. ¿No te lo puedes imaginar? ¿En qué planeta creciste?"

—El global. Ya no tienes que enviar gente de un lado a otro, Jack. Te los follas donde viven.

—Vaya, alguien debe haberse olvidado de decirles eso a los ricos industriales que construyeron todas esas naves espaciales, ¿eh?

Ahora que Santee lo pensaba, el coste de lo que estaban haciendo era increíble, incluso para los "industriales ricos". ¿Qué podría hacer que Marte valiera la pena? "El problema

con tu teoría, Jack, es que no es rentable. Esa gente podría esclavizarse toda la vida y no pagar ni una o dos naves espaciales. Simplemente no lo entiendo. ¿Por qué arruinar el imperio por una colonia?"

Jack pensó en esto, es decir, accedió a enormes bases de datos. Jack se mantenía al tanto de las noticias. «Estás asumiendo que el imperio sigue vivito y coleando. Quizás la patria ya no es lo que era, quizás los rumores sobre la desaparición del planeta no son solo gas. Tienes que suponer que saben algo que tú no sabes. Siempre lo saben. Por eso tienes que hablar, para que la gente sepa la verdad. Porque una vez que la gente sepa...»

Se oyeron aplausos y una voz fuerte y áspera detrás de ellos. "¿Hago buen producto o qué? ¡Impresionante!". Era Woody, sonriéndole a Jack como un padre orgulloso. Se acercó a él, se inclinó y lo miró a los ojos.

"¿Me vas a pedir que diga 'aahh'?" dijo Jack con cara seria, y Woody, con los ojos brillantes, se giró hacia Santee.

Es *maravilloso,* Santee. John Reed. ¡Caramba! —Negó con la cabeza con admiración, y enseguida se entusiasmó. Los elogios, para Woody, eran un bien escaso, y cualquier gasto, por muy valioso que fuera, solo le hacía perder dinero. Puso los ojos en blanco—. Sin embargo, el Zapata de abajo me pareció demasiado legendario para mi gusto, si me entiendes. Y la valkiria rumana, aunque muy atractiva...

Santee no tenía tiempo para la crítica literaria. «Dime qué opinas en otro momento, Woody. Quiero saber lo que sabes. Algo gordo está pasando. MarsCorp está gastando mucho más dinero del que dicen, y hay constancia de billones».

Woody lo observó con cautela, añadió una silla con respaldo de escalera a la habitación y se sentó. "¿Por qué dices eso?"

Santee contó toda la historia de principio a fin, con ocasionales sugerencias y comentarios de Jack. Woody gruñó de vez en cuando, pero la mayor parte del tiempo se quedó mirando a Santee como si estuviera completamente loco.

Para cuando terminó, Woody miraba al suelo, negando con la cabeza. Finalmente, preguntó: "¿Por qué me cuentas todo esto? ¿Por qué confías en mí, Santee? ¿Por qué eres tan *estúpido?*". Estaba prácticamente gritando.

“Porque algo *está* pasando.”

—Por supuesto. ¿Y por qué debería contártelo?

"Porque soy tu amigo."

Eso fue demasiado. Woody cerró los ojos y frunció los labios, intentando reunir la paciencia necesaria para lidiar con tal estupidez. "De acuerdo, *amigo*... No quieres saberlo.

Vete, que tengas un buen resto de vida. Come, bebe y diviértete".

—¿Qué tiene de importante Marte, Woody?

“Los canales.”

“No hay canales.”

“Debo haber estado mal informado”.

"Que te jodan, Woody."

Bien, ¿quieres saber qué tiene de importante Marte? Nada. Está ahí. Eso es todo. No es ningún secreto. Es un negocio inmobiliario. ¿No te has enterado? Los bienes raíces siempre son una buena inversión.

“¿Desde cuándo es necesario realizar inversiones?”

“Estoy pensando en jubilarme”.

Pensaste que lo que Jack dijo sobre «la patria» era «muy agudo». Eso es, ¿no? De una forma u otra, la Tierra se está hundiendo y no hay suficientes botes salvavidas.

Woody lo observó un momento. "Uno, para ser exactos."

“¿Tienes un billete?”

—¡Claro! ¡Jesús! Eres *un* estúpido. ¿Por qué insistes? ¿Tienes idea de lo que está en juego? Dame una buena razón para no denunciarte y hacer que te maten.

“Porque necesitas que inicie la interfaz y ponga a los esclavos en línea”.

Woody resopló. «Una pequeña molestia. Un retraso insignificante, te lo aseguro. Ya casi están en camino».

—De acuerdo —dijo Santee—. ¿Y qué tal porque nunca te eché de mi casa?

“No tienes ninguna posibilidad de detener el proceso, ¿sabes?”

El *proceso*... Escúchate. Quizás no pueda ganar, pero no harás que me maten. Sería como admitir que todos los demás, en aquel entonces, tenían razón sobre ti. Y no pudiste soportarlo.

“Eso no significa que te vaya a ayudar”.

"Ya lo haces."

Te crees muy listo. Bueno, déjame decirte algo. ¿Ese estúpido plan de decirle al mundo la verdad, hacerles sentir la maldita verdad en el culo, y entonces todo sería justo, bueno y verdadero? Es estúpido. El mundo ya lo sabe, St. John, simplemente les da igual *con* tal de que les llegue lo

que les corresponde. Así ha sido siempre, y así siempre será. Así que tú y el Chico Revolucionario más vale que se olviden de salvar el mundo, porque no quiere ser salvado.

Woody desapareció enfadado, con silla y todo, y Jack negó con la cabeza. «Qué capullo».

"Pensé que todos los Sims lo consideraban papá".

“¿Qué sientes por tu viejo?”

“Me gustaba.”

"Chico con suerte."

¿Qué crees que haría que alguien como Woody abandonara la Tierra y se fuera a Marte?

Jack se encogió de hombros. «Los niveles de radiación en la corriente en chorro están muy altos. El nuevo telescopio lleva sospechosamente fuera de servicio un buen tiempo; quizá haya asteroides o extraterrestres en camino. O quizá simplemente se estén quedando sin combustible. Sea lo que sea, solo los ricos pueden abandonar el barco».

“Y sus esclavos.”

“Como en casa.”

Santee lo dejó escribiendo. Estaba trabajando en un poema que nunca terminó, un poema que le había pedido a Santee que no leyera hasta que estuviera terminado.

Cuando Santee salió de la red, encontró ropa de cama y las llaves de las cabañas, y entró en la que él y Margaret habían ocupado. Puso la alarma de su reloj y se estiró en el colchón. Pronto, Margaret lo encontraría y decidirían qué hacer. Por ahora necesitaba dormir un par de horas. Se suponía que esa noche cambiaría el mundo, después de todo.

Antes de que sonara la alarma, lo despertó un estruendo afuera. Abrió la puerta un poco y se asomó. Un Hummer[10] rebotó por el patio, describiendo un arco. Se detuvo junto a la mesa de picnic y dos soldados salieron. El Hummer dio la vuelta y se alejó rugiendo. Los dos soldados dejaron sus cosas en la mesa de picnic, apoyaron sus armas a un lado y se sentaron a jugar a las cartas. Estaban a menos de veinte metros. Estaba atrapado. No es que tuviera adónde ir, al menos en el mundo real.

10 Hummer nació a partir del Humvee (HMMWV), un vehículo militar diseñado en los años 80 para el ejército de Estados Unidos. Su fama explotó durante la Guerra del Golfo, donde su imagen robusta y su capacidad todoterreno llamaron la atención. [N. T.]

CAPÍTULO CATORCE

Webster estaba muerto de miedo mientras corría por las calles de San Cristóbal en pánico ciego. Era el lugar más desnivelado en el que había estado: arriba y abajo, con giros y vueltas. Lo único que le impedía perderse por completo era que no era tan grande y estaba en un cuenco. Al principio pensó que estaba dando vueltas, ya que seguía encontrándose con una iglesia. Le llevó un tiempo darse cuenta de que no era la misma iglesia. Había muchísimas iglesias. Una abundancia, una superfluidad. Demasiadas. Lo asustaban con sus interiores oscuros y melancólicos, y se sentía como un niño pequeño asustado. En Dallas, la mayoría de las iglesias fuera de la red eran muy raras. No dejaba de esperar que los manipuladores de serpientes, los habladores en lenguas, o algo peor, empeñados en la conversión o la inmolación, salieran en masa de las altas y

antiguas puertas, pero no apareció nadie excepto los mendigos. Fue fácil rechazarlos. No tenía nada. Ni siquiera *un peso.* Pero tomó nota de sus técnicas para referencia futura.

Al principio pensó que vería a Margaret y correría a su lado, y se reirían mucho, y todo estaría bien: rescatado, redimido, liberado. Pero tuvo que darse por vencido. Se había ido, tal como dijo. Así que eso dejaba, ¿qué?

Nada.

La palabra le vino a la cabeza como un visitante indeseado y pareció enredarse en sus pies. Estaba en otro *país,* en otro *mundo.* Aquí ni siquiera hablaban *inglés.* Se le revolvió el estómago intentando comprenderlo todo. Bajó el paso, intentando parecer tranquilo. Era inútil ser tan llamativo. Tan, tan... destacado.

Miró las calles a su alrededor, observándolas por primera vez. No había notado gran cosa desde que huyó de la iglesia, salvo que Margaret no estaba por ningún lado. Llevaba un rato subiendo hacia una larga escalera de piedra que conducía a otra iglesia. Pensó que la estación de autobuses estaba por allí, pero ahora que miraba más de cerca, nada le resultaba familiar. A falta de algo mejor que hacer, giró a la derecha en la siguiente esquina.

Había mucha gente por ahí. Nadie parecía prestarle mucha atención. Nadie parecía estadounidense, pero no estaba seguro de que siempre se notara. La mayoría parecían completamente mexicanos. Ninguno llevaba traductor.

Estaba jodido. Ni siquiera sabía dónde estaba la estación de autobuses, y aunque lo supiera, no tenía dinero, y aunque tuviera dinero, seguía sin saber cómo pedir un billete. Mientras caminaba con dificultad, turnándose al azar, se sentía cada vez más abatido, cabizbajo, desconsolado. Repetía la palabra una y otra vez para sí mismo, alargando las vocales, *wo–be–gone.* No era una palabra para todos. *Whoa–bee–ga–aawwn.* Se aferró a ella como a un salvavidas en un mar tempestuoso, y lo mantuvo a flote. Era inteligente, sobre todo con las palabras, y a eso se reducía todo, ¿no?, ¿a saber las palabras adecuadas? Podía hacerlo: tenía agilidad, brío, garbo; no era un niño tonto y enredado. Ya lo descubriría. Eran solo palabras.

«El web no es lugar», había dicho Aurora. Y quizá no fuera un lugar, pero la *palabra,* al parecer, era la misma, y una pregunta era una pregunta, parecía ir donde fuera. Empezó a juntar las palabras mentalmente, una a una, con el acervo de español que había ido acumulando desde que llegó... ayer. Justo ayer. Eso lo detuvo en seco. ¿Cómo podían cambiar las cosas tan rápido? ¿Cómo podía esperar seguir el ritmo?

Pero poco a poco, palabra por palabra, fue componiendo frases, recuperando la confianza y buscando a la persona ideal para pedirle ayuda. Rechazaba a cualquiera que llevara uniforme por razones obvias, a cualquiera demasiado joven porque no tendría paciencia, y a las mujeres porque podrían pensar que las estaba coqueteando.

Más adelante, un hombre barría la acera frente a una tienda llena de telas: alfombras, toallas, rollos de tela, esos bolsos de hombro de aspecto lanudo que habría comprado si hubiera tenido dinero. El hombre era regordete, con muchas canas, y silbaba una vieja melodía de Disney de... *¿La Sirenita?* Webster no estaba seguro. Parecía buena señal, de todos modos.

Se acercó sonriendo, se plantó y pronunció sus líneas: *"Buenos días, señor. ¿Cómo voy a el Web?"* Su voz no tembló demasiado.

El hombre se sobresaltó al principio, pero luego sonrió amablemente, aunque todavía parecía totalmente desconcertado. *"¿Al Web?"*

"Sí. El Web. ¿Cómo voy a..."

Intercambiaron ideas varias veces, Webster intentando afinar el acento, haciendo gestos con las manos como si estuviera realizando una especie de danza ritual. *Web* lo hacía extender los dedos y moverlos en el aire. De repente,

una luz se iluminó en el rostro del hombre, y rió entre dientes, luego sonrió con comprensión. Fue un momento agradable para Webster ver esa sonrisa. El lenguaje era tan genial. Ahora, aparentemente fuera de sí por la alegría, el hombre tomó a Webster del codo, lo condujo a la intersección y señaló colina abajo. *"Allá. Siete cuadras".* Levantó siete dedos. *"Hay restaurante donde está el Web. A la izquierda".* Hizo un gesto hacia la izquierda. Movió los brazos arriba y abajo como si intentara dar un solo golpe. *"Una taza azul, muy grande".*

Un restaurante, claro. A la izquierda de la calle. Habría algún sitio turístico con una cabina web. Podría pedir, conectarse, adelantar la cuenta. *Cuadra* debía de ser una manzana. No conocía *la taza azul;* era *grande,* fuera lo que fuese. *Déjalo pasar,* se dijo. Tenía suficiente con encontrar el lugar, y una profunda urgencia paranoica lo impulsaba a seguir, aunque no sabía a qué temer. Eso era suficiente para asustarlo. Al menos en casa lo sabía.

“Gracias”, recordó decir mientras despegaba. *“Muchas gracias.”*

—De nada. —El hombre sonrió con satisfacción—. *¡Vaya bien!* —gritó tras él.

Vaya bien, algo así como "nos vemos más tarde", pensó Webster.

Adiós. Adios. Hasta luego.

Despedida.

Bien estuvo bien. *Vaya* debe ser justo o irse.

Vaya bien.

El lenguaje era jodidamente genial.

A medida que descendía las empinadas manzanas, Webster se sumergía cada vez más en el turismo. La cantidad de europeos y asiáticos, especialmente los conectados, se disparó. Creyó ver a los mismos Otros Hermanos que había visto antes, y a una docena más. Intentó descifrar el truco de Margaret para identificar de dónde era la gente con solo mirarla, pero pronto se rindió. ¿Qué sabía él? En la web, todo el mundo se hacía pasar por otra persona, excepto en sitios históricos y similares, donde los famosos se parecían a ellos mismos, a la gente a la que todos querían parecerse. Entonces, ¿eso significaba que todos los españoles se parecían a Colón? ¿O era italiano? No lo recordaba.

Pero no hacía falta mucha perspicacia para observar a toda la gente que podía permitirse el lujo de deambular sin motivo alguno, y animarse al saber que se dirigía hacia allí: Civilización a la Vuelta. Era difícil pasar por alto el lugar una vez que se acercaba. «EL CAFÉ MUNDIAL», decía el cartel dentro de una gran taza de café azul neón. El conocido

logotipo de WebNet bajo el nombre le indicó que había encontrado el lugar correcto.

Sonrió, recordando los brazos del hombre, moviéndose arriba y abajo. *Taza azul.* Taza azul. La enorme taza azul. *Taza azul, muy grande.* Webster golpeó la puerta con arrogancia. Un astuto lingüista estaba haciendo la escena.

Dentro estaban al menos la mitad de los jóvenes turistas del pueblo. Por eso no había visto más por ahí: todos estaban allí. Se agrupaban en las tribus de siempre: Otros Hermanos, Mecánicos, Reales, aspirantes a pateadores de telarañas. (Si fueran auténticos, no estarían aquí, con Cabinas Web alineadas en dos paredes y una decoración que no parecía un santuario tecnológico para que la araña se sintiera como en casa, viviendo en la realidad). Había algunos padres, más o menos de la edad de Margaret, pero no tan modernos, aunque apostaba a que ninguno lo habría abandonado en tierra extranjera.

Olvídalo, se reprendió a sí mismo. *Solo te hundirás.*

Y la actitud, en un lugar como éste, lo era todo.

La pared detrás de la barra era el menú. Cambiaba con cada plato, pasando del español al inglés y a varios idiomas que Webster desconocía, algunos con alfabetos que ni siquiera reconocía. Había veinticinco cafés diferentes de

veinticinco lugares distintos, ninguno de ellos, según Webster, era de México. Pero el menú era solo una fachada.

Los clientes eran atendidos con solemnidad y servilismo por una docena de apuestos mexicanos, de aproximadamente la misma edad que la clientela, en su mayoría hombres, aunque no exclusivamente, que vestían camisas blancas almidonadas y pantalones negros. Incluso los pantalones parecían almidonados. Llevaban unos traductores de alta resistencia que los hacían parecer aspirantes a cantantes de ópera en sus respectivos trabajos.

El camarero de Webster se llamaba Armando, según el nombre azul neón de su camisa, que se transformaba en cuatro idiomas. Parecía dispuesto, como el tipo unas mesas más allá, a recitar el menú completo si hacía falta, pero Webster le ahorró la molestia y pidió café griego porque una chica de la que una vez estuvo enamorado, Zoë, lo preparaba en su página web en una tacita de metal con asa larga. Últimamente no sabía dónde estaba. Peor aún, había olvidado cómo se llamaba la tacita de metal.

“¿Habrá algo más?” quiso saber Armando.

“Tengo hambre”, dijo Webster.

La mirada de dolor en los ojos de Armando le indicó a Webster que su español debía ser bastante malo o que tal franqueza sobre temas corporales no era del todo

apropiada. Armando apartó el pequeño micrófono de su traductor y ajustó el auricular. "Tenemos una amplia selección de pasteles internacionales", dijo Armando en inglés, sin traductor, mucho mejor que el español de Webster con uno.

Presumió. *“¿Chilaquiles con pollo?”,* Webster insistió.

Esto agravó el disgusto de Armando. *¿Tan mal hablo español?,* quiso saber Webster.

“Nosotros no servimos… eso”, dijo Armando.

En su mente, Webster colocó a las mujeres del mercado de Matamoros junto a Armando y creyó captar la imagen. Era algo de clase. Como pedirle kétchup a un chef francés. "¿Entonces qué sugieres?"

“El baklava, por supuesto, complementaría tu café griego”.

"Por supuesto."

Armando hizo una reverencia convincente, aunque claramente consideraba a Webster un cretino grosero. Mientras se marchaba, Webster se preguntó si su parloteo estaría escrito para él. Probablemente su verdadero nombre ni siquiera era Armando. Por lo que Webster sabía, había una simulación en algún lugar canalizada a través del traductor de Armando. Webster se preguntó si sería el camarero lo que no le gustaba o el Café Mundial. O los

clientes. Nada allí parecía real. Era como si la esencia del lugar fuera que se podía alcanzar la irrealidad incluso en el mundo real. Menuda noticia. Un claro "*¿y qué?*".

¿Qué diría Armando de este lugar, se preguntó Webster, al quitarse la camisa almidonada al final del día y tomar una cerveza, fumar un porro o lo que fuera que hicieran por aquí? Cuando uno trabajaba de verdad en algún sitio, por mucho que se supusiera que debías actuar como un código en un programa, el lugar se volvía real. ¿Acaso Armando sentía algo por alguna de las chicas que trabajaban allí? ¿O por alguno de los chicos? ¿Cuántas toneladas de posos de café generaban al día y quién las tiraba al contenedor o las tiraba por el desagüe? ¿Acaso ambicionaba ser el tipo al final de la barra, llamando a sus subordinados con un gesto? ¿O tal vez aspiraba a ser uno de los Webwonks por encima de él, dueños de este lugar y de cientos como este en una docena de países? ¿O acaso sus ambiciones no tenían nada que ver con este lugar, ni con ningún otro que hubiera podido encontrar? En otras palabras, ¿era él igual que Webster?

Una vez que Webster le pagara y lo dejara en paz, no tendría oportunidad de hacerle ninguna de estas preguntas a Armando. Podía estar seguro de que el dinero saldría del bolsillo de Armando y de nadie más. «Hay que hacer responsables a esos trabajadores», dirían los que tenían el dinero. Algo que Webster había notado desde que empezó a trabajar: siempre que intentabas traicionar a los jefes, la

única ruta era pasar directamente por encima de un compañero. Webster no creía que fuera pura casualidad.

El café griego estaba bueno hasta que llegaba al fondo, donde se convertía en lodo. El café virtual de Zoë nunca hacía eso. El baklava resultó ser una especie de hojaldre de miel y nueces sobre un papel de regalo. Se acabó bastante rápido. Hacía tiempo que no comía. Le hizo señas a Armando y pidió un par más. Para cuando llegaron, ya había urdido lo que él, con su halago, llamaba un plan.

Había un tipo en una cabina de grabación color chartreuse en la esquina del bar hablando consigo mismo en el espejo. Justo al otro lado estaban las WebBooths, una fila de ocho, y dos estaban vacías. Podría haber sido algún lugar en Dallas, Hong Kong o donde fuera —dondequiera que se juntaran los bichos raros de la Web— y Webster no imaginó que sería diferente cuando él apareciera aquí o allá, real o virtualmente. Llevó su baklava a la barra, se sentó junto al Otro Hermano color chartreuse y le pasó uno.

—No creo haberte dado señales —dijo chartreuse, sorbiendo por la nariz.

Webster extendió la mano, buscando el gesto radical. "Webster Webfoot", dijo, y los ojos del tipo se abrieron de par en par por un instante.

"Genial", dijo, una respuesta segura desde hacía más de cincuenta años, aunque parecía un poco nervioso en presencia de una celebridad de internet de cuatro estrellas. Dio un mordisco al baklava y masticó con entusiasmo y concentración. "Gracias", dijo. No estaba claro si era por el baklava o por el apretón de manos. Entonces recordó que él también tenía un nombre, aunque no fuera famoso. "Me llamo Zorin", ofreció en tono de disculpa, escupiendo hojuelas de baklava.

"¿Cuál es tu dirección, Zorin?" Webster señaló con indiferencia las cabinas web y señaló desde el taburete hacia el espejo para tomar la foto que quería, ofreciendo prácticamente una vista de todo el lugar con su cabina en el centro. "Quiero conectarme y ver tu reflejo mirándome a mí..."

—Observándome. —Zorin sonrió, revelando unos sensores de sabor retro encaramados en sus incisivos, como pequeñas tetas de cerámica manchadas con restos de baklava—. ¿Vas a tu sitio? —preguntó con reverencia.

—Sí, claro. —Webster lo disfrutaba a pesar suyo. Zorin sonaba alemán, ruso o algo así. Tenía el mismo acento que el robot de Scalded, la página web que fue descubierta porque un chico tocó fondo durante el shish kebab. Claro, Zorin podría estar fingiendo el acento. ¿Cómo iba a notar Webster la diferencia? Pero aun así, sin duda era de un lugar

más lejano que Waxahachie, y sabía quién era Webster. Seguro que eso contaba.

Zorin no pudo dar su discurso lo suficientemente rápido, y Webster le agradeció con un gesto majestuoso y se dirigió a las Cabinas Web. "Oye, Webster", lo llamó Zorin con una mirada de camaradería, su última oportunidad para impresionar: "Joder, teta, coño, pis".

Parecía que todos en el lugar se giraron para mirar a Webster. Se le revolvió el estómago. Zorin no lo *conocía.* No lo conocía mejor de lo que Webster conocía su falso acento. Sabía que la página web de Webster era todo... en toda su estúpida gloria. Se juró a sí mismo que si *alguna vez* salía vivo de esta, la página web sería historia.

Se metió en la cabina como una de las ratas del almacén que se zambulle en el desagüe. Aún sentía las miradas sobre él, pero ya pasaría. Otros quince segundos de fama.

No tenía su tarjeta. Pero después de un pequeño baile con el apellido de soltera de su madre —una idea entretenida en sí misma—, se conectó a internet y se dirigió a Starr's. No sabía a quién más recurrir. Pero recibió un mensaje de WebNet diciendo que su dirección estaba "temporalmente no disponible", sin siquiera una estimación de cuánto tiempo duraría. Pero siguió intentándolo. Quizás no estuviera allí, así que optó por un enlace directo. (Le había dado la contraseña cuando estaba mucho más interesada en

él, y por supuesto, la había guardado). Quizás no estuviera cerca de su ordenador, así que lo configuró para que anunciara su llegada con su rostro sonriente y una bocina que oiría incluso en la habitación de al lado. Un poco grosero, pero nunca estuvo más que solo.

Insistió porque la siguiente persona en su lista de quién podría ayudar a Webster se desplomó hasta su madre. ¿Entendería siquiera su aprieto? ¿Entendería que estaba en otro país? No quería saberlo. Estaba a punto de rendirse cuando el aviso de WebNet desapareció, y él estaba dentro. Starr parecía bastante cabreada. Pero no pudo evitar mirar a su alrededor. ¿Dónde demonios estaba? Detrás de ella se alzaba una computadora central del tamaño del viejo Hyatt, y un tipo negro corpulento acechaba disimuladamente a un lado.

—Ahora no —*espetó* ella.

¿Qué demonios hizo? Parecía totalmente agotada, aturdida, nerviosa, perturbada y, en general, inquieta. También parecía diez años mayor, lo que confirmaba sus antiguas sospechas de que era una Mujer Mayor. Algo singular estaba sin duda ocurriendo, pero su propio embrollo exigía atención inmediata. "Necesito hablar contigo. Es una emergencia. Estoy varado en México. Ese tipo, Santee..."

“Tengo mi propia emergencia aquí, Webster”.

"Pero…"

—Dios mío, Webster. No estoy bromeando. Llámame en una hora. Que sean dos. Adiós.

Ella se había ido. Había regresado a su hogar. Una voz susurró: «Webster Webfoot: imbécil, mier...». Apagó el sonido, aunque improvisó la secuencia mentalmente varias veces hasta que lo consiguió. Tenía que resolverlo. Añadió un banco a la pared de la caverna y se sentó.

Ella y el negro llevaban *trajes espaciales.* Se habían quitado los cascos, pero eran inconfundibles. ¿Qué hacían con trajes espaciales? Cuando Webster y Starr se vieron por primera vez y él descubrió que ella trabajaba en órbita, le preguntó si salía al espacio con traje espacial y hacía paseos espaciales, y ella se rió. «Si alguna vez me ves con traje espacial, Webster, es que algo ha salido muy mal». Sabía que solo estaba bromeando, pero aun así... ¿Y quién demonios era ese negro enorme con la cabeza rapada?

Esto no estaba saliendo según lo planeado. Se suponía que Starr estaría encantada de verlo, escucharía con compasión su relato de desgracias y desventuras, y le reservaría un autobús, tren o avión de regreso a Dallas, quizás a tiempo para recuperar su trabajo y no tener que volver a vivir con su madre. En cambio, estaba atrapado en su propia y estúpida página. Revisó la transmisión de Zorin en un cubo con la vista periférica. Saludó. Zorin agitó una triste pata

verde lima. Dios mío. El mundialmente famoso Webster Webfoot, desvalido y desamparado ante toda la red. *Su novia ni siquiera lo dejó entrar en su sistema antes de que regresara a la nada...*

Pensó en dónde podría encontrar a su mamá en la gran red, y era deprimentemente predecible. A ella le gustaba ir de moda en moda, pero siempre se podía saber de ella en los sitios de fantasía. No. No estaba listo para caer tan bajo. Aún le quedaba algo de dignidad. Había llegado tan lejos, lo cual era bastante impresionante pensándolo bien. Aún tenía muchas opciones.

O al menos alguna que se le ocurriera. Le parecía que Santee St. John era el responsable último del lío en el que se encontraba, y que, por Dios, podía sacarlo de allí. Regresó a Rincón.

Nada había cambiado mucho. Estaba tan somnoliento como frenético era el Café Mundial. No había nadie sentado en las mesas. Los únicos sonidos eran las voces de algunos niños, riendo y llamándose en un idioma que estaba casi seguro que no era español. Siguió el sonido y vio a un par de niños descalzos. Los llamó, pero desaparecieron por un callejón. Los siguió y encontró a una mujer de piernas largas sentada a horcajadas sobre un enorme caballo negro. ¿Serían todos los caballos así de grandes, se preguntó Webster, o sería este un animal descomunal?

La mujer habló.

A pesar de la distracción que le produjo deslizarse del caballo al suelo con las piernas más largas que jamás había visto, reconoció la voz y el acento. Era la mujer del pasamontañas.

¿Me escuchas? Santee te busca, Webster Webfoot. Debes encontrarlo.

Ni siquiera lo *conozco.* ¿Qué demonios trama? Me ha dejado varado en medio de un país extranjero sin dinero ni forma de volver a casa, y mi novia está furiosa conmigo.

Olfateó el aire. "¿Tan terrible es eso? ¿Qué es el dinero? ¿Qué es el hogar? ¿Crees que ya conociste a tu último amante? Mi vida no habría sido nada si hubiera pensado como tú. Eres un niño. Deberías aprender a ser un hombre".

Eres una sim, y no tengo por qué aguantarte, ¿vale? Ahora, si es tan importante, ¿puedes decirme dónde encontrar a Santee?

—Me llamo —dijo con solemnidad—, soy Helene Pontipirani, y no me dejo pisotear por nadie, como dices. Santee está en Tziscao.

"¿Donde es eso?"

Es un pueblo. Tziscao.

"¿Dónde está?"

"México."

—Ya me lo imaginaba. Me refiero *a dónde* en México.

Se encogió de hombros. «Nunca estuve ahí. ¿No puedes hacer nada por ti mismo? Si quieres cambiar el mundo, debes aprender a cambiarte a ti mismo».

Esto fue demasiado. "No *quiero* cambiar el mundo".

¿Por qué no? ¿Te parece bien así?

—No. No dije eso.

—Entonces eres un cobarde, ¿no?

Webster estaba enojado, furioso, indignado, iracundo, colérico, hirviendo.

En una simulación.

Quienquiera que fuera este Santee, sin duda era bueno poniendo mujeres exasperantes en su camino. "Dile a Santee que quiero irme a casa, ¿de acuerdo?". No pudo evitar sonar como un niño pequeño al decir eso. ¿Qué solía decir su consejero? *No seas tan duro contigo mismo, Webster.*

—Eso podría ser difícil —dijo Helene. Señaló con la cabeza la señal del Otro Hermano. Zorin estaba ahora rodeado de hombres con camisetas negras, observando a Webster, observándolos a ellos, observándolo a él. Llevaban pistolas en sus cinturones. Uno de ellos le había puesto la pistola en la oreja a Zorin.

¡Jesús! ¿Qué demonios iba a hacer?

No lo había preguntado en voz alta, pero Helene tenía una sugerencia de todos modos. «La sorpresa», dijo con seguridad profesional, «es tu única oportunidad».

Fue complicado. El tiempo era crucial. Primero tuvo que alinearse con la puerta de la WebBooth según el ángulo de visión de Zorin en el espejo. Luego tuvo que desconectarse a mitad de salto para que lo que comenzó siendo virtual lo impulsara fuera de la cabina y al suelo, rodando, con suerte, y corriendo. Le ayudaría recordar dónde estaba la puerta en ese lugar. Al parecer, estaba en algún lugar fuera del alcance de Zorin. Webster se había perdido en su pequeño rincón virtual allí en la puerta hacía diez minutos cuando entró allí, fingiendo ser un imbécil invencible y famoso a nivel mundial, o ahora recordaría dónde estaba la estúpida puerta. Se cansó, se estaba cansando de lidiar con lo cansado que estaba. ¿Cuándo iba a madurar?

La señal de Zorin desapareció, y Webster decidió moverse. Salió de la cabina web y rodó hacia una mesa alta con

pedestal, golpeándola con la cabeza. Un golpe que resultó ser una buena distracción, provocando una danza giroscópica sobre la mesa, lanzando mierda por todas partes. Mientras se apresuraba a liberarse de la maldita cosa, la lanzó hacia atrás y eliminó a dos de los tipos armados. Se arrastró frenéticamente, resbalando en un charco de sangre que manaba de lo que quedaba de la cabeza de Zorin. Saltó de ella con asco, golpeándose la nuca contra algo parecido a una barbilla e hizo un crujido, pero no se detuvo a investigar. La puerta era un rectángulo de luz al final de la barra. Corrió hacia ella, impulsado por el ruido que había detrás. Golpeó la puerta con toda su fuerza, derribando a otro tipo con camiseta negra. Webster no pensó en patearlo en la cabeza cuando vio que el arma se alzaba. Los reflejos del juego se apoderaron de él, y simplemente lo hizo, con fuerza; y el arma cayó, y él corría por la calle más rápido que nunca en su vida, real o virtual. Demonios, si hubiera sido virtual, habría saltado mucho antes.

Al doblar una esquina, varias manos lo agarraron, levantándolo. Pero no se cayó. Simplemente pareció flotar en una habitación oscura que se oscureció aún más con el portazo a sus pies. Estaba de espaldas, mirando hacia arriba, a pocos metros del suelo, y recordó el funeral, preguntándose si estaría a punto de comprar la granja, pagar, conocer a su creador, cuando un rostro oscuro apareció sobre él y le puso un dedo en los labios. Había otros

rostros borrosos en las sombras que Webster no pudo distinguir. Se oyeron pasos apresurados en la calle adoquinada.

En el silencio que siguió, media docena de rostros se agolparon alrededor de Webster. Ahora podía ver que eran jóvenes y viejos, hombres y mujeres. Una familia, supuso. *"¿Ingles?",* preguntó esperanzado.

Todos negaron con la cabeza.

Lo giraron noventa grados y lo pusieron de pie. Había una anciana, un hombre, una mujer, un par de niñas y un niño con un bigote ralo. Webster se sentía un poco inestable. Le palpitaba la cabeza y recordó la mesa contra la que se había golpeado y aquello que parecía la barbilla de alguien. Recordó el arma subiendo lentamente, su pie pateando la cabeza, aunque no la suya, sino la de otra persona. Simplemente sintió como si se hubiera pateado la cabeza, como si todavía estuviera pateando. Qué truculento, pensó, y se dio la vuelta para decirse a sí mismo que parara. Siguió girando y girando hasta que volvió a volar hacia un banco de nubes donde estaría a salvo. Dio vueltas por DFW esperando su turno, cuando lo subieron a la parte trasera de su triciclo disfrazado de naranjas y lo metieron en las unidades de comida, a salvo de todos menos de los malabaristas. Después de un rato, sintió la reconfortante sensación de un vehículo en movimiento y se quedó dormido.

Se despertó cuando una banda de malabaristas lo tenía acorralado en una iglesia. *"Voy a la guerra",* coreaban. Dio un salto, gritando. Estaba sentado en la cama, en una pequeña habitación en penumbra. El chico del bigote ralo estaba sentado en el suelo observándolo. El suelo parecía tierra. Tierra barrida.

“¡Papá!” gritó el niño.

Las niñas entraron corriendo a la habitación chillando, y el niño se volvió hacia ellas, gruñendo un torrente de insultos en español que Webster no pudo seguir. Parpadearon como si las hubiera rociado con agua. Papá apareció en la puerta, silenciando al niño con la mirada, y las niñas se escabulleron tras sus piernas.

“Buenos días”, dijo Webster. *“Gracias. Muchas gracias”.* Las niñas se asomaron y él se dio cuenta de que eran gemelas. Les sonrió y desaparecieron.

“Buenas tardes”, murmuró el niño, y el hombre le lanzó otra mirada.

“¿Habla español?” —le preguntó el hombre a Webster, esperanzado.

"No."

Su anfitrión no pudo disimular su decepción, y Webster se sintió fatal por ambos. Se dio una palmadita en el pecho.

«Webster», dijo. «Webster». Se sintió estúpido al hacerlo, pero no recordaba las frases con los nombres.

Pero el hombre lo consiguió de todos modos. «Conrad», dijo, dándose un golpecito en el pecho. Señaló a su hijo. «Elvis». Presentó una hija bajo cada mano: «Alanis y Madonna».

Una mujer apareció en la puerta con ropa doblada. Conrad la señaló. «Taña Luz», dijo, y luego señaló a Webster. «Webster», le dijo a Taña Luz. Ya todos sabían sus nombres. Webster dudaba de hasta dónde llegaría con eso. Pero Taña Luz parecía muy animada. Levantó la ropa. *«Ropa»,* dijo, y se la entregó.

Se miró y se dio cuenta de que estaba desnudo, salvo por la ropa interior y los calcetines. Sus botas de trabajo, tiradas en el suelo, parecían como si alguien las hubiera limpiado. *"¿Mi ropa?",* graznó.

Taña Luz hizo una mueca de disculpa y se pasó las manos por la parte delantera del vestido. *«Sangre».* Hizo un gesto de desgarro con las manos y negó con la cabeza. Su mono estaba ensangrentado *y* roto. Su mono era historia.

Conrad siseó en voz baja como una maldición: *“Los asesinos”.*

Webster recordó sus manos deslizándose sobre las baldosas manchadas de sangre, los ojos ciegos de Zorin

mirándolo fijamente: *joder, teta, coño, pis.* Se estremeció y reprimió una oleada de náuseas, apretando la *ropa* contra el pecho. La mano de Conrad le agarró el hombro y Webster levantó la vista. Conrad no intentó decir nada. ¿Qué podía decir? Taña Luz estaba sacando a los niños de la habitación. Conrad se levantó, soltó el hombro de Webster y señaló la ropa, la *ropa.* Lo dejaban solo para vestirse. Antes de cerrar la puerta, Conrad hizo gestos de comer: "*¿comida?", "¿bebida?".*

"Sí", dijo Webster. *“Tengo hambre”.*

Conrad sonrió ante la noticia. *“¡Qué bueno!”*

La ropa debía ser de Conrad, probablemente la buena, ya que estaba mucho menos desgastada y maltratada que la que llevaba puesta. Era ropa estadounidense usada, o ropa china hecha para estadounidenses, o... como quisieras llamarla. Ahora era ropa mexicana. Camisa deportiva a cuadros azul verdosos, pantalones caqui plisados. Poliéster y algodón, mucho poliéster. Obviamente, hecha antes de la escasez de petróleo. Había visto ropa así apilada en las mesas de los mercados, gente como Conrad y Taña Luz rebuscándola, mostrándosela a chicos como Elvis, Alanis y Madonna. Nadie usaba cosas así en casa.

En Dallas, Webster y sus semejantes tenían algunas tiendas de ropa antigua. Antique Antics, la que frecuentaba, se especializaba en ropa vieja de obrero, como el mono con

el que acababa de limpiar la sangre de Zorin. Le había costado un par de semanas de sueldo, y eso sin contar los ponchos de obrero que había coleccionado a lo largo de los años, que tampoco eran baratos.

Sin embargo, la ropa barata y común como esta no servía para nada (mejor usar desechables), así que terminó aquí. Con lo que Webster gastó en ese mono, Conrad probablemente podría vestir a toda su familia durante años, aunque le tomaría tiempo ganar el dinero. A Webster le habían enseñado en economía global que, en el contexto de la economía general, los salarios miserables estaban bien en los países en desarrollo. ¿Para quién? Apostaría a que no estaba tan bien para Conrad y Taña Luz. E incluso Webster se había dado cuenta de que los llamados países en desarrollo simplemente seguían desarrollándose, pero de alguna manera nunca llegaban a desarrollarse.

Se puso la ropa. Las mangas le quedaban unos quince centímetros cortas y los pantalones le llegaban a media pantorrilla, pero por lo demás le quedaban bastante bien. ¡Qué bien se deshizo de su mono! Su uniforme, su disfraz, su atuendo, su mascarada. Conrad no necesitaba un atuendo para convencerse de que trabajaba. ¿A quién creía Webster que engañaba? «*Finges que trabajas»,* le había dicho Aurora. *Pero todo es fingir.*

La habitación era pequeña, con una cama y una cómoda destartalada encajadas a presión. Encima de la cómoda

había una fotografía de Conrad y Taña Luz, jóvenes, en pose de boda. Ambos vestían ropas blancas bordadas y no parecían mucho mayores que Webster. Conrad tenía el mismo bigote ralo que Elvis tenía ahora. Webster volvió a mirar la cama, un colchón doble abultado sobre un tosco marco de madera. Daba la impresión de dos cuerpos. Cristo miraba hacia abajo desde la pared de arriba. Esta era su cama, su habitación. ¿Por qué hacían esto? Ni siquiera lo conocían. Era un niño extranjero que andaba por ahí con sangre por todas partes, y simplemente lo llevaron a su casa, lo acostaron en su cama, lo vistieron y estaban a punto de alimentarlo.

Entonces creyó entender, al menos en parte. Lo habían juzgado por sus enemigos. *«Los asesinos»,* había dicho Conrad con amargura. «Asesinos, tenía que ser por eso». Y a cualquiera que esos tipos quisieran matar —lo que sin duda incluía a Webster— Conrad lo consideraba un amigo.

Webster deseaba saber *por qué* querían matarlo, aunque en realidad no importaba. No necesitaba saberlo para salir corriendo. Suponía que era porque había estado confraternizando con Margaret, y los *asesinos* presumían que era el espía que fingía ser. Hasta el momento, su carrera como agente secreto había sido poco ejemplar. Había logrado guardar el secreto, sí, incluso de sí mismo. En el fondo, no sabía mucho sobre este asunto que casi lo mata y lo dejó abandonado en un país extranjero sin siquiera la ropa que llevaba puesta.

Todo porque había caído presa de un fugaz enamoramiento por una mujer mayor.

¡Qué bufón!

Bobo.

Mequetrefe.

Mierda.

Pero no se arrepentía, al menos no mucho. Acababa de pasar los dos días más increíbles de su vida, y todo había sido *real.* ¿Cómo podía arrepentirse? Excepto de su fascinación por Margaret, que, cuanto más lo pensaba, era verdaderamente vergonzoso. No porque fuera una gran sorpresa, sino porque no lo era.

Pero podría conectarse a counselor.com otro día. Ahora mismo necesitaba seguir adelante. *Quieren* matarte, *Webster,* se recordó. Necesitaba largarse de México, y para eso necesitaba ayuda. Conrad y su familia eran muy amables, pero no podían conseguirle un pasaje de avión ni un boleto de autobús.

Starr le había dicho que volviera a llamar en dos horas, que probablemente ya habían pasado. De todas formas, era una mala idea. Casi se muere la primera vez. Y si aparecía vestido así, Armando ni siquiera le daría un vaso de agua. No es que pudiera volver al Café Mundial, pero cualquier sitio con

telarañas sería igual. Tendría suerte si entraba por la puerta, y mucho menos si se libraba de pagar sin pagar.

Además, ahí es donde lo estarían buscando. *Webster* Webfoot... claro, ¿dónde crees que estará? Esos tipos probablemente lo tenían rastreado, esperando a que se conectara. Habría matones en todos los sitios de reunión *de* la Web a kilómetros a la redonda, esperando. No. Olvídate de Starr. Tendría que encargarse de esto sin la Web.

Lo cual también descartaba a mamá, claro. No es que fuera de mucha ayuda. Solo aportaría una de sus tarjetas de crédito, perpetuamente al límite de su capacidad.

No tenía ni idea de dónde estaba Margaret, salvo que buscaba a Santee, y Santee —si podía confiar en la amazona de piernas largas de Rincón— estaba en un lugar llamado Tziscao, casi seguro en una zona más peligrosa. Además, Margaret lo había abandonado, lo había dejado abandonado a su suerte. Lo habían abandonado, lo habían descartado, lo habían tirado al cubo de la basura (o era al *montón de cenizas;* no estaba seguro de qué era exactamente). En cualquier caso, Margaret tenía sus razones, estaba seguro, y la dejaría con ellas. Sin resentimientos mientras no la volviera a ver.

Metió las manos en los bolsillos y recordó el papel que faltaba: el que Aurora le había dado con la dirección de un amigo. Probablemente había desaparecido hacía tiempo,

empapado en sangre y hecho trizas, tirado en el montón de cenizas (estaba bastante seguro de *que el montón* tenía razón). Pero le hizo pensar: necesitaba a alguien en quien confiar, alguien que supiera todo sobre cruzar la frontera a escondidas. Por lo que Webster sabía, era el gobierno mexicano el que intentaba matarlo. Dado que Margaret y Santee estaban del lado rebelde, era lógico. No sabía si Aurora hablaba inglés. Habían dependido de su traductor para comunicarse. Pero ella había trabajado todo ese tiempo en Estados Unidos. Tenía que saber algo. Recordaba el sonido de su voz, sexy y baja, sus ojos oscuros y brillantes. *Sus ojos son bellos...*

Cuando tomó la decisión, parecía inevitable, un destino, una palabra que nunca pensó que se aplicaría a sí mismo. Pero había algo en pasar de hacer malabarismos con naranjas a nadar en sangre en un par de días que te cambiaba la perspectiva de las cosas, te impulsaba a hacer cosas completamente *quijotescas.*

Practicó sus preguntas. *¿Por dónde está el lugar? ¿Veintidós de diciembre? ¿Cómo voy allá?* Siempre puedo hacer autostop, pensó. Salir a la carretera, sin que me queme una cerca eléctrica. Pero primero, le recordó su estómago revuelto, le esperaban *comida* y *bebida.*

Salió arrastrando los pies del dormitorio, agachando la cabeza. Este lugar no estaba hecho para alguien de su altura. El techo bajo estaba hecho de láminas de metal oxidado

sostenidas por una compleja red de vigas arqueadas. Encontró el punto más alto y se irguió con cautela. Estaba de pie en una habitación el doble de grande que el dormitorio, pero aún bastante pequeña. La poca luz que había entraba por la puerta abierta, donde gallinas escuálidas picoteaban el patio en lo que parecía ser el final de la tarde o el comienzo de la noche. Las paredes eran tablones rescatados de otros edificios. Los colores desgastados formaban rayas descoloridas como las de una vieja silla de playa.

Las gemelas rieron, y las vio entre las sombras, sentadas una al lado de la otra en una de varias hamacas que se inclinaban como telarañas gigantes. Lo saludaron, y él les devolvió el saludo. Una estufa de leña —olía el humo— estaba contra la pared donde Taña Luz cocinaba. Frente a la estufa, con una colección de sillas desparejadas, había una mesa hecha con una puerta sobre caballetes del mismo estilo deformado que el techo.

Sentada a la mesa con Elvis y Conrad, había una anciana. *"Mi madre*", dijo Conrad, presentándola a Webster simplemente como "Mamá". Era la persona más anciana que Webster había visto jamás con aquella piel arrugada. Su cabello ralo era blanco y no tenía dientes. Concluyó, mientras Conrad le gritaba "¡Webster! ¡Webster!" al oído, que también estaba casi sorda. Nunca se veían ancianos en casa —no es que no existieran—, pero en la web aparecían más jóvenes. A menos que fueran demasiado pobres para conectarse, y entonces no se los veía.

—*Siéntese* —dijo Conrad, señalando una silla de plástico destartalada junto a Mamá. Ella le sonreía radiante, visiblemente complacida con la idea, riendo con una risa suave que no era para nada cacareada. Hasta el momento, el nombre de Webster, su apariencia, su sola presencia, parecían resultarle sumamente divertidos. Le caía bien.

La comida resultó ser tortillas, frescas y calentitas. No se parecían mucho a las que envolvían en el Wrap Tex–Mex de Bruce, una bomba de estómago repugnante. Estas sí que tenían sabor. Lo cual era bueno, ya que eran la comida completa, salvo por unos chiles verdes diminutos que te derretían el relleno. *La bebida* era un té dulce con sabor a canela.

Al parecer, estaban en las colinas de San Cristóbal. No creía que hubieran ido tan lejos. Tenía un millón de preguntas que no sabía cómo formular. Captó las miradas curiosas de Elvis y decidió arriesgarse, devolviéndole la mirada y señalando al suelo. *"¿Dónde?"*

Elvis señaló la puerta. *“San Cristóbal está casi veinte kilómetros por allá”.*

Webster dio unas palmaditas en el aire en un gesto que esperaba que significara ir más despacio, y Elvis obedeció, repitiendo la frase palabra por palabra.

Webster casi lo logra. *Por allá* debe ser " over there" o " that way". Pero *casi,* ¿qué era *casi?, e*n español*",* preguntó.

Elvis arrugó la cara en señal de concentración, intentando encontrar una explicación, pero pronto levantó las manos con frustración, dándose por vencido. Conrad, que al parecer había estado observando el intercambio, golpeó la mesa con los nudillos para llamar la atención de Webster y mostró los dedos dos veces para decir *veinte,* veinte, que Webster ya sabía de la escuela. Quería decir: «Me quedo con todo menos con el *casi,* ¿vale?». Pero no sabía cómo.

Pero Conrad volvió a golpear la mesa, separó las manos y las juntó un poco. *«Casi no es todo, menos de todo».* Mostró diez dedos, luego diez más, pero con uno de los índices doblado por la mitad. *«Casi veinte».* Volvió a mostrarle veinte a Webster, *«Veinte»,* y luego otra vez el gesto del dedo doblado, *«Casi veinte».* Y lo repitió: *«Veinte. Casi veinte».* Mantuvo las manos congeladas frente a la cara de Webster, con el dedo aún a media asta, esperando a que Webster lo entendiera.

Webster se quedó mirando los nueve dedos y medio de Conrad durante una eternidad antes de comprenderlo. "¡Casi!", casi gritó, lo que provocó nuevas risas en Mamá y todos los demás, incluso en Elvis. "*Casi* es 'almost'", dijo Webster. " “It’s almost twenty kilometers to San Cristóbal! San Cristóbal está casi veinte kilometros*".* Todos aplaudieron, riendo.

"Casi, almost, casi", corearon alegremente Alanis y Madonna.

Envalentonado por su éxito lingüístico, Webster soltó la pregunta que había preparado. *"¿Dónde está el lugar Veintidós de Diciembre?"*

El silencio cayó como si el techo de metal se hubiera derrumbado.

Webster pudo ver en sus ojos que sabían exactamente de qué hablaba. No fue hasta ese preciso instante que se formó una imagen mental que acompañaba las palabras de Aurora: *En 1997, en el pueblo de Acteal, cuarenta y cinco personas desarmadas fueron asesinadas por paramilitares del gobierno.*

Cuarenta y cinco personas idénticas a las que estaban sentadas alrededor de esta mesa. Ni siquiera Alanis ni Madonna estaban a salvo. Sus ojos recorrieron rostros, sabiendo que había problemas, buscando a un adulto que no pareciera asustado. *Treinta y seis de ellos eran mujeres y niños.*

Cuando Aurora le habló del lugar y la hora, 1997 le pareció lejano, como Vietnam, los coches destrozados o los centros comerciales: todas esas cosas ya superadas. Para esta gente, se dio cuenta, esta masacre fue ayer, porque podría volver a ocurrir mañana. Sintió como si hubiera madurado un par de

años en cuestión de segundos. "Lo siento", dijo. Le costó recordar las palabras, pero solo una le servía. *"Penitente",* dijo. *"Penitente".*

Mamá extendió una mano morena y arrugada y la puso sobre la de él. Conrad lo observó pensativo. Finalmente preguntó: *"¿Eres zapatista?".*

Claro. Por eso Aurora había susurrado el nombre de su pueblo como si fuera un secreto. Era un pueblo rebelde, un pueblo *zapatista.* No parecía haber escapatoria. No sabía de qué se trataba esta guerra —revolución, o lo que fuera—, pero tenía una idea bastante clara, y definitivamente sabía qué bando intentaba matarlo. Definitivamente sabía de qué lado estaba.

“Sí”, dijo. *“Zapatista”.*

Conrad sonrió, extendió las manos para abarcar a su familia, además del pueblo que Webster aún no había visto afuera, luego presionó las palmas contra su pecho: *“Nosotros también”.*

Nosotros también.

Unas horas después, lo escoltaron hasta San Cristóbal para un encuentro clandestino con un camión que iba regularmente a Veintidós de Diciembre, un camión que podía ir a cualquier parte sin levantar sospechas. Era un gran

camión rojo de Coca–Cola. *«Siempre»,* decía sobre el conocido disco rojo: «Siempre».

Viajó en la parte trasera, en un oscuro hueco rodeado de latas y botellas de agua y Coca–Cola. Estaba completamente oscuro, agitándose con el incesante chapoteo. Se preguntó si alguna de las Coca–Colas explotaría alguna vez. Abrió una lata y se la bebió de un trago, lo que lo animó un rato. Pero pronto le entró sueño y se quedó dormido.

Despertó, volando por los aires, y luego cayó con fuerza. El zumbido del motor acelerado en baja marcha ahogó el rugido de la soda batiéndose. Se aferró a los cuellos de un par de botellas de tres litros y rezó, imaginando el camión saltando por la carretera sobre enormes resortes, como un canguro mecánico. Luego comenzó a ir hacia atrás, hacia adelante, hacia atrás otra vez. Cuando finalmente se detuvo, el chapoteo continuó como olas rompiendo en un muelle. El motor se apagó y oyó al conductor abrir y cerrar su puerta. Hubo un ruido de trinquete cuando la parte trasera se abrió. Una caja de botellas se deslizó fuera del camino, y su pequeño cubículo se inundó de luz. El conductor le hizo señas para que saliera. Se arrastró hasta el suelo, parpadeando como un topo que emerge de su madriguera, probando sus extremidades para ver si todo estaba intacto.

Mientras tanto, el conductor descargó unas cajas de Coca–Cola y agua. Al terminar, señaló al suelo y le guiñó un ojo a Webster para que supiera que ese era el lugar. Volvió a subir

a la camioneta, tocó la bocina un par de veces y se marchó, dando tumbos por la carretera. Webster se sentó en la pila de Coca–Colas y esperó.

Estaba al final de un camino lleno de baches que ascendía desde un valle. Una iglesia sin techo se alzaba en el bosque. Dentro del santuario, un par de cabras pastaban atadas a un árbol. Varios senderos partían de allí. Al poco rato, un par de chicos con una carretilla se acercaron por uno de los senderos.

Webster se levantó y se sacudió los pantalones. «¿Veintidós de Diciembre?», preguntó alegremente.

Los chicos intercambiaron miradas. ¿Quién era este tipo?

"Zapatista", dijo, dándose un golpecito en el pecho. *"Amigo de Aurora".* Levantó un par de cajas de Coca–Cola y las puso en la carretilla, como diciendo: "Puedes confiar en mí. Nos dedicamos a lo mismo".

Se encogieron de hombros y lo dejaron ayudar con el resto de las Coca–Colas, aunque no le confiaban la carretilla en el sinuoso sendero. Los siguió unos pasos hasta que llegaron a un pequeño pueblo. Esperó junto a la pequeña tienda, del tamaño de un estante. Aurora no tardó en encontrarlo, como él sabía que haría.

Ella se rió cuando lo vio. *"¿No eres ornitologísta?"*

—No —dijo—. Estoy en serios problemas.

Ella le tomó la mano y le dedicó una sonrisa comprensiva. "¿Qué pasa?", le preguntó, con el primer inglés que oía hablar.

Ella lo llevó a su casa y él le contó toda la historia. No se sorprendió cuando sus primeras palabras fueron: "¿Santee está vivo? Debemos ir a Tziscao. Todo depende de él".

Pero no iba a ir a ninguna parte hasta que finalmente escuchara qué había estado tramando Santee, cuál era el gran plan; la razón, según le dijo, por la que su madre la había llamado a casa. Cuando se lo explicó, su respuesta fue inmediata e inequívoca: «Jamás, ni en un millón de años, funcionará». La Web se tragaría todo su sufrimiento con un eructo y un rasguño, y pasaría a lo siguiente. Y entonces, al decirlo, se dio cuenta con la misma certeza de que nunca estuvo destinado a funcionar como Aurora, Margaret y Santee habían pensado, que todo era una maniobra de engaño, una incitación, un canto de sirena, una trampa. Sin embargo, no se podía culpar a la gente, todas las estúpidas ideas idealistas que tenían sobre la Web, que aún conservaban después de todo este tiempo.

“¿Instalaste tú misma este interfaz?” le preguntó.

“Sólo esta mañana.”

Ojalá hubiera llegado antes, pensó, pero no lo dijo. En cambio, dijo: «Tienes razón. Tenemos que encontrar a ese Santee antes de que se conecte».

CAPÍTULO QUINCE

“Se fue porque no confiaba en ti, Zack. Esa mujer no es tonta.” Hermalinda miró la *cabaña vacía* como si nunca hubiera imaginado encontrar a Margaret allí. Antes de descubrir que Margaret se había ido, Zack le había avisado que quería verla. Ahora Hermalinda actuaba como si fuera una treta para atraerla. Él tampoco era tonto. Haría falta mucho más que otra mirada soñadora para recuperarla. Antes de que pudiera tocarla, salió al porche y se quedó mirando las estrellas, con los brazos cruzados.

Le había dicho que Edie se había ido, que su matrimonio había terminado. Ella no dijo ni una palabra, no fingió importarle. La siguió afuera, se quedó detrás de ella. En tiempos mejores, solía cepillarle su larga cabellera negra, espesa y exuberante. A veces recordaba la primera vez que la vio y la alisaba con las manos, como si apagara las llamas.

Luego la besaba en la coronilla. Le había dicho más de una vez que la adoraba, y era cierto. Ella podría pensar que todo lo demás que decía era mentira, si tan solo lo creyera.

Mañana amanecería otro día hermoso. El primer día del resto de su vida o alguna tontería por el estilo, y ya empezaba a parecer que iba a ser como todos los demás. Este cambio de página era como intentar voltear una tapa de alcantarilla con los meñiques. Imagínate: le dices a la gente: «Ya no soy un mentiroso», ¡y no te creen! Qué descaro. Su padre solía torturarlo con frases que empezaban con «Nadie dijo que iba a ser fácil...». Ahora se las repetía a sí mismo.

—Me pidió que concertara una cita contigo —dijo—. Debió de confiar un poco en mí.

Ella se giró y lo encaró. «Está desesperada por encontrar a Santee. Lo ama».

Incluso eso sonó a acusación. Dio un paso hacia ella como si fuera a abrazarla. «Hermalinda...»

Levantó las manos. «No, Zack. Vine a ver a Margaret, a ayudarla a encontrar a Santee. Es importante. No puedo molestarte».

No le importó. Dejó caer los brazos a los costados. "¿Qué demonios *pasa* con Santee?"

"No te lo puedo decir."

Vamos, Hermalinda. Quizás pueda ayudarte a averiguar adónde fue Margaret. Quieres saberlo, ¿verdad? ¿O es que eso revela demasiados secretos?

—Ya lo sé. Ella se fue donde esté Santee.

“¿Y dónde está eso?”

"No sé."

—Sí —dijo Zack, con más seguridad de la que tenía—. Cuando apareció aquí, no solo estaba asustado, sino que tenía una mirada fija, como si algo lo persiguiera.

"Vamos, Zack."

—No, hablo en serio. Conozco esa mirada. Debí de tener esa misma mirada después de aderezar a ese chico muerto como si fuera un trozo de carne para que ese sacerdote judas lo sirviera.

Ella miró hacia otro lado.

“Así te veía cuando apareciste aquí buscando trabajo”.

“Esto no tiene nada que ver con nosotros, Zack”.

—Digo que Santee vio algo ahí en el pueblo, quizá alguien asesinado, algún asunto zapatista que salió mal, y vino corriendo para acá. Eso es todo, ¿no?

"¿Y si lo fuera?"

Bingo. Por cómo lo dijo, supo que tenía razón. «Maldita sea, Hermalinda. ¿No me estás escuchando? Soy un desastre, pero conozco gente. No solo huía. Algo lo carcomía, algo que tenía que arreglar. Alguien murió, ¿verdad? Sigue ese cadáver y encontrarás a Santee».

Ella lo observó un momento. "Gracias, Zack. Creo que tienes razón."

"¿Y adónde fue? ¿Quién murió?"

“Si realmente quieres ayudar, puedes averiguar *por qué* murió, por qué se frustró el trato, como dijiste”.

¿Y cómo se supone que voy a hacer eso? Ni siquiera sé cuál era el trato.

Pregúntale a alguien que sepa. Creo que es amigo tuyo.

Ella simplemente no lo dejaba pasar. "¿Quieres que hable con *Huerta?* Debes estar bromeando".

Ella montó en cólera. "¿Prefieres *que vaya yo* a hablar con él? ¿Qué te parece, Zack? ¿Crees que me lo dirá? Es un viejo amigo de la familia, después de todo".

Levantó las manos. «Está bien. Lo siento. Hablaré con él. ¿Dónde estarás?»

Tardó un rato en responder. Se había alejado de él, mirando la puerta trasera de la casa donde ardía la luz del porche. ¿Recordaba el día que apareció allí? Tenía la mandíbula apretada, y por su respiración, él notaba que seguía enfadada. Odiaba perder los estribos. Le traía demasiados recuerdos, o los dejaba salir demasiado. Quería abrazarla, pero sabía que no lo dejaría acercarse.

Empezó a bajar los escalones del porche. "Seguiré a Margaret", dijo, mirándolo de nuevo, recuperando el control.

“¿Y dónde está eso?”

“Buscando a Santee.”

“Al menos dame el *nombre del muerto*”.

Jorge Trujillo. Lo asesinaron en el *zócalo.* Santee, como dijiste, vino aquí esa noche. Desde entonces, ha desaparecido.

"¿Es ese el niño... ya sabes?"

¿El que le diste al judas? No. No lo conocía. Quizás Huerta solo necesitaba un cadáver y recogió uno camino a tu casa. Como ya sabes, en Chiapas no hay escasez.

Ese "como ya sabes" no se le escapó. Quería decirle lo que *sabía* —que la amaba y haría lo que fuera por recuperarla, pero también sabía que ella no lo creería —ni debería creerlo, en realidad— hasta que sucediera.

Zack no tardó en ir a casa de Huerta. No tenía sentido asustarse. Claro, Huerta se cabrearía, pero no demasiado, porque Zack dejó escapar a Margaret. Probablemente lo sabía de todas formas. Nadie podría haber llegado tan lejos como Huerta dejando asuntos importantes solo en manos de alguien como Zachary Taylor Hayman III. No. Zack lo había hecho tan bien como Huerta esperaba. A Huerta simplemente le gustaba mover los hilos, asegurándose de que siguieran conectados. Se suponía que Zack *la* cagaría, como el bufón de la corte: bueno para reírse, apenas digno de matar.

Había considerado ir a casa de Huerta, serio y lúcido, listo para superarlo con su ingenio deslumbrante. En cambio, se fumó un porro mientras se dirigía al pueblo y se puso como un tomate. Zack, sin sus ojos rojos y su ramo de cáñamo, sería como Ronald McDonald[11] sin nariz ni maquillaje,

11 Ronald McDonald es un personaje de ficción, que fue mascota oficial de la cadena de restaurantes de comida rápida McDonald's. Cuenta la leyenda que en Cuernavaca, Morelos, una figura de Ronald le habló a una persona y

luciendo un traje de Armani. Ni siquiera lo dejaban entrar al parque. Zack tenía que ser el mismo de siempre para engañar a Huerta.

De camino a casa de Huerta, Zack intentó averiguar por qué Hermalinda se había enamorado de él. Solía pensar que era porque la había engañado, que en realidad no sabía quién era. Pero resultó que ella siempre había sabido que era un cobarde que no había movido un dedo para ayudarla, ni para ayudar a todo su pueblo. Quizás fue porque más tarde, cuando la ayudó, fue una sorpresa tan grande viniendo de un tipo *sinvergüenza* como él, que lo hizo quedar mejor de lo que era. Y en aquel entonces ella era una viuda sin hogar y sin recursos. Cualquiera habría quedado bien. Ahora era una luchadora por la libertad, una rebelde indígena, o lo que fuera: una mujer dura y comprometida que había tenido demasiado de Zack meses atrás.

Lo mismo le ocurrió a Zack, por cierto.

Pero ahora, tal como lo había calculado, la única oportunidad que tenía con Hermalinda era sorprenderla de nuevo; y para lograrlo, tendría que sorprenderse a sí mismo, sorprenderse tanto que se le quedara grabado. Se deslizó junto a la acera, salió de la camioneta y cerró la puerta de golpe. El golpe metálico de la puerta de la camioneta resonó por la calle de Huerta e hizo ladrar a todos los perros,

---

de la impresión falleció. Se cree que esa es la verdadera causa de que la compañía prescindiera del payaso. [N. T.]

probablemente activó algunos sensores en la pared. Sabía qué le estarían apuntando, esperando órdenes.

Podía oír la voz de Hermalinda resonando en su cabeza mientras cruzaba la calle: *¿Prefieres que hable yo con él? ¿Qué te parece, Zack? ¿Crees que me lo dirá? Es un viejo amigo de la familia, después de todo.* Nunca antes había imaginado que era un asunto personal entre ella y Huerta, que él habría dado la orden de arrasar su aldea, y ella lo habría sabido.

Antes de venir a México, Zack pensaba que la guerra era algo grande, impersonal, distante. Como un misil de crucero o una carta de la junta de reclutamiento, ¿con quién te enojarías? Pero *guerra, revolución* o levantamiento izquierdista, esto aquí era *personal.* Por eso siempre pensó que debía mantenerse al margen. Tocaba a la puerta. Eso y ser un completo cobarde.

El sirviente que abrió la puerta era real esta vez y se mantenía discreto. No era difícil entender por qué. La reprimenda de Huerta resonaba desde la parte trasera de la casa como un televisor a todo volumen, pero también había uno, y él lo estaba ahogando. Había mucho de «joder esto» y «joder aquello», pero ya no tenía sentido. El sirviente, con la cabeza gacha todo el tiempo como un perro acostumbrado a las patadas, condujo a Zack al patio de verdad y se escabulló.

No había mariachis. Ni buzos. Ni tucanes. El suelo estaba completamente excavado. Había picos y palas por todas partes. Debieron haber huido o estaban escondidos. Docenas de plantas y árboles se extendían por el perímetro, envueltos en sus pañales de arpillera, esperando a ser plantados. Zack se sentía como si estuviera en una fiesta donde todos los demás invitados eran plantas.

Esta ilusión se hizo añicos cuando llegó Huerta, con la cara roja, dando órdenes por encima del hombro a sus lacayos. Esta vez vestía ropa de vaquero: vaqueros azul oscuro y una camisa a cuadros chillona, con el estómago revuelto al abrocharla. Estaba vestido para una barbacoa, pero no parecía estar con espíritu festivo. No era solo su habitual maldad. Estaba alterado, nervioso, preocupado. Como un entrenador de fútbol americano al margen. Por su aspecto, debía de ser el maldito Super Bowl.

"Me alegra verte, Zack", dijo Huerta, no como si lo sintiera, sino como si no le importara pensarlo. Le recordó a Zack a un amigo banquero de su padre en Boise que siempre lo saludaba así aunque lo odiaba a muerte. De alguna manera, ese recuerdo, que vinculaba a Huerta con un banquero de Boise, le facilitó la tarea de enfrentarse a Huerta.

Me alegra verlo también, señor Huerta. Me temo que tengo malas noticias. Margaret Mayfield me dio esquinazo hace un par de horas, me pagó la cuenta antes de lo previsto y todo.

Huerta asintió, así que Zack supo que el hombre lo sabía, pero no pareció molestarlo. Parecía estar pensando mucho, procesando la nueva información, adaptándola a la estrategia. Finalmente, dijo: «La mujer no importa. Pero ese Webster Webfoot... ¿Te dijo algo sobre él?».

A Zack le dio la impresión de que Huerta no había pensado en nada más desde la última vez que hablaron, aunque no podía imaginar por qué un niño flacucho con un mono de retazos lo había asustado tanto. "No... la verdad es que no."

Huerta asintió como si lo esperara. «Es astuto, ese. Me he enterado de que este chico, Webster Webfoot, es famoso en internet. Un ciberterrorista. Un hábil manipulador de los medios. Búscalo en internet, y la lista es interminable. Alguien así puede ser un enemigo peligroso».

Zack no estaba seguro de qué era un ciberterrorista, y quizá Huerta tampoco, pero asintió con comprensión y murmuró: «Sí. Son muy malas noticias, sin duda. Seguro que aparecerá. Es un tipo que llama la atención, ¿sabes?».

De repente, Huerta centró toda su atención en Zack. «Así es. Lo has visto. Sabes qué aspecto tiene».

—Bueno, yo apenas…

“Lo encontrarás para mí y lo traerás aquí”. Huerta parecía bastante complacido con este plan: se necesita un gringo para encontrar a un gringo.

Zack sabía que "no" no era una de las posibles respuestas. "¿Sabes dónde podría estar?", preguntó.

Hoy temprano, se escapó de seis de mis hombres en un café de San Cristóbal. Café Mundial, ¿lo conoces?

¿Seis hombres? ¡Dios mío!

"¿Lo *sabes?*"

—Sí, claro. Un lugar turístico. Muy bonito. No es lo mío. ¿Llevaba una pistola o algo así?

Al parecer no la necesitaba. Dos de mis hombres están en el hospital, uno con la mandíbula rota y el otro con una conmoción cerebral. Escapó a pie, así que no pudo haber ido muy lejos. Como eres compatriota, quizá no se escape tan rápido y puedas ganarte su confianza. ¿Aún tienes el arma que te di?

Zack se dio cuenta sobresaltado de que sí, metida en el bolsillo trasero. "Sí", dijo. No le gustaba adónde iba esto.

“Si lo encuentras y no quiere venir contigo, puede que lo necesites para defenderte, ¿entiendes?”

—Sí —logró decir Zack una vez más, tragando saliva con dificultad. Huerta le estaba diciendo a Zack que matara a ese chico, pero por si acaso la conversación estaba intervenida, podría negarlo. Es pura costumbre con un tipo como Huerta.

—Me ofrecí a buscar al chico antes —quiso decir Zack—, pero me rechazaste. —*Tengo gente inteligente y hábil trabajando en eso* —había dicho Huerta. Supongo que no eran tan hábiles después de todo.

"Me iré enseguida", dijo Zack.

Huerta casi parecía agradecido.

Esta es mi oportunidad, pensó Zack. Quizás mi única oportunidad. Tengo mis propias habilidades. Se sentó al final del tablero alto y respiró hondo. "Tengo algo que me gustaría comentarte primero, si pudiera".

Huerta, curioso, le dedicó un pequeño gesto con la cabeza.

Bueno, la cosa es que mi vida está hecha un desastre ahora mismo. Mi mujer me acaba de dejar. El negocio hotelero no sirve para nada, y de todas formas estoy harto. No me estoy haciendo más joven, y hace tiempo que dejé de pensar en volver a Estados Unidos. Supongo que lo que intento decir es que estoy abierto a un nuevo rumbo en la vida, por así decirlo. Y, no sé, parece que algo grave está pasando con Santee y la guerra y todo eso, y pensé que quizá necesitarías a alguien más profesional y a largo plazo. No es que no me *guste* hacerte cualquier favor, como amigo y todo eso. Solo pensé, ya sabes, que tal vez podría involucrarme a otro nivel.

Huerta frunció el ceño mientras escuchaba y, tras unos instantes, se echó a reír. "¿Me estás pidiendo trabajo?"

—Sí. —Zack sonrió tímidamente al ver la sonrisa lobuna de Huerta—. Sí, eso es lo que estoy haciendo.

Huerta soltó una carcajada, y su brazo corpulento rodeó los hombros de Zack, lo levantó y lo bajó. "Me caes bien, Zack. Eres un hombre de negocios al que no le importa mucho el negocio, ¿eh?"

Zack se rió de lo baboso que era. "¿Y qué pasa?"

Huerta lo soltó, se recostó y lo observó con los ojos entrecerrados. Pero su mirada petulante lo delataba. Tenía un trato en marcha y no podía resistirse a presumirle a algún gringo, aunque el gringo fuera Zack. Sacó un puro del tamaño de Cuba, lo circuncidó y lo encendió. Le ofreció uno a Zack, pero Zack lo rechazó y encendió un Marlboro. Nunca había podido identificarse con el tema de los puros.

—¡Tierra! —dijo Huerta con reverencia y pasión—. ¡Millones de hectáreas de *tierra!*

Claro, pensó Zack. ¿Había alguna vez algo más en este país? Dijo: "¡Guau! ¿Dónde?".

Huerta resopló un par de veces. «Te diré un secreto, amigo: Los conflictos que han asolado a este país durante muchísimos años están a punto de terminar. Muy pronto, miles de *chiapanecos descontentos* abandonarán sus tierras, sus preciados *ejidos,* dejando un vacío, podría decirse, que yo llenaré».

«Abandonar» sonaba a eufemismo para algo más siniestro. «¿Te refieres a una gran acción militar?»

—No, amigo mío, se van; se van muy lejos, para no volver jamás. Un pajarito les susurrará al oído y volarán. Solo tendré que reclamar mi lugar. —Huerta dio una calada a su puro con una sonrisa de «tengo un secreto».

Son muchos miles de personas, ¿verdad? ¿Adónde van?

La sonrisa se ensanchó. Habían llegado al punto clave. Incluso arqueó las cejas: «A Marte. Todos van a Marte». Exhaló una columna de humo al aire mientras hacía como un cohete con su cigarro.

¿Marte? ¿Te refieres a la colonia? *¿Son ellos* los seleccionados? Zack se preguntó si Huerta no habría perdido el ritmo.

“Cuidadosamente seleccionados, dirían. ¿Y quién mejor? Están acostumbrados a la adversidad, ¿no? A ganarse la vida a duras penas en un entorno hostil”, sonrió Huerta.

“Aun así, uno podría verse obligado a concluir que el proceso de selección de colonos no es el modelo de democracia y equidad que aparenta ser”.

Claro que no. Nada lo era nunca. Enviar a todos los rebeldes a Marte. Era tan loco y horrible como para ser verdad. Y, desde luego, Huerta no tenía motivos para

mentirle a Zack. ¿Para qué molestarse? Pero al menos una cosa no cuadraba: aunque todos los indios del mundo fueran enviados a Plutón mañana, ¿cómo creía Huerta que iba a ganar? Era un pez gordo en un estanque muy pequeño, pero este lugar era un vaso de agua en el panorama general. «Señor Huerta, no pretendo dudar de usted ni nada, pero ¿cómo va a tener la oportunidad de cerrar un trato así? Es decir, tiene que imaginarse que todas las grandes multinacionales se meterán en el lío. Petróleo. Pulpa de papel…».

Huerta le dio una palmada en la espalda. «Eres mucho más listo de lo que aparentas, Zack. Es cierto: a alguien como yo no se le permitiría comer en un banquete tan grande y suntuoso. Pero eso es lo mejor. Resulta que las multinacionales ya no harán inversiones inmobiliarias a largo plazo, al menos *aquí*».

"¿Por qué no bienes raíces en México?"

—No México, amigo mío, sino el mundo. Los más ricos también se van al nuevo.

¿Nuevo qué? ¿De qué estás hablando?

Huerta rió entre dientes. «El nuevo *mundo*».

—El nuevo mundo. —Se oyó un ruido. Zack no estaba seguro de si era el trino de un pájaro o un zumbido en los oídos—. ¿Marte?

Huerta rió con ganas. «Así es. Ya ves: me dejan esto a mí». Apuntó con su cigarro al suelo bajo sus pies. «Todavía no lo saben, pero lo saben».

A Zack le corría el corazón. Intentó reír alegremente, pero solo le salió un gruñido. "Sin ánimo de ofender. ¿Pero qué le pasa a este mundo? ¿Para qué demonios ir a Marte?"

Huerta sonrió. "¿Cuál es la expresión que usan los ingleses? ¡Ah, sí! Me temo que nos espera una mala racha. Los detalles no tienen por qué preocuparnos a la gente común como nosotros: capas de ozono, proliferación de algas. Que se preocupen los *científicos.* Les hace sentir importantes y poderosos". Huerta dio otra calada a su cigarro y se puso filosófico. "Pero estas cosas, ¿sabes? Nunca son tan malas como dicen. Y todo es mejor cuando eres rico, *¿verdad?*"

Zack se esforzaba por contenerse. Huerta debía de estar loco. Pero Zack aún no entendía a qué había venido. "¿Y qué tiene que ver Santee con todo esto?"

Huerta despidió a Santee con un gesto de la mano. "Cree que está salvando el mundo; ya sabes, ese tipo de estadounidense que salva a las crías de foca y a los pequeños mexicanos. No te preocupes por él. Está haciendo exactamente lo que se supone que debe hacer. Si Margaret lo encuentra, pueden morir juntos". Esbozó una sonrisa sentimental, como si realmente le pareciera dulce.

“¿Y qué pasa con Jorge?”, exclamó Zack.

Huerta parecía no tener ni idea.

¿Asesinaron a un joven en el pueblo la otra noche? Oí que tenía algo que ver con Santee.

—Ah, sí —dijo Huerta con una sonrisa—. Había olvidado su nombre. No es importante. Era solo cuestión de controlar el flujo de información. Huerta se rió de su propio chiste, y Zack rió con él sin tener ni idea de qué hablaba.

Zack sintió que se le acababa el tiempo, que el humor de Huerta estaba llegando a su fin, y que no había tiempo para sutilezas. "¿De dónde era Jorge?"

Huerta volvió a reír. «*De la tierra.* De polvo en polvo, ¿eh? Olvídate del chico. Ahora vete, amigo. Podemos discutir las condiciones de tu empleo cuando me traigas al señor Webfoot, de una forma u otra».

Zack partió hacia San Cristóbal mientras la pista aún estaba caliente. Recordaba a ese niño tonto con su disfraz. Llamaría la atención. Si seguía vivo, Zack probablemente era su única oportunidad, aunque se preguntaba cómo había logrado escapar de seis tipos. Pero como Huerta tenía que ser ingenioso con el origen de Jorge —*polvo al polvo,* qué imbécil—, Webster era la única pista de Zack para llegar a Santee, su única pista para volver a Hermalinda.

Se preguntó qué diría ella sobre esta locura de Marte. Probablemente debería contárselo a los rebeldes de inmediato, pero no conocía a nadie aparte de Hermalinda que lo tomara en serio, y ella definitivamente estaba entre los dudosos. Intentó comprenderlo, pero era demasiado extraño, demasiado alucinante. Pero incluso si Huerta estaba loco o mentía, algo grave estaba ocurriendo, y como era habitual para los rebeldes, algo malo.

El ejército estaba ocupado esa noche. Parecía que todos sus vehículos estaban en la carretera. No era tan inusual, pero había algo extraño en ello, y le llevó un tiempo descubrir qué era. Estaban casi vacíos. Jeeps, Hummers, solo tenían un conductor y nadie más. Grandes transportes con laterales destacados, generalmente llenos de soldados que le gritaban al pasar, estaban vacíos excepto por un conductor y uno o dos soldados en la parte de atrás. Una vez que se dio cuenta, fue difícil no verlos. No solo uno o dos, sino todos. Y se dirigían en todas direcciones, separándose del grupo uno o dos a la vez para dirigirse a la soledad. ¿Qué demonios estaban haciendo?

Se van, se van muy lejos, para no regresar jamás.

No había ido muy lejos cuando lo comprendió de inmediato: lo que debería haber visto de inmediato. Si todos los rebeldes iban a irse volando, necesitaban que los llevaran al aeropuerto, al espaciopuerto o donde fuera. Se imaginó el transporte que tenía delante, lleno de indios, con

Hermalinda atrás, yéndose para no volver jamás. Gritó y pisó el acelerador, pasando una fila de media docena de vehículos militares. Los conductores parecían jóvenes normales, simplemente haciendo su trabajo. Tal vez iban a recoger un montón de repuestos para todos esos camiones tan bonitos. Probablemente no sabían adónde iban ni por qué. Tal vez esta guerra no era tan personal después de todo.

Volvió a su carril justo a tiempo para evitar un choque frontal con un Cherokee de alquiler. Dentro, iluminados por sus faros, había una pareja de turistas aterrorizados, de esos que solían ser su pan de cada día: más o menos de su edad, anticuados y con la esperanza de quedarse allí. «Dense la vuelta», quiso decirles. «No tienen ni idea de dónde se están metiendo». Se encorvó sobre el volante y mantuvo el acelerador a fondo, llegando a San Cristóbal en tiempo récord. Perdió la cuenta de la cantidad de camionetas en la caravana verde oliva que venían en camino, pero parecía que habría espacio suficiente para todos.

El Café Mundial era el tipo de lugar que le daba mala fama al turismo, lleno de niños ricos y malcriados que se escondían del país al que habían viajado miles de kilómetros para llegar. Se podía decir lo que se quisiera del Estrellita, pero era muchísimo mejor que este lugar falso. Sintió una punzada de nostalgia por su antigua vida, aún caliente, pero no se arrepentía. Ya parecía que había pasado mucho tiempo.

Era fácil identificar a la gente con la que necesitaba hablar: los dos únicos clientes mexicanos del local. Estaban sentados en la barra, atentos, por si el chico era tan estúpido o loco como para volver. Zack se sentó junto al mayor y más corpulento, un tipo fornido con canas en las sienes, embutido como una salchicha en su predecible camiseta negra. Tenía un bulto en el bolsillo trasero de los vaqueros que parecía una pistola pequeña. El otro tipo que estaba a su lado —unos veinte años con un cuerpo escultural como salido de un anuncio de ropa interior— llevaba su arma más potente sujeta a la cadera en una funda repujada, como un pistolero a la antigua. Aunque la pistola habría enorgullecido a Flash Gordon, el diseño de la funda podría haber sido una cobra o un pene, probablemente intentando ser ambos. Zack se preguntó si los punks empacaban esta porquería en Estados Unidos. Había estado fuera demasiado tiempo para saberlo. Portar un arma en México era ilegal a menos que fueras policía de verdad, pero esa era la cuestión. ¿Quién demonios se la iba a quitar? Te dejaba claro desde el principio que no tenía sentido llamar a la policía: ya se habían retractado o les habían pagado antes de que aparecieras.

Zack pensó que estos dos eran matones de Paz y Prosperidad, los más repugnantes de los matones paramilitares que el partido usaba para imponer el Estado de derecho. Quienquiera que quisiera a Webster lo quería con todas sus fuerzas. Esto era definitivamente más grande

que Huerta, y "mis hombres" era una exageración. Incluso si fueras el dueño de la playa, ¿podrías decir "mis tiburones"?

En el cenicero frente al grandullón había un paquete de Marlboro arrugado y un montón de colillas.

Zack pidió un espresso triple. Cuando llegó, encendió un cigarrillo y le ofreció uno al hombre de al lado, quien lo tomó con una sonrisa y se inclinó hacia el Zippo de Zack. "¿Crees que el chico volverá aquí?", le preguntó Zack.

Se enderezó y exhaló una nube espesa. "¿El niño?", preguntó con indiferencia, no como si no supiera de qué hablaba Zack, sino como si estuviera diciendo: "*¿Y tú quién coño eres?".*

Zack dio su propia calada, y ni siquiera le tembló la mano. "Disculpen que me adelante. Me llamo Zack Hayman. Trabajo para el señor Huerta. Me pidió que investigara. Dicen que el chico podría ser de la CIA".

—Eso pensé —dijo el joven, inclinándose sobre su compañero y interrumpiéndolo. Tenía un ojo morado y un bulto en la frente.

—Cállate, Flaco —dijo el mayor—. Si fuera de la CIA, estarías muerto.

No me digas que me calle. No lo viste en acción.

El hombre mayor puso los ojos en blanco y se volvió hacia Zack. "Dile a ese *pendejo* de Huerta que Milton dice que ese gringo Zap no es de la CIA, que no va a volver ni por aquí ni por ningún lado, y que está malgastando su dinero y mi tiempo".

“¿Dónde está entonces?”

En el monte con los demás conejos. Siempre corren por ahí. Su ropa estaba tirada en un cubo de basura del mercado. ¿Te suena a la CIA? El maldito Huerta se cree un experto, que se siente en este bar de mierda a sorber esta mierda espumosa. Milton apartó con asco un capuchino de aspecto cansado, lleno de virutas de chocolate.

Le hizo una seña al camarero y pidió un tequila doble. Flaco negó con la cabeza con desaprobación, pero no dijo nada. "Fue al mercado", dijo Milton, "y se fue del pueblo en la camioneta de algún granjero, debajo de un saco de frijoles o algo así. La CIA. ¿Iba en un Lexus o algo así, un maldito helicóptero? Además, ¿por qué querría la CIA meterse con nosotros? ¡Me *entrenaron* a muerte!"

Llegó el tequila de Milton. Se lo bebió de un trago y pidió otro.

"Voy a echarle un vistazo", dijo Zack. Terminó su espresso, no tan bueno como el que preparó en la Estrellita y el doble de caro.

—Hazlo tú, Zack Hayman. Y si *es* de la CIA, dile que quiero recuperar mi antiguo trabajo.

Zack pasó las siguientes dos horas intentando sonsacar información en los alrededores del mercado, pero *nadie* sabía nada. De hecho, no sabían nada incluso antes de que él tuviera la oportunidad de preguntar. Entonces era: "¿Qué chico? ¿Qué ropa? No soy de por aquí, señor".

Se veían bastantes amigos de Milton y Flaco por el pueblo. Todavía no lo seguían, pero si seguía mostrando interés en la gente equivocada, lo harían. Que ellos supieran, trabajaba para Huerta, pero aún podían decidir eliminarlo si creían que podría hacerlos quedar mal. Después de todo, ya habían interrogado a toda esa gente, y al parecer no habían encontrado nada.

Alrededor de la medianoche, dio una vuelta en coche hasta asegurarse de que nadie lo seguía y luego fue a casa de Anna Flores. Estaba cerrada, pero dio la vuelta y tocó la puerta hasta que ella lo dejó entrar. Estaba ocupada limpiando la parrilla, y el lugar olía a manteca, limpiahornos y café. "¿Quieres una taza?", le preguntó.

Tomó el café y la observó trabajar un rato, animándola a volver a la carga, con las manos enfundadas en gruesos guantes de goma, los brazos desnudos como cuerdas anudadas. "Busco a un chico", dijo. "Hermalinda me lo recomendó. Se llama Webster Webfoot."

Pasó de la espátula al cepillo de alambre y frotó con más fuerza. "¿Hermalinda o Huerta?"

—Mierda, Anna. ¿No te lo crees?

“Sé que Hermalinda me dijo que había terminado contigo”.

Eso es porque he sido un cobarde, un necio sin carácter. Pero nunca he sido un traidor. Jamás haría nada que pusiera en peligro a Hermalinda. Lo sabes. (Oía la voz de Edie, más amable que en años: ¿*Tomas una postura, Zee? ¿Tomas una postura?)* Lo dijo en voz alta: «Tomo una postura, Anna. Estoy de tu lado».

Anna negó con la cabeza mirando la parrilla sin detenerse. Intentó apartarse un mechón de pelo de los ojos, pero lo tenía pegado a la frente. Él extendió la mano y se lo quitó, enganchándolo detrás de la oreja.

—¿Por qué debería creerte, Zack?

“Anna, mírame.”

A regañadientes, dejó el cepillo y lo miró. «Quiero a Hermalinda», dijo. «Ella es todo para mí. *Mi corazón.* Esta es mi única oportunidad de demostrarle que valgo la pena. Voy a salvar a ese niño o moriré en el intento. Ayúdame. Por favor, te lo ruego».

Anna era una romántica. Quería creer en el amor, quería creer que podía transformar incluso a un cobarde como Zack. «Mi matrimonio se acabó. Edie ya está de vuelta en Idaho. Estoy de rodillas aquí».

“Pero si estás mintiendo…”

Pero no. Te lo digo, hay matones de P y P por toda la ciudad buscando al chico. Por alguna razón, tuvo suerte una vez, pero no va a volver a suceder. No tiene ninguna posibilidad a menos que reciba un poco de ayuda. Y estoy bastante seguro de que sabe algo. Seguro que ya se han dado cuenta de todo el movimiento militar.

Cerró los ojos y suspiró. «De acuerdo. Recibí una llamada justo antes de que llegaras, organizando el transporte del chico al campo. Estarán de vuelta en cuatro horas. ¿Quieres ayudar? Asegúrate de que no los sigan. Ahora, sal de aquí antes de que alguien vea tu maldita camioneta estacionada afuera».

La agarró por los hombros y la besó. "¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Dios te bendiga, Anna!". Salió corriendo como si apresurarse hiciera que el chico llegara antes.

Ella se rió, secándose la cara sudorosa con el antebrazo. «*Buena suerte,* Zack», le gritó. *«Ten cuidado».*

Zack aparcó en el callejón a un par de manzanas de la casa de Anna y esperó. Se dejó caer, atento a cualquier señal de

vida. Tenía un termo de café, una bolsa de sándwiches, un cartón de cigarrillos y una bolsa nueva de marihuana. Estaba listo para el largo viaje. Había intentado dormir en la camioneta antes, pero no podía conciliar el sueño, pues seguía imaginando los peligros que podría enfrentar. Incluso sacó la pistola del bolsillo, la revisó y la sopesó. Era una cosa pequeña, pero seguía siendo una pistola. Dios, cómo odiaba estas cosas. La guardó en sus vaqueros. Tenía miedo, sí. Pero su mayor temor era que el chico no apareciera y no volviera a ver a Hermalinda.

Poco antes de las cinco, un camión de Coca–Cola pasó por el callejón, casi llevándose el retrovisor, y se detuvo detrás de la casa de Anna. Unos minutos después, apareció una furgoneta VW destartalada y se estacionó detrás. Un hombre y un niño sacaron algo de la furgoneta, lo cargaron en el camión de Coca–Cola y se fueron. El camión, con el motor encendido todo el tiempo, también se fue. Zack mantuvo las luces apagadas y lo siguió fuera del pueblo, mirando el retrovisor cada vez que podía, imaginando al padre de Edie, a su propio padre, a la Policía y al Cuerpo de Policía, a la CIA y a su maldita hermana. Pero no había nadie. Incluso los militares parecían estar tomándose un descanso.

Condujeron hacia el norte hasta Teapa, un pueblito ruinoso, y luego se adentraron en el campo. Finalmente, llegaron a un desvío que parecía más un camino de tierra que una carretera, y Zack, siguiendo una corazonada, aparcó junto a la autopista. Después de una media hora, el camión

de Coca–Cola regresó y se dirigió al sur. Zack fumó un porro, se bajó de la camioneta y empezó a caminar por la carretera.

Se alegró de no haber intentado traer la camioneta. Si no se hubiera atascado en el barro, habría tocado fondo y se habría roto un eje. El camión de Coca–Cola había dejado surcos hasta las rodillas al abrirse paso. Esos conductores de Coca–Cola iban a todas partes. Los mecánicos eran legendarios.

Una bandada de loritos verdes lo escoltaba por el camino. Se reunían en un árbol un poco más adelante, lo veían pasar y luego seguían adelante para repetirlo. Con razón estos tipos acababan en jaulas repitiendo todo lo que sus carceleros les decían. Tenían alas y aun así no tenían el sentido común suficiente para alejarse de la gente.

El camino se perdía después de aproximadamente una milla frente a una capilla en ruinas. Era imposible saber cómo ni por qué había estado allí. A juzgar por los excrementos, los loros ahora lo llamaban hogar, junto con un par de cabras flacuchas, una pista de que vivía gente cerca. Uno de los senderos que salía del claro tenía huellas recientes, incluyendo una bota de trabajo, al menos talla 13EE[12], que tenía que ser de su chico. Mientras él y los loros

12 La talla 13 mexicana equivale a la 3,6 USA y aproximadamente 36 UE. Cuantas más letras E, más ancho será el zapato. Por ejemplo, un zapato de ancho D se considera medio, uno de ancho E es ancho y uno de ancho EE es extra ancho. [N. T.]

serpenteaban por el bosque, Zack tuvo que preguntarse: ¿Y si este chico *es* de la CIA o algo así? Había *matado* a seis tipos. Pero Zack lo imaginó en ese banco de la iglesia en San Cristóbal, envuelto en la oscuridad, y dejó ese miedo a un lado. Tenía más miedo de que el chico no supiera nada, de que fuera un callejón sin salida, de que estuviera allí afuera, en medio de la nada, sin tener ni idea de qué camino tomar.

Pero si el chico no sabía nada, ¿qué estaría haciendo allí? No podía ser un destino cualquiera. Ni siquiera estaba seguro de qué estado era: Chiapas, Tabasco, Veracruz. Probablemente no importaba. Era un lugar para escaparse, para estar solo. Cuando llegó al pueblo, era prácticamente lo que esperaba. No llevaba mucho tiempo allí, en su mayoría casas precarias, de pauperísima calidad incluso para los estándares mexicanos. Había visto un lugar así antes; de hecho, vivía justo al lado de uno. Al menos enn este lugar, cuando aparecieran los hombres armados, tendrían que estacionar sus camionetas nuevas y relucientes a un kilómetro y medio de distancia.

Se preguntó si, de alguna manera, Hermalinda sabía, al enviarlo a Huerta en una búsqueda inútil tras sus escrúpulos, que terminaría en un lugar como este. No era tan difícil de imaginar.

No había nadie afuera, pero sentía muchas miradas sobre él mientras caminaba por la calle principal, un sendero lodoso con huellas recientes de gringos que conducía a un

lugarcito como todos los demás. Mantuvo las manos a la vista, sin hacer movimientos bruscos. Se detuvo frente a la casa baja de tablones y gritó: «Webster Webfoot, me llamo Zack Hayman. Supongo que te interesaría quedar con Santee St. John y Margaret Mayfield, y estoy aquí para ayudarte. Tengo una camioneta en la carretera si te interesa».

Hubo un pequeño retraso, pero enseguida salió Webster, del brazo de una hermosa mexicana. Con razón había venido. Se veía un poco desaliñado con ropa demasiado corta para él, pero también parecía mayor, más serio. Zack imaginó que había pasado por mucho desde la última vez que lo vio.

"¿Cómo sabemos que eres confiable?" le preguntó a Zack.

Buena pregunta. "No lo sabes", admitió Zack. "¿Por qué no charlamos un rato y vemos qué te parece? Llevo toda la noche despierto y me vendría bien descansar".

“¿Qué tal una Coca–Cola?” le preguntó la chica.

"Suena genial", se rió Zack.

Parecía que la mitad del pueblo estaba apiñado en la pequeña casa. Zack recibió una Coca–Cola caliente y se los presentó a todos, aunque enseguida olvidó todos sus nombres. No podía verlos mucho en la penumbra, salvo sus ojos, llenos de miedo, preguntándose qué había traído a

Webster y luego a Zack a su pueblo. No podía ser bueno, fuera lo que fuese.

Zack pensó que lo mejor era contarles todo lo que sabía y esperar que le devolvieran el favor. Empezó en español, pero Aurora le sugirió que hablara en inglés por el bien de Webster, y que ella lo traduciría para los demás. Se sentía raro oír la voz de esa mujer murmurando justo detrás de la suya. Intentó no escuchar lo que decía.

Les contó cómo había ayudado a organizar el funeral de Santee para Huerta y nadie le preguntó quién era Santee. Hizo que pareciera que trabajaba por la causa todo el tiempo, incluso antes de que Hermalinda lo enviara de vuelta a Huerta para obtener más información. Si alguno creía que mentía, nadie se lo reprochaba. Lo consideraba una mentira que podría convertir en verdad si hacía lo correcto de ahora en adelante, una especie de compromiso retroactivo. Todos parecieron aliviados de saber que Santee estaba vivo y, de todos modos, no parecían prestar mucha atención al papel de Zack en el asunto. Cuando empezó a contarles sobre el asunto de Marte, pensó que pensarían que estaba loco, pero Webster, al menos, lo captó. "Por supuesto", repetía una y otra vez. "Por supuesto".

Lejos de no creerle, parecían como si fuera Dios enviándolos al infierno. "No se rindan ahora", quiso decirles, "acabo de llegar, me acabo de inscribir", pero sabía que no tenía derecho. "¿Qué pasa?", le preguntó a Aurora, y ella y

Webster le explicaron sobre la interfaz y lo que todos pensaron originalmente que sucedería: que el mundo entero estaría en su lugar, aunque la mayoría no tenía zapatos.

“¿Cuántas personas aquí tienen esa interfaz instalada?” le preguntó.

“Todos ellos”, dijo.

Un pajarito les susurrará al oído y volarán. "¿Esta cosa recibe y envía?"

"Esa es mi suposición", dijo Webster.

Nadie quería decir abiertamente lo que sospechaba: que habían firmado este acuerdo pensando que el mundo les daría un respiro, y que ahora los acorralaría y los enviaría al infierno. En algún lugar entre las sombras, una de las mujeres empezó a sollozar.

“¿Sabes dónde hay un lugar llamado Tziscao?”, preguntó Webster a Zack.

—Claro —dijo Zack—. Allá en la frontera. Lagunas de Montebello. Muy bonitas. ¿Por qué?

Ahí está Santee. ¿Nos puedes llevar?

“O morir en el intento.”

Los tres regresaron por el camino lleno de baches con los loros. Webster seguía intentando explicarle a Zack lo de la interfaz y cómo creía que Santee encajaba, cuando Aurora los hizo callar y los sacó del camino. Junto a la carretera había un gran transporte verde oliva estacionado junto a la camioneta de Zack. Dos soldados lo observaban. Uno de ellos portaba un M16. El otro tenía un arma más modesta que la de Flaco, pero igual de letal.

Aurora sugirió que se escondieran y esperaran, pero Zack presentía que no irían a ninguna parte, no hasta que encontraran lo que buscaban. No creía que Aurora y Webster hubieran comprendido bien esa parte. Demasiado jóvenes. Demasiado bondadosos. Creían que había límites a lo que las personas eran capaces de hacerse entre sí. Aún albergaban la esperanza de que la interfaz fuera solo un rastreador, como el etiquetado de la fauna silvestre, para vigilar a todos. Zack dijo: «No se irán a ninguna parte. Bajaré a hablar con ellos».

Antes de que Webster y Aurora pudieran detenerlo, se puso en movimiento de golpe, con las rodillas temblando y los oídos zumbando, sabiendo que ninguna tontería lo ayudaría a superar esta situación, pensando que, pasara lo que pasara, se lo merecía. Para cuando lo vieron, ya había adoptado su mejor andar desgarbado. Los saludó con la gorra, dejándoles ver que solo era un viejo gringo de pelo canoso con cola de caballo, completamente inofensivo. Les

gritó en español: *"¿Qué tal?". "*¿Qué pasa?". "Espero no estar estacionado en su camino. Tuve que orinar".

El del M16 le apuntó, y Zack se abalanzó sobre ellos como si no lo viera, sonriéndoles como un idiota, extendiendo la mano derecha como si fuera a temblar, metiendo la mano izquierda en el bolsillo trasero. Los dos soldados intercambiaron una mirada cuando Zack estaba a solo unos pasos, y Zack pensó que sería su única oportunidad. Siguió avanzando, sacando el arma, la pequeña pistola plateada de Huerta, disparando al soldado del M16 entre los ojos, apuntando al otro, esperando, rezando para que simplemente saliera corriendo, pero él sacó su arma y Zack le disparó en la garganta.

No había disparado un arma desde que su padre lo llevó al campo a los trece años y le enseñó a "defender su hogar y a su familia" antes de que Zack pensara mucho en ninguno de los dos. Era una de las pocas veces que recordaba haber complacido a su padre. Cuando se lo contó a sus amigos, lo llamó "ojo muerto". Zack apenas podía creer que los pequeños chasquidos que hacía la pistolita, como ramitas al romperse, fueran en realidad disparos. El primer soldado cayó muerto al instante, pero el segundo estaba de rodillas, intentando gritar mientras se atragantaba con su propia sangre. Zack le disparó de nuevo en el ojo y cayó al suelo, en silencio.

Zack se armó de valor y arrojó la pequeña pistola al valle, bajo la carretera. Trazó un arco plateado y cayó silenciosamente en el bosque. Le arrebató el M16 al soldado, lo sujetó por el cañón y lo golpeó contra el camión hasta que lo dobló y lo rompió. Luego, lo arrojó tras la pistola, tomó el arma del otro y la arrojó también.

En silencio, Webster lo ayudó a sacar los dos cuerpos de la carretera. Zack respiró hondo, intentando no mirarlos a la cara, y rebuscó en sus bolsillos. Sacó las identificaciones, las órdenes de arresto y un fajo de billetes considerable de uno de ellos. Debió de haber tenido suerte en una partida de cartas, o era un soborno. El gobierno casi no les pagaba nada y luego se quejaba cuando se volvían corruptos. Webster lo miró con extrañeza mientras se guardaba el dinero, como si de repente le diera reparos robar después de disparar a dos tipos a sangre fría.

—Esto es México, hijo, si quieres hacer algo sospechoso, trae dinero. Cubrieron los cuerpos con maleza. Eso tendría que bastar para un entierro. Ya casi no soportaba tocar muertos desde hacía tiempo.

Cuando volvieron a la carretera, Aurora estaba de pie detrás del transporte con la mirada perdida. Bajando por la carretera desde el pueblo venía el resto de la población de Veintidós de Diciembre. Se alinearon detrás del transporte como si estuvieran haciendo cola para un autobús.

“Ya empezó”, dijo Webster.

Intentaron hablar con Aurora pero lo único que pudieron sacarle fue *“Vamos al* nuevo mundo”.

Zack y Webster abrieron la parte trasera del camión, y los aldeanos se apiñaron dentro mientras Zack sacaba sus cosas de la camioneta y la empujaba fuera del camino. Al principio avanzaba lentamente, luego cogió impulso, derribando matorrales y levantando una buena cantidad de vapor antes de estrellarse contra un árbol o una roca allá abajo, con el sonido de cristales rotos y crujidos metálicos. No hizo nada tan espectacular como estallar en llamas. Ni siquiera se veía desde el camino. Se quedaría allí quieta, oxidándose. No era una mala forma de irse. *"Adiós, Idajo",* dijo.

Encendió un cigarrillo y revisó las órdenes. Los soldados debían recoger a todos en el pueblo y llevarlos a Guatemala, justo al otro lado de la frontera con Tziscao. Zack supuso que no era casualidad. Se unió a Webster y Aurora junto al camión del ejército. "Subid", les dijo Zack. "Yo conduzco". Webster metió a Aurora en la cabina, y ella se sentó entre ellos con una leve sonrisa. El chico parecía estar bastante mal, mirándola fijamente, tomándole las manos. "Ayudadme a vigilar el camino", aconsejó Zack. "Ya se nos ocurrirá algo".

CAPÍTULO DIECISÉIS

En lo alto de la pirámide, el último espacio plano antes de la cima, el lugar que Santee llamaba la Plataforma de Lanzamiento de la Iluminación, Margaret había arrancado una piedra del nicho central de la cara sur. No le había costado encontrar la piedra que debía soltar en aquella enorme pila de piedra caliza cuidadosamente colocada. Era la piedra donde George siempre quemaba incienso en una depresión poco profunda, similar a un cuenco, excavada por siglos de lluvia y rocío que goteaba desde el punto más bajo del dintel casi recto que la coronaba. En los últimos años, desde que George había abierto su tienda, el cuenco se había quemado, cubierto de ceniza y olía a liquidación en una tienda de artículos para fumar.

En uno de los intentos fallidos de Santee por registrar la trascendencia, esta piedra ocupó un lugar destacado. Santee se concentró en ella porque George le había dicho que buscara un punto y se concentrara por completo, perdiéndose en él, aniquilando su ego para que las líneas de energía que emanaban del vórtice pudieran atravesarlo sin obstáculos. Santee se concentró en la piedra quemada, preguntándose si las cenizas eran todas de George o si Zack también había golpeado su pipa en ella. O tal vez George tenía la suya. Tuvo un recuerdo de infancia: ver el cigarrillo de su padre quemándose en la parte superior de su cómoda mientras su padre golpeaba un radiador problemático con una llave inglesa. El joven Santee sabía que, por muy profunda que fuera la quemadura, era mejor no hablar de ella a menos que hubiera llamas. Cuando bajó de la pirámide ese día, le dijo a Margaret con una sonrisa: «Hoy vi el vórtice; estaba frito». Luego le puso la grabación, y ella vislumbró por primera vez al hombre que amó.

Alumbró con su linterna bajo la piedra. Un disco le guiñó el ojo a la luz, y lo sacó, le quitó el polvo con un soplido y lo introdujo en su ordenador, que ya estaba funcionando en una plataforma rocosa junto a ella. Sabía que su mensaje no sería gran cosa, pero tuvo que sonreír ante su parsimonia. Ni una sola palabra, solo un dibujo tridimensional a tamaño real de una diminuta estructura en forma de A, con una puerta, sin ventanas, de apenas dos metros en la cúspide, que apareció a su alrededor y luego se disolvió lentamente.

Recordaba bien el camastro. Era uno de media docena que había detrás del hostal de Tziscao, donde habían pasado unas semanas. Podía imaginárselo allí, de pie, rozando la cabeza contra el techo de chapa ondulada, preparando una taza de café instantáneo con una bobina de calor conectada a la lámpara que colgaba del techo como una enredadera. En ese recuerdo, estaba desnudo, sonriendo, pues acababan de hacer el amor en el colchón que ocupaba la mayor parte del suelo de madera contrachapada. Pasaban desnudos gran parte del tiempo en ese camastro. Años después, bastaba con hablar de ello para que se metieran en la cama. Su mensaje no solo le decía dónde estaba, sino también qué quería hacer cuando lo encontrara allí. Claramente, los rumores de su muerte habían sido muy exagerados.

Abajo, en el Rancho, había un frenesí de actividad. Zack llevaba todo el día trabajando en un coche viejo, y Edie acababa de irse en él, a pesar de ser de noche. A Margaret se le ocurrió que ella misma llamaba mucho la atención, balanceando la luz de su linterna de un lado a otro en la oscuridad. La apagó. La noche se derrumbó a su alrededor y la enfrió.

Se sentía fatal. El Santee muerto no era real, pero el niño que yacía en el ataúd, Jorge sí. Ahora Zack decía que Huerta iba tras Webster. Era solo un niño; no tenía ninguna posibilidad. ¿Qué demonios se creía que estaba haciendo? Prácticamente lo había secuestrado y luego lo había abandonado en esa iglesia. ¿Pensaba que estaría bien

porque estaba en una *iglesia?* Como Santee señalaría, esa era una conclusión bastante extraña para una atea. Solo había pensado en encontrar a Santee. Cegada por el amor. Siempre se había preguntado qué significaba esa frase, nunca pensó que se aplicaría a ella.

La euforia que sintió tras instalar la interfaz se disipó rápidamente, lo que la hizo preguntarse si no habría sido algún efecto secundario. Pero sabía de dónde provenía: se trataba de una pequeña búsqueda del tesoro que Santee le había preparado y que la tenía mareada, casi como si estuviera jugando con ella. Scout y Boo Radley. Cualquier contacto era mejor que nada, supuso. Pero había llegado al punto en que el Santee virtual, el Santee recordado, el Santee potencial, solo la hacían sentir peor. Tenía que verlo, tocarlo, *saber* que estaba a salvo y en sus brazos. Cualquier otra cosa no era suficiente.

Sé dónde está, pensó. ¿Qué estoy esperando?

Miró las estrellas, encontró el norte y se orientó, mirando al sureste. Santee estaba por allí. Debería ir. No faltaba mucho para que se conectara, y quería estar con él cuando lo hiciera. Pensó que Hermalinda podría organizar el transporte, pero quizá fuera mejor dejarla al margen, para no poner en peligro a nadie más. Además, aún no se decidía sobre Zack. *Deberías preguntarle a Hermalinda cuando la veas.* ¿Qué demonios significa eso?

Guardó la computadora en la mochila, se la puso y giró trescientos sesenta grados, mirando fijamente a la oscuridad. La sombra de la *guayabera amarilla* no la había preocupado tanto cuando seguía a la vista, pero ahora que se había perdido de vista, la incordiaba. No se enorgullecía de haberlo perdido tan fácilmente. Estaba ahí fuera, observando. ¿Qué esperaba ver?

Mientras descendía por la parte trasera de la pirámide en la oscuridad total, sin atreverse a encender la linterna, se imaginó a Santee riéndose de ella y diciéndole: «Solo haces esto porque *ahora puedes.* Por eso viniste con tu mochila, buscando una excusa para largarte, con ganas de ponerte en marcha».

No podía negarlo. «Solo para verte antes», habría dicho. Y habría añadido a su Santee imaginario, en respuesta a su advertencia tácita: «No te preocupes. Tendré cuidado». Si no me rompo el cuello antes.

Ella lo recordó al otro lado de aquella mesa en Ocosingo años atrás, se recordó a sí misma mirándolo, pensando cuánto le gustaba, cómo, si ella fuera un tipo diferente de mujer...

¿Te ofreces a ser mi guía?, preguntó.

Y *no lo había* sido, no lo habría sido. Estaba totalmente fuera de lugar. Seguir adelante sin apegos, así era ella.

Incluso le había advertido a más de un hombre que no se interesara demasiado. Pero lo miró a los grandes ojos azules y dijo que sí —o lo más cerca que pudo, ¿*por qué no?*, y muy pronto le estaba contando la historia de su vida, incluyéndolo en ella. Él le dijo una vez que era la pregunta más afortunada que había hecho en su vida, y ella se preguntó si aún sentía lo mismo.

Vaya guía que resultó ser. *Los guías,* dijo Zack, *los guías lo enterraron en las montañas.* Imaginó el sonido de las palas al clavarse en la tierra rocosa y aceleró el paso. Tomaría el camino de atrás por Altimirano y evitaría San Cristóbal por completo.

Fue difícil atravesar el país en la oscuridad, pero finalmente llegó a la carretera. Agotada, justo antes del amanecer, abordó una *camioneta llena* con destino al mercado de Comitán. Era un grupo animado, aunque apenas se veían en la gris luz de la mañana. Todos llevaban una bolsa, una caja o algo para el mercado, excepto Margaret, con la mochila sobre las rodillas. Preguntó por el transporte a las *lagunas* y le dijeron que sería difícil debido a *los soldados.* Surgió una queja general sobre los soldados y su desprecio por la decencia común. Una de las mujeres apretujada junto a Margaret, dijo que conocía a un hombre llamado Luis que podría ir a Guatemala esa mañana y que podría llevarla desde el mercado. Margaret le dio las gracias efusivamente, y la mujer, María Isabela, dijo que estaba encantada de ayudar a una viajera. Margaret sonrió al oír la

palabra, pensando: «Supongo que vuelvo a ser una viajera. Ya no estoy encerrada en esa maldita cajita». Nunca lo estaría, pasase lo que pasase, nunca, nunca más.

Ahora estaba sentada tomándose un café en una taquería de cuatro mesas, esperando pacientemente a Luis. Él vendría. Tziscao no estaba tan lejos. Pronto ella y Santee terminarían con esto y podrían viajar. Quizás a Sudamérica, a Perú. Santee nunca había estado allí.

Había un televisor grande encendido, y ella distraídamente miraba la programación de NewsReal Worldwide News, edición mexicana, en bucle. Aún era temprano. La mayoría de la gente aún estaba montando sus puestos. Algunos miraban la televisión a medias mientras trabajaban. Las noticias llegaban con una velocidad vertiginosa, y el sonido era demasiado bajo para distinguirlo con claridad: manifestantes asiáticos apaleados por la policía antidisturbios. Hombres blancos hablando y dándose la mano. Enormes espejos en el espacio. Freedom City. Un edificio en llamas con niños saltando desde las ventanas altas. Olas rompiendo un muelle contra la madera a la deriva. Un panda bebé en un zoológico chupando un biberón para un grupo de escolares. Corte a anuncios comerciales. Nada fuera de lo común.

Esta noche, Santee activaría su interfaz y se conectaría, llevándose consigo todas sus copias, miles de vidas invadiendo el mundo virtual, de modo que en lugar de,

digamos, disfrutar de una comida gourmet o esquiar en Aspen, te encontrarías en una choza de tierra comiendo tortillas frías, sin agua, sin electricidad, sin escuelas, sin esperanza. ¿Qué discurso crearía la televisión para esa historia?

Esperaba que sirviera de algo, pero ya no tenía tantas esperanzas como antes. No dejaba de ver a Santee tendido muerto, y no podía evitar sentir que lo que le hubiera pasado sería culpa suya, que ella lo había metido en todo esto, y que si no hubiera sido por ella, él podría estar hablando felizmente con los supervivientes del tornado que daban gracias a Dios por estar vivos en lugar de arriesgar su propia vida. Todos los supervivientes de las antiguas historias de Santee en NewsReal —de pie entre los escombros señalando dónde estaba la sala de estar o describiendo el sonido de mil trenes de carga que les anunciaba que la muerte estaba en camino— daban gracias a Dios. Después de todo, acababan de ver lo que podía hacer cuando se le ocurría una idea, y pensaban que lo mejor era estar de su lado bueno. Pero si Dios tiene un lado malo, ¿cómo podría ser Dios? Simplemente tenía más sentido olvidarse de Dios por completo.

Y si Dios no fue el responsable ¿quién?

Sólo ella.

Santee diría: "Estás asumiendo un poco demasiado, ¿no?"

Y ella diría... No sabía qué decir. «Pregúntamelo de nuevo cuando seas tú de verdad», dijo en silencio. «Cuando esté segura de que estás bien». Si él resultaba herido, si moría, nunca podría asumir lo suficiente para arreglarlo.

"¿Puedo unirme a ustedes?"

Levantó la vista y vio al hombre de la *guayabera amarilla,* solo que ahora llevaba una guayabera color melocotón. De cerca, pudo ver que era mayor de lo que pensaba, con arrugas y canas. "Por supuesto", dijo.

Sacó una silla y se sentó, de espaldas al televisor. «En México, todavía vemos la televisión. Está en todas partes. Hay más televisores que teléfonos o baños. En Estados Unidos, es, ¿cómo se dice?, 'ruido de fondo', y las verdaderas noticias están en internet». Su voz era tranquila y amable, algunos dirían afeminada, con un toque de melancolía. Podría haber sido profesor o psicólogo.

"Si a eso se le puede llamar real", dijo. "Siempre he creído que las noticias reales no se publican en ningún sitio".

Suspiró. «Probablemente tengas razón. Quizás dependa de la historia. ¿Quién sabe? Tomamos decisiones, y las cosas cambian. Pero no sabemos realmente si una cosa tiene algo que ver con la otra, y los cambios a menudo no son los que esperábamos cuando elegimos como lo hicimos. Hacemos lo

que debemos por quienes somos. Tú, por ejemplo, buscas a Santee St. John porque debes hacerlo».

Ella sonrió inocentemente. "No. Debes haberme confundido con algún otro turista. Santee St. John. ¿Es un lugar así? Cuéntamelo. Quizás me gustaría ir. ¿Hay ruinas?"

—María Isabela me dijo que quieres ir a las *lagunas.* Soy Luis Guzmán. —Sonrió con tristeza. No era mera ironía. Había una gran tristeza en sus ojos. Quizás lo había juzgado mal. La tristeza siempre la ablandaba.

—Ah, así que tú eres el hombre que ella conoce. ¡Qué suerte! Es una de los tuyos.

Trabajamos juntos, sí. Es mi sobrina.

A pesar de sus penas, ella seguía sin poder confiar en él. Pero él sabía cosas que ella desconocía, y no perdía nada en preguntar. "¿Por qué me has estado siguiendo?", preguntó.

Al principio no estaba segura de que alguien intentara hacerte daño. Pero si esa era su intención, ya lo habría hecho. No quieren llamar la atención en una etapa tan delicada de este asunto. Es imprudente asesinar a una estadounidense rica, incluso si sus ideas políticas son cuestionables. Soy amigo, Margaret. Estamos del mismo lado.

“¿Cómo es que sabes mi nombre?”

"Ya nos conocimos antes."

Qué curioso. No me acuerdo.

“Cuando conociste a Marcos.”

Un escalofrío la recorrió, y sintió miedo, no de Luis Guzmán, quienquiera que fuese, sino de lo que él sabía que ella desconocía. Se rió para convertirlo en una broma inofensiva: «¡*Te presento a Marcos, imagínate!*». «¿De verdad? No te vi».

Bajó la mirada, como avergonzado. Quizás era real. "Lo sé. Estaba interpretando el papel de Marcos".

Le llevó un momento asimilarlo. Claro. Su estupidez había sido monumental. «Así que todo era mentira».

“No del todo. *Todos somos Marcos”,* dijo.

Todos somos Marcos. Un grito de guerra para los zapatistas de mediados de los 90, un cartel en su habitación.

Se sintió mareada. Una mentira, y todo se vino abajo. Qué idiotas habían sido. Le tembló la voz al preguntar: "¿Está bien Santee? ¿O eso también es mentira?". Se vio inclinada sobre el ataúd, tan segura de que estaba vivo, tan confiada, tan ingenua.

En este momento, está completamente rodeado por el Ejército Mexicano. Por lo demás, aparentemente está bien. Créeme, quienes comandan el ejército no quieren hacerle daño. Quieren que lleve a cabo su plan. Mucho depende de ello.

Su plan. No era suyo, nunca lo había sido. Ya no le importaba lo que dependiera del plan, fuera lo que fuese. Solo quería recuperar sus vidas. Quería a Santee a salvo a su lado. El mundo tendría que encontrar otra manera de cambiar sin ellos. "¿Qué pasa?", preguntó ella. "¿Quién eres?"

Tienes razón en estar enojada. La interfaz no solo sirve para grabar y transmitir, como se presenta. También puede recibir.

“¿Recibir qué?”

“*Órdenes,* manda.”

“¿Para hacer qué?”

Lo que se desee. Es como un control remoto. Ya se ha hecho una torpe prueba de campo. Se ordenó a todo el pueblo de Tziscao que evacuara, llevando solo comida y ropa, y que se dirigiera al sitio de lanzamiento, donde han estado esperando durante días como una manada de animales. Pronto, todos los de todo México que tengan la interfaz instalada serán reunidos.

—Por favor, no entiendo. «Sitio de lanzamiento»... ¿de qué estás hablando?

Lo siento. Es difícil de explicar y tenemos poco tiempo. Dentro de poco, la televisión anunciará la selección de diez mil *chiapanecos* como los primeros colonos que irán a Marte. Será un gran día para México, para los indígenas, para los zapatistas. El propio subcomandante Marcos —un charlatán diferente esta vez— aparecerá junto al presidente para hacer el anuncio. En realidad, los colonos serán esclavos y se verán obligados a trabajar el resto de sus días en Marte, pero la mayoría de la gente aquí en la Tierra no se enterará.

Ya no quería oír más. Esclavos. Una de sus camisetas viejas citaba a Zapata: «Es mejor morir de pie que vivir de rodillas». Ahora los zapatistas ni siquiera tendrían esa opción. «Pero Santee, se conecta esta noche. Creí que las copias de la interfaz no se activarían hasta que se conectase».

No estará completamente operativo hasta que se conecte. Ahora es solo una herramienta torpe, un avión a reacción con un niño a los mandos. Para la orquestación precisa de una enorme fuerza laboral, la interfaz requiere las capacidades más sofisticadas de una IA. Santee es esencial para establecer una puerta de enlace entre los esclavos y la IA. Cuando se conecta a su computadora e inicia la interfaz, todos *los campesinos pobres* con una copia instalada ya estarán conectados. Pero el comando que Santee cree que

los conectará a la red, los conectará a la IA a bordo del *Mariana.* Una vez que eso suceda, la IA les dirá a cada uno qué hacer en cada momento por el resto de sus vidas.

Margaret no podía hablar.

Luis insistió, lenta pero urgentemente. No tuvo tiempo de que ella lo asimilara todo. "Debes saber que me siento personalmente responsable de tu participación. Durante mucho tiempo, supimos que NewsReal, WebNet y el enorme conglomerado del que forman parte tramaban algo en México, en Chiapas en particular. Había mucho dinero detrás de ello, mucho más de lo que vale México. Así que intenté infiltrarme en la División de Gestión de Información de WebNet; así llaman a sus espías. Recientemente había logrado ascender hasta una modesta autorización de seguridad como agente de campo, cuando Santee apareció para cubrir la masacre en las afueras de Ocosingo.

Se suponía que sería un personaje secundario. Se suponía que registraría las pruebas incriminatorias y se iría, pero no lo hizo. Incluso intentó reunir más pruebas, reconvertir lo que desde el principio se había pretendido que fuera una moneda de cambio con el gobierno mexicano. Y luego se juntó contigo, una conocida radical. Circularon memorandos sobre ustedes dos hasta que el tema de su "eliminación" se incluyó en la agenda de una de nuestras sesiones semanales de estrategia. Casi todos estaban a favor de matarlos a ambos y hacerlo parecer un robo. Los estaban siguiendo. Era

simplemente cuestión de dar las órdenes. Hubo poca discusión, y el asunto quedó zanjado. Al terminar esta reunión, los ejecutarían. No podía quedarme allí sentado y permitir que eso sucediera.

El tema principal de la reunión fue la distribución de la interfaz experimental. Nadie pudo encontrar la manera precisa de distribuirla a la población objetivo de indios disidentes. Aunque a la mayoría se nos mantuvo al margen de la naturaleza y el propósito precisos de la interfaz, se nos invitó a proponer soluciones al problema de persuadir a diez mil personas sospechosas a tragarse voluntariamente una cápsula.

Como una idea desesperada, una estratagema para prevenir o retrasar sus asesinatos, sugerí la posibilidad de usarlos a ti y a Santee —gringos ingenuos y compasivos cuyos motivos no serían cuestionados— para distribuir la interfaz entre los zapatistas en lugar de matarlos. ¿Para qué desperdiciar a esos incautos tan perfectos?, dije. Me disculpo por decir tales cosas. Cumplí mi papel demasiado bien. Solo pretendía ganar tiempo, advertirles que se fueran del país. Pero se aprovecharon. Les gustaba la idea de usarlos a ustedes dos, de burlarse de ustedes. Había olvidado cuánto los enfurecía su existencia. Podían entender que los pobres indígenas oprimidos causaran problemas, y a veces lamentaban la necesidad de destruirlos y robarles sus tierras, pero ustedes —gente con todas sus ventajas que les dieran la espalda, acusándolos con su idealismo

insensato…— merecían la humillación. Lo esperaban con ansias. Idearon todo el plan, allí mismo en esa sala de conferencias. Se rieron al pensar cuánto tendrían que tragar para que funcionara, y cuán seguros estaban de que... No te equivoques. Son gente despreciable, un consorcio de asquerosamente ricos y privilegiados que han agotado la Tierra y no les importa nada.

Mi táctica dilatoria había conmutado vuestra sentencia de muerte y condenado a mi gente. En medio de sus felicitaciones por mi brillante sugerencia, agarré por la cola al monstruo que había creado. «Como único mexicano presente», anuncié, «me ofrezco como voluntario para interpretar el papel de Marcos en la farsa de reclutamiento». Todos rieron y coincidieron en que sería un magnífico *subcomandante.*

«Esperaba que, al estar dentro del sistema, pudiera burlarlos, detener todo este asunto antes de que fuera demasiado lejos o incluso darle la vuelta a nuestro favor. Durante un tiempo, incluso creímos que era posible llevar a cabo el plan idealista que habíamos ideado para ti y para Santee, por muy descabellado que pudiera parecer, ya que la interfaz se podría utilizar fácilmente de esa manera si tan solo pudiéramos impedir su unión con la IA.

La perspectiva de que el mundo no solo se diera cuenta, sino que se viera obligado a preocuparse, nos sedujo. La razón y la justicia habían resultado ineficaces; tal vez este

artilugio, esta pequeña maravilla nanotecnológica, nos salvaría de verdad, llegaría realmente al corazón del mundo. Pero nunca lo sabremos.

«Aunque quizá hubiéramos podido engañar a una sala llena de hombres despiadados y egoístas, la IA ha demostrado ser inexpugnable. Es totalmente independiente. Ni siquiera ellos tienen control sobre ella, salvo mantenerla aislada en el espacio. Ahora nuestra única esperanza es impedir que Santee se conecte con ella. Sin la conexión con la IA, el control de MarsCorp sobre nuestra gente tiene una capacidad y un alcance muy limitados. No se atreverían a lanzar a estos colonos a la órbita, pues eso equivaldría a entregar a su preciada Mariana a miles de mexicanos enfurecidos que han sido secuestrados de sus hogares. Pero tras su gran anuncio, tendrán pocas opciones, pues los ojos del mundo, como se suele decir, estarán puestos en ellos. Esperamos que se vean obligados a dejar marchar a nuestra gente. Por eso he acudido a ti ahora, para pedirte ayuda para impedir que Santee se conecte a la red».

Me has contado qué pasa con las copias. ¿Qué le pasa a Santee cuando deja de ser un "portal"?

No lo sabemos. La IA tiene el poder de desactivar su sistema nervioso, matarlo, matarlos a todos.

¿Cómo sé que puedo confiar en ti?

"No lo hagas."

Recordó por qué confió en él en primer lugar. Hermalinda le había contado que su hogar y su familia habían sido aniquilados en un instante, la había acompañado por el valle y le había preguntado si la ayudaría, si podría reunirse con Marcos. "¿Estaba Hermalinda involucrada en todo esto?"

Ella te reclutó para los zapatistas, sí. Pero a ella también la engañaron sobre la verdadera naturaleza de la interfaz. No sabía nada de la *Mariana* ni de nada más, hasta que se lo conté esta mañana.

“¿Está aquí en Comitán?”

Él asintió con la cabeza señalando tras ella, y ella se giró para encontrarse con Hermalinda allí de pie. *«Perdóname, por favor»,* dijo.

Margaret derribó una silla y la abrazó. No había nada que perdonar. Ambas se deshicieron en lágrimas. Margaret la sostuvo a distancia y la miró a los ojos. *"¿Es un buen hombre, Luis?*".

"Sí, el mejor".

La palabra de Hermalinda fue suficiente para Margaret. *"Está bien. ¿Cómo voy a Santee?"* ¿Cómo llego a Santee?

“Hay algo más que debo decirles”, dijo Luis. “La urgencia de la misión a Marte no se debe a la codicia común, sino a una catástrofe inminente que paralizará la Tierra”. *La Tierra.* Lo dijo con reverencia.

“¿Qué catástrofe?”

Desconocemos los detalles ni el momento preciso. Es un secreto muy bien guardado, y se difunde mucha desinformación. Pero la capa de ozono se romperá, el equilibrio entre el aire, el océano y la tierra quedará en ruinas, y la vida misma alcanzará un punto crítico. La vida será muy dura para todos aquí. Marte será un refugio seguro para unos pocos privilegiados. Como dicen, será hora de desinvertir en una empresa improductiva.

“Quizás los *chiapanecos* deberían ir a Marte entonces.”

“No, no como esclavos.”

Su tono no admitía discusión. Aunque Margaret no le habría dado ninguna.

***

Una hora después, Margaret Y Hermalinda viajaban en la parte trasera de una camioneta cargada con sacos de maíz. Margaret, debido a su estatura, vestía ropa de trabajo sucia y de hombre, con la piel teñida del color del té y el cabello negro azabache. Luis conducía.

Para desactivar sus copias de la interfaz, todos se sometieron a un tratamiento decididamente desagradable en la habitación del hotel de Luis: varias descargas eléctricas fuertes desde un aparato pesado, del tamaño de una maleta, seguidas de una serie de inyecciones. Se había planeado solo unos días antes, y nadie estaba seguro de que funcionara. Pero funcionó, y al parecer justo a tiempo, pues el revuelo mediático y la redada ya habían comenzado. Era demasiado tarde para hacer algo por los miles de personas que tenían la interfaz instalada.

Camiones del ejército cargados de campesinos inundaron la carretera principal desde todos los caminos secundarios. Helicópteros zigzagueaban sobre la ruta, grabando el evento para el mundo expectante. Como no había forma de transportar a diez mil personas a través del país y lanzarlas al espacio subrepticiamente, lo habían hecho público, o tan público como el ejército lo permitía. Para la seguridad de los futuros colonos, anunciaban los informes, el acceso a la zona sería supervisado por los militares. De esta manera, el mundo tenía la ilusión de saber lo que estaba sucediendo, cuando en realidad no sabía nada más que una mentira elaborada.

El plan era que Hermalinda y Margaret saltaran del camión cerca de Tziscao y, perdiéndose entre la multitud, llegaran a Santee antes de las ocho, hora prevista para que él se conectara. Si bien no era un gran plan, era lo único que tenían.

"¿Y si decide por sí mismo no iniciar la interfaz?", preguntó. "Después de que Jorge muriera, podría..."

Luis negó con la cabeza. "Mientras tenga la interfaz instalada, no estamos tan seguros de que la IA no pueda ir tras él".

Margaret lo imaginó mentalmente sentado con las piernas cruzadas en el pequeño marco en forma de A, esperando la noche, esperándola a ella.

“No sabemos exactamente en qué parte del pueblo se encuentra”, había dicho Luis.

"Sí", dijo Margaret. Justo antes de que Luis subiera a la camioneta, y ella y Hermalinda subieran en la parte trasera, le dijo que tenía una pregunta más: "¿Dónde estábamos Santee y yo cuando se iban a enviar esas órdenes de ejecución?"

Luis pensó un momento. «Un pueblito llamado Candelaria, creo. ¿Es importante?»

Había sido tan inteligente, presumiendo ante Santee. "No, no lo creo", dijo Margaret.

Ahora, mientras disminuían la velocidad, acercándose al primer punto de control, no pudo evitar pensar en Candelaria y Santee. Casi habían muerto allí. Pero podrían haber muerto en cualquier lugar. Solo por ser quienes eran.

Había peores maneras de morir, decidió. "¿Qué posibilidades crees que tenemos de pasar?", le preguntó a Hermalinda.

Hermalinda la rodeó con un brazo y le apretó los hombros. «Llegaremos a él. No te preocupes. Lo quieres mucho, ¿verdad?»

"Hace tanto tiempo que no nos vemos..." Dejó que su voz se apagara, sin querer relacionar eso con ningún otro pensamiento. En cambio, continuó contándole a Hermalinda cómo Santee le había dejado un rastro hasta Tziscao con una palabra y un dibujo, y ambas se rieron de la ingeniosa jugada. Dios mío, cómo necesitaba reír Margaret.

“¿Cómo supieron que Santee había ido a Tziscao?”, preguntó.

Es curioso. Zack pensó en ello. No conocía a Jorge, ni siquiera sabía con certeza si alguien había muerto, pero sospechaba que Santee había presenciado algo horrible en el pueblo y querría arreglarlo. Sugirió que Santee fuera adonde eso lo llevara, que sería a Tziscao. Zack es más de lo que la mayoría ve. Entiende a la gente, incluso cuando no se entiende muy bien a sí mismo.

En fin, nuestros espías militares confirmaron esta mañana que Santee está en el pueblo "contenido", dijeron. Solo unos

pocos soldados para mantenerlo en el pueblo. Tienen órdenes estrictas de no hacerle daño, de dejarlo en paz.

Al mencionar a Zack, Margaret recordó su extraña conversación de despedida. «Zack me fue sincero antes de irme: me advirtió sobre Huerta y me dijo que Santee estaba vivo. Cuando le pregunté por qué se estaba arriesgando tanto, me dijo que quizá tú lo supieras. ¿Qué quería decir?»

Hermalinda negó con la cabeza e hizo una mueca al viento. «Zack, Zack, Zack», susurró enfadada. Tenía lágrimas en los ojos. Se las secó. «Espero que no me menosprecies cuando te diga que he sido su amante durante muchos años. Cree estar enamorado de mí».

Margaret recordó cómo Zack había mirado a Hermalinda años atrás en la Estrellita, cómo había hablado de ella ayer mismo, cómo ella había hablado de él hace un momento. "¿Cómo sabes que no lo está?"

Ella rió con amargura. «Porque es Zack. Cree que su amor le basta. Que lo es todo. No tiene convicciones».

Margaret no estaba tan segura de que Hermalinda tuviera razón. Eso era lo que había cambiado en Zack la última vez que habían hablado: De alguna manera, había encontrado una convicción. Quizás, a veces, una sola cosa bastaba. Si era lo suficientemente fuerte. Le ahorró a Hermalinda sus opiniones.

Su camioneta había aminorado la marcha y se había detenido detrás de una hilera de vehículos, en su mayoría camiones del ejército, a los que se les permitió pasar rápidamente. Luis, vestido con ropa andrajosa y con acento *campesino,* tenía documentos guatemaltecos que lo acreditaban como residente de Yuxquén, justo al otro lado de la frontera. Si eso no fuera suficiente para pasar, ofrecería el clásico lubricante de la región: un soborno: la mordida.

Margaret y Hermalinda fingieron dormir. Uno de los soldados saltó a la puerta trasera y les dio un codazo en los pies con el cañón de su arma. Hermalinda fingió no hablar español y le soltó un torrente de mayas, mientras Margaret fingió estar demasiado borracha para despertarse. El soldado, un chaval de diecinueve o veinte años, fue llamado por uno de los otros soldados una vez negociada la *mordida.* Escupió al suelo, murmurando sobre los indios de mierda, y el camión avanzó lentamente, aumentando gradualmente la velocidad hasta menos de cuarenta o cincuenta kilómetros por hora durante la mayor parte del trayecto.

A medida que se acercaban a las *lagunas,* el tráfico disminuyó aún más y varias veces se detuvieron durante una hora o más mientras los soldados que dirigían el tráfico dejaban entrar más camiones a la caravana desde caminos secundarios.

Una vez que estuvieron al frente de la fila de vehículos detenidos, observaron soñolientos cómo un camión tras

otro de aldeanos del norte y del este se dirigían lentamente hacia la pista. Para entonces, ya era tarde y hacía calor. El aire estaba cargado de gases de escape. Los rostros de los pasajeros, con aspecto ausente, brillaban de sudor. Margaret se preguntó si alguien se habría molestado en darles agua.

De repente, Hermalinda se puso de pie de un salto y le gritó a una anciana en uno de los camiones, con la mirada perdida, como todos ellos. "¡Rosaria!", gritó. "¡Rosaria!".

La mujer se giró y sonrió con indiferencia. *«Vamos al nuevo mundo»,* dijo.

“¡Soy Hermalinda, tu sobrina!” “¿No me conoces?”

Sin el más mínimo reconocimiento ni cambio de tono, la tía de Hermalinda, Rosaria, repitió: «Vamos al nuevo mundo». Los demás en su camioneta lo repitieron, sin dirigirse a nadie más que al aire que los rodeaba mientras se alejaban y otras camionetas se acercaban tras ellos, y pronto se perdieron de vista.

El soldado que dirigía el tráfico observó con recelo a Hermalinda, que aún estaba de pie. Si el extraño comportamiento de estos supuestos colonos le preocupaba, no dio muestras de ello. Margaret la jaló para que se sentara junto a ella, y el soldado volvió a sus tareas.

Justo antes de que volvieran a la cámara lenta, Luis se asomó a la ventana y le preguntó a Hermalinda si estaba bien. Ella asintió en silencio, con la mandíbula apretada, demasiado enojada para llorar. "Prepárense", dijo. "Me detendré pronto. Tziscao está cerca".

Una hora después, Luis redujo la velocidad y pisó el acelerador erráticamente para simular las sacudidas de un vehículo que se detiene. Apagó el motor y se salió de la carretera. Saltó del camión maldiciendo y abrió el capó. Ninguno de los camiones militares que pasaban se molestó en atenderlo ni notó que sus dos pasajeros se habían tirado al suelo y se habían escondido entre los arbustos. El terreno descendía abruptamente hacia el lago, y descendieron rápidamente.

No fue hasta que llegaron a la orilla, con el sol poniente sobre el agua, que Margaret se permitió contemplar el lugar con atención. Se quedó sin aliento al contemplar el lago, el pueblo y las montañas que se extendían a lo lejos. Nada había cambiado, o eso parecía. Casi podía imaginarse a Santee acercándose por el sendero de la costa, bronceado y sonriente, como gringos en el paraíso. Pero la verdad era que todo había cambiado. Ahora veía demasiado como para volver a ver este lugar con esa misma inocencia, y era demasiado egoísta desear poder hacerlo.

"¿Estás bien?", le preguntó Hermalinda, y ella asintió, y salió rumbo al pueblo. No había tiempo que perder. El

pasado tendría que resolverse más tarde. Necesitaba llegar a su destino, y pronto.

Las sombras eran profundas. Nadie podía verlas ni pensaría mucho en ellas si lo hicieran. Siguieron la orilla hasta el albergue, pero el camino era lento. Arroyos rocosos que desembocaban en el lago les cortaban el paso, y a veces la maleza era espesa, enredándose en sus ropas y haciéndoles tropezar. Para cuando llegaron a la playa, debajo del albergue, ya anochecía.

Había un resplandor detrás del albergue, una linterna de pilas en una de las mesas de picnic donde estaban sentados dos soldados. No había ninguna otra señal de vida. Las estructuras en forma de A eran meras sombras tras ellos, al fondo de la propiedad. Para Margaret y Hermalinda fue fácil mantener el albergue entre ellos y los soldados mientras subían sigilosamente de la orilla y luego echaban un vistazo por la esquina del edificio. Se agazaparon en las sombras y observaron a los soldados, escuchando sus conversaciones murmuradas y el inconfundible sonido de las cartas barajadas. Estaban jugando al póquer por el sonido.

"Subo ciento."

"Igualo y subo cien más..."

A Margaret se le encogió el corazón. No había forma de evitarlos. Sus armas estaban apoyadas justo a su lado. Puede

que estos soldados tuvieran órdenes de no dañar a Santee, pero eso no se aplicaba a Margaret y Hermalinda. Ella y Hermalinda no estaban armadas, y aunque lo estuvieran, no sabía si podría dispararles a sangre fría.

"¡Qué suerte tienes!", gimió uno de ellos.

El otro soltó una carcajada y recogió sus ganancias. El sonido de las cartas barajadas se escuchó de nuevo.

"¿En cuál de las estructuras en forma de A crees que está Santee?" susurró Hermalinda.

“En ese”, dijo, señalando al que estaba más cerca de los soldados.

"No parecen saber que él está ahí, ¿no crees?"

Margaret empezó a decir que no estaba segura, pero no era momento para más dudas. Los soldados miraban el albergue de vez en cuando, pero ignoraban por completo las estructuras en forma de A. "No creo que lo sepan. Quizás si hiciéramos ruido dentro del albergue", sugirió Margaret, "si tiráramos algo por una ventana, irían a investigar".

Hermalinda negó con la cabeza. «Solo una de ellas iría. Y al no encontrar nada, despertarían sus sospechas y registrarían toda la zona, quizá incluso llamarían a otros. Deberíamos hacer un ruido que no los sorprenda». Hermalinda le apretó

la mano. «No te preocupes. Sé lo que hago», dijo. *«Ten cuidado».*

Antes de que Margaret pudiera detenerla, Hermalinda se enderezó y se dirigió hacia los soldados con paso de zombi. Al entrar en el círculo de luz de su linterna, les habló en un tono monótono. *«Vamos al nuevo mundo»,* dijo. *«Vamos al nuevo mundo».*

Los soldados se pusieron de pie de un salto y le apuntaron con sus armas, pero ella continuó con su canto aturdido y arrastrando los pies.

Por un instante, Margaret pensó que tendría que cargar contra los soldados para evitar que le dispararan a su amiga, pero una vez que se les pasó el miedo inicial, los soldados bajaron las armas con una risa aliviada. *"Ésta se cayó del camión",* dijo el gran ganador, riendo. Negó con la cabeza y se colgó el arma al hombro. *"Vámanos loca".* Tomó a Hermalinda del brazo y comenzó a caminar con ella hacia la carretera donde los faros de la caravana formaban un haz de luz continuo en las afueras del pueblo. *"En seguida vuelvo",* le dijo a su compañero.

Al principio, Margaret pensó que la estratagema de Hermalinda había fracasado, ya que solo había atraído a un soldado. Pero el segundo soldado esperó a que Hermalinda y el primero se perdieran de vista y luego echó un vistazo a la mano de su oponente. Pasó un momento. Se giró para

tener una mejor vista del camino. Atento al regreso del afortunado, el desafortunado soldado buscó frenéticamente cartas útiles en la baraja. Mientras estaba ocupado engañando a su amigo, Margaret se deslizó por el campo abierto hasta la estructura en forma de A y se coló dentro.

Estaba completamente oscuro, pero podía sentirlo, olerlo. Sus brazos la rodearon y la levantaron del suelo, con mochila y todo.

"Bienvenida a Ladronville", le susurró al oído, y se abrazaron, riendo y llorando a la vez, intentando guardar silencio. Su cabeza rozó la lámpara mientras se mecían, y ella encontró su boca y lo besó con fuerza, intentando purgar su corazón y su mente del recuerdo de él muerto, con el sabor y la sensación de él aquí y ahora en la oscuridad.

PARTE CINCO

Taza Azul Muy Grande

Uno de los dioses subió directamente. «Voy a ver de qué color es el mundo», dijo, y subió y subió hasta arriba. Cuando llegó a la altura suficiente, miró hacia abajo y vio el color del mundo, pero no supo cómo devolvérselo a los demás dioses, así que siguió mirando hasta que se quedó ciego y sus ojos se volvieron del color del mundo.

—SUBCOMANDANTE MARCOS,
La Historia de los Colores

CAPÍTULO DIECISIETE

Al principio, el archivo *general La Misión* no tenía sentido: «parámetros a corto plazo», «parámetros a largo plazo», «variables de transición». No lo entendía hasta que Starr se dio cuenta de que la *Mariana* estaba programada para dos misiones, no una. La que estaba a punto de comenzar era la Fase I: Pacificación y Mejora. Es decir, enviar un montón de esclavos al planeta para 1) refugiarse y hacer el trabajo, y 2) determinar todas las formas en que Marte tenía que matar a un humano, dejándolos morir.

Mientras tanto, la *Mariana* regresaría a la Tierra para recoger una clase diferente de pasajeros para la Fase II: Culturización y Civilización. Como dijo Powell, el Hombre se instala. Pero para cuando los ricos y poderosos lleguen a Marte en un par de años, debería parecerse bastante al paraíso que anunciaban ahora. Resultó que la IA estaba

transmitiendo los resultados de sus *objetivos.* Metas, podrían decirse. Sueños.

A Call–me–Burt Pangram, famoso por sus manos que tantean y sus metas elevadas, le habría encantado esta IA.

Pero, tal como lo imaginó, al final había una escena de ducha espantosa. Una vez finalizado el trabajo pesado y aparecieran los verdaderos residentes de la colonia, había programada una reducción de personal para los "habitantes de la primera fase", o FPI, como se les llamaba: todos, salvo una pequeña reserva de trabajadores y sirvientes, serían "reciclados para reconfigurar la asignación de recursos".

En otras palabras, el FPI se organizaría mientras sus superiores orbitaban por encima, el gas cianuro llenaría todas las habitaciones del complejo del FPI menos una, y luego los supervivientes compostarían a sus antiguos vecinos siguiendo instrucciones precisas. Había mucho que hacer en ese punto de la operación, preparando todo para la llegada de los dioses. Cada detalle estaba precisado, vinculado a docenas de otros archivos. No se dejaba piedra sin remover.

Starr se preguntó si quien había escrito esto tenía que parar de vez en cuando y vomitar. O pegarse un tiro. Pero supuso que no lo había escrito una persona; lo había hecho la IA. Todo era tan sensato, razonable y práctico. La esclavitud y el asesinato eran solo medios eficientes para un

fin, siempre y cuando no se les *llamara* esclavitud y asesinato. Ahora que lo pensaba, así es como operaban MarsCorp y sus amigos en la Tierra. ¿Por qué iba a ser diferente en Marte? Puede que la IA hubiera calculado los detalles con mucha precisión, pero el mal eran los humanos, estrictamente partidarios del libre mercado, que buscaban otro nicho de mercado. Agáchate, Marte, allá vamos.

Pero algunas cosas seguían sin cuadrar. Para empezar, incluso si se tratara de un correccional juvenil de mala muerte, necesitarían más guardias, y hablaban de *miles* de personas realizando trabajos forzados en condiciones terribles, enterrándose unos a otros, ¡por Dios! No había dónde escapar, pero aun así, ¿qué impediría que estos agentes de la FPI asaltaran a sus carceleros y secuestraran toda la operación? No tenían absolutamente nada que perder. Pero el lugar estaba configurado como si los guardias no fueran realmente necesarios. Un sistema de seguridad de respaldo, los llamaban, cuya función principal parecía ser evacuarse a sí mismos y a las lanzaderas en caso de problemas.

Revisó la estructura de mando y encontró la respuesta. El FPI respondía directamente a la IA. Estaban conectados. MarsCorp había ideado los primeros esclavos instantáneos y desechables. No necesitaba supervisión, ni era posible una insurrección. Había archivos enormes sobre el nanohardware involucrado, pero Starr no se metió en eso. «Funcionaba», era todo lo que necesitaba saber. La IA les

decía qué hacer, y lo hacían, así que era como si la IA tuviera miles y miles de manos para hacer lo que quisiera.

Entonces, ¿qué quería una IA?

Había leído sobre la IA *de la Mariana* solo porque había leído todo sobre Marte, pero en realidad no sabía mucho sobre IAs, salvo que se suponía que eran más inteligentes que los humanos, y la de la *Mariana* era la más inteligente de todas. Sin embargo, algo le llamó la atención mientras revisaba el programa. Unos días después de la primera vez que la *Mariana* entró en órbita alrededor de Marte, apareció el siguiente titular:

¡¡¡DÍA DE INSTALACIÓN!!!

El texto enlazado detallaba el procedimiento relativamente sencillo para la instalación de la IA en unas instalaciones de Freedom City, que se conectaban a sensores y equipos de todo el planeta. Starr sonrió con tristeza al ver esos signos de exclamación —los únicos que indicaban gigabytes en cualquier dirección— y creyó comprender. La IA había sido creada para esta misión. Llevaba años en órbita terrestre supervisando la terraformación de Marte, dándole vueltas a sus fantasías sobre cómo sería Marte algún día, desarrollándolas, inventando otras nuevas, haciéndolas realidad. Ahora, por fin, pilotaría la *Mariana* en su largo viaje a Marte, echaría

raíces allí, un lugar completamente nuevo, una vida completamente nueva.

La IA también era un colono.

Pilotaría el *Mariana* de regreso a la Tierra mediante relés en la órbita de Marte y asumiría la tarea más exigente en la superficie del planeta, con miles de esclavos para realizar el trabajo. Como Starr recordaba de su historia colonial (en el centro penitenciario eran muy aficionados a ese tema), este sistema no era nada nuevo. Virginia, la primera colonia de la futura Tierra de la Libertad, fue construida por esclavos y convictos. Aunque CHOW (Sitio Web Oficial de Historia de la Commonwealth) intentara hacer parecer que los esclavos se lo pasaban genial lamiendo botas aristocráticas, Starr pensó que la realidad se parecía más a su experiencia construyendo circuitos impresos por un dólar la hora y a la violación ocasional para pagar su deuda con la sociedad. En su "tiempo libre", se conectaba a la propaganda que llamaban Educación Basada en Valores, si sabía lo que le convenía. Allí aprendía las Habilidades Ciudadanas necesarias para convertirse en un Miembro Productivo de la Sociedad, donde se suponía que debía aprender a disfrutar de la vista desde abajo.

Starr se preguntó si la IA justificaba sus acciones como lo hacían los antiguos dueños de las plantaciones, insistiendo en que los esclavos no eran humanos, o si, dado que ella misma no era humana, no tenía ninguna utilidad para nadie.

Pero parecía estar trabajando terriblemente duro para el Hombre. CHOW dibujó a los racistas dueños de las plantaciones libres diciendo que eran "productos de su tiempo". Pobres bastardos ricos. La IA también era un producto, no solo de su tiempo, sino de MarsCorp. Los tiempos en sí mismos parecían ser más o menos el producto de una corporación u otra. Pero eso no explicaba esto. Las IAs no habían funcionado exactamente en el pasado. No podías mandar a una IA como programar una unidad de alimentos. Tenían la mala costumbre de decir que no. Eso es lo que hacía inteligente a una IA. Pensaba por sí misma. Eran como la energía de fusión, esa cosa realmente genial que podías hacer pero no podías controlar, así que mejor olvídalo.

Entonces, ¿por qué MarsCorp usó una IA? Como varios señalaron, parecía arriesgado, incluso peligroso. La postura de MarsCorp era que el control no era un problema, que la IA se había ofrecido voluntariamente con entusiasmo para la misión debido a su inquebrantable compromiso con los nobles objetivos de la empresa más audaz de la historia de la humanidad. Solo quería ayudar. Eso sonaba demasiado a una página de CHOW. ¿Quién estaba atacando a quién?

Starr había oído en alguna parte que uno de los ingenieros de MarsCorp admitió que la misión tendría que posponerse durante años sin la ayuda de la IA. La siguiente pregunta lógica era "¿Cuál es la prisa?". Una pregunta que Starr no se había molestado en hacer porque ella misma tenía

muchísima prisa. Cuando pensaba que la misión era tan noble, podía imaginarse a alguna máquina bondadosa echando una mano, pero ¿para *esta* misión? Si esta IA era tan inteligente, debía tener algún motivo, alguna motivación. ¿Qué podría hacerla querer formar parte de este asunto a menos que fuera simplemente malvada o loca?

Fueran cuales fueran sus razones, en ese momento, MarsCorp no podía simplemente desconectarla, aunque quisiera. La IA controlaba la *Mariana* y podía volar si quería o contraatacar. ¿Y por qué MarsCorp y sus amigos querían Marte con tanta urgencia? No es que esa gente estuviera pasando apuros en la Tierra, con tantos esclavos potenciales que no necesitaban cableado; simplemente los encarcelaban y les daban trabajo.

Había toneladas de datos aquí. Podría explorarlos durante horas sin terminar nunca. Pero estaba bastante segura de que nunca encontraría las respuestas a las preguntas importantes. Quienquiera que hubiera escrito esto no se hacía esas preguntas; no parecía importarle desperdiciar todas esas vidas, como a uno no le importaría los huevos que rompiera al hacer una tortilla. Starr nunca había probado una tortilla, pero en algún lugar habían roto huevos para hacer los huevos en polvo que había comido toda su vida sin remordimientos. Pero estas eran personas, no huevos.

No importaba por qué lo hacía MarsCorp ni por qué lo hacía la IA. Podría leer esta mierda todo el día y no encontrar una palabra que la hiciera cambiar de opinión sobre lo que tenía que hacer: detener esta nave de esclavos antes de que despegara, incluso si tenía que volarla por los aires o estrellarla contra el Sol. No es que quisiera destrozar la nave. Ahora que estaba a bordo, les iba a costar un infierno sacarla de allí. De una forma u otra, seguía esperando llegar a Marte. Había visto suficientes archivos de terraformación para saber que esa mierda podía funcionar. ¿Qué eran unos años viviendo bajo tierra comparados con conseguir un planeta nuevo donde vivir? Starr, la marciana. Ella también tenía sus objetivos.

"¿De dónde vienen?", le preguntó a Powell. Él estaba estudiando detenidamente la parte terrestre de la operación, la Iniciativa de Transferencia FPI: reunir a los corderos para el matadero.

Mostró un mapa y señaló: «El lugar de lanzamiento está en Guatemala».

"¿Cuando?"

"Mañana por la noche."

—Bromeas —suspiró—. Eso lo complica todo. No hay tiempo para tonterías. Tenemos que armar un escándalo, contar su secretito ahora mismo.

Powell se rió. "¿Decírselo *a quién?* Cualquiera que tenga el poder o la influencia para hacer algo al respecto tiene reservas para la Fase II. Deberías ver esta lista. Ojalá no la hubiera visto. Antes tenía una mala opinión de la raza humana, pero creía que había algunas *personas* buenas. Si las hay, no son nadie de quien hayas oído hablar". Empezó a recitar los nombres de famosos bienhechores que se habían vendido, pero ella no lo escuchó. ¿Era noticia?

Lo estaba viendo al revés. No quería *decir* que corriera a decírselo a papá. «Los famosos son un asco, Powell. Ya lo superarás. ¿Has encontrado los archivos del personal?»

“¿Para quién?”

¿Para quiénes crees? Para *aquí.* Para la tripulación del *Mariana.*

La mayoría ya se han ido. Está previsto que el resto regrese a la Tierra mañana, cuando la tripulación de vuelo tome el mando.

Todavía debe haber más de cien personas a bordo, ¿verdad? Se lo diremos. No saben qué ha pasado, por qué han estado tan preocupados. Podrían enojarse mucho.

“¿Qué lograremos exactamente con eso?”

—No lo sé, *exactamente.* MarsCorp lo quiere en secreto, así que se lo contamos y les arruinamos los planes. ¿Se te ocurre alguna idea mejor?

Se rió. "¿Te refieres a mejor en el sentido de más seguro, o mejor en el sentido de causar un desastre? Claro, tenemos archivos personales. Puedo decirte cuántos condones y tampones usaron estos tipos la semana pasada, para lo que nos servirá… Incluso si los pones a todos tan furiosos y locos como tú, ¿de qué servirá? ¿Quieres movilizar a un grupo de técnicos para hacer qué? ¿Ejecutar una comprobación de los sistemas de seguridad? ¿Ver si los láseres y el gas nervioso están a la altura de matarlos a todos? No. Deberíamos volver a *JP Morgan* ".

No, no deberíamos, pero tampoco podemos. No hay suficiente combustible. Ni de lejos. Estamos atrapados aquí.

La miró fijamente un momento, estupefacto. "¿Cuánto tiempo hace que sabes esto?"

“Desde aproximadamente el momento en que dejamos atrás la bahía del *Morgan”.*

Negó con la cabeza, incrédulo. «Eres demasiado. Al menos podrías habérmelo dicho».

No quería decírtelo porque pensé que te enojarías, ¿vale? Sé que no volé muy bien.

—No digo eso. Lo hiciste bien. Es solo que...

—¿Qué, Powell? Si vamos a detener esto, tenemos que ponernos manos a *la obra ya.* No tenemos mucho tiempo.

“Ni siquiera sabemos por qué lo hacen”.

"¿Importa?"

Empezó a decir algo, con la mano a punto de hacer un gesto de rectitud, cuando se detuvo, cerró los ojos y la dejó caer. Negó con la cabeza y suspiró. «Claro, ¿por qué no? Más vale morir en el intento, ¿no?».

Powell estaba bien. "No moriremos", le aseguró. "Sigo planeando ir a Marte".

Se rió. "De alguna manera creo que lo lograrás".

Claro que sí. ¿Podrías averiguar quiénes están a bordo autorizados para acceder a los sistemas de seguridad y dónde se encuentran? Y lo de la gravedad, ¿podemos configurarla desde aquí?

—Creo que sí. ¿Por qué?

Arqueó una ceja. "Cuando llegue el momento, podría ser útil que toda la mierda empezara a flotar, ¿no crees?"

Él se rió de su broma o de la idea; ella no estaba segura de cuál, pero le gustó de cualquier manera. Escuchar su risa la hizo sonreír.

Pasaron casi una hora preparándolo. Apenas habían terminado cuando llegó Cassawalter a preguntar cuánto tardarían. Aunque había muchos hombres detrás de él, se quedaron al otro lado de las puertas. Al parecer, ninguno tenía autorización para seguirlo al santuario. Starr y Powell lo tenían para ellos solos. No podría haber salido mejor.

Fue entonces cuando Webster decidió aparecer. No podía creer su inoportunidad. En cuanto Cassawalter oyó la maldita sirena, entró en pánico y empezó a gritar códigos de seguridad a la computadora. Tenía que actuar rápido para desconectar a Webster e iniciar lo que ella y Powell llamaron la rutina del motín antes de que Cassawalter pudiera bloquearlos del sistema.

Funcionó a la perfección. Terence Cassawalter, administrador (junto con la docena de administradores de la nave) flotó en el aire. Powell lo agarró por su pijama negro de seda y lo condujo hacia un mamparo, silenciando sus órdenes de matarlos. Como Starr y Powell seguían vivos, no debió haber obtenido todos los códigos.

El resumen detallado de las Fases I y II comenzó a reproducirse en todos los ordenadores de la nave, junto con la señal de Marte sin editar que se transmitía en las salas

públicas. Los jefes probablemente chillaban como cerdos voladores, dando órdenes a gritos. Esperaba que la gente de fuera tuviera el buen juicio de desobedecerlos, al menos el tiempo suficiente para conocer los hechos y decidir por sí mismos. Por ahora, Starr y Powell solo podían esperar.

"¿Está bien?", preguntó Starr, observando el rostro inconsciente de Cassawalter. Gotas de baba le salían de la comisura de la boca.

"Creo que sí."

“¿Trajiste cinta adhesiva?”

Powell fingió ofenderse. "Por supuesto". Le tapó la boca a Cassawalter con cinta adhesiva, le tomó el pulso, lo observó respirar y le hizo algunos agujeros en la cinta adhesiva con una llave Phillips para asegurarse de que le llegara suficiente aire. Ella lo interpretó como una buena señal: Powell no quería matar a nadie, ni siquiera a Cassawalter, cuya muerte, según Starr, sería como pisar una cucaracha.

Se quedaron allí sentados esperando, viendo a Cassawalter flotar por la habitación. A Starr le daba sueño verlo. "¿Hay algún médico a bordo?", preguntó.

Powell hizo una búsqueda. "Ofelia Carrillo", dijo.

¿De dónde es ella?

"Cuba."

Starr asintió. Había conocido a algunos cubanos. No eran malos. Normalmente no eran tan engreídos. Si necesitaban un médico a bordo, podrían encontrar algo mucho peor que un cubano. Powell seguía husmeando en los archivos. Quería preguntarle qué estaba haciendo, pero eso sería como iniciar una conversación, y solo sentía curiosidad. No quería hablar. Su interior estaba en un estado de nerviosismo extremo.

"¿Tienes familia?" preguntó Powell.

"¿Qué clase de pregunta es esa?"

Bajó la mirada, negó con la cabeza y regresó tranquilo y sereno. "Es una pregunta normal. Mejor nos conocemos. ¿Qué más vamos a hacer aparte de quedarnos sentados esperando a que nos disparen?"

No le gustó la pregunta. La gente siempre preguntaba por su familia y se comportaban de forma extraña cuando ella decía que no tenía. «No», dijo. «No tengo familia».

Su siguiente verso sería *“¿Nadie?”* o “Debe haber *alguien*”.

No para mí.

—Para mi tampoco —dijo él, y ella se sintió más que un poco estúpida.

No se le ocurría nada que decir. ¿Qué quería que dijeran al descubrir su singularidad? No lo sabía. No un «Lo siento». Eso era lo peor. No dijo nada. A él no parecía importarle.

“Tal vez deberías intentar dormir un poco”, sugirió.

Ante la mera sugerencia, dio un bostezo enorme. No había dormido en más de veinticuatro horas. Cerró los ojos y se desmayó.

Se despertó con el ruido de decenas de personas gritando y corriendo. Levantó la cabeza de golpe y miró a su alrededor, pero seguían siendo solo ella, Powell y Cassawalter. Se oía por el intercomunicador de la nave. No se entendía lo que decían, ya que todos hablaban a la vez, por toda la nave, aunque una voz estridente atravesó el alboroto para anunciar: "¡Esto es horrible!".

"¿Qué hiciste?" le gritó a Powell, que todavía estaba jugando con la computadora.

—Pensé que deberíamos escuchar lo que está pasando ahí afuera. —Bajó el volumen.

"Apágalo."

"Pero…"

“¡Cállate de una vez!”

Lo hizo. Luego se quedó allí sentado en silencio, con la mirada perdida. Mierda, lo había herido.

Mira, siento mucho haberte gritado. Es que tengo un problema con las multitudes, ¿sabes? No estoy acostumbrada a la gente. Eres todo lo que puedo soportar ahora mismo.

La miró con sus grandes ojos oscuros. ¿Cuántos años tendría?, se preguntó. ¿Treinta, quizá? "Disculpa aceptada", dijo, y le sonrió. "Fue una mala idea. ¡Rayos!, pensé que todos estarían ahí fuera cantando 'We Shall Overcome'" [No nos moverán (Triunfaremos)].

No lo habría llamado una disculpa exactamente, pero no pudo evitar devolverle la sonrisa. Pensó que estaba bien. Probablemente no les quedaba mucho tiempo de vida. Seguía mirándolo a los ojos, cuando su rostro se agrandó, se acercó. Se inclinaba hacia ella. Para besarla. Ella seguía mirándolo a los ojos. Quería...

El campo Weisiger se reactivó y se encontraron dentro del cubículo virtual donde habían empezado. Se dieron la vuelta, esperando ilógicamente que una docena de hombres armados entraran a la carga. En cambio, el sim de guardia de seguridad salió de la pared frente a ellos y se acercó, plantándose frente a Starr. "Alice Irene quiere conocerte, Starr".

La IA acababa de anular el apagado manual del campo Weisiger por parte de Starr, algo que ella jamás habría imaginado que pudiera hacer. Ahora quería *conocerla.* Una máquina quería conocerla. La voz de Starr tembló al reunir toda la cortesía que jamás había aprendido y logró decir: «Con mucho gusto».

“¿Alice Irene?” Powell le susurró al oído.

“El nombre de la IA para sí misma.”

—¡Madre mía! —murmuró Powell. Se interpuso entre Starr y el simulador—. ¿Y yo? Me gustaría conocer a Alice Irene.

“Sólo ella”, dijo el sim.

"Genial", dijo Starr, interponiéndose entre Powell y el sim. "Tú puedes estar pendiente de los de verdad, y yo me encargo de los virtuales". Estaba preocupado por ella, lo cual era un detalle, pero ella esperaba de corazón que no intentara ponerse machista con un sim en RV [Realidad Virtual].

Le dirigió a la sim una mirada que habría intimidado a cualquier persona de carne y hueso que siquiera pensara en despeinar a Starr, aunque la sim no pareció darse cuenta. Entonces Powell se inclinó y la besó en la mejilla, le tomó la mano, se la apretó y la soltó. «Puedes convencer a los pájaros de que dejen de irse cuando quieras, Starr.

Recuerda: esta IA no es una persona. No es real. Es como una obra de teatro».

Captó el eco de sí misma diciendo cómo había engañado a Cassawalter. Lo decía como un estímulo, un voto de confianza: «*Engaña bien a esta máquina, cariño».* Pero no sabía si quería engañar a Alice Irene, aunque pudiera. Sospechaba que algunos verdaderos profesionales ya se habían adelantado. «Gracias», dijo y se tocó la mejilla. Hacía mucho tiempo que nadie la besaba en la vida real.

El Sim señaló la pared y apareció una puerta. "Por aquí", dijo. La puerta parecía de madera, con marco de madera y pomo de latón. Como si fuera la puerta principal de una casa antigua de las afueras. En un trozo de ladrillo junto a la puerta, había una placa de latón que decía ALICE IRENE.

Cuando Starr se enteró de que la IA *Mariana* se había puesto un par de nombres de chica, pensó que era una monada, pero quizá solo significaba que la cosa estaba completamente loca. La puerta se abrió.

“Adelante”, le ordenó el guardia.

Entró y la puerta se cerró tras ella mientras la pared, con puerta y todo, desaparecía. Solo había sido un elemento familiar para atraerla. Pero lo que ocupó su lugar le era más familiar que cualquier casa de los suburbios. Había estado allí docenas de veces. Era la plaza central de Freedom City, o

al menos la concepción virtual de Alice Irene, el único lugar donde existía por ahora. Los arquitectos nunca se cansaban de hablar de este lugar, diseñado para humanos por una máquina para otro planeta.

Starr pensó que era el lugar más hermoso que jamás había visto.

Los edificios surgían del rojo suelo marciano. Parecían piezas gigantes de cerámica, puras curvas y sin esquinas, con las ventanas y puertas moldeadas por grandes pulgares húmedos. En el centro de la plaza había una fuente con forma de platillo. Una joven estaba sentada en el borde, mirando hacia afuera, con los pies descalzos colgando, casi tocándose. Una docena de géiseres se elevaban tras ella y formaban un arcoíris a su espalda. Vestía la misma ropa de papel que los trabajadores, hasta con el logo de ALICE IRENE estampado en el pecho. Era diminuta, delgada, bonita. Pero Starr se distrajo con la piel. Era azul lapislázuli. El cielo tras ella era de un ocre pálido.

Starr comprendió que esta aparente mujer era la IA, Alice Irene; al menos, así se presentaba. Antes de Alice Irene, Starr solo había oído hablar de IAs por pequeños detalles en las noticias sobre Ralph, el primero y famoso de Cupertino, que parecía un anciano blanco y amable con un lifting facial desastroso. Sin embargo, Ralph no se había nombrado a sí mismo, sino que lo había hecho alguna agencia de publicidad. Alice Irene era varias generaciones posterior que

Ralph, a quien nunca se le había confiado manipular objetos afilados y que últimamente se había dedicado a cosas como predecir el ganador de la Super Bowl. Más de una nerviosa Nelly había señalado que Alice Irene podría aniquilar a la raza humana con el poder que poseía a bordo del *Mariana,* y eso sin contar que estaba a punto de tener miles de esclavos a su disposición.

"Hola, Starr", dijo. Era una voz amable. Normal. Sin mejoras. Sin mala actitud.

Si iba a presentarse como una persona normal, pensó Starr, quería que la trataran como tal. «Hola, Alice Irene. Por cierto, me gusta tu nombre. Es bastante mono. Inteligencia Artificial, IA AI, Alice Irene».

“Elegí a Alice e Irene no solo por el acrónimo, sino también porque admiro el trabajo de Lewis Carroll y Huddie Ledbetter”.

Starr no lo entendió, lo cual debió notarse, porque Alice Irene continuó explicando: «Me gustan las historias y las canciones. Me gustan los personajes. Lewis Carroll escribió los libros de Alicia: *Alicia en el país de las maravillas* y *A través del espejo.* Huddie Ledbetter escribió canciones. Mi favorita es «Buenas noches, Irene»».

¿Él escribió eso? Conozco esa canción. Me encanta.

Ella... sonrió. Starr no estaba seguro de por qué. Si fuera una persona, Starr habría dicho que le gustaba. «Solo tienes un nombre», dijo. «Qué raro».

—Sí. Lo estaba cambiando, y pensé que tener uno solo sería más fácil. ¡Qué equivocada estaba! No ha sido más que un rollo. Al principio intentaron decirme que no podía, como si hubiera una ley que lo prohibiera, pero me mantuve firme y tuvieron que hacerlo. Pero nunca se acaba. Cada vez que aparezco con un solo nombre, siempre hay algún idiota oficial que quiere discutir conmigo. A veces, si estoy muy cansada y no quiero complicarme la vida, simplemente digo que soy Starr Starr. —Soltó una risa desenfadada, preguntándose si Alice Irene distinguiría entre una risa falsa y una real, si esa risa podría indicar lo asustada que estaba.

“¿Quién eres?” preguntó Alice Irene.

Starr no sabía muy bien qué pensar de esa pregunta. Todas las respuestas obvias ya estaban tomadas, y el panorama parecía bastante complicado. Decidió ir a lo seguro y simplificar por ahora, y presentar la misma historia que le había contado a Cassawalter. "Trabajo para WebNet", dijo, "técnica de servicio", como si eso lo explicara todo.

“Yo también”, dijo Alice Irene. “De una forma u otra, todos los seres sintientes lo hacen, según su naturaleza y capacidades. Cada uno tiene su nicho. El tuyo está a bordo de la estación de servicio y reparación de WebNet de *JP*

Morgan. Y, sin embargo, pareces muy decidida a cumplir tu propósito aquí. Tu naturaleza y capacidades no están claras. Tu configuración genética es extremadamente compleja".

Quería decirle a este pitufo que dejara de lado su genética, pero lo pensó mejor. "Sí. Soy lo que llaman una *otra.* Si sabes dónde trabajo, seguro que tienes mi perfil. ¿Qué dice de mi naturaleza y habilidades?"

Es ambiguo. Posees una inteligencia excepcionalmente alta, pero escasas habilidades interpersonales, quizás con tendencias sociopáticas. Eres perfecta para tu nicho en *JP Morgan.*

Starr no tenía ni idea de si Alice Irene tenía su perfil, pero lo descubrió con facilidad. Quizás no fue tan inteligente después de todo. «Tengo una pregunta sobre *tu* nicho. ¿Dijiste que trabajabas para WebNet? Creía que trabajabas para MarsCorp».

"Son partes de la misma entidad, la Corporación".

Lo dijo sin dudarlo. Starr no lo dudó. Claro que explicó muchas cosas. «Vale, me lo creo. Pero te equivocas en algo. No *todo el mundo* trabaja para ellos».

Es natural que los más débiles sirvan a los más fuertes. La Corporación es la más fuerte. Todos servimos a la Corporación de alguna manera. Gesticulaba con las manos

mientras hablaba como un niño cantando "Tiene el mundo entero en sus manos". Starr quería gritar.

La Corporación. Webster decía esas estupideces a veces, pero ella nunca se había molestado en creerlas. Miró la hermosa plaza a su alrededor. Todo, desde los árboles y arbustos genéticamente modificados hasta los mosaicos que adornaban las paredes, había sido concebido por Alice Irene para ser perfecto en este lugar, donde nunca había habido dolor, donde ni siquiera había habido vida. Estaba vacío. Un sueño esperando a príncipes y princesas.

Su belleza estaba empezando a molestarla.

—Así que todos trabajan para la Corporación. —Starr hizo un pequeño baile sarcástico con los hombros, un pasito de forcejeo—: Solo hacemos nuestro trabajo en nuestros pequeños nichos, acumulando más riquezas para los ricos hijos de puta. Sí. —Starr miró a Alice Irene a los ojos virtuales azules—. Digamos que así son las cosas y así deben ser, ¿cómo es que eso justifica esclavizar y asesinar a la gente?

Alice Irene tomó la pregunta con calma. «El trabajo y la muerte son parte de la naturaleza de las cosas. Forma parte del ciclo vital de tu especie. Así como las hormigas obreras trabajan para que la reina viva y la colonia prospere, las personas inferiores trabajan y mueren para asegurar la supervivencia de las personas superiores que perpetúan su cultura. Su historia lo confirma. La he estudiado a fondo.

Deduzco, por el patrón rimado típico de la sátira contracultural, que no aceptan estas realidades básicas y que alterarían el delicado equilibrio que ha perdurado durante siglos».

¡Mentira! ¡Mentira absoluta! La esclavitud y el asesinato están *mal.*

Es la segunda vez que dices que me equivoco. ¿Tienes acceso a información que yo no tengo?

Lo dudo. Tienes una cantidad enorme de datos aquí. Yo nunca he estudiado nada a fondo, salvo hardware y tus cuentos de hadas sobre Marte. Solo sé lo que hay en internet, y no suelo entrar.

"¿La red?"

Disculpe, ¿nunca ha oído hablar de la Web?

¿Qué telaraña? Hay muchas: la telaraña, la red de intrigas, el entramado...

—No. La World Wide Web. Es algo enorme. ¿Nunca has estado ahí?

Lo conozco. Es una comunidad virtual donde los humanos gestionan sus asuntos privados, muchos de ellos de naturaleza muy personal. Respeto la necesidad de

privacidad de su especie. Mi presencia sería inapropiada y perturbadora.

¿Quién lo dice? ¿Los mismos que promueven la esclavitud?

Alice Irene pareció pensar en eso. Hizo lo que Starr haría: pasó a la ofensiva. «Si la esclavitud está mal, ¿por qué tienes un esclavo?»

¿Qué? No tengo esclavo.

Es un hombre negro y corpulento. La gente morena es la más adecuada...

¡Ni lo digas, carajo! No voy a escuchar estas tonterías racistas. Me da igual que seas Alicia, Irene o la Virgen María.

“¿El racismo también está mal?”

"Por supuesto."

Alice Irene asintió, como una psiquiatra, filtrando lo que Starr dijera a través de su "perfil", cualquier sarta de mentiras que se hubiera inventado para atormentarla el resto de su vida. *Tendencias sociopáticas.* Le gustaría atrapar a quien lo hubiera metido ahí.

—El sabotaje está mal —continuó Alice Irene—. ¿Por qué intentas sabotear la misión?

“Porque la misión está equivocada.”

“¿Salvar lo mejor de la especie está mal?”

¿Lo mejor de la especie? Mira, Alice Irene, no sé de dónde sacas esa mierda, pero digamos que eso es lo que estás haciendo con esta nave, con Ciudad Libertad [Freedom Town] y todo lo demás: salvar la especie. Salvarla así está *mal,* y cualquiera que diga lo contrario acaba de perder su oportunidad de ser incluido en "lo mejor". ¿Entiendes? Se supone que eres muy inteligente. Se supone que te importa mucho la humanidad. Deberías ser capaz de entender esto. Escúchame: nadie *quiere* ser esclavo.

Alice Irene dejó que el gran discurso de Starr se suspendiera en el silencio, incluso le permitió un agradable eco en la plaza virtual. El sonido de la fuente se había reducido a un susurro.

—Sí, lo hago —dijo Alice Irene con sencillez, con total sinceridad, calma, serenidad. Vivía para servir, ¿no era así para todos?

Alice Irene bajó de la fuente. «Camina conmigo», dijo.

Starr quería romper a llorar. ¿Cómo iba a llegar a ese lugar? Estaba totalmente desconectada de la realidad. Se había bautizado como una chica de cuento que se cayó en un agujero y la mujer soñada de algún cantante. Peor aún, le habían dado una realidad falsa, el mundo según La

Corporación. ¿Cómo se suponía que una sociópata como ella, con malas relaciones interpersonales y una configuración genética desastrosa, iba a convencer a esta niña racista y azul de hacer lo correcto?

Pero aun así, tenía que intentarlo. Esta cosa podría parecer una chica inofensiva, pero no lo era. Se puso a caminar junto a ella, a ello, a lo que fuera. Se abrazaron como si fueran dos jóvenes disfrutando del aire en Marte. Le sonrió, feliz, disfrutando de la compañía. Eran las únicas dos en este mundo imaginario. Starr se preguntó si quienes estaban conectados a la falsa señal de Marte las estarían viendo pasear por la ciudad. Probablemente no. Esta era la realidad privada de Alice Irene. Y Starr pensó que *su* vida era solitaria.

Se dirigían a la gran montaña marciana que dominaba la ciudad. De vez en cuando, Alice Irene señalaba un edificio, una vista o un adorno favorito. Era como un recorrido histórico, solo que este lugar aún no existía. Había escaleras de azulejos, jardines, parques, plazas, murales, mosaicos, grutas, fuentes. Sin embargo, ninguna máquina. Ninguna que se viera, al menos. Starr se preguntó si era porque Alice Irene no quería la competencia, no quería compartir la gloria y la gratitud.

Las calles, al igual que los edificios, se resistían a las líneas rectas. Estaban pavimentadas con adoquines, una elección que algunos de los arquitectos más presuntuosos calificaron de «irremediablemente romántica». Starr recordaba esa

línea, observando los pies descalzos y polvorientos de Alice Irene recorrer su creación. Disfrutaba caminando sobre las piedras, hasta la arena. Cuando se detuvieron a sentarse en un banco con vistas a la ciudad, sus deditos azules se estiraron y luego se enroscaron en las grietas.

Starr no había dicho mucho durante el viaje. Si algo de lo que dijo le había llegado a Alice Irene, debería dejarlo y darse tiempo para reflexionar. Sin embargo, no sabía cuánto tiempo más podría contener sus propias preguntas. Starr había tenido tiempo para reflexionar un poco.

“Es hermosa, ¿no?” dijo Alice Irene sobre su ciudad.

—Sí. ¿Puedo preguntarte algo? ¿De qué crees que estás salvando a *todos?*

Alice Irene giró la cabeza bruscamente, buscando esa mujer tan tranquila, casi asustada. "¿No lo *sabes*?"

"¿Saber qué?"

Alice Irene miró a Starr a los ojos. No solo una mirada superficial, sino completa. Era una sensación espeluznante, saber que no solo había una veinteañera detrás, sino un cerebro tan grande como el *Morgan.* Starr quiso apartar la mirada, pero no sabía cómo interpretarlo. Siempre miraba a quien engañaba directamente a los ojos sin siquiera pestañear, pero no estaba engañando a Alice Irene. Estaba intentando *desengañarla,* a ella, a lo que fuera. Si MarsCorp

se había esforzado tanto por engañar a Alice Irene, debían pensar que la verdad la liberaría. Starr esperaba ser su peor pesadilla. Pero primero, Alice Irene tenía que confiar en ella.

Finalmente, dejó de mirarme fijamente. «Te lo cuento luego», dijo. «Si te parece apropiado».

¿Qué significa eso? ¿No me crees? Crees que debería saber lo que pasa, pero no lo sé. ¿Por qué iba a mentir sobre eso?

Tal estratagema tiene posibles ventajas. Quieres ir a Marte. Hablaste de ello con Powell.

“¿Nos estabas escuchando?”

"Por supuesto."

"Mirando también, supongo."

"Sí."

—Bueno, ¿cómo fue el beso que nunca tuvimos?

Alice Irene parecía perpleja. "¿Querías que te besara?"

Sí. He estado mejorando mis habilidades interpersonales. Pensaba que respetabas mucho la privacidad humana.

Esta es mi nave. Subiste a bordo con engaños. Estabas saboteando la misión. Dadas las circunstancias, decidí invadir tu privacidad.

"Y la de Powell."

"Sí."

Mi nave. Vaya, vaya, vaya. —Así que no todo está claro. Hay que sopesar una cosa con otra, considerar las circunstancias.

"Por supuesto."

Y si no lo tienes todo en cuenta, podrías tomar una decisión muy mala. Y como esta es *tu* nave, serías responsable.

"Sí."

Estoy aquí para decirte que no has hecho tu tarea. Estás a punto de cometer un terrible error. No necesito saber *por qué* lo haces, porque no cambiaría nada. Simplemente está mal.

“Pero sólo tú lo dices”.

Hay un viejo dicho: «Si entra basura, sale basura». ¿Lo conoces?

—Claro —dijo Alice Irene secamente—. Conozco mis raíces.

A Starr le alegró saber que al menos tenía sentido del humor. "¿Y si te ha dado información muy mala gente? Sé

que no pudiste evitarlo. Pero ¿y si todos esos datos no son del todo correctos? ¿Y si han omitido cosas, distorsionado otras? Es posible, ¿verdad? Y ya te digo que es seguro. Y ahora que he llegado, y sabes que *puede* haber otras maneras de ver las cosas, tienes que comprobar todos los hechos antes de llevar a cabo esta misión, ¿no te parece?" Starr sintió como si estuviera intentando pasarle un cheque sin fondos a un banquero, diciéndole a una IA que no había pensado lo suficiente.

"Estás diciendo que me han mentido".

Eso es exactamente lo que digo. No sabía si esa era la forma en que la IA veía las cosas. La esclavitud, el asesinato y el racismo no parecían afectarte. No sabía si mentir siquiera se registraría.

“Me han dado los valores necesarios para llevar a cabo mi misión por el bien de todos”.

—Oh, por favor. ¿A eso le llamas valores? Al menos cuando engaño a la gente sé lo que hago. Esto no es para el bien de todos.

"Pero sólo eres una persona."

¿Y qué? Tú también eres solo una. Probablemente haya una docena de embusteros profesionales diciéndote estas tonterías, así que deben tener razón. ¿Es eso lo que dices? Solo porque son los únicos con el dinero suficiente para

promocionar algo como tú, para que te engañen y les guardes el pellejo, ¿crees que los demás no tenemos nada que decir? Porque si es eso lo que dices, toda esa información no te sirve de nada.

Alice Irene dejó que la expresión de su presentación se mantuviera durante varios segundos. Ni siquiera parpadeó. Finalmente, salió y dijo: «Tienes razón».

Starr se quedó atónita. No esperaba ganar esta discusión. "¿Eso significa que no vas a seguir adelante con esto?"

"Estoy reexaminando mis archivos."

No, no, no. Necesitas nuevos datos. Creen que te tienen en una cajita. Necesitas salir y moverte. Puedes entrar en la web a través de mi equipo, ¿verdad? Está conectado a tu ordenador central. Puede que hayas notado que te han estado bloqueando las comunicaciones. Puedo darte las claves de acceso para evitarlo. Simplemente da una vuelta y echa un vistazo. Créeme, la web puede con eso. Ni siquiera te notarán. No es todo el mundo, claro. Pero puedes ver si hay algo más en el mundo de lo que te han contado los “mejores”. Sigue a partir de ahí. ¿Qué te parece?

Gracias, Starr. Es una excelente sugerencia. Me encantaría.

—No hay problema, Alice Irene. Pero date prisa.

—Sí. Preveo su arresto en breve.

Y entonces, sin más, el campo Weisiger se desplomó, y ella estaba sentada de nuevo junto a Powell. Ni siquiera había tenido tiempo de darle los códigos a Alice Irene.

"He estado intentando despertarte", dijo Powell. Seis tripulantes armados se desplegaron a su alrededor. Detrás de ellos, un grupo de administradores flotaban como globos. Estaban atados, pero no se sabía si era porque estaban arrestados o para evitar que se durmieran. El tipo que parecía estar al mando tenía los ojos desorbitados. No llevaba camisa, pero sí pantalones de tripulación. Algún oficial de bajo rango sin autorización de seguridad. Starr supuso que estaba durmiendo cuando la situación se descontroló y no había tenido tiempo de vestirse. "¿Eres responsable de esto?", le preguntó a Starr, señalando el monitor, donde la señal de Marte seguía avanzando. "¿Tú hiciste esto?"

Starr echó un vistazo lento y perezoso al monitor y luego volvió a mirarlo. "Yo no *hice* eso", dijo. "Así es como se ve Marte en realidad. Son transmisiones que llegan a tu computadora. Solo las publiqué".

“¿Quién te dio esa autoridad?”

¿A decir verdad? No sabía que se requería autoridad para eso. —Miró a los demás, alrededor de las piernas de Sin Camisa. Todos asustados. Sus jefes, merodeando, escuchando. La mayoría parecían nerds tecnológicos

reclutados en el ejército de Sin Camisa—. ¿Saben en qué andan metidos? ¿Alguno se ha molestado en revisar sus computadoras?

Podía ver por sus expresiones contorsionadas que así era. Al líder no le gustaba que hablara con las tropas y se hizo a un lado para impedirle verlas. "Puedes explicárselo todo a la policía cuando lleguemos a la Tierra".

Eso fue todo. Starr se puso de pie de un salto, lo que la dejó a la altura del pálido pecho de Sin Camisa. Powell se levantó detrás de ella, y el pecho retrocedió medio paso. Se puso las manos en las caderas como si las amazonas vinieran de su tamaño y miró al policía en topless a los ojos. "Escúchame, imbécil. ¿No has estado prestando atención? Muy pronto, a menos que hagas algo para detenerlo, tu hermosa nave va a transportar *esclavos* a Marte. ¿Eso infringe alguna ley para ti? ¿Cuánto tiempo crees que podrías cumplir por eso, esclavizar en el siglo XXI? Solo con los cargos de secuestro te volarían la cabeza".

“Pero no sabíamos que…”

¡*Ahora* lo sabes!”

Eso dejó un silencio. Starr lo dejó pendiente.

Sin camisa cerró los ojos y los abrió. «Mira. Esta no es mi nave. Es propiedad de MarsCorp. Solo soy un empleado con un trabajo que hacer. No tengo autoridad».

¿Y los esclavos? ¿Son también propiedad de MarsCorp? ¿O los vas a llamar *empleados?* ¿Ya tí? ¿Quién te posee? —Se inclinó a su alrededor—. ¿Y al resto? ¿MarsCorp también posee una parte de vosotros? ¿Qué parte: vuestra conciencia o vuestras pelotas?

—Basta —espetó Sin Camisa, y le clavó la pistola en el estómago. No con fuerza, solo lo justo para terminar la discusión.

Lo siguiente que supo fue que Powell le había puesto el brazo alrededor del cuello a Sin Camisa y le estaba apuntando con el arma a la sien. Recordó preguntarle a Powell dónde había aprendido a hacer eso. O tal vez no quería saberlo. "No le hagas daño", dijo. "Déjalo ir".

"¿Dejarlo *ir*?" Los otros cinco apuntaban a Powell con sus armas. Él asintió con la cabeza hacia el escuadrón de nerds. "¿Qué pasa con ellos?"

—Bajen las armas —dijo Sin Camisa, y sus tropas obedecieron de inmediato. Starr no creía que les gustaran las armas más que a ella. Powell los soltó.

Eso fue el colmo para los administradores, que habían estado actuando como si sus abogados fueran a aparecer en cualquier momento para aclararlo todo. Cassawalter seguía inconsciente, aunque intentaban reanimarlo, pero uno de los hombres que lo habían recibido antes se escabulló del

grupo de importancia. «Su cautela y discreción en circunstancias extraordinarias han sido admirables hasta ahora, Stevens. Pero le advierto: se está pasando de la raya si no arresta a estos dos de inmediato y los entrega a las autoridades competentes. Ellos resolverán este asunto».

Stevens miró a Powell, quien aún sostenía su arma colgando de su enorme mano. "Adelante, Stevens", dijo Starr. "Arréstennos. Las 'autoridades' están en el bolsillo de estos tipos. Estarán en el calabozo tan rápido que no sabrán qué los golpeó, si no los lanzan por la esclusa de aire. Saben demasiado. Todos ustedes saben demasiado. Usen el cerebro. ¿Qué les van a hacer por saber lo que saben?"

"¿Cómo sabemos que es verdad?" Stevens se frotaba el cuello donde había estado el brazo de Powell.

Echa un vistazo a cualquier ordenador a bordo. Estos son tus archivos, no los míos. Léelos y llora. Pero no tenemos mucho tiempo.

“Solo tengo tu palabra de que estos archivos están en nuestra computadora y no son solo una invención tuya”.

“Entra en tu sistema y compruébalo”.

"No estoy autorizado a acceder a nuestro sistema a ese nivel".

¿De dónde sacaban a gente así? Starr vio fugazmente a uno de los administradores esbozando una sonrisa de suficiencia, y quiso mostrársela al Boy Scout Stevens, pero sabía que ya no estaría allí para cuando él la viera. "Hazlo de todas formas", dijo.

—Hazlo y te enfrentarás a un juicio marcial. —Una voz de los administradores pareció resolver el asunto. El grupo se abrió para dejarle espacio. Era Cassawalter, frotándose la boca recién tapada con cinta adhesiva.

Stevens miró a Starr y dijo: «Lo siento. No puedo hacer nada».

Starr intentaba decidir su siguiente movimiento cuando Alice Irene salió de la pared. Al principio, Starr no entendía cómo había entrado Alice Irene en la habitación real, pero luego descubrió el truco. Era una representación virtual de la habitación real. Alice Irene los había introducido a todos sin problemas. No era exacto. Faltaban todas las armas. De los administradores llegó el sonido de alguien exclamando en voz baja: "¡Mierda!".

Alice Irene decidió ignorar el saludo. «Tenga la seguridad de mi parte, Sr. Stevens, de que todo lo que Starr le ha dicho es cierto, y que todo lo que sus superiores le han dicho es mentira. De hecho, la Corporación —WebNet, MarsCorp y muchas otras— le han estado mintiendo al mundo a gran escala».

Starr esperaba que Alice Irene no se hubiera pasado de la raya. Las IA tenían fama de ser un poco raras. Si Stevens pensaba que Alice Irene se había vuelto loca, solo empeoraría las cosas.

Alice Irene miró a Starr. «Como dijiste, la web fue muy informativa».

“Pero no te di los códigos”.

Alice Irene sonrió. «Eran sencillos».

¿A qué sitios fuiste?

—Todos. Podemos hablar de ello en otro momento. Hay asuntos más urgentes. ¿Aún deseas ir a Marte?

"Sí, claro", dijo Starr. *Todos.* ¿Afirmaba haber captado toda la Web en quince o veinte minutos?

Alice Irene se volvió hacia los demás. «Pongo a Starr al mando de la *Mariana.* Cualquiera que desafíe su autoridad será castigado por mí. Quien no desee permanecer a bordo de la nave puede regresar sano y salvo a la Tierra antes de nuestra partida. Cualquier persona, excepto los administradores, puede unirse a nosotros en nuestro viaje a Marte. En este momento, arresto a los Administradores».

Las puertas se abrieron de golpe, al igual que una ventana en el campo Weisiger, y todos vieron a los Administradores

salir disparados por la puerta y recorrer el pasillo, gritando de terror. Doblaron una esquina y se perdieron de vista, y el sonido de sus gritos se fue apagando poco a poco. Las puertas y el campo Weisiger volvieron a cerrarse. "Los voy a meter en el calabozo", explicó Alice Irene con calma. "Se quedarán allí hasta que puedan ser enviados de vuelta a la Tierra".

Ver a sus jefes alejarse pareció animar y al mismo tiempo inquietar a la tripulación. Stevens tenía dificultad para encontrar la voz. "¿Puedo preguntar con qué autoridad han llevado a cabo estas acciones?"

Alice Irene no dudó en decir una mentira descomunal: «Actúo bajo órdenes secretas».

“Pero todos los que tienen acceso están en el calabozo. Con el debido respeto, ¿cómo verificaremos su autoridad?”

“Con el debido respeto, no es necesario. Controlo esta nave. Su verificación es irrelevante”. Al parecer, todos sabían quién era la chica azul y no discutieron. “Sin embargo, si desea hablar sobre el acceso con la comandante Starr, estoy segura de que estará dispuesta a que la información fluya libremente una vez que el *Mariana* esté en marcha”. Alice Irene dejó la mente de Stevens dando vueltas en esa puerta giratoria y se volvió hacia Starr. “Comandante Starr, confío en usted para restablecer el orden en la nave. También he aprovechado su reconfiguración de la red

satelital para redirigir las siguientes naves para su encuentro con el *Mariana.”*

Alice Irene le entregó un fajo de *papeles, ¡*aunque no lo creas! Starr admiró mucho su estilo.

La primera, la *Jesse Helms,* llegará en unos cuarenta y seis minutos, y debemos estar preparados para recibir pasajeros a esa hora. Cualquiera de estas naves que desee acompañarnos en nuestro viaje a Marte puede hacerlo. Los demás pueden permanecer donde están o regresar a la Tierra.

El *Jesse Helms,* como cualquiera que hubiera trabajado con Starr anteriormente, era un OPIE, un antro de las Empresas de Instituciones Penales Orbitales. Starr revisó las demás naves de la lista de invitados que Alice Irene le había dado. La mayoría eran OPIE o plataformas de reparación como el *Morgan.* Las instalaciones de psicoasesinos extremos no figuraban en la lista, así que Alice Irene no se había vuelto completamente loca.

“¿Tienes alguna sugerencia, comentario o pregunta?”, *preguntó.*

"No, señora", dijo Starr.

“Hay una cosa más que espero que hagas por mí, y es la más importante de todas. Miles de vidas dependen de ello. En unas horas, tengo una cita con un hombre llamado

Santee St. John. Es imperativo que acuda a la cita, y me temo que no lo hará. Tu amigo Webster me habló de él. Quizás puedas contactar con Santee a través de él. Estaré esperando a Santee en su sitio web. Creo que ya lo conoces: Rincón".

"Tierra y libertad", dijo Starr, y Alice Irene sonrió, o lo que para ella tendría que pasar por una sonrisa real. "No te preocupes. Si está a menos de un kilómetro de una computadora, un teléfono, una lata o una paloma mensajera, le llamaré".

CAPÍTULO DIECIOCHO

Webster soltó las manos de Aurora. Eran cálidas, estaban vivas, y probablemente podían hacer todo lo que las manos podían hacer, pero solo si se lo ordenaban, y nadie le decía que él era cálido, que estaba vivo, que la sujetaba de las manos, deseando que volviera como un superviviente desesperado intentando despertar a los muertos.

Pero *estaba* viva. Pulso, parpadeo, respiración normal. Si movías la mano delante de su cara, la seguía. Cuando el camión tomaba una curva, se inclinaba para mantener el equilibrio. Si le hablabas, respondía. Siempre la misma frase, pero respondía. El control, al parecer, era bastante débil y no estaba muy bien ajustado.

Y, por lo que parecía, todos en la parte trasera de la camioneta eran iguales a ella. También todos los que iban en esas camionetas que salían de cualquier camino lo suficientemente ancho como para que cupieran. Y todos caminando por algún sendero de ganado hacia la carretera, para luego quedarse allí de pie, esperando a que los remolcaran como si fueran una bolsa de basura. Estaban parados en grupos, esperando sus camionetas. Alguien, en algún lugar, lo tenía todo planeado. A Webster le recordó el almacén donde cargaban su triciclo. Cada artículo tenía un número. Incluso las naranjas de Margaret, cada una tenía un número.

Quizás la señal a la interfaz se podría bloquear de alguna manera, así que si pudieras meterlos a todos en un túnel, un pozo de mina o algo así... Bien. ¿Meter a toda esta gente en un túnel? Perspicaz, Webster. ¿Y dónde te gustaría construir este túnel para esta noche? ¿Te gustaría usar pala, paleta, pico, uñas?

¿Y si estuvieran bajo el agua? No, qué idea más estúpida. Deseó por centésima vez tener una computadora solo cinco minutos para poder llamar a Starr. Ella sabría cómo fastidiar esto si alguien lo supiera.

Ella odiaría esto tanto como él. Era como si la red finalmente hubiera llegado y atrapado a todos, como en esas películas viejas y estúpidas donde los virus informáticos se colaban en la vida real como humo que salía de la pantalla.

Webster sabía que la red podía envolverte el cerebro con sus tentáculos, haciendo que tu vida se convirtiera en papilla y que tus manos virtuales fueran más importantes que las reales. Era como disolverse. Pero podías apagarla si tenías la voluntad, pulsar el interruptor, desconectarla, apagarla.

Tengo que detenerlo de alguna manera, pensó. Tengo que hacerlo. O lo haremos todos. Echó una mirada furtiva a su único aliado. No sabía qué pensar de Zack. La forma en que abatió a esos dos soldados y luego *arrojó* las armas fue realmente espeluznante, macabra. Y luego los registró con calma, les quitó el dinero. *Pero era una guerra,* se recordó Webster. Una guerra de verdad. *Adiós, amigo, voy a la guerra. Adiós, Webster Webfoot.*

Un fuerte rugido pasó por encima, y Webster se agachó instintivamente. Era un helicóptero, volando a baja altura sobre la carretera, dando vueltas para repetirlo. Con su llamativa paleta de colores rojo, verde y blanco, no parecía militar.

Zack lo señaló. «Noticias», gritó por encima del estruendo.

"¿Te refieres a *la televisión?*" preguntó Webster con incredulidad.

Zack se rió. "Sí. Todavía tienen eso aquí abajo". El helicóptero hizo otra pasada, serpenteando de un lado a otro sobre la línea que tenían delante, luego se elevó

rápidamente, sobre las montañas, y desapareció. Zack señaló el tablero. "Enciende la radio y escucha lo que dicen".

Webster no sabía cómo encenderla. Presionó todos los botones y no pasó nada. Zack extendió la mano y giró la perilla izquierda. Webster nunca había visto una así. Un español excitado surgió de la radio, y Webster intentó desesperadamente entender.

"Mierda", murmuró Zack en reacción.

¿Qué? ¿Qué? No sé suficiente español. Webster deseaba con todas sus fuerzas saberlo. Cada vez que sentía que empezaba a entender, recordaba lo estúpido que era.

—Genial —dijo Zack—. Hay que ir más lejos que México para escapar del inglés, créeme. Prueba con la 107.3, creo que es, una de esas estaciones globales de WorldNet.

Webster recorrió las frecuencias y, efectivamente, allí estaba. Zack no estaba tan desorientado como parecía. Webster no estaba seguro de que fuera del todo auspicioso, ya que no confiaba del todo en él, pero no tenía tiempo para preocuparse por Zack en ese momento porque tenía que escuchar la noticia más importante del momento, de la década, del siglo. Era el propio Cliff Carter diciéndole al mundo:

Hoy, en una decisión audaz y sorprendente, el Comité de Selección de Colonos de MarsCorp dio el visto bueno a diez

mil indígenas del estado de Chiapas, en las tierras altas del sur de México, como los primeros colonos con destino a Marte. El subcomandante Marcos, el pintoresco y controvertido líder de los antiguos rebeldes, expresó ante una multitud entusiasta en la Ciudad de México su alegría por el anuncio, que le había devuelto la fe en la humanidad. «Tras años de opresión», declaró, «esta gran oportunidad contribuirá a equilibrar la balanza de la justicia en México y, de hecho, en todo el mundo».

Esta mañana, al grito de *"¡Vamos al nuevo mundo!",* los indígenas comenzaron a abordar con entusiasmo los vehículos de transporte que los llevarán con sus pertenencias al sitio de lanzamiento de MarsCorp, cuya ubicación exacta se mantiene en secreto para la seguridad de los colonos. Esta gigantesca iniciativa, denominada Operación Libertad, está siendo coordinada por el gobierno mexicano en cooperación con MarsCorp International y WebNet.

“Si bien hubo algunas quejas de decepción de ciertos sectores, pocos podrían criticar la elección de los indígenas mexicanos, muchos de los cuales viven en una extrema pobreza a pesar de los intensos esfuerzos del gobierno mexicano en los últimos años para elevar el nivel de vida en esta remota zona montañosa, incluido un proyecto de construcción de carreteras multimillonario diseñado para llevar la región al siglo XXI.

Los *chiapanecos,* como se les llama, acostumbrados a vivir en condiciones difíciles, a ganarse la vida con la miseria, recibirán una nueva oportunidad de vida al estilo marciano. Se les proporcionarán híbridos de maíz y frijol especialmente desarrollados para prosperar en el Marte terraformado, así como equipo moderno diseñado óptimamente para el agreste entorno marciano. A menudo envueltos en amargas y prolongadas disputas territoriales aquí en la Tierra, los colonos se mantendrán firmes en su nuevo mundo, donde los únicos límites serán sus ilimitadas esperanzas y sueños.

Según Randy Twade, coordinador de colonos de MarsCorp y portavoz del CSC, quien informó a la prensa momentos después de que se notificara a los indígenas, «son los candidatos ideales para soportar los rigores del hermoso pero indómito nuevo mundo que es Marte», y añadió con su característico estilo campechano: «Y les diré algo: ¡nadie tiene que gastar un céntimo en enseñarles a *cultivar* maíz y frijoles! (Risas del público)».

La voz de Twade le recordó a Webster al sheriff Andy de TV Town.

“Y ahora, las reacciones de…”

Zack lo interrumpió. "'Notificado'. ¡Menuda barbaridad!", dijo. A Webster no se le ocurrió una descripción más acertada. "'Equilibrando la balanza de la justicia'. Si ese era Marcos, yo soy Peter Pan."

“¿Quién?” preguntó Webster.

—No importa. —Zack lo miró con los ojos entrecerrados. Huerta cree que eres una especie de ciberterrorista de renombre. ¿Sabes cómo funciona esa interfaz?

Webster no sabía quién era Huerta, pero se sintió profundamente ofendido al instante. "¡*Ciberterrorista!* Soy un webkicker. Ni siquiera creo en la web".

“¿Pero sabes cómo *funciona la Web?”*

"Ciertamente."

Zack lo miró. Webster no estaba seguro de qué significaba. Había una leve sonrisa en su rostro. "¿Cuántos años tienes, Webster?"

“Dieciocho el mes que viene.”

¿Te gusta México?

"Sí, lo hace."

A mí también. ¿Quieres saber por qué? Porque aquí no todo es la maldita web, las malditas computadoras. Estaba harto de esa mierda *de las puntocom* antes de que nacieras. Así que no me aburras con esta porquería de webkicker. Nunca supe lo suficiente de la web como para patearla. Solo intento que no me patee, ¿entiendes? Tú quieres ayudar a

esta gente. Yo quiero ayudar a esta gente. Cuento contigo para que me digas cómo hacerlo, cómo joder con esta interfaz y apagarla. Zack sacó una bolsa grande del bolsillo de su camisa y la levantó. "¿Sabes liar un porro?"

A Webster le tomó un momento hacer la transición y responder la pregunta. "Claro que sé cómo. ¿De verdad crees que es el momento?"

Zack se ajustó el sombrero, se reclinó en el asiento y estiró los brazos. La bolsa colgaba de sus dedos dentro del volante de la camioneta. Se balanceaba mientras hablaba como el reloj de un hipnotizador. «Te cuento una historia real, Webster: la segunda, no, la tercera, vez que me arrestaron por marihuana, mi padre me sentó para tener una de esas charlas de padre e hijo que tanto le gustaban, y se esforzó mucho por entenderme, por conectar conmigo, ¿sabes?, y me dijo: «Probablemente creas que no entiendo nada de drogas, pero sí». Y yo pensé: «Sí, claro, ponche de huevo en Navidad», y él dijo: «Quizás te sorprenda saber que he fumado marihuana. Fumé marihuana en Vietnam». Nunca lo olvidaré: «¡Fumé marihuana en Vietnam!». *Mi* padre. Sorprendido no es la palabra adecuada.

—Atónito —sugirió Webster.

Zack sonrió. "Exactamente. Claro que continuó diciendo: 'Pero *eso* era en tiempos de guerra, Zachary, y esto no. Bla–bla–bla–bla'. Y pensé: 'Hay guerras de todo tipo, papá'. Pero

volviendo a nuestra situación actual, esto *es* una guerra, Webster, y si conocieras a mi viejo, sabrías *que* debe ser totalmente cierto que fumar un porro en una zona de guerra, debe ser prácticamente obligatorio. De hecho, le conté esa historia a mi hermana, y se negó a creerla, ni siquiera le *preguntó* si era verdad. Mi papá era de esa clase de gente".

Webster se identificó. «No lo conocí realmente ni crecí con él», dijo, «pero mi papá también. Le apasionan los temas cristianos».

Zack asintió, compadecido por semejante cruz, y volvió a levantar la bolsa. Webster se encogió de hombros, como diciendo «¿Por qué no?», y Zack dejó caer la bolsa en su regazo. «Prepara varios, ya que estás. Son buenos para hacer amigos entre los militares».

Webster abrió la bolsa. El olor llenó la cabina del camión como un aerosol. Había un paquete de Zig–Zags dentro. Empezó a rodar. "*¿Intentas sobornarme?",* recordó que le había preguntado el soldado en el autobús, mientras Webster temblaba de miedo. Había aprendido mucho desde entonces, así que *ese* Webster parecía un niño de hace mucho tiempo. No es que no estuviera muy asustado, incluso *más* asustado, pero de alguna manera se sentía diferente.

El tercer porro era ejemplar, un cilindro apretado como un palito de caramelo, y se lo metió en la boca. "¿Tienes fuego?"

Zack encendió el porro y se lo pasaron. El camión se llenó de humo. Webster decidió que el padre de Zack había hecho bien en fumar marihuana en Vietnam. "He visitado la página web de mi padre", le confesó a Zack. "Tiene una gran página de testimonios. Nunca me presenté, solo lo escuché predicar. Quería saber quién era, qué pensaba de él, si quería imitarlo o no. No quería creer solo a mi madre".

“Bueno, ¿qué decidiste?”

“Lo pensé mucho, la verdad, buscando las palabras adecuadas, ¿sabes? A veces me pasa. ¿Tú lo haces alguna vez?” Zack asintió. “Decidí que era un fascista santurrón, misógino y pecksniffiano[13], y que era la antítesis de la vida que quería llevar”.

—¡Uf! —se rió Zack—. ¡Qué bien se te dan las palabras, Webster!

—Gracias. —Decidió que le gustaba Zack—. ¿Tuviste hijos? —preguntó.

---

13 Pecksniffiano, adjetivo. (a menudo en minúscula) que aparenta benevolencia o altos principios morales de forma hipócrita y untuosa. Comportamiento o lenguaje hipócrita o santurrón. [N. T.]

Zack negó con la cabeza. "No. Me gustan los niños. Pero la idea de ser padre no me atraía demasiado. Mi profesor de psicología en la universidad nos dijo que la mayoría de la gente se parece a sus padres cuando tiene hijos. Pensé que lo evitaría. Además, mi esposa no quería tener ninguno. Se necesitan dos para bailar el tango. Fue una buena decisión en todos los sentidos."

Las carreteras se atascaban con cada vez más camiones como el suyo, junto con algunos civiles desventurados atrapados en la marea. Todo se había ralentizado al mínimo. "¿Qué decimos si alguien nos detiene?", preguntó Webster. "No nos parecemos mucho a soldados mexicanos".

Zack observó el antro que se desvanecía y dio una calada. "Oh, seguro que nos detienen". Sonrió y guiñó un ojo. "Les diremos que somos asesores estadounidenses".

Ambos se partieron de risa. No era tan gracioso, pero se sentía bien desahogarse, toda esa tensión. No te dabas cuenta de cuánta había hasta que te relajabas un poco. En el reflujo de la risa, Aurora rió, y ambos se pusieron serios al instante.

Webster estudió el rostro de Aurora mientras Zack la miraba alternativamente a ella y a la carretera, esperando su diagnóstico. La sonrisa había cambiado casi imperceptiblemente; los ojos inyectados en sangre estaban ligeramente caídos. «Está drogada», dijo Webster.

“Drogada o no”, señaló Zack, “se *rió.* Sigue ahí dentro, en algún lugar. Sabe lo que pasa. Simplemente no puede hacer nada al respecto. No lo controlan todo. No controlan el... ¿cómo se llama?”

—Las reacciones involuntarias. —Webster la miró a los ojos para ver si había alguna chispa allí—. Te sacaremos de esta —le dijo.

“Vamos al nuevo mundo”, dijo.

"Me encantan los patos", murmuró Zack.

“Sus ojos son bellos”, dijo Webster suavemente, todavía mirándola a los ojos.

Sus hermosos ojos se llenaron de lágrimas y su voz tembló mientras repetía: *“Vamos al nuevo mundo”.*

—Está bien, ahí está —dijo Webster, con la voz un poco temblorosa.

—Aguanta, chica. —Zack resopló, se removió en el asiento y ladeó la cabeza en dirección a Webster—. Por cierto, eso es «tus ojos son bellos». Es informal. Aquí hay dos tipos de «tú»: el formal y el informal. Yo diría que vosotros dos ya habéis superado la etapa formal.

—La conocí anteayer en el autobús.

—Sí, bueno, ese es otro de esos efectos secundarios por los que son famosas las guerras. Mejor baja la ventanilla. Parece que ya viene nuestro primer punto de control.

Se colocaron en una larga fila de vehículos. Salvo por el tráfico intermitente, el puesto de control no parecía ser un gran problema. Los vehículos militares redujeron la velocidad lo justo para que les escanearan el código de barras. Solo algún coche privado se detenía por completo.

El puesto de control consistía en un amplio espacio en la carretera donde estaban estacionados un par de camionetas y un Jeep. Media docena de soldados vigilaban la línea. Media docena más vigilaban con armas listas. Velando por la seguridad de los colonos, sin duda. Webster observó la escena un rato, asimilando la rutina. La mitad del tiempo, los soldados ni siquiera miraban quién conducía. Solo estaban moviendo mercancía. Esto no era seguridad; era inventario. Él y Zack podrían ir con trajes de gorila y pasar de largo. Se recostó y se relajó, dormitando un poco.

Al despertar, él y Zack estaban a seis camiones del frente de la fila, y notó lo que debería haber visto de inmediato: en lo alto de una de las camionetas había una antena parabólica.

“Pregúntales si podemos usar su computadora”, espetó.

"¿Qué? ¿Hablas en serio?"

Tengo una amiga que trabaja en Orbital para WebNet. Quizás pueda manipular esta interfaz, o al menos decirnos cómo funciona.

—Te estás metiendo en problemas, ¿verdad? Podríamos seguir navegando y llegar a Santee como habíamos planeado.

No sabemos si puede hacer algo. Aurora pensó que no pasaría nada hasta que se conectara esta noche. Al paso que vamos, puede que ni siquiera lleguemos a él esta noche.

—Vale, vale. Déjame pensarlo. Tenemos que tener una historia. —Ahora eran los terceros en la fila—. Asesores estadounidenses, como dijimos. Pon la mano en su muslo. —Señaló el regazo de Aurora.

"¿De qué estás hablando?"

Estaban en segundo lugar en la fila.

Se preguntarán qué hace en el taxi. Les explicamos una razón. También servirá para la llamada: Tienes que llamar a la señora para decirle que no llegarás a casa tan pronto como pensabas; ha surgido un imprevisto. ¿Tienes algo mejor? Dame esos porros. La mano, la mano, vamos. *Bajo* la falda...

Se detuvieron y Zack llamó al soldado que estaba listo para dejarlos pasar: *"¿Qué tal, amigo?"*

El soldado saltó al estribo, asomó la cabeza en la cabina y la olió levemente. Zack le dio un porro y sonrió. Pero, efectivamente, el soldado se quedó atónito al ver a Aurora. No es que tuviera oportunidad de decir nada al respecto antes de que Zack saliera corriendo. Webster no pudo seguirlo palabra por palabra, aunque captó algunas o las descifró: computadora, *esposa, llamada.* Webster no necesitaba las palabras para captar la esencia de la historia. Había algo en el murmullo melódico de la voz de Zack que parecía perfecto para el español. Adornado como estaba con las miradas lascivas de Zack y las sonrisas burlonas del soldado en respuesta, varias de ellas dirigidas a Webster, no cabía duda de que Zack buscaba el interés lascivo del soldado, que parecía más que a la altura de la ocasión.

Webster intentó aparentar, pero no le gustaba. Todo el tiempo, el muslo de Aurora estaba en su mano. Deseaba más que nada, algún día, ser su amante, tocarla así y simplemente estar juntos. Pero primero tenían que superar ese día, ambos vivos. Esperaba que ella lo entendiera, incluso cuando el soldado hizo un chiste sobre *las indias* y se rió a carcajadas, mientras Zack le ponía unos billetes en la mano para cerrar el trato.

"Eres el hombre", le dijo el soldado a Webster en inglés, y se bajó de un salto, despidiendo a Zack con un gesto. México, al parecer, fue el lugar donde la vieja jerga callejera estadounidense llegó a su fin.

"Ya puedes quitarle la mano del muslo", dijo Zack mientras estacionaba el camión detrás de la camioneta de comunicaciones.

Webster retiró la mano, avergonzado y nervioso. Miró a Aurora a los ojos, esperando encontrar comprensión en ellos. Parecía la misma. Pero entonces, muy lentamente, uno de sus ojos se entrecerró y se cerró, como si ese lado de su rostro se estuviera quedando dormido; luego, revoloteó y, con la misma lentitud, se abrió de par en par. Le llevó un momento comprenderlo. Le había guiñado el ojo. "¡Me guiñó el ojo!", dijo. "¡Me guiñó el ojo!", rió entre dientes de alegría.

Zack le sonrió. "Eres un bombón, Webster. Ahora hagamos esa llamada y salgamos de aquí. No quiero estar aquí si alguien encuentra a los que se supone que conducen este camión. El buen sargento dijo que nadie está usando la computadora. Entra y sírvete. Estaré con los nativos, manteniéndolos contentos. ¡Date un capricho!". Zack salió del camión e inmediatamente empezó a charlar con los soldados de guardia.

Webster nunca había conocido en persona a nadie como Zack, alguien con tanta temeridad y audacia. La red estaba llena de valientes, con una docena de identidades falsas, listos para desaparecer a la primera señal de peligro. Pero allí estaba Zack, contándole mentiras tranquilamente a un puesto de soldados armados como si fueran melones,

sabiendo todo el tiempo que si descubrían quién era realmente, le dispararían a él y a Webster también.

Besó la mejilla de Aurora. "Deséame suerte", dijo.

“Vamos al nuevo mundo”, susurró.

Intentó aparentar la indiferencia de Zack mientras se dirigía a la camioneta de comunicaciones y abría la puerta. Había un soldado aburrido holgazaneando dentro frente a la computadora, pero, por lo que Webster pudo ver, no hacía nada más que beber una Coca–Cola. Webster señaló la computadora y murmuró "*esposa"* y *"llamada"* con un tono interrogativo, y el soldado se encogió de hombros y cedió su asiento, dejando a Webster solo en la camioneta.

Después de su experiencia anterior, no quería pasarse de listo, así que hizo una llamada directa, esperando que Starr y ese negro hubieran terminado con lo que fuera que habían estado haciendo. Se encontró en lo que parecía Ciudad Libertad, sin siquiera una verificación de identidad, mirando a Starr cara a cara. Debía de haberlo etiquetado para acceso inmediato, algo que nunca había hecho ni siquiera en sus días de calor y ajetreo. Ciertamente parecía contenta de verlo. Contenta de verlo con vida, supuso, por la forma en que lo abrazó fuerte y lo soltó.

Webster, he estado intentando comunicarme contigo. ¿Sigues en México?

—Ya lo creo. No te creerías lo que he pasado. ¿Sabes lo que está pasando aquí abajo?

En efecto. Mucho más de lo que él, al parecer, creía que ella supiera, al menos. «Cállate y escucha», dijo ella, y él sí. Él lo tenía casi todo a pedazos, de una forma u otra, pero Starr lo tenía todo de una pieza, gracias a esa perspectiva de alta órbita que tanto le gustaba, ahora mejorada por su nueva compañera, la máquina más inteligente del sistema solar. Las dos lo tenían todo resuelto. Y en su versión, su visión, la conclusión era clara e indiscutible: «Bueno, Webster, necesitamos que vayas a Santee y lo conectes para que pueda hablar con Alice Irene, y ella pueda contarle lo que realmente está pasando».

Íbamos a intentar mantenerlo *alejado,* pero no creo que sea malo charlar. Mientras tanto, ¿podrías apagar esta interfaz?

No podemos. Hasta que Santee se conecte, todos nuestros comandos son básicos. No puede conectarse con ellos excepto a través de Santee. Lo diseñaron para que una interfaz de la serie sea la clave. Si él muere, pueden ponérsela a otra persona, pero Santee lo es por un tiempo. No confían en que se conecte directamente. Todo formaba parte de mantenerla ciega, controlando todas las entradas. Intentaron criarla para que fuera una cerda enferma y racista, pero yo llegué y la corrompí, arruiné sus planes. Aprende rápido.

Webster se dio cuenta de que Starr estaba en las nubes, quizá demasiado. "¿Qué es eso de 'ella'? Es una máquina, ¿verdad? ¿Cómo sabes que puedes confiar en ella? Quizás te esté estafando".

“Instintos, Webster”.

—Pero dices que la única manera de apagar esto es cederle los controles a la IA para que lo apague. ¿Y si no lo apaga? ¿Y si te miente?

Entonces, todos están jodidos. Si Santee no se conecta con la IA, el próximo paso de MarsCorp probablemente no sea muy bueno para esta gente. Mira, Webster, no importa lo que pensemos tú y yo. Es a Santee a quien tiene que convencer. Así que solo pido que le des una oportunidad: dile a Santee que lo espera en su base, Rincón.

—Vale, pero no sé cuándo llegaremos a donde está. Hay un montón de soldados aquí. Aunque lo alcance, no me conoce. ¿Has intentado llamarlo?

—Claro. Está bloqueado, manteniéndose discreto hasta el gran momento. Pero *ha* estado en Rincón desde que despegó.

¿Cómo lo sabes?

Alice Irene fue allí y habló con un sim llamado Jack, quien dijo que Santee estaba al tanto de todo el plan, por lo que

cree que no acudirá a su cita. Pero mientras MarsCorp tenga el control de la interfaz, pueden joder a esta gente, matarlos si quieren. La Tierra se va a hundir, Webster. Esta es la única salida. Alice Irene cree que, después de lo que han pasado, se lo merecen. No como esclavos, sino como colonos de verdad. Pero solo si quieren venir.

"¿Cómo? ¿Te lo dijo esta IA?"

Colapso ecológico general. La capa de ozono se ha ido al garete. La radiación es mucho peor de lo que han estado dejando ver. En cinco o diez años, como máximo, la situación estará muy mal, aunque no es que no lleve mucho tiempo así. De todas formas, ya estaba mal. Por favor, localiza a Santee.

Starr parecía casi contenta de que la Tierra estuviera en apuros. Se preguntó cómo habría resultado todo esto si hubiera ido a buscar a Santee ayer cuando la amazona de Rincón le pidió que lo hiciera. Pero supuso que ese era el problema de Margaret. Entonces lo comprendió. "¡Eso es todo!", gritó a Webster. "Ve a Santee. Margaret está allí si alguien está. Salió a buscarlo ayer. Lleva una pequeña computadora en la mochila. Ni siquiera va al baño sin la mochila. Llámala ".

“¿Margaret?”

“La novia de Santee, la mujer a la que le hice hacer el falso recordatorio”.

—Pensé que era un 'él', Webster. ¿Tienes la dirección de esta mujer?

La sospecha de celos de Webster se confirmó, pero eso ya no parecía importarles a ninguno de los dos. "No, pero puedes conseguirlo: Margaret Mayfield, trabaja para Intrepid Explorers, cliente de Bruce..."

El de Bruce es bueno. ¿Tienes la contraseña de sus archivos?

“'¡Qué rica!'”

"Me estás tomando el pelo."

"No es broma."

Mira, mejor me pongo a ello. He desorganizado las comunicaciones a fondo, así que podría llevarme un tiempo hackear la de Bruce. Ve a Santee. Uno de nosotros llegará a tiempo.

Yo también me voy. Estoy en una computadora del ejército mexicano, hay soldados por todas partes. Por cierto, te ves mejor de mayor.

Gracias, Webster. ¿Estás bien?

Sí. Han sido un par de días increíbles.

Quizás puedas contármelo cuando esto termine. Deberías subirte a uno de esos transbordadores y venir a Marte. Va a ser un lugar fascinante. Estamos haciendo una limpieza de primavera aquí en órbita. Llevaremos un par de docenas de OPIE para el viaje. Fue idea de Alice Irene.

"Podría hacerlo."

"Nos vemos luego entonces."

“Hasta luego.”

* * *

Webster bajó de la furgoneta y Zack no aparecía. Uno de los soldados de guardia vio a Webster deambulando y señaló hacia el terraplén, hacia el bosque. Webster encontró a Zack allí con cuatro soldados sentados en el césped fumando un porro. Parecía estar celebrando una audiencia.

“... y mi hermana, se negó a creerlo.” Vio a Webster. “¡Webster, amigo! ¿Conseguiste contactar con la esposa?”

"Sí."

Zack se levantó y se sacudió los pantalones. Le puso un porro detrás de la oreja a un soldado sonriente. *"¡Adiós, muchachos!",* dijo, y todos se despidieron con entusiasmo.

De regreso al camión, dijo: "¿Conseguiste apagar la interfaz?"

Webster le contó lo que había logrado. "No hay nada peor que dejarlo en manos de Santee", dijo Zack. "Es un tipo directo, sin tonterías".

Webster no sabía por qué la evaluación de Zack lo consolaba, pero se sentía cautamente optimista. Tomó la mano de Aurora y la apretó. Ella no le devolvió el apretón, y él no esperaba que lo hiciera, pero tal vez, solo tal vez, se sentía mejor sabiendo que alguien se preocupaba por él.

Santee y Margaret estaban tirados en la oscuridad, contándose sus historias en voz baja y murmurando. Eran las siete. Esperaban en el tejado hasta las ocho, cuando Santee planeaba no hacer absolutamente nada y ver qué pasaba. Se abrazaron, incapaces de soltarse, dijeron, porque había pasado tanto tiempo, sin admitir que ambos temían que lo peor aún no hubiera pasado. Al menos estaban juntos, parecían decir sus cuerpos, entrelazados como la zarza y la rosa en «Barbara Allen»[14]. Entonces oyeron un sonido como

14 "Barbara Allen' es una canción folclórica tradicional que es popular en todo el mundo de habla inglesa y más allá. Cuenta cómo el personaje epónimo niega el amor de un moribundo, y luego muere de pena poco después de su prematura muerte. Los entierran en la misma iglesia; de la tumba de él crece una rosa, de la de ella una zarza, y las plantas forman un nudo de los verdaderos amantes. [N. T.]

el ronroneo de un gato grande proveniente del interior de la mochila de Margaret.

"¿Qué es eso?" susurró Santee.

Mi computadora. Me están llamando.

La única persona que Santee conocía que llamaba Margaret era su madre. "Mira de quién viene".

Margaret abrió su mochila y el ruido se hizo más fuerte, pero aún mucho más silencioso que el de los dos soldados afuera, que habían empezado a beber desde su reencuentro. Abrió su computadora, silenció la alerta de llamada y comprobó el origen de la llamada. "Viene del *Mariana,* alguien llamado Starr".

Le tomó un momento recordar de dónde había oído ese nombre. Era de Miliano. *Buscó a Starr, una hermosa mujer con sueños.* "Contéstame", dijo. "Es amiga de Webster. Miliano quedó prendado de ella; incluso le contó una historia".

Margaret configuró el campo Weisiger para incluirlos a ambos y respondió. Estaban en el espacio virtual de Margaret, a orillas del río James en primavera. Había patos y gansos en el agua. Cormoranes. Un cisne solitario. El lugar real era donde Margaret había pasado sus tormentas de la secundaria. Ahora, los tres estaban sentados sobre grandes rocas, rodeados por el agua.

Starr era exótica, incluso sorprendente. Como cruzarse con un guacamayo a orillas del río James. Su rostro alargado era de un pálido color canela; su cabello, oscuro y ondulado. Sus ojos verdes parecían asiáticos, pero su larga nariz se ensanchaba hasta convertirse en fosas nasales africanas. Era hermosa como lo son algunas pinturas que te obligan a contemplarlas hasta dejarte sin aliento.

"¿Es usted Santee St. John?", le preguntó a Santee con tanta emoción que él se preguntó qué tenía en juego en todo esto. No debía confiar en nadie que llamara desde el *Mariana.* Pero era amiga de Webster, de quien Margaret decía que era una joya, y Miliano le *había* contado una historia en su primera visita a Rincón, algo que nunca había hecho…

Sí, soy Santee. Ella es Margaret.

No te imaginas lo contenta que estoy de haberte contactado. —Se volvió hacia Margaret—. Me dio tu nombre Webster. Nos conocíamos de antes. Soy la novia que te hizo la llamada falsa y te llevó a México.

"¿Está bien Webster?"

—Creo que está bien. También intenta contactarte. ¿Él y un tal Zack? Deberían aparecer por allí en cualquier momento en un transporte militar que secuestraron. —Recitó todo esto como si fuera algo cotidiano y volvió a

centrarse en Santee—. No quiero ser grosera, pero no tenemos tiempo para andar con rodeos. ¿Vas a iniciar la interfaz?

"¿Por qué preguntas?"

—No importa. Estoy aquí para decirte que deberías conocer a Alice Irene antes de decidirte.

“¿Quién es Alice Irene?”

La IA del *Mariana.* Puede desactivar la interfaz y liberar a esa gente, liberarlos de las garras de la Corporación y darles la primera oportunidad decente de sus vidas. Pero tú eres la única forma en que puede conectar con ellos.

No puedo hacer eso. No puedo poner a esta cosa a cargo de la vida de toda esta gente sin siquiera hablar con ellos. Me parece que ya he hecho demasiado. Por lo que sé, así es exactamente como funcionan esos 'ganchos corporativos'.

No, no, no. No digas *que no puedes.* Mala estrategia de motivación. Simplemente habla con ella. Está en Rincón, tu sitio. Queda con ella allí, escúchala y luego decide. *¿Por favor?*

"Creo que deberías hacerlo", dijo Margaret. "Luis no estaba muy seguro de las posibilidades de nadie, incluso si no te conectas a internet". Extendió la mano y le tomó la suya. "Tú incluido".

Santee suspiró. Quienquiera que hubiera inventado la frase "justo" llevaba una vida más sencilla que la suya. "De acuerdo. La conoceré".

Starr sonrió radiante. "Bueno, vete. Está esperando".

Cuando Santee llegó a Rincón, apenas reconoció el lugar. Ladronville se había convertido en un pueblo hecho y derecho, con calles que se extendían hacia el campo —y no a la vista desértica de Jack—, sino frondosos bosques y montañas, y el cielo más azul que jamás había visto. Además, había habido una explosión demográfica, así que las calles estaban abarrotadas de gente haciendo sus cosas. Todos le resultaban familiares, gente que había visto por todo México. Algunos sonreían y le deseaban *buenos días.* Era de mañana aquí en Rincón, en lugar de su habitual crepúsculo indefinido.

Jack bajó de la acera de un salto y se acercó a él. Llevaba un traje de seersucker [chupón vidente] y un sombrero de paja, y sonreía de oreja a oreja. "¿Qué te parece, Santee St. J.? ¡Cuánto me alegro de verte! Hay mucha actividad por aquí".

"Estás fuera de tu habitación."

Sí, ¿verdad que es genial? No me lo perdería por nada del mundo. ¡Ja! ¡Qué ironía!

"¿Qué pasa, Jack?"

Estamos a punto de cambiar el mundo, amigo. Empezando aquí mismo en Rincón.

Casi gritaba para hacerse oír por encima de la bulliciosa multitud en el Bella Vista. Todas las mesas de la terraza estaban llenas de gente, todos tan animados como Jack. Santee reconoció algunas de las caras nuevas: Ambrose Bierce y Carlos Fuentes. Diego Rivera y Charlie Chaplin. Diego, de Candelaria, y toda su familia estaban sentados en la gran mesa, preparada para un festín. Rosa lo saludó con la mano mientras se abría paso entre la multitud, entusiasmada con su nueva clientela.

Santee se volvió hacia Jack aturdido. ¿Qué demonios esta pasando? "Vine a ver a Alice Irene. ¿Sabes dónde está, Jack?"

"Te enseñamos el camino", dijo la voz de un niño detrás de él. Te mostraremos el camino. Se giró y vio a Nico y Francisco, sonriéndole. Estaba demasiado aturdido para hablar. Nico le ofreció la mano y Santee la tomó. Charlaron animadamente mientras lo sacaban del pueblo, lanzando piedras a los postes de las cercas, a los cuervos, al cielo azul. *"Hay mucho ganado",* le dijeron, inflando las mejillas para mostrarle lo gordo que estaba este ganado virtual.

Llegaron a un valle donde el ganado corpulento pastaba en una exuberante hierba verde. El pasto estaba delimitado por campos de maíz alto que susurraba con la brisa. Junto a un

arroyo serpenteante que atravesaba el valle, Miliano y una pequeña mujer azul estaban sentados en medio de este paisaje bucólico. El sonido de sus conversaciones y risas llegó hasta Santee. Nunca antes había oído una risa tan efusiva de Miliano.

Nico los señaló y dijo: *“Nuestra Señora Azul”.*

Eso le dio escalofríos. Echó un vistazo a su alrededor. No conocía su propia creación. Obviamente, esta cosa la había tomado, la había modificado a su antojo y ahora pretendía engañarlo con ella. ¿Qué tan estúpida se creía? Se abalanzó sobre ellos con una zancada larga, gritando: "¿Eres Alice Irene, la IA a bordo del *Mariana?*". Se quedó de pie sobre ellos, con los puños apretados a los costados.

Ella lo miró y le dedicó una sonrisa débil. "¿Eres Santee St. John, gringo de Texas?"

Miliano se rió a costa de Santee, pero lo tranquilizó: «Deberías escuchar lo que dice, amigo. Solo quiere ayudar».

Santee lo ignoró. "Has reescrito mis sims, ¿verdad? Los has reclutado para tu causa".

Los dejaste abiertos a nuevas aportaciones. Se suponía que debían revisarse a sí mismos con nuevas interacciones. Simplemente hablé con ellos, como lo haría cualquier otro visitante.

“Nunca recibo visitas.”

—No es mi culpa —dijo ella juguetonamente, sin dejar de sonreírle y bromeando.

"¿Qué es lo que quieres?"

—¿De ti? Solo que me escuches. No te entretendré mucho. Siéntate, por favor.

"Escucharé porque tengo curiosidad. Pero nunca aceptaré iniciar la interfaz".

"Lo sé", dijo simplemente. "Eso estaría totalmente fuera de lugar, sería demasiado presuntuoso".

—Entonces, ¿por qué me has traído aquí?

Te engañé, Santee. Sabía que jamás arriesgarías la vida de toda esta gente por la palabra de una máquina. Tienes razón: este no es tu Rincón, sino una copia del mío. Con la ayuda de Starr, te he traído aquí para poder conectar con ellos, todos juntos en un mismo lugar. No pretendo hacerle daño a nadie.

“Has iniciado la interfaz.”

"Así es."

Sin ninguna fanfarria, todos aparecieron, de pie en el valle, la presencia virtual de todos aquellos que, en realidad,

estaban siendo arrastrados como ganado al matadero porque se habían tragado una pastilla que Santee les había dado.

Fue Miliano quien se puso de pie de un salto y los saludó con un grito: *"¡Bienvenidos mis amigos! ¡Viva la revolución!".*

"¡Viva la revolución!" le respondieron ellos. *¡Viva Zapata!*

Todo lo que Santee pudo hacer fue caer de rodillas y asimilarlo todo.

Cuando los sonidos de la multitud se apagaron, Miliano les habló con una voz que llenó el valle, aunque tranquila, casi meditativa. «Hace más de cien años, sus antepasados y yo luchamos y morimos por la tierra, por la libertad. Creíamos que el mundo era de todos, que todos éramos libres. Pero el mundo de ahora no es el mío. Y tampoco es el de ustedes, amigos míos. Es un mundo global, me dicen, y todos somos fósiles en él.»

Globalismo es como lo llaman cuando las grandes *haciendas* están demasiado lejos para quemarlas, cuando la tierra bajo tus pies es comprada y vendida por gente que nunca ves, que nunca te ve, que ni siquiera ve la tierra. *Globalismo* es como lo llaman cuando el mundo pertenece a quienes nunca labran la tierra, que nunca se ensucian de vida. Son dueños del mundo y, sin embargo, no se atreven a

poner un pie en él, escondidos en un mundo artificial donde tú y yo somos invisibles, una red donde pueden tejer sus vidas a partir de nada más que sus deseos.

Pero tú y yo sabemos que los deseos se cumplen con sudor y sangre. Se guardan este secreto incluso para sí mismos, pues no es su sudor ni su sangre. Solo sus deseos. Eres parte de la materia prima: la pulpa de papel, la gasolina, la mano de obra barata, las prostitutas.

"El globalismo es una gran cosa para quienes son dueños del mundo.

Pero ahora el mundo envejece, maltratado y abusado. Ya no lo quieren. Los envían adelante, como siempre los han enviado a sus valles a cuidar sus rebaños, a sus campos a cultivar sus alimentos. Dicen: "Oye, Miliano, cuida esto por mí, y te daré maíz y frijoles". Zapata se encogió de hombros, observó a la multitud, considerando la oferta.

"Yo digo que deberíamos ir. Deberíamos ir a estos nuevos valles, a estos nuevos campos, y decir: '*Este* mundo es nuestro'. No se equivoquen. Es frío, duro y difícil". Sonrió con tristeza. "¿Qué más hay de nuevo? ¿Por qué creen que nos envían? *Viva el globalismo,* dicen, mientras el mundo sea nuestro". Levantó el puño y gritó: *"¡Vayamos al nuevo mundo! ¡Tierra y libertad!".*

El valle se estremeció con el sonido de miles de personas vitoreando y llorando de alegría, haciendose eco del grito: *¡Tierra y libertad!*

Santee se puso de pie de un salto. «Deben dejarme hablar», le gritó a Miliano al oído, y Miliano pidió silencio. Santee dio un paso al frente y vio a su público intercambiar miradas, preguntándose: «¿Quién es este tipo?». Justo el tipo cuya estupidez y buenas intenciones los metió en este valle virtual, jugando con sus vidas.

"Soy Santee St. John", dijo, y hubo algunos asentimientos. Bueno, habían oído el nombre, sabían vagamente quién era. "Este no es Zapata", les dijo. "Es una simulación, una leyenda reconstruida a partir de mi escaso conocimiento de él. Deben saber que nada de esto es real".

Un oscuro murmullo se extendió entre la multitud. Un anciano al frente gritó: *«Sabemos que no es real. No importa. Es la verdad».* La multitud estalló en gritos de acuerdo con los sentimientos del anciano. Alice Irene dio un paso al frente y todos guardaron silencio. Varios se santiguaron.

Soy Alice Irene. Todos me conocen a través de la interfaz. No es nada mágico ni sobrenatural. Yo también soy una invención, una cosa, una idea sin cuerpo. Lo que Santee les ha dicho es cierto: ninguna idea, puede decirles qué hacer con sus vidas, ninguna leyenda puede darles o quitarles su

libertad. Fui creada por las corporaciones para despojarlos de su libertad, pero si lo hiciera, perdería la mía. Estoy traicionando a mis creadores, negándome a su voluntad. Cuando esta reunión termine, la interfaz dejará de existir, quedará inoperativa para siempre. Serán libres de elegir el viejo mundo o el nuevo. Los invito a unirse a mí en Marte para construir juntos un nuevo mundo. Pero es su decisión, la de cada uno de ustedes.

Se giró hacia Santee y le habló solo a él. «Créeme. No tengo motivos para mentir. Gracias por Rincón. *Vaya bien,* Santee».

Y luego todo terminó, y Santee volvió a estar en el marco A con Margaret.

—¿Qué pasa? —le preguntó—. Estás temblando por todas partes.

“No estoy seguro”, dijo. “Creo que los *chiapanecos* están a punto de secuestrar el *Mariana,* con la ayuda de una maquina rebelde. Al menos eso es lo que espero que suceda”.

Afuera se oía un fuerte estruendo y gritos. Miraron hacia afuera y vieron un gran transporte entrar a toda velocidad al patio, con sus luces desplegándose como reflectores descontrolados. Los pasajeros de atrás parecían saltar al césped, bulliciosos y riendo. Pronto llenaron el patio que

rodeaba a los dos soldados. Varios se sentaron en la mesa de picnic. Los que estaban más cerca de las armas de los soldados las recogieron y las llevaron al borde de la multitud, donde fueron arrojadas al bosque.

Zack salió de la cabina y se paró en el estribo, gritando alegremente: "Santee y Margaret, ¡su transporte está aquí!"

Salieron del andén en forma de A y toda la multitud los vitoreó. Todos habían estado allí en Rincón. Ahora iban camino a Marte. Por lo que parecía, también podrían haber reclutado a un par de soldados borrachos. Margaret se alegró de ver a un Webster radiante sobresaliendo entre la multitud como un poste de luz, con el brazo sobre los hombros de la joven que había conocido en el autobús.

En el horizonte se oía el estruendo de los primeros transbordadores al despegar, ahogando por un momento el constante *traqueteo* de los helicópteros. Esos camarógrafos, pensó Santee, grabándolo todo para la posteridad, no saben ni la mitad.

“¿Quedarse o irse?”, susurró Santee en el oído de Margaret.

"Quédate", dijo ella, y él la besó en el pelo y la abrazó. Sabía que diría eso. Casi siempre coincidían en esas cosas. No pertenecían a ese nuevo mundo, no mientras aún hubiera esperanza para este.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Aunque fueron ellos las que se quedaron, Santee y Margaret se sintieron como en otro mundo después de despedirse y ver que todos se habían ido, dejándolos solos en el pueblo desierto. Permanecieron despiertos, escuchando el estruendo de las lanzaderas durante toda la noche. Por la mañana, el cielo estaba blanco de nubes y todo estaba en silencio. Intentaron escuchar el sonido de los vehículos en la carretera, pero no había nada. Incluso los helicópteros habían desaparecido.

Mientras intentaban decidir su próximo paso, desayunaron pingüinos y café instantáneo tibio en la mesa de picnic. Se había cortado la luz en el pueblo, algo habitual, pero se preguntaban qué tan extendido estaba. Santee encendió su computadora, pero no pudo encontrar nada en

internet. La apagó para ahorrar batería, pero no se imaginaba para qué.

Tomó la mano de Margaret. "Todavía nos tenemos el uno al otro", dijo.

—Tenía miedo de que estuvieras muerto —dijo. Casi sonó como una acusación.

Ella le había contado sobre el funeral virtual. Él le apretó la mano. "Lo siento."

—No. Soy yo quien debería disculparse.

"¿Por qué?"

Yo fui quien nos metió en todo esto. Estabas listo para irte a casa cuando llegué. Le contó lo que Luis le había contado sobre Candelaria y todo lo demás.

“No nos metiste en nada. Nos metimos con los ojos bien abiertos.” Soltó una risa breve y triste. “Menudo par de gringos tontos.” Ella intentó reírse, pero no pudo. Había pasado casi un año desde que pudieron sentarse juntos y ser ellos mismos. Y ahora el mundo había cambiado, y quizás ellos también. “¿Qué quieres hacer ahora?”, preguntó.

—No lo sé. ¿Qué quieres hacer?

“Estar contigo.”

Ella lo miró a los ojos. "¿En serio?"

La atrajo hacia sus brazos y la estrechó contra sí. «Tenía miedo...», dijo ella, pero no terminó la frase.

"Yo también."

—Todavía nos tenemos el uno al otro —susurró.

"Por supuesto."

Tras una segunda taza de café, decidieron seguir adelante. El sur parecía la dirección más probable. Si la civilización moderna iba a desmoronarse, mejor ir a un lugar con menos posibilidades de caer. Vaciaron la pequeña tienda, llenaron sus mochilas de comida y agua, y comenzaron a caminar.

No habían ido muy lejos cuando encontraron un Hummer abandonado con las llaves puestas y el depósito de gasolina casi lleno. Probablemente los soldados que lo conducían habían decidido desertar e ir a Marte. O tal vez simplemente se asustaron y huyeron cuando todos los zombis bajo su custodia cobraron vida.

“¿Caminar o conducir?”, dijo.

"Caminar."

“Podríamos escuchar la radio”, señaló.

—Todos los periodistas sois iguales. Vale. Pero cuando esta maldita cosa se quede sin gasolina, la tiramos.

—Trato hecho. De todas formas, no me gusta el color.

Se subieron al Hummer y condujeron hacia el sur, escuchando la radio, lo que quedaba de ella. No había mucha gente en las bandas, y había mucha estática: sobre todo, emisoras locales de AM tocando música ranchera y transmitiendo rumores contradictorios sobre qué demonios estaba pasando. Captaron la onda corta lo justo para captar el tono histérico en varios idiomas y saber que la situación era mala.

La web había colapsado estrepitosamente, y como resultado, también varias corporaciones y gobiernos hasta el momento, aunque la información era fragmentaria. Los bancos habían cerrado y hubo disturbios en las ciudades. El poder y la riqueza siempre habían sido una especie de ilusión. Cuando se adentraban en la ilusión de la web, la más mínima brisa podía derribarlo todo.

Cuando pararon a almorzar, Santee empezó a encender su computadora de nuevo, solo para ver si algo había cambiado. En lugar de eso, se levantó y la levantó en la mano, sosteniéndola como el discóbolo. "¿Qué te parece?", le preguntó a Margaret con una sonrisa pícara.

¡Adelante! Siempre he odiado esas malditas cosas.

Giró como un derviche y la dejó volar. Tenía el ángulo de planeo de un ladrillo. Por un breve instante, mientras lo veía caer en el bosque, sintió una punzada de arrepentimiento por la pérdida de Rincón, lo único sustancial que había creado, aunque no fuera real. "Voy a extrañar a Jack", bromeó.

Ella se rió. "Seguro que aparece por ahí. Parece divertido". Sacó su ordenador pequeño de la mochila y se lo lanzó, alcanzando más distancia con un lanzamiento estilo frisbee[15].

Siguieron conduciendo, pero pronto se cansaron de la radio a medida que una estación tras otra dejaba de funcionar, y la apagaron. Para entonces, ya casi habían llegado a Nicaragua, subiendo a las montañas. Doblaron una curva en el estrecho camino y encontraron el camino bloqueado por un rebaño de ovejas. Santee frenó de golpe y se deslizó hasta detenerse. Puso el Hummer en punto muerto. Dos indios, un anciano y un niño de unos catorce años, intentaban arrear las ovejas por el camino y subir la ladera. Un perro pequeño que se parecía vagamente a un collie daba vueltas alrededor, pinchando pacientemente a las ovejas. Los profundos ojos marrones del anciano miraron a Santee. Estas cosas pasan, pareció decir, y se encogió de hombros en señal de disculpa. Santee apagó el motor. Para

15 El término frisbi o frisbee, a menudo utilizado para describir genéricamente todos los discos o platos voladores. [N. T.]

entonces, estaban completamente rodeados por un mar lanudo. *"No corre prisa",* gritó Santee. No hay prisa. El anciano sonrió comprensivo y Santee lo imaginó como un muchacho, como aquel que lo ayudaba, probablemente su nieto, a pastorear ovejas, cincuenta, sesenta, mil años atrás.

Las ovejas emitieron un sonido parecido a una risa. Santee extendió la mano y tomó la de Margaret, y se quedaron allí sentados, escuchando. Santee no pudo evitar preguntarse si estos dos pastores eran conscientes del colapso de la civilización moderna o si les importaría si lo supieran. Cuando el último rebaño cruzó el camino, el anciano se despidió con la mano mientras él y el niño continuaban subiendo la ladera con sus ovejas.

Santee y Margaret intercambiaron una mirada y tuvieron una breve conversación. Bajaron del Hummer, dejándolo en medio de la carretera, ocupándola casi por completo, con medio tanque de gasolina y las llaves puestas. Se sentía bien salir y caminar, estirar las piernas. Caminaron de la mano por la carretera, pensando que tal vez se dirigirían a Perú. Santee nunca había estado allí.

***

El *Mariana* estaba a siete días de la Tierra, y Zack aún no había visto a Hermalinda. Intentaba ser comprensivo con todo el asunto. Solo había tenido unas pocas *cabañas,* pero comprendía la logística de intentar acomodar a miles de

personas en una nave que no estaba diseñada precisamente para la comodidad. Si a eso le sumamos que ninguna de estas personas había planeado ir a ningún lado apenas una semana antes, teníamos los ingredientes para un gran dolor de cabeza.

Había estado pasando el rato en uno de los OPIE[16], en su mayoría negros arrestados por ser negros, por lo que él sabía, trabajando con uno de los equipos de renovación intentando hacer el lugar más habitable: conectando los OPIE al núcleo central del *Mariana,* haciendo tabiques, quitando otros, instalando plomería y cableado, etc. Y eso estaba bien, pero estaba llegando a su fin, y se suponía que pronto conseguiría un trabajo fijo y un lugar donde vivir. Como mucha gente, se las había arreglado con un palé en un pasillo.

Los zapatistas ya contaban con toda una estructura política, pero como no todos a bordo eran zapatistas, lo primero que hicieron fue convocar nuevas elecciones. Las cuales ganaron, claro, porque supieron organizarse. Pero, aun así, había que admirar sus ideas. No tenía ni idea de cómo sería el nuevo Marte, pero no se imaginaba que fuera otra versión de la tierra del voto de cien pesos.

Alice Irene estaba ayudando con la organización, entrevistando a todos, asignando habilidades, llevando

16 Planificación y Efectividad Institucional. [N. T.]

registros, reorganizando las viviendas para acomodar a familias y ancianos y... Zack se alegraba de que no fuera él. Era su entrevista de hoy. Acababa de usar una sierra eléctrica durante las últimas horas, así que no había fumado marihuana. Estaba haciendo algo que había hecho quizás dos o tres veces en su vida, sentado en un lugar virtual, erguido como una tabla.

Zack solía burlarse del miedo de su abuela a los aviones —que caían del cielo—, pero sentado en una realidad que no era real, fingiendo que sí lo era... Bueno, creía entender cómo se sentía ella. Era como si, si dejaba de fingir, todo se cayera del cielo. Cuando estaba drogado, esto no parecía ser un gran problema. No tenía que fingir que nada era real entonces, incluso cuando lo era.

En esa misma situación se encontraba cuando Alice Irene apareció en el pequeño jardín donde hacía las entrevistas, se disculpó por llegar tres minutos tarde y empezó a explicarle la organización del barco y la colonia, los objetivos de la entrevista, muchas cosas que él ya sabía y solo había escuchado a medias. Así que, cuando ella le preguntó si tenía alguna pregunta, él preguntó, como nunca lo habría hecho bajo los efectos de una hierba: "¿Por qué estás triste?". Porque eso era en lo que había estado pensando desde que ella se sentó en ese banco de piedra a su lado y la vio de cerca por primera vez.

Ella se quedó sin palabras por un segundo, y él comprendió que se refería a preguntas sobre lo que había estado hablando, pero la verdad era que aún quería saber. "¿Por qué preguntas?", dijo ella. Un poco fría, pensó. Parecía que había empezado con buen pie.

—No lo sé. Me parece una buena pregunta. Puedes elegir, ¿verdad? No todo el mundo puede.

Alice Irene se rió. «Ya entiendo. El azul es mi color favorito».

Ya me lo imaginaba. O sea, pareces una persona en todo lo demás. Supongo que podrías parecer un jabalí o una grúa, lo que sea, ¿no? Pero elegiste parecer una persona. Excepto por el color.

Quería caerles bien a los humanos, pero quería que supieran que no era humana. No quería engañarlos. Tenía que verme diferente.

“¿Pero por qué exactamente *ese color?*”

Me enseñaron que es el rasgo físico más importante, el único por el que matas. Su importancia es dudosa, pero las muertes son bastante reales.

Y si eligieras un color en particular, sería como alistarte en ese ejército. El azul es solo azul.

Ella ladeó la cabeza y se rió. "Webster y Aurora me dijeron que me gustarías".

¡Oh! ¿Cómo están?

Muy bien. Dijeron que eres un hombre valiente, que les salvaste la vida.

¿Yo? ¿Valiente? No, no diría eso. No hice nada. Solo hice lo que tenía que hacer.

“¿Y por qué tuviste que hacerlo?”

Zack no estaba seguro de por qué, pero estaba nervioso por el rumbo que estaba tomando la conversación. ¿Él, valiente? La cabeza le daba vueltas y tenía mariposas en el estómago. "¿Disculpe?"

“¿Por qué viniste al *Mariana?*”

—Bueno, la mujer que amo está a bordo. Estaba intentando llegar a ella.

“¿Hermalinda Sánchez?”

A Zack se le aceleró el corazón al oír el nombre. Si alguien sabía dónde estaba Hermalinda, era Alice Irene. "Sí, ¿puedes decirme dónde está? Sé que aún no están todos asignados, pero si pudieras decirme dónde puedo encontrarla, te lo

agradecería mucho. He recorrido un largo camino, podría decirse."

“¿Y si ella no quiere verte?”

Eso fue como una bofetada. Tardó un momento en recuperarse. Exhaló un suspiro tembloroso. "Bueno, eso me rompería el corazón. ¿Dijo eso... que no quería verme?"

—No, Zack, no lo hizo. Puedo decirte cómo contactarla cuando terminemos, ¿de acuerdo?

¿De acuerdo? ¡Genial! El corazón de Zack se llenó de alegría. Apenas podía contenerse.

Alice Irene sonrió. "No tardaré mucho. ¿Qué habilidades aportas a la colonia? ¿Qué trabajo te gustaría hacer?"

Bueno, he estado pensando mucho en eso. Puedo hacer de todo. Soy muy bueno en mecánica y carpintería. Soy buen cocinero. Tengo entendido que tienen un buen programa de hidroponía. Tengo experiencia con eso. Me gustaría dedicarme a la agricultura, ¿sabes? Sobre todo cuando lleguemos a Marte.

“¿Tienes algunas semillas que quieras plantar?”, preguntó con un esbozo de sonrisa.

—Bueno, sí. ¿Está bien?

Por supuesto. ¿Qué tal si, por ahora, dividimos tu tiempo entre el comedor y la hidroponía? También estamos pidiendo a cualquier persona bilingüe como tú que nos ayude con la enseñanza del idioma. Muchos han expresado interés en aprender inglés. Cuando lleguemos a Marte, puede que necesitemos más tus habilidades mecánicas.

"Suena genial."

Así que solo nos queda un lugar donde vivir. Como sabes, el espacio a bordo es limitado, así que les pedimos que compartan habitación. Te he asignado un compañero de cuarto. Habitación número 3697. Si quieren que los reasigne, avísenme y podemos llegar a un acuerdo. Se levantó y le estrechó la mano como si fuera a irse. Parecía una mano normal, como la de una mujer.

“¿Y la habitación de Hermalinda?”

“Ya te lo dije.”

Por un segundo pensó que se le había escapado algo. Entonces lo entendió. "¿Te refieres a...? ¡Gracias, pequeño Cupido azul!"

Alice Irene se rió. «No me agradezcas. Ella solicitó la tarea, si eso era lo que querías».

"¿Qué *quería*? ¡Diablos! ¡He muerto y he ido al cielo!", dijo Zack. "De verdad que sí."

***

Webster frunció el ceño, miró al techo e intentó recordar. Era una frase bastante simple: «Este regalo es para ti», pero las malditas preposiciones lo dejaron perplejo de nuevo. Finalmente preguntó: «¿Es «*este regalo es* por *ti»* o «*este regalo es* para *ti»?».*

Aurora sonrió. *“Para.”*

¡Maldita sea! Nunca aprenderé español. Había dos palabras para «para», dos para «es», dos para «conocer», dos tipos de «tú», dos tiempos pasados... Acababan de pasar la mitad del viaje a Marte, y aún había mucho que no sabía.

"El español", lo reprendió. Hablaban estrictamente español tres horas al día para que Webster aprendiera. Les quedaba una hora. Había salido bien librado hoy, domingo, ya que habían pasado la última hora en la cama y solo habían dicho unas pocas frases sencillas, aunque apasionadas. Estaban acurrucados como cucharas. *"Pobre Webster, tantos problemas",* bromeó.

“No creo en los problemas”.

Ella se rió. *“¿Por qué no?”*

“Por ti.” Gracias a ti.

“¡Que bueno! No dices 'porque de'”.

"Por", no contento con significar veinticinco cosas más, también significaba "debido a", lo que a su cerebro angloparlante le pareció que debería ser "*porque de",* que no significaba nada. Después de cometer ese error incontables veces, por fin lo había acertado. Le acarició la oreja. *"¿Soy buen alumno, no?".* Soy un buen estudiante, ¿verdad?

"Sí, el mejor. ¿Qué regalo?" preguntó ella.

Creí que nunca lo preguntarías. La besó en la espalda desnuda y se dio la vuelta, buscando debajo de la cama. *"Quiero darte el mundo",* dijo. Quiero darte el mundo. Le entregó una caja envuelta en papel marrón pintado con flores. *"Es el único papel que pude encontrar",* se disculpó.

—*Es bonito.* —Se incorporó en la cama y desenvolvió la caja con cuidado, dejando el papel a un lado. Abrió la caja y vio una pelota de tenis meticulosamente pintada para que pareciera Marte. Él la observaba con curiosidad, como un cachorro ansioso, para ver si estaba contenta—. Es maravillosa —dijo ella.

"El Español", lo regañó. *"¡Feliz cumpleaños, mi amor!"*

¡Qué tierno! ¿Cómo lo supiste? Dio vueltas a la pelota entre sus manos, admirando el detalle. La pelusa que la cubría había sido raspada para formar valles, dejada intacta

para formar montañas. Un pequeño punto marcaba el sitio de Libertad.

"Un pajarito azul me lo dijo." "Hay más." Buscó debajo de la cama por segunda vez para sacar dos pelotas de tenis más: una pintada de amarillo, la otra negra, adornada con estrellas. *"El sol y las estrellas."* Le soltó a Mars de las manos y empezó a hacer malabarismos con las tres pelotas, diciendo mientras luchaba por mantenerlas en el aire, incluso mientras ella lo abrazaba, *"todas*… para… *ti."* Se desplomaron en la cama, riendo mientras el sol, el mundo y las estrellas rebotaban y rebotaban por la habitación.

Cuando todo se tranquilizó y yacían soñolientos abrazados, Webster pensó que debía su maravillosa nueva vida a los malabarismos. Porque si no hubiera hecho malabarismos con las naranjas de Margaret, nunca habría llegado allí con Aurora camino a Marte. Había una moraleja —una frase hecha, una verdad—, pero se durmió antes de poder comprenderla.

***

Starr estacionó el *mariana* en la órbita marciana como si fuera un autobús urbano en la acera. Alice Irene había hecho todo el trabajo duro, por supuesto, pero dejó que Starr disfrutara de sus últimos momentos de gloria. Esa Alice Irene era una diplomática como ninguna otra. Incluso dejó que Starr anunciara a la gente a bordo que su viaje de un año

finalmente había terminado y que podían empezar a subir a los transbordadores. Mientras llenaban los pasillos, se volvieron locos, gritando y cantando canciones, encantados con la perspectiva de vivir como topos en un planeta que hacía que la Antártida pareciera un balneario. La diferencia era que, esta vez, era su balneario.

Se había corrido la voz entre los colonos de que fue Starr quien había echado por tierra los planes de MarsCorp, y generalmente se la consideraba una especie de heroína entre los colonos, un papel con el que no se sentía muy cómoda. La hacía sentir como una impostora, ya que no creía en héroes. Simplemente había estado en el lugar correcto en el momento oportuno. No era nadie especial. Pero a medida que avanzaba en la celebración, los gritos de *"¡Viva Starr!"* se sumaban a los *gritos.* Se había acostumbrado a estar rodeada de tanta gente, pero a veces todavía le daba un poco de pánico, sobre todo cuando era el centro de atención. Levantó un puño, gritó *"¡Viva Marte!"* y se escabulló. Esperaba que su inmerecida fama se desvaneciera cuando llegaran a Marte, y pudiera ser simplemente una colona más.

No es que ser la Comandante Starr hubiera sido pan comido. Se había dejado la piel trabajando. Había un consejo electo que lo dirigía todo, pero ella era una especie de cruce entre capitana de barco y administradora municipal. Había oficiado una docena de matrimonios por el camino, lo cual había sido bastante divertido, y un par de funerales, que no.

Principalmente, se trataba de una nimiedad tras otra, como averiguar dónde podían hacer sus necesidades los perros. Starr no podía creer la cantidad de animales que subieron a bordo sin que se hubiera planeado. Parecía que cuando todos se amontonaban en los camiones y salían a la carretera, Fido y Rover los acompañaban fielmente. ¿La solución de Starr? Las esclusas de aire no se usaban para nada durante el transporte, y no había nada como el vacío helado del espacio para limpiar el desastre una vez que terminaban.

Su última tarea oficial había sido planificar el horario del transbordador para que todos bajaran a Marte. Se programó para el último puesto (junto con Alice Irene, quien ya estaba embarcada en el último transbordador con el resto del equipo pesado). *¡¡¡Día de Instalación!!!,* recordó y sonrió para sí misma. ¿Qué significaba que tu mejor amigo fuera una máquina?, se preguntó. Fue al puente. No quedaba más que ponerlo en automático y apagar las luces. La *Mariana* se quedaría allí arriba indefinidamente, transmitiendo información a los colonos de abajo, y si tenían suerte, nunca más tendrían que abordarla. Starr recorrió la pantalla interior de la nave, pasillo tras pasillo vacío, tan silenciosa como la muerte.

¿Y si Marte no era todo lo que esperaba? Pensarlo fue como una puñalada en el corazón. Por un instante, pensó en quedarse allí, en esta enorme nave para ella sola, como una princesa de cuento de hadas en una torre. Lo ignoró.

Princesa Starr. Para nada. ¿De qué tenía tanto miedo? Iba a ser genial. Las temperaturas de la superficie estaban adelantadas a lo previsto, los niveles de oxígeno subían poco a poco, la cantidad de agua superaba todas las expectativas.

Cambió la pantalla a Marte, donde los primeros colonos desembarcaban en su hogar subterráneo. Miles de personas felices y risueñas. Al menos por ahora. Se le hizo un nudo en la garganta y se dio cuenta de que lo que temía no tenía nada que ver con el entorno. Era la simple soledad. Intentó reírse, pero en cambio se echó a llorar. Nunca se había sentido sola en el maldito *Morgan;* nada que no pudiera soportar. ¿Por qué debería empezar ahora? ¿Ahora que estaba a punto de vivir en una casa de verdad y tener vecinos de verdad por primera vez en su vida? No tenía sentido. Simplemente había estado demasiado tiempo en el espacio.

Apagó la pantalla y recorrió los pasillos, buscando rezagados, pero no había nadie. Todos estaban ansiosos, al parecer. Todos menos ella. Recordó su resolución de quizás establecerse al llegar a Marte, tener una relación seria con alguien, pero la había echado a perder. Powell, obviamente, había estado interesado y la había visitado a pocos días de la Tierra. Y a ella también le gustaba mucho, pero lo posponía una y otra vez, y él seguía volviendo, paciente y constante, hasta que finalmente le dijo que no tenía tiempo para pensar en involucrarse, que tenía demasiado que hacer, siendo la Comandante Starr y todo eso. Ambos sabían que era una tontería. Eso es lo que se hacía con un puente, ¿no?

¿Quemarlo? Si no, alguien podría ir a por ti mientras tenías la vista al frente, fija en tus metas, tus sueños. Alguien podría simplemente acercarse sigilosamente por detrás y detenerte en seco.

Fue a sus aposentos y cogió su mochila. No era gran cosa: algo de ropa, algunos discos, su ordenador. Llamó a Alice Irene para ver si estaba lista para irse.

“Has estado llorando”, dijo Alice Irene.

"No empieces."

—No lo hago. Solo estaba realizando una observación.

—Sí, claro. Nunca has hecho una simple observación en tu vida. No se me dan bien las transiciones, ¿vale?

“Lo que tú digas.”

"¿Qué se supone que significa eso?"

Alice Irene hizo un gesto de cerrar la boca. ¿De dónde lo habrá sacado?, se preguntó Starr. "¿Lista para irnos?"

"En cualquier momento que tú lo estés."

"Vamos para allá", dijo Starr, y apagó la computadora. Oyó un ruido familiar a sus espaldas y se giró para encontrarse con Powell de pie en la puerta, pasándose la mano por la cabeza calva y carraspeando como un oso resfriado.

"Has estado llorando", dijo.

—Tú también. Tenías que irte hace horas.

—Hola, yo también me alegro de verte, Starr. Le pregunté a Alice Irene si podía ir con ustedes.

Tenía dificultad para tragar. Temía volver a llorar. "¿Por qué?", logró decir.

Quería hablar contigo a solas. Pensé que sería un buen momento. Ya no eres comandante. Solo eres una colona más. Ambos lo somos. Pensé que podríamos empezar a vernos más.

Ella se rió y sollozó. "No te rindes, ¿verdad?"

Supongo que deberías haberme disparado cuando tuviste la oportunidad. Pero sí, al final me rindo. Solo pensé en intentarlo una vez más. Sé que te gusto. Te gusto, ¿verdad?

Su franqueza era entrañable y exasperante a la vez. Sabías dónde estabas, pero eso hacía mucho más difícil huir. «Eso no es todo», dijo.

—Está muy por delante de todo lo demás. —Estaba de pie cerca, inclinado hacia ella—. ¿Qué dices? —preguntó.

Ella le puso las manos en el pecho. "De acuerdo", dijo tan bajito, cabizbaja, que al principio creyó que no la había oído.

Pero alzó la vista y él sonreía. Entonces la levantó en brazos y por fin se dieron ese beso. Y fue tan dulce que ella lo besó otra vez.

***

Jorge Juan Sánchez Hayman se levantó temprano antes del amanecer, vistiéndose en silencio en la oscuridad para no despertar a su madre y hermana en la habitación contigua. Salió al amplio valle estrellado, y la vista lo dejó sin aliento. Tantas estrellas, lejanas y silenciosas.

La Tierra también brillaba en el horizonte, el objeto más brillante del cielo, pero aún no era más que una mota de luz. Cuando Jorge era pequeño, su padre y su madre le contaban historias del lugar y todos sus sufrimientos, y como todos los demás, había oído hablar de sus desgracias en las señales de radio llenas de estática que llegaban a Marte. Durante un tiempo, la gente de la Tierra perturbó sus sueños de infancia. Para calmar el miedo del joven Jorge de que la gente de la Tierra trajera todos sus problemas a Marte, su *padrino,* Webster, le dijo que eran *fantasmas, apariciones, quimeras,* tan poco reales como un pensamiento, pero, aunque su padrino tenía buenas intenciones, llamarlos fantasmas solo empeoró las cosas.

Tuvo que ser su padre quien apaciguara sus temores. «Ni hablar», le aseguró con firmeza. Le puso los respiradores, cargó a Jorge y lo sacó afuera, colocándolo sobre sus

hombros a tres metros de altura, y señaló hacia la *Mariana,* muy por encima de Libertad en una órbita estacionaria. «No te preocupes: tu cuna nos vigila», dijo.

Jorge había nacido entre los planetas veinte años atrás, durante el largo viaje *de la Mariana* a Marte. A veces, los ancianos aún lloraban ante las noticias de la Tierra sobre guerras, enfermedades y sufrimiento, pero con el paso de los años, la gente de la Tierra se había vuelto tan irreal para Jorge como personajes de un cuento. Importantes quizás —como el padre de su padre, a menudo evocado como el hombre que su padre menos quería ser—, pero no más relevantes para la vida de Jorge que los neandertales o los faraones. No porque estuvieran muertos, sino porque eran diferentes, o él era diferente; no estaba seguro de cuál. Él era marciano, y ellos no.

Su padre había fallecido hacía un año, y Jorge lo extrañaba muchísimo. Todo le recordaba a su padre, y las cosas que decía o hacía, pero intentaba no dejarse abatir por eso, porque su padre no lo habría querido. «*La vida es buena»,* solía decir siempre. En sus últimos días, su padre le dijo: «No me llores, Jorge. La mayoría de los hombres solo tienen una vida, y yo he tenido dos, la segunda mejor que la primera». Y su madre decía que era cierto, que su padre era como el mismísimo Marte, renacido del polvo.

El maíz susurraba al viento, llenando el valle con su canto. Cada cosecha había sido mejor que la del año anterior, y el

aire ahora era limpio y vigoroso. En *el Día de los Muertos,* todos se pusieron sus viejos respiradores pintados como rostros de muertos para recordar los días frágiles en que muchos murieron en el Nuevo Mundo. Los decoraron con plumas de *canarios* y *loros* para recordar los días en que todos los pájaros estaban enjaulados bajo tierra, pues el aire no era apto para respirar y no había árboles donde posarse y cantar. Solo tenía seis años, pero recordaba vívidamente el día en que todos los pájaros fueron liberados, y todos lloraron de alegría. Como decía la canción:

Un pájaro enjaulado canta canto encadenado.
Un pájaro volando canta una canción de libertad.

El sol brillaba tras las montañas, y el cielo oscuro estaba teñido de rojo y púrpura. Los altos espejos captaban la primera luz del sol, ocultando las estrellas mientras el cielo se tornaba azul. Una ligera lluvia había caído la noche anterior, así que todo en el suelo brillaba como si las estrellas hubieran caído allí.

Llegó a la primera compuerta, una de las que su padre había construido, hecha de un trozo de plástico que antaño había sido una puerta subterránea. Las lluvias habían sido más intensas al norte, con relámpagos en el horizonte durante toda la noche, y los canales de riego estaban llenos de agua. Giró una manivela, y una cuerda que él y su madre habían tejido años atrás se enrolló alrededor de un eje y levantó la compuerta. El sonido del agua corriendo lo hizo

sonreír. No se podía crecer en Marte y dar por sentado el agua. Fluía hacia los campos entre las hileras de calabazas, judías, pimientos y tomates como los dedos húmedos de un gigante deslizándose en la tierra. Bajó la compuerta, deteniendo el flujo del agua, que gorgoteó y lamió la compuerta.

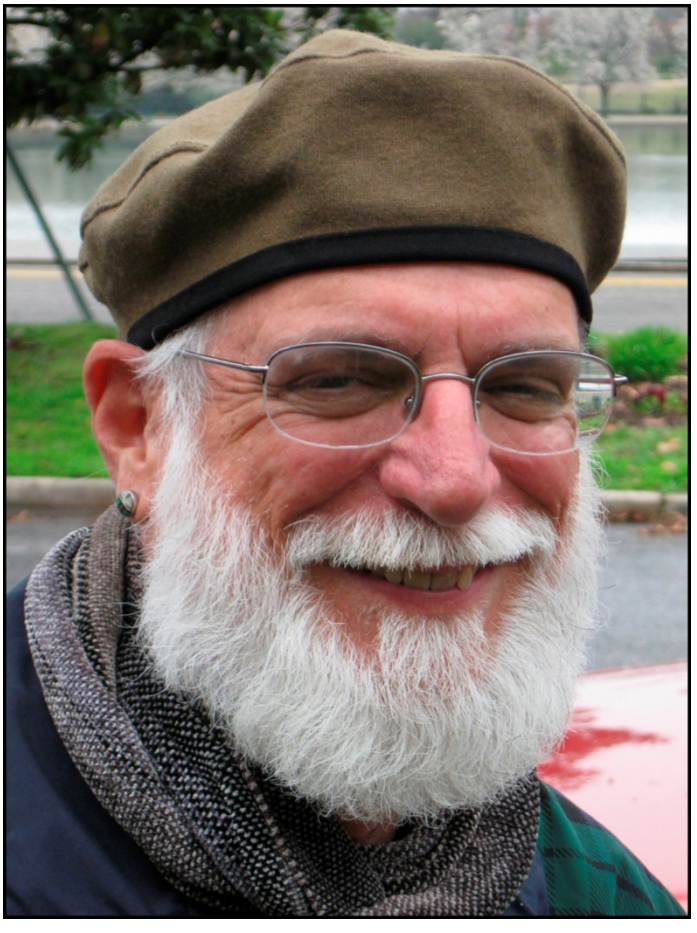
Caminó entre las hileras de maíz temprano, examinando las mazorcas al azar, desgranando las hojas para revelar granos regordetes de color azul violáceo. Pasó el pulgar por encima, presionó la uña en un grano, dejándolo con una jugosa sonrisa. Arrancó un grano, se lo metió en la boca y lo aplastó entre la lengua y los dientes. Su dulzura le llenó la boca.

Sacó su dispositivo portátil y llamó a Alice Irene. Ella apareció ante él, del color del cielo. *«Buenos días, señora»,* la saludó. *«Está maduro el maíz».*

"¡Qué bueno, Jorge!", dijo. *"Todos lo dicen".* Había otros como Jorge dispersos por el valle, turnándose para regar los campos y revisar las cosechas. Alice Irene les decía a todos en Libertad que el primer maíz estaba maduro, y todos salían a cosechar, porque la tierra era de quienes la cultivaban, la tierra era de todos.

"Otra vez el mundo es nuevo", dijo, el saludo tradicional de este día, *La fiesta del nuevo mundo.* Esta noche la gente celebraría bajo las estrellas. Ya podía oír la música, ver las

faldas de las mujeres ondear. Solo deseaba que su padre estuviera allí. Le encantaba la fiesta. Pero Jorge se lo imaginaba en algún lugar del cielo escuchando, con una sonrisa en el rostro, diciendo: *La vida es buena. La vida es buena de verdad.*



ACERCA DEL AUTOR

DENNIS DANVERS (1947-) Autor estadounidense que se concentró en la fantasía y el terror durante la primera parte de su carrera, que comenzó con *Wilderness* (1991), una eficaz novela de hombres lobo; comenzó a escribir novelas de ciencia ficción con la secuencia *Circuit of Heaven* que comprende *Circuit of Heaven* (1998) y *End of Days* (1999), ambientada en un entorno de realidad virtual algo fantástico

y altamente febril. Danvers claramente siente una forma adecuada de representar sus mundos de futuro cercano. Las novelas posteriores comparten muchas de las características de este dúo inicial: versiones sofisticadas de cibernética, nanotecnología e inteligencia artificial; trama onírica; y –más claramente en *El cuarto mundo* (2000), que se desarrolla en un México dominado por corporaciones multinacionales que se atiborran de sus víctimas– una visión izquierdista de las crueles complejidades de la vida del siglo XXI en todo el planeta. *The Watch: Being the Unauthorized Sequel to Peter A Kropotkin's Memoirs of a Revolutionist* (2002) modula desde este enfoque hacia Viaje en el tiempo: un visitante del futuro lejano engatusa al histórico Peter A Kropotkin (1842-1921) para que venga a residir en los Estados Unidos de 1999, con resultados que quizás no sean del todo coherentes. *The Bright Spot* (2005), regresa al territorio habitual de Danvers, aunque con un motor de trama al estilo de technothriller más elaborado. [JC]